

WARHAMMER
40.000

BATALLAS DE LOS MARINES ESPACIALES

HELSREACH

AARON DEMBSKI-BOWDEN



Lectulandia

Nos encontramos en el mundo de Armageddon (un mundo forja de los más importantes del sector, con varias ciudades colmenas dedicadas a la fabricación exclusiva de armamento para la cruzada) justo en el momento en el que una de las mayores flotas de Orcos se encuentra a puntito de asaltar el planeta por segunda vez después de su anterior derrota hace unos 200 años.

La flota alienígena que va de camino al planeta es la mayor, y si no una de las mayores, que se ha visto nunca... millones de orcos van camino del planeta para provocar la TOTAL y ABSOLUTA erradicación de los humanos del mismo.

La flota imperial, alertada de esta invasión inminente se agolpa en el sistema solar de Armageddon con el fin de plantar cara y resistencia a los odiados xenos verdes... Para ello se juntan varias flotillas de marines espaciales (miles de Salamandras, Templarios Negros, etc...) así como un nutrido grupo de naves y tropas de la Guardia Imperial y de la Fuerza de Defensa planetaria.

Sin embargo, y a la vista de lo que se les viene encima, todos son muy conscientes de que tan solo podrán ralentizar un poco la marcha de los orcos sobre las ciudades colmena ya que la flota espacial será claramente insuficiente para frenarlos. Así que comienza rápidamente un proceso de fortificación de las ciudades colmena por parte de los Marines Espaciales y del Adeptus Mechanicus (que desplegara sus titanes por la superficie de Armageddon) así como de las fuerzas de defensa planetaria de cada una de las colmenas.

Pues bien... la novela se centra en la defensa de una de esas ciudades colmena por parte de una compañía de los Templarios Negros... la Colmena de Helsreach... y hasta aquí os cuento de la trama...

Lectulandia

Aaron Dembski-Bowden

Helsreach

Warhammer 40000. Batallas de los marines espaciales 1

ePub r2.0

epublector 07.08.13

WARHAMMER 40,000



Título original: *Helsreach*

Aaron Dembski-Bowden, 2010

Traducción: Vicky Charques Cànoves

Editor digital: epublector

Primer editor: Berny Benuyas (r1.0 a 1.x)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Katie, por decir que sí



HELSREACH // MAPAS

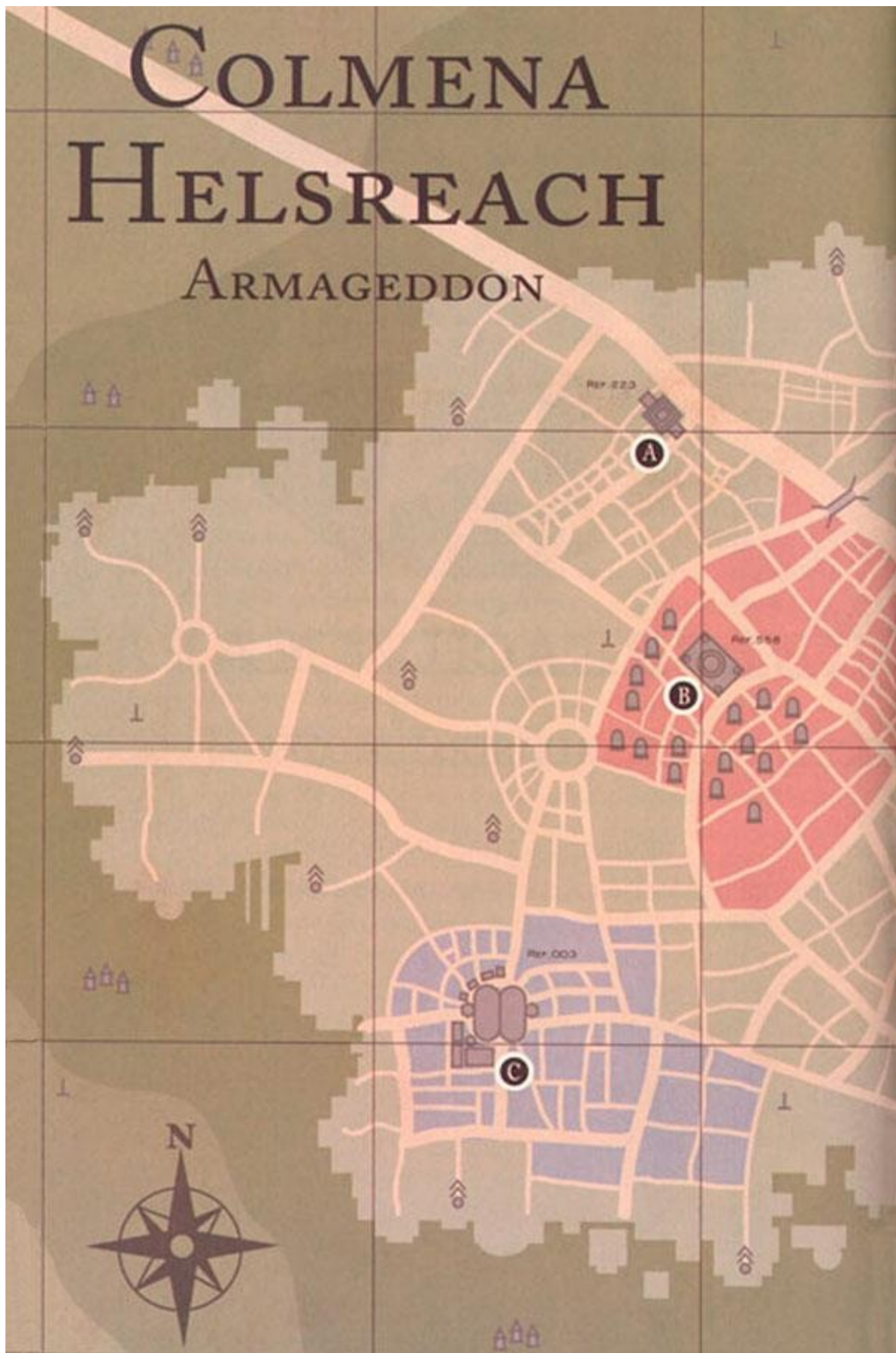
ARCHIVOS DEL ADMINISTRATUM 00969 (a) - 00969 (b)

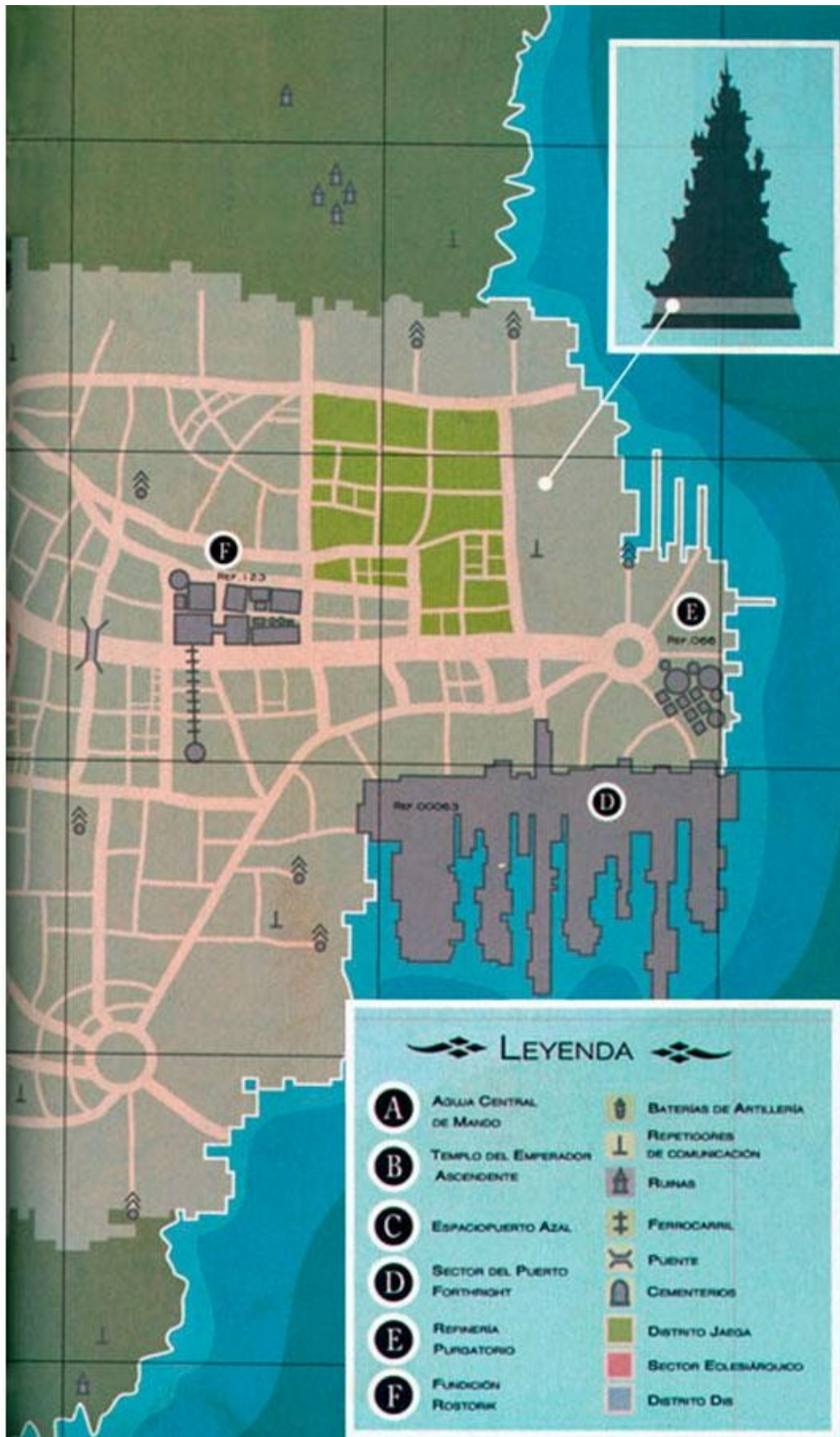
REVISADOS TRAS EMERGENCIA

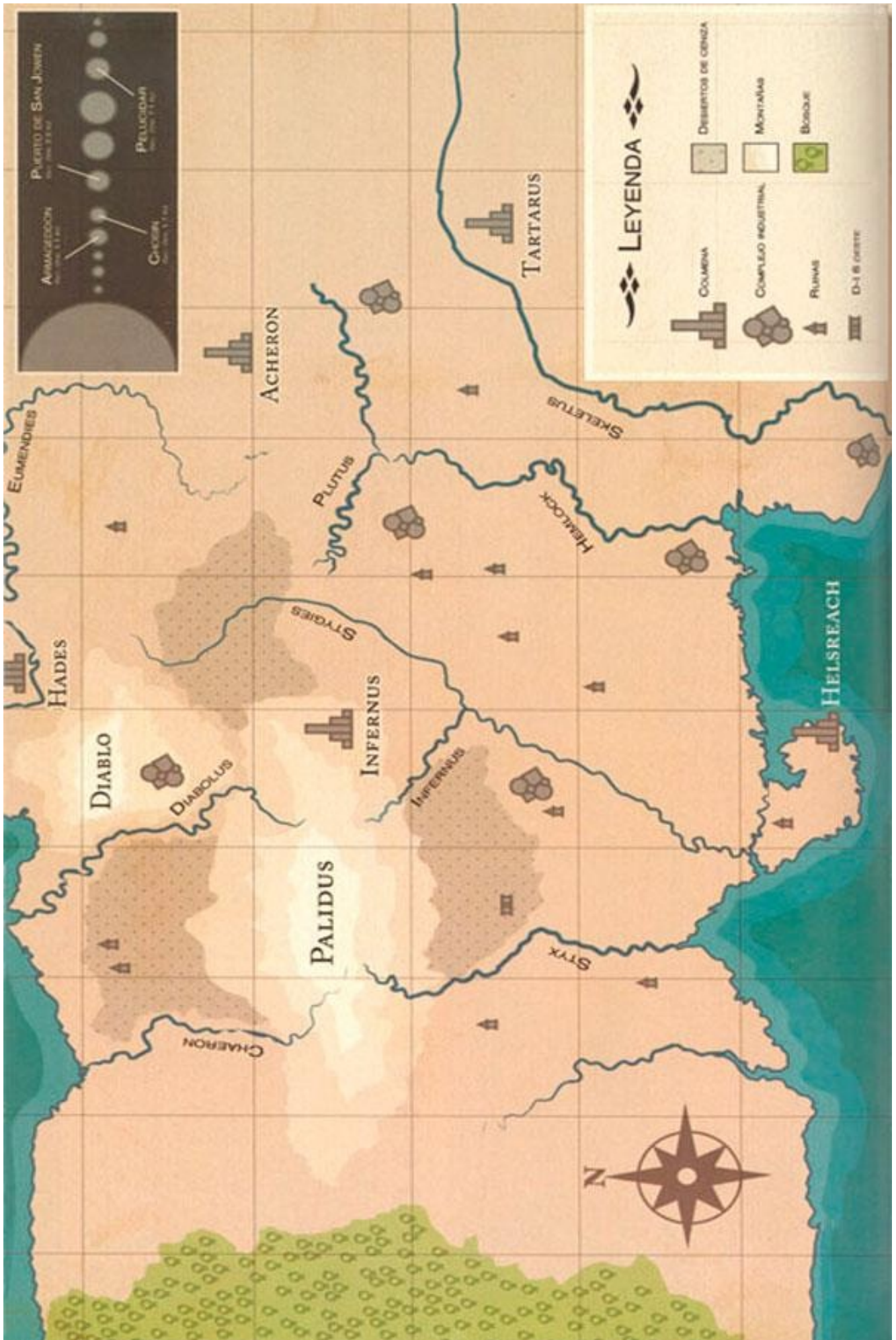
RESOLUCIÓN DE LA GUERRA 181946/34/ARMAGEDDON

COLMENA HELSREACH

ARMAGEDDON









Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos.

A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes... y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y

carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



PRIMERA PARTE

EL CABALLERO EXILIADO



PRÓLOGO

EL CABALLERO DEL CÍRCULO INTERIOR

Moriré en este mundo.

No sé de dónde sale esta convicción. Aquello que la originara es un misterio para mí, pero el pensamiento persiste como un virus, se expande por detrás de mis ojos y arraiga en lo más profundo de mi mente. Parece casi tan real como para corromper también el resto de mi cuerpo como una auténtica enfermedad.

Sucedará pronto, en las próximas noches de sangre y fuego. Exhalaré mi último aliento, y cuando mis hermanos regresen a las estrellas, mis cenizas serán esparcidas sobre la tierra sin valor de este mundo maldito.

Armageddon.

Incluso el nombre me revuelve la sangre hasta que convierte en aceite hirviendo lo que fluye por mis venas. Ahora siento como la ira, impetuosa y pesada, late en mi corazón y se filtra hasta mis extremidades como un férvido veneno.

Cuando la sensación, y hablo de una sensación física, me alcanza las puntas de los dedos, mis manos se transforman en puños. No soy yo quien las hace adoptar esta forma, simplemente sucede. La furia es para mí tan natural como respirar. Su influencia en mis acciones no me provoca temor ni contrariedad.

Soy fuerte, nacido sólo para matar por el Emperador y por el Imperio. Soy puro, visto el más oscuro de los negros y fui entrenado para servir como guía espiritual además de como líder de guerra. Soy la ira personificada, y vivo sólo para matar hasta que alguien acabe conmigo.

Soy un arma de la Eterna Cruzada, creada para forjar el dominio de la humanidad en las estrellas.

Y sin embargo, la fuerza, la pureza y la ira no serán suficientes. Moriré en este

mundo. Moriré en Armageddon.

Pronto, mis hermanos me pedirán que consagre la batalla que supondrá mi muerte.

El pensamiento me atormenta; no porque tema a la muerte, sino porque detesto la idea de morir en vano.

Pero esta noche no debo pensar en estas cosas. Mis señores, mis maestros y mis hermanos se han reunido para honrarme.

No estoy seguro de merecer esto, pero al igual que con mi terrible presentimiento, éste es un pensamiento que guardaré para mí. Visto la armadura negra, y observo desde detrás del semblante de calavera del Emperador inmortal. Alguien como yo no debe mostrar duda, ni debilidad, ni el más mínimo atisbo de blasfemia.

En la cámara más sagrada de nuestro antiguo buque insignia, me postro sobre una de mis rodillas e inclino la cabeza, porque eso es lo que se espera de mí. Después de siglo y medio, el momento ha llegado, y desearía que no hubiese sido así.

Mi mentor, el guerrero que fue mi hermano, mi padre y mi maestro, está muerto. Después de seguir su ejemplo durante ciento sesenta y seis años, estoy a punto de recoger su testigo.

Éstos son mis pensamientos mientras me arrodillo ante mis comandantes, esta sombría alternancia entre la muerte de mi maestro y la mía propia, todavía por llegar. Ésta es la oscuridad que se encona en mi interior en silencio.

Por fin, ajeno a mis secretos tormentos, el gran mariscal pronuncia mi nombre.

—Grimaldus —entonó el gran mariscal Helbrecht. Su voz era un estruendo gutural, endurecida de lanzar órdenes y gritos de batalla en cientos de guerras y en cientos de mundos.

Grimaldus no levantó la cabeza. El caballero cerró los ojos, inquietantemente afables, como si con este gesto pudiese confinar sus dudas en el interior de su cráneo.

—Sí, mi señor.

—Te hemos traído aquí para honrarte, del mismo modo que tú nos has honrado a nosotros durante tantos años.

Grimaldus no respondió, consciente de que no le correspondía hablar. Sabía perfectamente por qué lo estaban honrando, y la idea le resultaba amarga. Mordred, el mentor de Grimaldus, un reclusiarca de la Eterna Cruzada, había muerto.

Después del ritual, Grimaldus ocuparía su lugar.

Era un honor cuya recepción llevaba esperando ciento sesenta y seis años.

Un siglo y medio de ira, valor y dolor desde la batalla del Fuego y la Sangre, donde atrajo la atención del reverenciado Mordred, que ya era viejo pero se mantenía incólume, y que advirtió un gran potencial en el joven Grimaldus.

Un siglo y medio desde que había sido reclutado para formar parte de las filas

inferiores de la hermandad de capellanes, ascendiendo niveles a la sombra de su maestro, consciente de que se lo estaba preparando para sustituir a su viejo tutor.

Más de siglo y medio convencido de que no merecería el título cuando por fin cayera sobre sus hombros.

Y ahora que el momento había llegado, no había cambiado de opinión.

—Te hemos citado —continuó Helbrecht— para que seas juzgado.

—Y yo he acudido a la citación —respondió Grimaldus en el silencio del reclusium—. Me someto a vuestro juicio, mi señor.

Helbrecht no vestía armadura, pero su tamaño apenas se veía reducido. Cubierto con varias capas de una túnica de color hueso y luciendo su heráldica negra particular, el gran mariscal estaba de pie en el templo de Dorn sujetando entre las manos con el máximo respeto un yelmo ornamentado.

—Mordred ha muerto. —La voz de Helbrecht era un grave susurro—. Fue asesinado por el Archienemigo. Tú, Grimaldus, has perdido a un maestro. Todos nosotros hemos perdido un hermano.

El templo de Dorn, un museo, un reclusium, un santuario de estandartes de diez mil años de cruzada, cobró vida brevemente cuando los caballeros en las sombras entonaron su asentimiento ante las palabras de su señor.

Después volvió a hacerse el silencio, y Grimaldus siguió con la mirada fija en el suelo.

—Lamentamos su pérdida —prosiguió el gran mariscal—, pero honramos su sabiduría en ésta, su última orden.

«Llegó el momento. —Grimaldus se puso tenso—. No muestres debilidad. No muestres vacilación».

—Grimaldus, guerrero sacerdote de la Eterna Cruzada; el reclusiarca Mordred creía que, tras su muerte, de todos nuestros hermanos capellanes tú serías el más digno de ocupar su puesto. Su último decreto antes de devolver su semilla genética al capítulo fue que tú, de entre todos tus hermanos, ascendieses al cargo de reclusiarca.

Grimaldus abrió los ojos y se pasó la lengua por los labios, que, de repente, se habían secado. Lentamente levantó la cabeza hacia el gran mariscal y vio el yelmo de Mordred, una sonriente calavera de acero, entre las manos llenas de cicatrices del comandante.

—Grimaldus —volvió a hablar Helbrecht sin rastro de emoción en la voz—, eres un veterano por derecho propio, y en su día fuiste el hermano de armas más joven de la historia de los Templarios Negros. En tu tiempo como capellán jamás has mostrado cobardía o vergüenza, tu ferocidad y tu fe no tienen parangón. No es sólo el deseo de tu maestro caído; yo mismo considero que mereces el honor que te ofrecemos.

Grimaldus asintió, pero no dijo nada. Sus ojos, de mirada suave en apariencia, no vacilaron ni por un momento. Las lentes inclinadas del yelmo eran del color rojo vivo

de la sangre arterial. Aquélla máscara de la muerte le era completamente familiar. Era el rostro de su maestro cuando los caballeros iban a la guerra, de modo que lo fue durante la mayor parte de su vida.

Aquél semblante de calavera le sonreía.

—Levántate si renuncias a este honor —concluyó Helbrecht—. Levántate y abandona esta cámara sagrada si no deseas un puesto en la jerarquía de nuestro capítulo más noble.

Me ordena que me levante si quiero renunciar al gran honor que se me ofrece. Que me marche si no deseo un puesto entre los comandantes de la Eterna Cruzada.

Yo no me muevo. A pesar de mis dudas, mis músculos permanecen bloqueados. La máscara de acero ríe burlona, una oscura y lasciva mueca que resulta tranquilizadora a causa de su cruda familiaridad. Desde más allá de su sepultura, Mordred me está sonriendo.

Él me consideraba digno de esto. Eso es todo lo que importa. Nunca lo he visto equivocarse en nada.

Siento formarse el esbozo de una sonrisa también en mis labios. Por mucho que intento borrarla no desaparece. Arrodillado en esta sala sagrada, sé que estoy sonriendo, pero es un momento privado a pesar de las decenas de camaradas guerreros que me observan desde las paredes cubiertas de estandartes.

¿Es posible que confundan mi sonrisa con confianza?

Jamás lo preguntaré, porque no me importa.

Helbrecht se acerca por fin, y con el suave silbido del acero contra el acero, desenvaina la espada más sagrada del Imperio del Hombre.

La espada era tan antigua como pueden serlo las reliquias humanas, y se creó en las forjas de Terra tras la gran Herejía. En aquellas noches de saga y leyenda, fue llevada a la batalla por Sigismund, el primer paladín del Emperador, hijo predilecto del primarca Rogal Dorn.

La hoja en sí, tan larga como la altura de un hombre, se forjó con los restos rotos de la propia espada de Dorn. En este templo, donde se conservan con reverencia los artefactos más preciados del capítulo en campos de estasis para protegerlos del corrosivo paso del tiempo, el gran mariscal sostenía el tesoro más sagrado de la armería de los Templarios Negros.

—Habrán más rituales, los propios de la hermandad de capellanes —dijo Helbrecht con voz solemne y cargada de respeto—. Por ahora, yo te reconozco como el heredero del manto de tu maestro.

La plateada punta de la espada descendió y apuntó directamente a la garganta de

Grimaldus.

—Has luchado a mi lado durante doscientos años, Grimaldus. ¿Seguirás a mi lado como reclusiarca de la Eterna Cruzada?

—Sí, mi señor.

Helbrecht asintió y envainó la espada. Grimaldus tensó los músculos de su cuello, giró la cabeza y ofreció la mejilla.

Con la fuerza de un martillo, el dorso del puño de Helbrecht impactó contra la mandíbula del capellán. Grimaldus lanzó un gruñido, sintió el sabor a cobre y a vitalidad de su propia sangre, la sangre de su primarca, y sonrió a su comandante a través de unos dientes rosados por el líquido carmesí. Helbrecht habló de nuevo.

—Yo te nombro reclusiarca de la Eterna Cruzada. Ahora eres un líder de nuestro bendecido capítulo. —El gran mariscal levantó la mano y mostró las manchas de las salpicaduras de la sangre de Grimaldus en sus dedos todavía cerrados—. Como caballero del Círculo Interior, que éste sea el último golpe que recibas sin devolverlo.

Grimaldus asintió, relajó la mandíbula, disminuyó el ritmo cardíaco, y logró dominar su repentino impulso de matar. Incluso a pesar de esperar el golpe del ritual, sus instintos lo urgían a responder.

—Así será, mi señor.

—Como debe ser —dijo Helbrecht—. Levántate, Grimaldus, reclusiarca de la Eterna Cruzada.



UNO

LLEGADA

Después de su ritual de ascenso a los altos mandos del capítulo, Grimaldus permaneció solo en el templo de Dorn durante unas horas.

Sin una brisa que diera vida a la austera cámara, los grandes estandartes colgaban inmóviles. Algunos se habían desteñido con los años, otros conservaban vivos los colores, y algunos incluso conservaban manchas de sangre seca. Grimaldus observó la heráldica de las cruzadas de sus hermanos.

Lastrati, pilas de cráneos y braseros en llamas representaban la guerra de desgaste en la superficie de aquel maldito mundo hereje...

Apostasía, mostraba el Aquila encadenada al globo terráqueo de cuando los Templarios fueron convocados por primera vez en miles de años a la sagrada Terra para derramar la sangre del falso alto señor Vandire...

Y después continuó con las guerras más recientes, en las que Grimaldus había participado.

Vinculus, con la espada atravesando a un demonio, donde los caballeros se habían enfrentado a los seguidores del Archienemigo en la gran batalla del Fuego y de la Sangre en la que Grimaldus pasó a formar parte de las filas de los Hermanos de la Espada y comenzó su duro ascenso por los niveles de la hermandad de capellanes.

En el aire inmóvil colgaban decenas de estandartes, que pendían desde el techo tallado que narra las historias de las glorias obtenidas y de las vidas perdidas en cada una de las facetas de la Eterna Cruzada.

El único sonido que se oía, aparte de la respiración de Grimaldus, era el zumbido de los campos de estasis que rodeaban a las reliquias templarias. El reclusiarca pasó uno de ellos, un campo borroso de energía azul que revelaba a través de su superficie

lechosa un bólter que en su día había pertenecido al castellano Duron, hacía dos mil años. Las marcas de victorias grabadas en la superficie en letra gótica minúscula cubrían el arma entera como una sagrada escritura.

Grimaldus permaneció de pie junto al pedestal sobre el que se encontraba el bólter durante un tiempo. Sus dedos ansiaban introducir el código de desactivación instalado en la columna del escudo. Éstos secretos entraban en el ámbito de la hermandad de capellanes que mantenía aquel relicario, e incluso antes de haber sido ascendido a su rango actual, Grimaldus había honrado a los espíritus máquina de las reliquias de la cámara con bendiciones y consagraciones rituales.

Resultaba muy reconfortante sostener las armas de los campeones, aunque sólo fuera para limpiarlas y purificarlas después de un salto disforme.

Sólo uno de los pedestales, y en el templo de Dorn había más de cien objetos expuestos, poseía lo que Grimaldus estaba buscando. Se detuvo ante la corta columna y leyó la placa plateada que había debajo del vibrante escudo de estasis.

Mordred Reclusiarca

«Se nos juzga en vida por el mal que destruimos».

Bajo las palabras había un teclado, y en cada tecla había un símbolo gótico plasmado en pan de oro. Grimaldus introdujo el código de diecinueve dígitos para aquella columna concreta y el campo de estasis se desconectó con el chirrido de los antiguos motores que se encontraban en el interior del pedestal de piedra.

Sobre la plana superficie de la columna de piedra blanca yacía un arma, desactivada y silenciosa tras ser liberada de la iluminación azul que la había estado protegiendo.

Sin ceremonias, Grimaldus agarró el mango de la maza y la levantó con seguridad. La cabeza era un martillo de oro sagrado y adamando bendecido con la forma de las alas de un águila sobre una estilizada cruz templaria. El mango era de metal oscurecido y tan largo como el brazo del caballero que lo sujetaba.

La cabeza ornamentada del arma reflejaba el débil resplandor de los globos de luz instalados en las paredes de la sala y destellaba brevemente mientras la giraba en sus manos.

El guerrero sacerdote permaneció así un tiempo.

—Hermano —dijo una voz detrás de él.

Grimaldus se volvió, levantando el arma por instinto.

Aunque nunca antes había sujetado la reliquia, sus dedos cubiertos de cicatrices hallaron la runa de activación que tenía en el mango antes de que su corazón hubiese dado un solo latido. La cabeza de martillo con forma de alas de águila se iluminó con

un resplandor amenazador, y centellas de silbante electricidad crepitaron sobre el metal dorado y plateado.

La figura sonrió al hacerse visible bajo aquella luz cegadora. En un rostro picado y agrietado por décadas de batallas, Grimaldus advirtió un gesto de diversión en los pálidos ojos del joven caballero.

—Reclusiarca. —La figura inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Artarion.

—Estamos cerca de nuestro destino. Los cálculos indican que entraremos de nuevo en el espacio real dentro de una hora. Me he tomado la libertad de preparar a la escuadra para el descenso.

La sonrisa de Artarion, al igual que el propio Artarion, era fea de ver. Grimaldus se la devolvió finalmente, pero al igual que sucedía con sus ojos, había una afabilidad insospechada en la expresión.

—Éste mundo arderá —dijo el guerrero sacerdote sin una sombra de duda en la voz.

—No será el primero.

Los labios cortados de Artarion se separaron y revelaron los dientes de acero que le habían implantado después de que lo alcanzara el disparo de un francotirador hacía quince años. El proyectil le alcanzó el lateral de la cara y le destrozó la mandíbula. La masa de tejido cicatrizado que cubría el lado izquierdo de sus labios reforzaba la imagen delgada y socarrona que proyectaba al quitarse el yelmo.

—No será el primero —repitió—, ni el último.

—¿Has visto las proyecciones? ¿Los augurios de la flota, el número de naves ya presentes en los sistemas locales, los informes de las que todavía están por llegar?

—Perdí interés cuando los números empezaron a ser demasiado altos como para contarlos con los dedos. —Artarion soltó una carcajada tras su patética broma—. Lucharemos y venceremos, o lucharemos y moriremos. Lo único que cambia siempre es el color del cielo bajo el que luchamos y el color de la sangre que mancha nuestras espadas.

Grimaldus bajó el crozius como si acabase de darse cuenta de que todavía lo tenía levantado. Cuando el crepitante resplandor de la reliquia desapareció, la oscuridad lo envolvió. La iluminación dejó un fuerte olor a ozono, el extraño frescor que deja la tormenta tras su paso. Las células de energía del interior del mango de la maza silbaban mientras se enfriaban. El espíritu del arma estaba sediento de guerra.

—Hablas con el alma de un soldado, pero no deberías restarle tanta importancia. Ésta campaña... posee el peso de la historia. Sería un error muy grave considerarla simplemente otro conflicto que añadir a la lista de honor.

Grimaldus había dejado de hablar con voz suave. Ahora lo hacía con la amarga pasión que Artarion conocía, con ferocidad y con un tono cargado de anticipación, el

grito de desafío de un animal enjaulado.

—La superficie de este mundo arderá hasta que todos los grandes logros de la humanidad que haya en él no sean más que cenizas y recuerdos.

—Nunca antes te había oído afirmar que íbamos a perder, hermano.

Grimaldus negó con la cabeza y continuó con voz todavía grave y enfebrecida:

—El planeta arderá independientemente de nuestro triunfo o nuestra derrota. Y ésa es la realidad de nuestra próxima cruzada.

—¿Tan seguro estás?

—Lo siento en mi sangre. Ganemos o perdamos —asintió el capellán—, cuando llegue nuestro último día en Armageddon, aquellos de nosotros que sobrevivan se darán cuenta de que ninguna otra guerra que hayamos librado jamás nos habrá costado tan cara.

—¿Has hablado de esto con el gran mariscal? —Artarion se rascó la parte trasera del cuello, aliviando con la punta de los dedos el picor que rodeaba uno de los conectores de su columna vertebral.

Grimaldus rio. La ingenuidad de su hermano lo pilló momentáneamente por sorpresa.

—¿Crees que necesita que yo se lo diga?

Pocas naves del Imperio del Hombre igualaban la grandeza letal del *Cruzado eterno*.

Algunas naves surcaban los cielos como los barcos el mar de la antigua Terra, y viajaban por las estrellas con solemnidad y con acompasada gracia. El *Cruzado eterno* no era una de ellas. Como una lanza dirigida hacia el vacío de la mano del mismísimo Rogal Dorn, el buque insignia de los Templarios había estado atravesando el espacio durante diez mil años de guerra. Sus motores rugían y dejaban una estela de plasma a su paso mientras propulsaban a la nave de mundo en mundo en nombre de la Gran Cruzada del Emperador.

Y el *Cruzado* no estaba solo.

Tras él, los buques de mando *Vigilia nocturna* y *Majestad* forzaban los motores, luchando por mantener el ritmo y la formación en lanza con su nave insignia. Tras estos pesados cruceros, una barcaza de batalla y un crucero de asalto más pequeño respectivamente, un ala de fragatas de apoyo formaban el resto de la lanza. Eran siete en total, todas rápidas interceptoras propulsados hacia adelante sin ningún problema para mantener la formación con el *Cruzado*.

La nave volvió a la realidad dejando un reguero de humo amarillento de disformidad procedente de su rugiente campo Geller. El resplandor de sus propulsores de plasma despedía un rastro gaseoso que envolvía los escudos de vacío de las naves que volvían al espacio real justo detrás de ella.

Delante de ellos se encontraba un planeta ceniciento, oscurecido por una nube

impura, que aparentaba una extraña calma a pesar de toda la agitación que lo rodeaba.

Si alguien se asomase al vacío que rodeaba el amargo y castigado mundo de Armageddon, vería un floreciente subsector de espacio imperial en el que incluso los planetas colmena más prósperos presentaban heridas de curación más lenta de lo normal.

Era una región de espacio en el que los propios mundos tenían cicatrices. La guerra y el miedo a otro colosal conflicto en el sector se cernían sobre trillones de leales almas imperiales como la amenaza de una tormenta que está eternamente a punto de estallar.

Algunos decían que el Imperio del Hombre estaba muriendo. Éstas heréticas voces hablaban de guerras interminables de la humanidad contra sus diversos enemigos y auguraban que su destino se estaba decidiendo en los fuegos de millones de campos de batalla en las innumerables estrellas bajo el mando del Dios Emperador.

En ningún lugar eran más evidentes las palabras de estos videntes y profetas que en el asolado, pero reconstruido, subsector de Armageddon, denominado así por su mundo más importante, un mundo responsable de la producción y el consumo a un nivel inmenso e incomparable.

Armageddon en sí constituía un bastión de fuerza imperial. Sus fábricas, que no cesaban su actividad ni de día ni de noche, producían tanques de manera incesante. Millones de hombres y mujeres vestían la armadura color ocre de las Legiones de Acero de Armageddon, que ocultaba sus rasgos bajo las tradicionales máscaras de respiración de esta honorable y prestigiosa división de la Guardia Imperial.

Las colmenas de este desafiante planeta se elevaban hasta la nube de polución que envolvía el mundo en un perpetuo crepúsculo. No había ni rastro de vida natural en Armageddon. Ninguna bestia acechaba a su presa fuera de las ciudades colmena en constante expansión. La llamada de la selva era el traqueteo y el martilleo de diez mil fábricas de munición que nunca detenían la producción. Los únicos animales al acecho que había eran el chirrido de las orugas de los tanques sobre las superficies de rococemento del planeta, esperando para ser transportados a través de las estrellas para servir en más de un centenar de distantes conflictos.

Era un mundo consagrado a la guerra de todas las maneras imaginables. Las cicatrices del pasado lo habían vuelto amargo. Las heridas que los enemigos de la humanidad habían abierto en él lo habían hecho un planeta agrio. Armageddon siempre se reconstruyó después de cada devastación, pero no se le permitió olvidar.

El principal recordatorio del último conflicto, la terrible Segunda Guerra, que acabó con billones de muertos, era una instalación en el espacio interplanetario que recibió el nombre de uno de los Ángeles de la Muerte del Emperador.

Dante, lo llamaban.

Y era desde allí desde donde los mortales de Armageddon miraban hacia la negrura del espacio, observaban y esperaban rezando que nada les devolviera la mirada.

Durante cincuenta y siete años se les habían concedido sus ruegos.

Pero este período había llegado a su fin. Los tácticos imperiales poseían ya cifras fiables de los primeros enfrentamientos que confirmaban que la flota de pielesverdes que embestía contra Armageddon era la mayor fuerza invasora alienígena en la historia del segmentum. A medida que las flotas alienígenas se aproximaban al sistema, los refuerzos imperiales se apresuraban hacia los sectores bloqueados y desplegaban a sus soldados en Armageddon antes de que la flota invasora llegase a los cielos del mundo condenado.

El *Cruzado*, barcaza de batalla que no se correspondía con ningún diseño estándar, era un espléndido monasterio fortaleza de color negro carbón con elevadas agujas de catedral gótica, como las púas de un animal, a lo largo de su lomo. Su artillería, que hacía las veces de garras de este depredador nocturno y que era capaz de reducir ciudades enteras a polvo, apuntaba hacia el vacío. A lo largo de la nave y concentradas alrededor de la proa, cientos de baterías de plasma y de cañones lanza esperaban con la boca abierta en la silenciosa oscuridad del espacio.

A bordo de las naves, un millar de guerreros rompían las ataduras del entrenamiento, la preparación y la meditación. Por fin, tras semanas de travesía por el Mar de las Almas, Armageddon, el planeta corazón pulsante del subsector, estaba a la vista.

Los nombres de mis hermanos son Artarion, Priamus, Cador, Nerovar y Bastilan.

Éstos son los caballeros que han luchado a mi lado durante décadas.

Los observo, uno a uno, mientras nos preparamos para el descenso. La cámara en la que nos armamos es una celda sin ningún tipo de decoración, carente de sentimiento, que ahora cobraba vida con los metódicos movimientos de los servidores que nos colocaban la armadura.

La cámara está cargada de la erudita esencia de las frescas vitelas de los rollos de nuestra armadura, de los cobrizos aceites empleados para la limpieza ritual de nuestras armas, y el perenne y empalagoso hedor salado del sudor de los servidores.

Flexiono el brazo y, al realizar el movimiento, siento cómo zumban con una suave vibración los falsos músculos de cable y fibra de la pieza de la armadura. Los rollos de papiro cubren los rincones de mi armadura, y su delicada escritura rúnica relata los detalles de batallas que jamás podría olvidar. Éste papel, de buena calidad según los estándares imperiales, lo fabrican los siervos a bordo del *Cruzado*, que transmiten la técnica de generación en generación. Todo trabajo en la nave es vital. Todas las tareas tienen su propio honor.

Mi tabardo, de color hueso desteñido por el sol, contrasta con el metal del más oscuro de los negros que se encuentra bajo él. La cruz heráldica destaca orgullosa en mi pecho, donde los astartes de capítulos inferiores portan el águila del Emperador. Nosotros no llevamos Su símbolo: somos Su símbolo.

Mis dedos tiemblan mientras el guantelete se cierra en su sitio. No es algo intencionado, es un espasmo nervioso, una respuesta al dolor. Un frío invasivo pero familiar inunda mi antebrazo a medida que la afilada clavija de conexión neuronal del guantelete se hunde en mi muñeca para conectar con los huesos y los músculos reales.

Formo un puño con la mano cubierta de negra ceramita y la relajo. Todos los dedos se doblan a la vez, como si apretase un gatillo. Satisfecho, y con sus ojos sin vida centelleando al reconocer un trabajo completado, el servidor que me viste se aparta para traer mi segundo guantelete.

Mis hermanos pasan por los mismos rituales de comprobación y recomprobación. Una curiosa sensación de malestar se apodera de mí, pero me niego a exteriorizarla. Me limito a observarlos porque estoy convencido de que ésta será la última vez que realicemos juntos este ritual.

No seré el único que muera en Armageddon.

Artarion, Priamus, Cador, Nerovar y Bastilan. Nosotros somos los caballeros de la escuadra Grimaldus.

En sus venas, Cador lleva la sangre bendita de Rogal Dorn con lo que parece un pesado honor. Su rostro está arruinado y su cuerpo destrozado, ahora mitad biónico a causa de haber sufrido heridas incurables, pero permanece desafiante, e incluso infatigable. Es más viejo que yo, mucho más. Sus décadas en los Hermanos de la Espada han quedado atrás; se lo apartó con todos los honores cuando su avanzada edad y sus elementos biónicos, cada vez más numerosos, lo alejaron del ejemplar que había sido anteriormente.

Priamus es el sol naciente del anochecer de Cador. Es consciente de sus habilidades del modo poco sutil e indecoroso de muchos guerreros jóvenes. Sin un ápice de humildad, sus rugidos triunfales en el campo de batalla parecen un mero modo de llamar la atención a gritos, pura fanfarronería. Se autodenomina maestro de espadas, y, a pesar de todo, no se equivoca.

Artarion es... Artarion. Mi sombra, al igual que yo la suya. Es poco frecuente que algún caballero deje a un lado la gloria personal, pero Artarion es quien porta el estandarte en la batalla. Ha bromeado más veces de las que puedo recordar con que lo hace, únicamente, para indicarle al enemigo mi posición. A pesar de su gran valor, no es un hombre bendecido con un ingenioso sentido del humor. La masa de carne que cubre su rostro se la causó un disparo que iba dirigido a mí. Y tengo este pensamiento muy presente cada vez que vamos a la guerra.

Nerovar es el más nuevo entre nosotros. Posee el dudoso honor de ser el único caballero que escogí personalmente, mientras que los demás fueron designados para luchar a mi lado. La escuadra requería la presencia de un apotecario. En las pruebas de selección, Nerovar fue el único que nos impresionó con su calmada entereza. Está comprobando el narthecium instalado en su brazo con sus azules ojos entrecerrados mientras examina las cuchillas y los láseres quirúrgicos. De repente se oye un escalofriante ruido sordo cuando libera su reductor. El instrumento encargado de dar una muerte clemente, el extractor de la semilla genética, sale disparado de su compartimento y después se repliega con siniestra lentitud.

Bastilan es el último. Bastilan, siempre el mejor y el más humilde de nosotros. Un líder pero no un comandante, una presencia inspiradora pero no un estratega, eterno sargento, destinado a jamás ascender a castellano o mariscal. Siempre ha dicho que su puesto es todo lo que desea. Espero que diga la verdad. Si nos está mintiendo, oculta la mentira muy bien tras sus ojos.

Es él quien me habla ahora. Lo que me dice me hiela la sangre.

—Me he enterado por parte de Geraint y Lograine, de los Hermanos de la Espada—dice, escogiendo las palabras con cuidado—, de que se dice que el gran mariscal va a nombrarte para dirigir una cruzada.

Y por un momento, todo el mundo se quedó inmóvil.

El cielo sobre Armageddon era denso y tenía un color gris amarillento. La nube de sulfuro no era nada nuevo para la población, que trataba los muros de su colmena y los protegía contra las lluvias acidas de la estación de tormentas.

Alrededor de todas las ciudades colmena sobre la superficie del planeta, los vastos campos de aterrizaje estaban despejados, y eran bien de rococemento recién pavimentado a toda prisa o simples terrenos allanados bajo las orugas de cientos de camiones diseñados para ello. Alrededor de la colmena Hades, la lluvia descendía cortante sobre las áreas despejadas y chisporroteaba en el denso resplandor de los escudos de vacío que protegen la ciudad. Los cielos de todo el planeta eran un torbellino, los patrones atmosféricos se habían alterado a causa de la cantidad de naves que atravesaban la nube que lo cubría de forma permanente.

No obstante, en la colmena Hades las tormentas eran especialmente violentas. Cientos de transportes de tropas, cuya pintura ya se había derretido y revelaba el apagado metal en algunas partes, soportaban la lluvia mientras descansaban en los campos de aterrizaje. Algunos hombres formaban irregulares columnas en los campamentos levantados a gran velocidad que se extendían por los páramos entre las colmenas, mientras que otros permanecían sentados en silencio, esperando a que amainara para regresar a órbita.

Hades en sí era poco más que una cicatriz industrial que arruinaba la cara de

Armageddon. A pesar de los esfuerzos por reconstruir la ciudad después de la última guerra que tuvo lugar hacía más de medio siglo, todavía quedaban muchos vestigios. Chapiteles derribados, bóvedas destrozadas, catedrales convertidas en ruinas... Éste era el panorama después de la muerte de una colmena.

Un escuadrón de cañoneras Thunderhawk atravesó la nube. Para los hombres que se ocupaban de las almenas de Hades, parecían una bandada de cuervos descendiendo del cielo ennegrecido.

Mordechai Ryken observó las cañoneras a través de sus magnoculares. Tras varios segundos de borrosidad mientras ampliaba la imagen, las retículas verdes enfocaron los cascos y transcribieron un análisis en texto blanco junto a la imagen.

Ryken bajó el visor. Éste colgaba de una cinta de cuero alrededor de su cuello y descansaba sobre la chaqueta de color ocre que vestía como parte de su uniforme. Sentía su aliento caliente sobre el rostro, reciclado y filtrado a través de la máscara del respirador que le cubría la boca y la nariz.

Sin embargo, el aire seguía teniendo sabor a letrina. Y no olía precisamente mejor. Ésas son las ventajas de una atmósfera con alto contenido en sulfuro. Ryken seguía esperando acostumbrarse a aquello, y había permanecido en aquel mismo lugar cada día de sus treinta y siete años de vida.

Bajo las almenas, trabajando en una torreta antiaérea, un equipo de sus hombres se había reunido con un tecnosacerdote cubierto con una túnica. Aquella monstruosidad provista de múltiples cañones empequeñecía a la media docena de soldados que estaban ante ella.

—¿Señor? —dijo uno de ellos a través del comunicador.

Ryken sabía quién era a pesar de los holgados abrigos sin forma que llevaban todos. Sólo uno de ellos era una mujer.

—¿Qué pasa, Vantine?

—Eso son cañoneras astartes, ¿verdad?

—Buen ojo.

Realmente tenía muy buena vista. Vantine habría sido francotiradora mucho tiempo atrás si hubiese tenido algo de puntería. Pero, lamentablemente, para ser francotirador hay que tener algo más que vista.

—¿Cuáles? —inquirió.

—¿Qué importa eso? Los astartes son astartes. Los refuerzos son refuerzos.

—Sí, pero ¿cuáles son?

—Templarios Negros. —Ryken respiró hondo y se pasó la lengua por un corte en el labio mientras observaba a la flota de Thunderhawk aterrizar en la distancia—: Cientos de ellos.

Una columna de la Guardia Imperial desfiló desde Hades para recibir a los recién

llegados. Un Chimera de mando, en el que ondeaba una gran cantidad de impresionantes banderas, precedía a seis tanques de combate Lemman Russ, cuyas orugas se clavaban en el rococemento recién pavimentado.

Los transportes de soldados todavía esperaban por todo el campo de aterrizaje, y el torbellino de sus motores lanzaba el viento y el polvo en todas direcciones, pero el general Kurov, de la Legión de Acero de Armageddon, no parecía tener intenciones de pararse a saludar a nadie.

A pesar de su avanzada edad, Kurov mostraba una figura erguida en su mugriento uniforme de color ocre y galón negro y con un revestimiento antibalas en el torso. No lucía ninguna de sus muchas medallas, y tampoco había ni rastro de oro, plata, galones, o cualquier otra clase de pompa. Aquél era el hombre que había dirigido el Consejo de Armageddon durante décadas, y que se había ganado el respeto de su gente metiéndose hasta las rodillas en pantanos de sulfuro y en las densas junglas después de la última guerra para dar caza a los xenos supervivientes como parte de los mal reputados pelotones de cazadores de orkos.

Bajó con gran estruendo por la rampa recolocándose la gorra para protegerse de la molesta luz del sol de la tarde. Un grupo de guardias, todos con la ropa igual de andrajosa que su comandante, descendieron por la rampa tras el general. A medida que avanzaban, los cráneos deformes golpeteaban colgados de cinturones y bandoleras. Cruzados sobre el pecho sujetaban unos rifles láser que hacía tiempo que habían dejado de parecerse al modelo estándar, ya que cada uno mostraba sus propias modificaciones y accesorios.

Kurov marchaba con su maltrecho grupo de guardaespaldas en un orden correcto, pero sin ningún esfuerzo consciente. Los dirigía hacia las Thunderhawk estacionadas, las cuales seguían emitiendo un sordo quejido mecánico mientras sus propulsores se desactivaban.

Dieciocho cañoneras. Kurov conocía el número por el informe inicial del áuspex desde que los Templarios habían aterrizado. Ahora permanecían inmóviles en filas desorganizadas, con las rampas retiradas y los mamparos sellados. La parte inferior de los cascos, las romas partes delanteras y los extremos de las alas todavía mostraban el resplandor del calor de los escudos térmicos enfriándose tras las secuelas del descenso.

Delante de la flota de cañoneras había tres astartes quietos como estatuas, y no había ningún signo que indicase de qué naves habían desembarcado.

Sólo uno de ellos llevaba puesto el casco y miraba a través de las lentes color rubí de la máscara de acero con forma de calavera.

—¿Eres Kurov? —inquirió uno de los astartes.

—Así es —respondió el general—. Es un ho...

Todos a una, los tres guerreros sobrehumanos sacaron sus armas. Kurov dio

involuntariamente un paso atrás, no a causa del miedo, sino de la sorpresa. Las armas de los caballeros cobraron vida con un zumbido a coro de células de energía activándose. Las centellas, controladas y crepitantes, cubrían los filos de los tres artefactos.

El primero era un gigante que vestía una armadura de bronce y oro sobre negro. La superficie de la ceramita estaba cubierta de inscripciones que narraban sus hazañas en minúsculas runas góticas, además de otros adornos, trofeos e insignias de honor con sellos de cera roja y tiras de papiro. Agarraba una espada a dos manos con una hoja más larga que la altura del propio Kurov y dirigió la punta hacia el suelo. El rostro del caballero reflejaba todas las guerras en las que había luchado: mandíbula cuadrada, cicatrices y rasgos carentes de expresión.

El segundo astartes, que vestía una armadura negra más simple, llevaba una capa de tejido oscuro y forro escarlata. Su espada no igualaba en absoluto el esplendor de la reliquia del primer caballero, pero, a pesar de su simpleza, la larga hoja de hierro oscurecido no era menos mortífera. El rostro de este caballero carecía de la inexpresividad del primero. Luchaba por no sonreír mientras bajaba la punta de su propia espada hacia el suelo.

Y por último, el caballero que todavía llevaba puesto el yelmo, que no llevaba espada. El rococemento bajo sus pies temblaba ligeramente con el martilleo de su maza de guerra sobre el suelo. La cabeza de la maza, una estilizada cruz sobre las alas del águila imperial, resplandecía en protesta, y las centellas crepitaban cada vez que el metal tocaba el suelo.

Los tres caballeros se arrodillaron con la cabeza inclinada. Todo esto sucedió en un instante, en el transcurso de menos de tres segundos desde que Kurov había hablado.

—Somos los caballeros del Emperador —entonó el gigante de bronce y oro—. Somos los guerreros de la Eterna Cruzada e hijos de Rogal Dorn. Yo soy Helbrecht, gran mariscal de los Templarios Negros. Y quienes me acompañan son Bayard, paladín del Emperador, y Grimaldus, reclusiarca.

Al oír sus nombres, ambos caballeros asintieron.

Helbrecht continuó. Su voz era como un rugido.

—A bordo de nuestras naves en órbita se encuentran los mariscales Ricard y Amalrich. Hemos venido para ofreceros nuestras espadas, nuestro servicio y las vidas de más de novecientos guerreros para defender vuestro mundo.

Kurov permaneció en silencio. Novecientos astartes... Se habían conquistado sistemas estelares enteros con una fracción de ese número. Había recibido a decenas de comandantes astartes en las últimas semanas, pero pocos habían traído una fuerza tan significativa con ellos.

—Gran mariscal —dijo el general por fin—. Ésta noche se celebrará un consejo

de guerra. Tú y tus guerreros seréis bienvenidos.

—Allí estaremos —respondió el gran mariscal.

—Me alegra oír eso —contestó Kurov—. Bienvenidos a Armageddon.



DOS

LA CRUZADA ABANDONADA

Ryken no sonreía.

Nunca había sido partidario de matar al mensajero, pero en esta ocasión estaba tentado a dejar a un lado su costumbre. Tras él se elevaba la torreta antiaérea que los cubría a todos con su sombra y los protegía del tenue resplandor del sol de la mañana. Una escuadra de sus hombres trabajaba en aquella torreta, al igual que lo habían hecho en muchas otras a lo largo de las murallas en el transcurso de los últimos dos meses. No faltaba mucho para que estuviera operativa. No eran técnicos, pero conocían los ritos básicos de mantenimiento y los rituales de calibración.

—Un minuto para el disparo de prueba —dijo Vantine con la voz amortiguada tras la máscara de su respirador.

Y fue entonces cuando apareció la mensajera. Fue también entonces cuando Ryken dejó de sonreír, a pesar de que era agradable a la vista para el aspecto pulcro y la mirada altiva que solía tener el personal de estrategia.

—Quiero que se comprueben estas órdenes —dijo con voz tranquila pero no por ello menos imperativa.

—Con el debido respeto, señor —dijo la mensajera, alisándose el uniforme ocre —, estas órdenes proceden del Viejo. Está reorganizando la disposición de todas nuestras fuerzas, y la Legión de Acero tiene el honor de ser la primera en esa reevaluación.

Las palabras arrebataron a Ryken todo deseo de discutir. De modo que era cierto: el Viejo había vuelto.

—Pero Helsreach está a medio continente de distancia —lo intentó—. Llevamos meses trabajando en la artillería de la muralla de Hades.

—Treinta segundos para el disparo de prueba —gritó Vantine.

La mensajera, cuyo nombre era Cyria Tyro, tampoco sonreía. En su puesto como quinta ayudante del general Kurov, los soldados de infantería y los plebeyos siempre estaban poniendo en duda las órdenes que transmitía, como si fuera posible atreverse a cambiar una sola palabra de las instrucciones del general. Los demás ayudantes no tenían dificultades en aquella zona, estaba convencida de ello. Por algún motivo desconocido, aquella escoria de la sociedad simplemente no la aceptaba. Tal vez sólo estuviesen celosos de su puesto. Si ése era el caso, es que estaban todavía más locos de lo que pensaba.

—Hace tiempo que se me encomendaron ciertos aspectos de los planes del general —mintió Tyro—. Aspectos que soldados de primera línea como usted acaban de empezar a conocer. Lo siento si esto lo sorprende, comandante, pero una orden es una orden. Y estas órdenes vienen de parte de la máxima autoridad.

—Pero ¿es que no vamos a defender siquiera la maldita colmena?

En ese momento, Vantine disparó desde la torreta. El suelo tembló bajo sus pies al tiempo que cuatro cañones escupían con furia hacia el cielo vacío. Ryken maldijo, aunque nadie llegó a oírlo debido al atronador eco de los disparos. Tyro también maldijo, pero a diferencia del lamento del comandante Ryken, sus palabras iban dirigidas a Vantine y al equipo de la artillería.

El comandante estuvo a punto de gritar por encima de su dolor de oídos, que empezaba a menguar, aunque se tomaba su tiempo.

—He preguntado si no vamos a defender siquiera la maldita colmena.

—Usted no —respondió Tyro, haciendo un mohín con la boca fruncida de irritación—. Irá a Helsreach con su regimiento. Sus transportes partirán esta noche. Toda la 101.^a Legión de Acero debe embarcar y estar lista para ser transportada al anochecer, en seis coma cinco horas.

Ryken se detuvo. Seis horas y media para embarcar a tres mil hombres y mujeres en transportes de carga pesada, cañoneras y trenes terrestres. Era la clase de malas noticias que hacía que el comandante sintiese la necesidad imperiosa de ser abrumadoramente sincero.

—El coronel Sarren se va a poner furioso.

—El coronel Sarren ha asumido esta misión sin discusión y con solemne devoción, comandante. Veo que su oficial al mando todavía tiene mucho que enseñarle a ese respecto.

—Muy amable. Ahora dígame por qué nos envían a nosotros hasta Helsreach. Pensaba que Insan y la 121.^a Legión eran los reyes de ese estercolero.

—El infusor del corazón augmético del coronel Insan ha sufrido un fallo terminal esta mañana. Su segundo oficial nombró a Sarren particularmente, y el general Kurov estuvo de acuerdo.

—¿Por fin ha muerto ese viejo desgraciado? ¡Ja! Con todos esos carísimos órganos augméticos que había fabricado y la palma seis meses después. Me encanta. Es estupendo.

—¡Comandante! ¡Tenga un poco de respeto!

Ryken frunció el ceño.

—No me gusta usted —le dijo a Tyro.

—Pues no sabe cuánto lo siento —respondió con sarcasmo la asistente del general sin intentar esconder su ceño fruncido—, porque se le ha asignado un enlace para asistirlo en el trato con los astartes y la milicia reclutada, de modo que iré con usted. —La mujer ponía cara de haberse comido algo agrio.

De repente, una muda, extraña y efímera conexión se formó entre ellos. Al fin y al cabo los habían exiliado al mismo lugar. Sus miradas se encontraron por un instante y estuvo a punto de surgir la base de algo parecido a una amistad a regañadientes.

El momento se rompió cuando Ryken se apartó.

—Sigues sin gustarme.

—La Colmena Hades no sobrevivirá a la primera semana.

El hombre que habla es anciano, y aparenta tener cada una de las horas de su edad. Lo que lo mantiene en pie es una mezcla de operaciones químico-quirúrgicas rejuvenecedoras, elementos biónicos rudimentarios y una inmensa fe en el Emperador fundada en el odio por los enemigos de la humanidad.

Me gusta desde el momento en que las retículas de mi visera se centran en él. Una amalgama de piedad y de odio resuenan en cada una de sus palabras.

No debería tener poder, no hasta el punto en que lo tiene. No es más que un comisario de la Guardia Imperial, y ese título no obliga a los generales, coroneles, capitanes astartes y señores del capítulo a guardar silencio a la hora de realizar planes tácticos. Pero para los humanos de aquel consejo de guerra y para los habitantes de Armageddon es «el Viejo», un querido héroe de la Segunda Guerra, librada hace cincuenta y siete años.

Y no es un simple héroe. Es «el héroe».

Su nombre es Sebastian Yarrick, e incluso los astartes deben respetar ese nombre.

Y cuando nos dice que la colmena Hades será destruida en cuestión de días, un centenar de comandantes imperiales, tanto humanos como astartes, están pendientes de cada una de sus palabras.

Yo soy uno de ellos. Ésta será mi primera misión verdadera al mando.

El comisario Sebastian Yarrick se inclina sobre el borde de una mesa de pantalla hololítica. Con la mano que le queda (su otro brazo no es más que un muñón) introduce las coordenadas en el teclado numérico, y la proyección hololítica de la

colmena Hades se amplía con parpadeante impaciencia para mostrar cada insignificante detalle de ambos hemisferios del planeta.

El Viejo, un humano demacrado y arrugado de rasgos afilados y con los huesos faciales muy marcados, señala en el mapa la runa que representa la colmena Hades y los territorios que la rodean, páramos en su mayoría.

—Hace seis décadas —dice—, el Gran Enemigo fue derrotado en Hades. Nuestra defensa aquí fue lo que nos hizo ganar la guerra.

Se oyen murmullos generales de asentimiento. La voz del comisario llega a toda la cámara a través de drones craneales flotantes equipados con altavoces donde en su día habían tenido la mandíbula.

Me rodea el familiar zumbido de las servoarmaduras activas, aunque los olores y los rostros que ven mis ojos son nuevos para mí. A mi izquierda, a una respetuosa distancia, y con un rostro destrozado y orgulloso alrededor de sus considerables órganos biónicos, se encuentra el señor del capítulo Seth, de los Desgarradores, conocido por sus hombres como el Guardián de la Furia. Huele a aceites de artillería sagrados, a la potente sangre de su primarca que corre bajo su curtida piel y a la fuerte y desagradable esencia reptil de los lagartos depredadores que merodean por los bosques de su mundo natal. Seth está acompañado de sus propios oficiales, ambos con la cabeza descubierta y con el rostro tan destrozado como el de su señor del capítulo. Cualesquiera que hayan sido las guerras que han librado los Desgarradores en las últimas décadas, los conflictos no han tenido clemencia con ellos.

A mi izquierda se encuentra mi señor Helbrecht, resplandeciente en su armadura de batalla de color negro y bronce. Junto a él se encuentra Bayard, el paladín del Emperador. Ambos dejan sus cascos sobre la mesa, distorsionando el borde de la pantalla hololítica, y centran toda su atención en el viejo comisario.

Yo cruzo los brazos sobre el pecho y hago lo mismo.

—¿Por qué? —pregunta alguien.

Su voz es grave, demasiado grave para ser humana, y atraviesa la cámara sin necesidad de un amplificador. Un centenar de cabezas se vuelve para mirar a un astartes vestido de un llamativo rojo anaranjado de un capítulo inferior que desconozco. Da un paso hacia adelante, apoya los nudillos sobre la mesa y mira a Yarrick desde una distancia de casi veinte metros.

—Habla el hermano capitán Amaras —anuncia un heraldo imperial desde su posición al lado de Yarrick mientras se alisa la túnica azul oficial de su cargo. Después golpea el suelo con su cayado tres veces—. Comandante de los Ángeles de Fuego.

Amaras asiente en agradecimiento y mira fijamente a Yarrick.

—¿Por qué iba el señor de la guerra de las pielesverdes a destruir el mejor campo de batalla de la última guerra? Nuestras fuerzas deberían congregarse en Hades y

prepararse para defenderla de su mayor ataque.

Los murmullos de asentimiento de los comandantes inundan la sala. Envalentonado, Amaras sonríe a Yarrick.

—Somos los Elegidos del Emperador, mortal. Somos sus  ngeles de la Muerte. Tenemos siglos de experiencia en combate en comparación con los comandantes humanos que te acompañan.

—No —responde otra voz como un rugido distorsionado a través de un comunicador y filtrado a través de los altavoces de un casco.

Trago saliva mientras el heraldo golpea de nuevo el suelo con su cayado tres veces.

No me había dado cuenta de que había hablado en voz alta.

—Habla el hermano capellán Grimaldus —anuncia—, reclusiarca de los Templarios Negros.

Grimaldus negó con la cabeza ante más de un centenar de comandantes, humanos y astartes reunidos alrededor de la inmensa mesa de aquella cámara convertida en auditorio, utilizada en su día para cualquier monótona tarea de operaciones que tuviera que realizarse en un planeta fábrica. A su alrededor, una profusión de colores, de heráldica, de símbolos identificativos, de uniformes variados, de designaciones del regimiento y de iconografía. El general Kurov estaba junto al comisario y mostraba su deferencia por el Viejo en todos los aspectos.

—Los xenos no piensan como nosotros —dijo Grimaldus—. Los pielesverdes no vienen a Armageddon buscando venganza ni con ansias de desangrarnos por las derrotas que sufrieron a manos imperiales en el pasado. Vienen por el placer de la violencia.

Yarrick, un esqueleto cubierto de carne pálida y con un uniforme oscuro, observaba al caballero en silencio. Amaras golpe  la mesa con el puño y señaló al templario. En un instante de calma sepulcral, Grimaldus consideró sacar su pistola y acabar con él inmediatamente.

—Eso apoya mi opinión —gru o Amaras.

—En absoluto.  Hab is inspeccionado lo que queda de la colmena de Hades? Es una ruina. No hay nada por lo que luchar, nada que defender. El Gran Enemigo lo sabe. Es consciente de que las fuerzas imperiales no opondrán más que una pequeña resistencia aquí, y que se centrarán en defender colmenas que todavía merece la pena defender. Es probable que el señor de la guerra orko destruya Hades desde órbita en lugar de intentar tomarla.

— No podemos permitir que esta colmena caiga!  Es un símbolo del desafío de la humanidad! Con todos mis respetos, capellán...

— Ya basta! —exclamó Yarrick—. Paz, hermano capitán Amaras. Grimaldus

tiene razón.

Grimaldus inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—¡A mí no va a acallarme ningún mortal! —rugió Amaras, pero su lucha estaba perdida.

Yarrick, el anciano y enjuto comisario, se limitó a mirar fijamente al capitán astartes. Al cabo de unos momentos, Amaras se volvió hacia la topografía hololítica que rodeaba la colmena. Yarrick miró a los oficiales allí reunidos. Su ojo humano tenía un gesto severo, y el augmético zumbaba en su cuenca mientras enfocaba los rostros que tenía ante él.

—Hades no sobrevivirá a la primera semana —dijo de nuevo, esta vez negando con la cabeza—. Debemos abandonar la colmena y enviar a las fuerzas destinadas allí a otros bastiones. Ésta no es la Segunda Guerra. Lo que se acerca al sistema excede con diferencia cualquier fatalidad que haya asolado al planeta anteriormente. Las demás colmenas deben reforzarse mil veces mejor. —El anciano se tomó un momento para aclararse la garganta y una ronca tos seca se apoderó de él. Cuando se le pasó, el Viejo sonrió sin un ápice de humor—. Hades arderá. Debemos defender todo lo demás.

Dicho esto, el general Kurov avanzó con una placa de datos.

—Estamos ante una posible discrepancia de mando. —Tomó aliento y continuó —: La flota que asediará Armageddon es demasiado gigantesca como para intentar repelerla.

De repente se formó un coro de protestas de incredulidad. Kurov lo aguantó. Grimaldus, Helbrecht y Bayard fueron de los pocos que permanecieron en silencio.

—Escuchadme, amigos y hermanos —suspiró— prestad atención. Aquéllos que insistáis en pensar que esta guerra no será más que un conflicto de desgaste os estáis engañando. Según los cálculos actuales, tenemos más de cincuenta mil astartes en el subsector de Armageddon, y treinta veces este número de Guardias Imperiales. Y este número todavía será insuficiente para garantizar la victoria. Con suerte, la flota de Armageddon, las defensas orbitales, y las flotas astartes que siguen en el vacío conseguirán retrasar la llegada del enemigo nueve días. Y eso en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —preguntó un oficial astartes, engalanado con unas pieles de lobo blanco y vestido con la armadura gris de los Lobos Espaciales. Su lenguaje corporal delataba su impaciencia. Parecía que daba vueltas impaciente, como un cánido enjaulado.

—Cuatro días —respondió el Viejo a través de su adusta sonrisa.

El silencio se apoderó de la cámara de nuevo. Kurov no lo desperdició.

—El almirante Parol, de la flota de Armageddon, ha esbozado su plan y lo ha subido a la red táctica para que puedan evaluarlo todos los comandantes. Una vez

perdida la guerra orbital, ya sea en cuatro o en nueve días, nuestras flotas se alejarán del planeta en una retirada. Desde ese momento, Armageddon estará indefenso ante lo que ya se avecina en la superficie, y los orkos serán libres de aterrizar donde les parezca.

»El almirante Parol dirigirá las restantes naves de la flota en repetidos ataques guerrilleros de desgaste contra las naves invasoras que sigan en órbita.

—¿Quién dirigirá las naves astartes? —preguntó de nuevo el capitán Amaras.

Hubo una nueva pausa. El comisario Yarrick dio la palabra a un grupo de guerreros de armadura oscura que había al otro lado de la mesa.

—Dada la antigüedad y la experiencia de su capítulo, el gran mariscal Helbrecht, de los Templarios Negros, estará al mando de las flotas astartes.

Y una vez más, varios comandantes astartes que reclamaban que la gloria fuera suya formaron un alboroto. Los caballeros hicieron caso omiso.

—¿Debemos quedarnos en órbita? —preguntó Grimaldus, acercándose a su comandante.

El gran mariscal respondió sin apartar la mirada de Yarrick:

—Somos la opción obvia para dirigir las fuerzas astartes en las batallas orbitales.

El capellán miró al otro lado de la cámara, a los líderes y oficiales de un centenar de fuerzas diferentes.

«Me equivocaba —pensó—. No moriré inútilmente en este mundo». El entusiasmo, ardiente y urgente, atravesó su sistema, tan real y vital como el flujo de adrenalina que inundaba sus dos corazones.

—El *Cruzado* atravesará como una lanza el centro de su flota. Gran mariscal, podemos acabar con el tirano pielverde antes de que ponga un pie en este mundo.

Helbrecht apartó la mirada del anciano comisario mientras su capellán hablaba y la fijó en Grimaldus. Sus ojos oscuros atravesaban la máscara de calavera del otro caballero con su intensidad.

—Ya he hablado con los demás mariscales, hermano. Debemos renunciar al contingente en la superficie. Yo dirigiré la cruzada orbital. Amalrich y Ricard dirigirán a las fuerzas en los Desiertos de Ceniza. Sólo queda una única cruzada: defender una de las ciudades colmena que sigue desprovista de astartes.

Grimaldus negó con la cabeza.

—Ése no es nuestro deber, mi señor. Tanto Amalrich como Ricard cuentan con una infinidad de honores inscritos en sus armaduras. Ambos han dirigido cruzadas más importantes. Ninguno querrá exiliarse a una colmena manufactorum mientras mil hermanos libran una gloriosa guerra en los cielos. Se sentirán avergonzados.

—A pesar de todo —la expresión de Helbrecht era implacable, sus rasgos parecían tallados en piedra—, un comandante tendrá que quedarse.

—No. —Al caballero se le heló la sangre—. No lo hagas.

—Ya está hecho.

—No —repitió, sintiéndolo con todas las fibras de su ser—. No.

—Éste no es el momento. La decisión está tomada, Grimaldus. Te conozco, igual que conocía a Mordred. No renunciarás a este honor.

—No —dijo Grimaldus una vez más, tan alto que otros comandantes se volvieron a mirar.

Helbrecht no dijo nada. Grimaldus se acercó más a él.

—Sería capaz de reventar su negro corazón al Gran Enemigo con mis propias manos y de incendiar su blasfemo buque insignia sobre la superficie de Armageddon. No me dejes aquí, Helbrecht. No me niegues la gloria.

—No renunciarás a este honor —dijo el gran mariscal con una voz tan fría como su rostro.

Grimaldus ya no quería seguir formando parte de aquella reunión. Peor aún, sabía que su presencia era irrelevante. Mientras se discutían las estrategias y las tácticas para la próxima defensa orbital, el caballero se apartó de la pantalla hololítica.

—Espera, hermano.

Helbrecht pronunció estas palabras como una petición, no como una orden, lo que hizo que fueran más fáciles de ignorar.

Grimaldus salió de la cámara sin mediar palabra.

Ya se había decidido su destino, de un modo tan sombrío como aquel mundo: la colmena Helsreach.

—¡Por la sangre de Dorn! —exclamó Artarion con vehemencia—. ¡Menudo panorama!

—Esto es... enorme —susurró Nerovar.

Las cuatro Thunderhawk atravesaban el cielo sulfuroso y partían densas nubes amarillas que se iban alejando a su paso. Desde el puente de mando de la nave principal, seis caballeros observaban la inmensa ciudad a sus pies.

Y decir inmensa era quedarse corto.

Las cuatro cañoneras, con los propulsores aullando, viraron elegantemente al unísono alrededor de una de las agujas industriales más altas. Era de color gris pizarra y expulsaba un humo denso hacia el cielo sucio, al igual que otros cientos más.

Un ala de escoltas compuesta de pequeños cazas Lightning fáciles de maniobrar avanzaba sin esfuerzo junto a las Thunderhawk astartes. No eran ni bien ni mal recibidas, simplemente eran ignoradas.

—No es posible que seamos la única fuerza astartes enviada a esta ciudad —dijo Nerovar mientras se sacaba el casco blanco con un silbido de presión de aire y observaba con los ojos descubiertos la metrópolis iluminada bajo sus pies—. ¿Cómo vamos a defender esto solos?

—No estaremos solos —dijo el sargento Bastilan—. La Guardia está con nosotros. Y la milicia.

—Humanos —espetó Priamus con aire despectivo.

—La Legio Invigilata ha aterrizado al este de la ciudad —comunicó Bastilan al guerrero—. Titanes, hermano. Veo que de eso no te burlas.

Priamus no respondió. Pero tampoco asintió.

—¿Qué es eso?

Los caballeros se inclinaron hacia adelante tras las palabras de su líder. Grimaldus señaló un inmenso tramo de una calzada de rococemento lo bastante amplio como para acomodar un carguero o un transporte de tropas de la Guardia Imperial.

—Es una carretera, señor —dijo el piloto. Después comprobó sus paneles—. La carretera de Hel —precisó.

Grimaldus permaneció en silencio observando la colosal carretera y los miles y miles de vehículos que iban y venían por ella.

—La carretera divide la ciudad como una columna. Veo cientos de carreteras secundarias y de caminos que salen de ella.

—¿Y? —preguntó Priamus, dejando bien claro con su tono lo poco que le importaba la respuesta.

—Y... —Grimaldus se volvió hacia la escuadra— eso significa que quien tenga el dominio de la carretera de Hel tiene el control de la ciudad en sus manos. La carretera permitirá a los soldados maniobrar más fácilmente. Incluso los titanes avanzarán más de prisa, tal vez el doble de rápido que si tuviesen que atravesar las torres de las colmenas y los edificios de la ciudad.

Nerovar negó con la cabeza. Era el único de ellos que mostraba enteramente sus rasgos. Su rostro reflejaba inseguridad, en la medida en que un astartes podía parecer inseguro.

—Reclusiarca —pronunció el nuevo título de Grimaldus con vacilación—: ¿cómo vamos a defender... todo esto? Una carretera interminable que da a otras mil más.

—Con la espada y el bólter —respondió Bastilan—. Con fe y con fuego.

Grimaldus reconoció sus propias palabras en boca del sargento. Después se volvió en silencio a observar de nuevo la ciudad a sus pies y el inmenso tramo de carretera que dejaba toda la colmena abierta, accesible.

Vulnerable.



TRES

LA COLMENA HELSREACH

Las Thunderhawk aterrizaron en una plataforma claramente diseñada para la carga de mercancías. Las grúas y los servidores se apartaron de su radio de acción a medida que las cañoneras descendían en una lluvia de líquido y el calor de los motores.

Las rampas golpearon la superficie de la plataforma y las cuatro cañoneras liberaron su carga: un centenar de caballeros en filas ordenadas que marchaba en formación ante sus Thunderhawk.

Observando el despliegue, e intentando desesperadamente no exteriorizar lo impresionado que estaba, se encontraba el coronel Sarren, de la 101.^a Legión de Acero de Armageddon. Tenía las manos unidas con los dedos entrelazados sobre su nada despreciable estómago. A su alrededor había decenas de hombres, algunos soldados, algunos civiles, y todos más o menos nerviosos por la presencia de los cien gigantes de armadura negra que formaban filas ante ellos.

El coronel se aclaró la garganta, comprobó que los botones de su sobretodo ocre estaban abrochados en el orden correcto, y marchó hacia los gigantes.

Uno de ellos, que llevaba un casco con la forma de una calavera sonriente de plata y acero relucientes, dio un paso adelante para saludar al coronel. Con él avanzaron otros cinco caballeros, todos con espadas e inmensos bólters, excepto uno, que portaba un elevado estandarte. En el estandarte, que ondeaba vagamente en la leve brisa, una escena roja y negra retrataba a un caballero con el yelmo de calavera bañado por la dorada pureza de un águila llameante.

—Soy Grimaldus —dijo el primero, mirando con sus lentes brillantes como piedras preciosas al corpulento coronel—, reclusiarca de la cruzada Helsreach.

El coronel tomó aire y se dispuso a responder con su propio saludo cuando, de

repente, los cien caballeros en formación gritaron una consigna con una unisonancia pasmosa:

—*¡Imperator Vult!*

Sarren observó a la centena de caballeros formada en cinco filas de veinte guerreros. Ninguno de ellos parecía haberse movido a pesar de su grito en gótico clásico: «El Emperador lo quiere».

—Soy el coronel Sarren, de la 101.^a Legión de Acero, comandante general de las fuerzas de la Guardia Imperial que defienden la colmena.

Sarren ofreció la mano al inmenso caballero, y hábilmente convirtió el gesto en un saludo formal cuando quedó claro que éste no iba a estrechársela.

Cada pocos segundos se oían leves chasquidos procedentes de los cascos de los caballeros que tenía más cerca. Sarren sabía perfectamente que estaban hablando entre ellos a través de un canal de voz compartido. Y aquello no le gustaba lo más mínimo.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó el primer caballero. Con una maza de guerra de tamaño y peso descomunales, el reclusiarca señaló a los que acompañaban al coronel, que esperaban en una irregular formación de media luna tras él—. Me gustaría conocer a todos los comandantes de esta colmena, si están presentes.

—Están presentes, señor —respondió Sarren—. Permítame que se los presente.

—Reclusiarca —gruñó Grimaldus—. No «señor».

—Como usted desee, reclusiarca. Ésta es Cyria Tyro, quinta ayudante del general Kurov.

Grimaldus inclinó la cabeza para mirar a la mujer delgada de pelo oscuro.

Ella no hizo ningún esfuerzo por saludar. En su lugar, dijo:

—Estoy aquí para actuar como enlace entre las fuerzas extraplanetarias, como ustedes, reclusiarca, la legión de titanes, y los soldados de la colmena Helsreach. Simplemente llámeme si necesita mi asistencia —concluyó.

—Lo haré —respondió Grimaldus, sabiendo que no lo haría.

—Éste es el comisario Falkov, miembro de mi regimiento —prosiguió el coronel Sarren.

El oficial nombrado dio un taconazo e hizo una inmaculada señal del aquila sobre su pecho. El uniforme oscuro del comisario destacaba con total claridad entre la vestimenta ocre de los oficiales de la Legión de Acero.

—Éste es el comandante Mordechai Ryken, segundo oficial de la 101.^a y segundo comandante de la defensa de la ciudad.

Ryken hizo también la señal del aquila e inclinó prudentemente la cabeza a modo de saludo.

—El comandante Kortén Barasath —continuó el coronel—, de la 5082.^a Ala de la Armada Imperial.

Korten, una figura enjuta vestida todavía con su uniforme de vuelo, saludó inmediatamente.

—Mis hombres iban en los cazas Lightning que os guiaron hasta aquí, reclusiarca. Es un placer volver a servir con los Templarios Negros.

Grimaldus entrecerró los ojos tras la falsa sonrisa de la máscara de su casco.

—¿Ha servido con los guerreros de Dorn anteriormente?

—Personalmente, hace nueve años en Dathax, y la 5082.^a en cuatro ocasiones diferentes. Dieciséis de nuestros cazas están marcados con la cruz heráldica, con permiso del mariscal Tarrison de la cruzada Dathax.

Grimaldus inclinó la cabeza mostrando un evidente y solemne respeto a pesar de llevar puesto el casco.

—Es un honor, Barasath —dijo.

El líder del escuadrón contuvo una sonrisa de satisfacción y saludó de nuevo.

Y las presentaciones de los oficiales de la Legión de Acero continuaron. Al final de la fila había dos hombres, uno con un limpio y adornado uniforme azul celeste, como el cielo de mundos mucho más limpios que aquél, y el otro con un mono de trabajo con manchas de aceite.

El coronel Sarren señaló al hombre delgado de uniforme inmaculado.

—El honorable primer moderati Valian Carsomir, de la Legio Invigilata, miembro de la tripulación de la sagrada máquina de guerra *Heraldo de Tormenta*.

Grimaldus inclinó la cabeza, pero no exteriorizó ninguna otra muestra de respeto. El piloto del titán inclinó su rostro demacrado en respuesta, sin mostrar emoción alguna.

—Moderati —dijo el caballero—, ¿representas a tu legión?

—A todo un grupo de batalla —respondió el hombre—. Represento a la princeps majoris Zarha Mancion. El resto de la Invigilata está en otros combates.

—Hemos tenido suerte de que aún estuvieseis disponibles —respondió el caballero.

El piloto del titán hizo la señal del engranaje del Mechanicum, con los nudillos entrelazados sobre su pecho, y Sarren terminó con la última presentación.

—Y éste es el capitán portuario Tomaz Maghernus, presidente de la Asociación Portuaria de Helsreach.

El caballero vaciló y saludó de nuevo con la cabeza, del mismo modo que lo había hecho con los soldados.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo Grimaldus al coronel, que sudaba ligeramente a causa del sofocante aire de la tarde.

—Por supuesto. Por aquí, por favor.

Tomaz Maghernus no sabía muy bien qué pensar.

De vuelta en el puerto, en cuanto entró en el almacén su personal lo rodeó y lo bombardeó a preguntas: «¿Cuántos astartes había?». «¿Cuánto medían?». «¿Qué se sentía al ver a uno?». «¿Es verdad todo lo que se cuenta de ellos?».

Tomaz no sabía qué decir. El encuentro no había sido muy halagüeño. El inmenso guerrero con máscara de calavera parecía más desdeñoso que otra cosa. Las filas de caballeros vestidos con su armadura negra permanecieron silenciosas, con su aspecto inhumano, completamente apartados de la delegación de la colmena, y no interactuaron en absoluto.

Respondió a las preguntas con cierta imprecisión que ocultó bajo una convincente falsa sonrisa.

Una hora después estaba de nuevo en la cabina de mando de su grúa, con el cinturón de seguridad puesto, sentado en el chirriante asiento de cuero y haciendo girar el volante para darle la vuelta una vez más a la cuchara de carga. Las palancas controlaban la posición vertical de la cuchara y el agarre de sus garras magnéticas. Tomaz la hizo descender sobre la cubierta del buque cisterna más cercano a su estación y levantó un contenedor en el aire. Las marcas que había a lo largo del pesado contenedor de metal indicaban que contenía sustancias volátiles. El capitán sabía que se trataba de promethium. Las últimas importaciones de combustible para los tanques de la Guardia Imperial llegaban aquella semana. Desde hacía varios meses, lo único que descargaban eran raciones de alimentos deshidratados y envíos de combustible.

Intentó no darle muchas vueltas a su encuentro con los astartes. Había esperado un enardecedor discurso de un guerrero vestido con armadura dorada. Había esperado planes y promesas, juramentos y oratoria.

Definitivamente, había sido un día bastante decepcionante para él.

Una ciudad.

Estoy al mando de una ciudad.

Los preparativos empezaron hace meses, pero los cálculos indican que el Gran Enemigo llegará al sistema en cuestión de días. Mis hombres, los preciados pocos caballeros que siguen conmigo en la superficie de Armageddon, se han diseminado por la creciente colmena. Deben servir como inspiración para los soldados humanos cuando la lucha esté cerca.

Soy consciente de la importancia táctica que tiene esto, pero lamento su ausencia. No es así como debería lucharse una cruzada sagrada.

Las horas pasan rápidamente entre inversiones estadísticas, tablas, proyecciones holólicas y gráficas: el abastecimiento de comida para toda la ciudad. Cuánto durará cuando ya no se pueda recibir nada más en la colmena. Dónde almacenar los alimentos. Cuál será la durabilidad de estos silos, edificios y graneros. Qué tipo de

artillería resistirán. Qué aspecto tienen desde el aire. Proyección de las raciones. Plan de racionamiento sostenible. Plan de racionamiento insostenible, con apéndices de listas de víctimas aproximadas. Dónde es más posible que surjan revueltas por los alimentos una vez que el hambre se convierta en una realidad.

Centros de filtración de agua. Cuántos necesitan estar completamente operativos para abastecer a toda la población. Cuáles es más posible que se destruyan primero, una vez que caigan las murallas de la ciudad. búnkeres subterráneos donde ya se está almacenando agua. Antiguas fuentes naturales que podrían utilizarse en momentos de gran necesidad.

Previsiones de enfermedades una vez que la ciudad esté siendo bombardeada y que el número de heridos sea demasiado alto como para tratarlos a todos con eficiencia. Tipos de enfermedades. Síntomas. Gravedad. Riesgo de contagio. Compatibilidad con el género orko.

Lista de instalaciones médicas. Páginas y más páginas de cómo se abastece cada una de ellas según los informes más recientes hasta el detalle más minucioso. Se realizan nuevos controles de reservas constantemente. Se recibe información actualizada de forma permanente, incluso mientras revisamos las últimas provisiones.

Número de soldados, reclutas y voluntarios. Regímenes y horarios de entrenamiento. Abastecimiento de armas. Abastecimiento de munición para la población civil que forma parte actualmente de las fuerzas armadas. Proyecciones de cuánto durarán estos abastecimientos.

Las Fuerzas de Defensa de la colmena, a medio camino entre la milicia y la Guardia. Quién dirige las fuerzas individuales del sector. Sus armas. Su munición. Su proximidad a objetivos industriales importantes.

El número de efectivos de la Guardia Imperial. ¡Por el Trono, menudo número! Regimientos, sus oficiales, sus archivos de puntería de tiro, sus honores, sus deshones, sus momentos de mayor gloria e ignominia en innumerables mundos distantes. Sus insignias. Sus armas y municiones. Su acceso a las unidades de armamento, desde los vehículos exploradores ligeros hasta los Sentinel y los Chimera pasando por transportes superpesados como los Baneblade y los Stormsword.

Sólo para repasar los datos de la Guardia ya hicieron falta dos días. Y esto, según dicen, no es más que una perspectiva general.

Después vienen las plataformas de aterrizaje. Las plataformas de aterrizaje de la Fuerza de la Defensa de la colmena, emplazamientos civiles que ya están siendo utilizados por la Guardia, y emplazamientos civiles que ya están siendo utilizados para la importación de las provisiones esenciales, bien por parte de las naves de la flota, por comerciantes en órbita o desde alguna otra parte del planeta. El acceso y la salida de estos emplazamientos son críticos, teniendo en cuenta los refuerzos que lleguen a la colmena, los refugiados que salgan y los enemigos que los ocupen como

bases cuando comience el asedio.

La superioridad aérea. El número de cazas ligeros, de cazas pesados y de bombarderos a nuestra disposición. Los archivos de todos los pilotos y oficiales de la 5082.^a Aerotransportada Imperial. Éstos los reviso rápido. Si llevan la cruz de los templarios con el permiso de un mariscal, no es necesario revisar sus actos de valor. Ya están claros. Las proyecciones pasan a ser simulaciones de cuánto tiempo pueden evitar nuestras fuerzas aéreas el aterrizaje enemigo, y en qué situaciones merece la pena utilizar los bombarderos fuera de las murallas de la ciudad. Una tras otra, las simulaciones se suceden parpadeando en la pantalla hololítica. Barasath se alegra de irse una vez terminado, quejándose de una decena de quebraderos de cabeza. Yo sonrío, pero no dejo que ninguno de los humanos se dé cuenta.

Los emplazamientos de defensa pesada de Helsreach. Qué torretas antiaéreas están estacionadas en las murallas y dónde se encuentran. Sus arcos de tiro óptimos. La marca y el calibre de todos los cañones y proyectiles. El número de personal destinado a cada una de estas posiciones. Proyecciones aproximadas del daño que pueden infligir al enemigo teniendo en cuenta incontables posibles escenarios con distintos números de fuerza ofensiva de los pielesverdes. Los equipos que reabastecerán de municiones y desde dónde llegará la munición. Rutas de transporte desde las fábricas.

Y las fábricas en sí. Plantas industriales que producen legiones de tanques de varios tipos incesantemente. Otras fábricas donde se construyen y se distribuyen proyectiles para su uso. Cuáles son los emplazamientos industriales más valiosos, más productivos, de mayor confianza, y los más susceptibles de ser atacados en un asedio prolongado.

La legión de los titanes, la más noble y gloriosa Invigilata. Qué máquinas de guerra tienen en el Desierto de Ceniza a las afueras de la ciudad. Cuáles actuarán en la defensa de Helsreach y cuáles están destinadas a reforzar las hordas de tropas de choque de Cadia y a nuestros hermanos astartes, los Salamandras, al otro lado de Armageddon.

La Invigilata oculta sus archivos internos, pero tenemos suficiente información como para incluir todavía más gráficas hololíticas y simulaciones, añadiendo el poder de los titanes, de varios grados y tamaños, a la posible carnicería.

El puerto. El puerto de Helsreach, el más importante del planeta. Las defensas costeras (murallas, torretas y torres antiaéreas), las necesidades de comercio, las quejas de la asociación y las peticiones sobre los derechos portuarios, los almacenes convertidos en barracones para los soldados y las quejas de los mercantes y de los oficiales portuarios y...

Y he aguantado esto durante nueve días.

Nueve días.

Al décimo, me he levantado de mi silla en el centro de mando de Sarren. A mi alrededor, en la fortaleza blindada del coronel, en el corazón de la ciudad, trescientos servidores y subalternos trabajan en sus puestos: calculando, recopilando datos, transmitiendo, recibiendo, hablando, gritando y, en ocasiones, asustados en silencio y suplicando la ayuda de sus compañeros.

Sarren y varios de sus oficiales y asistentes me observan. Estiran el cuello siguiendo mis movimientos. Es la primera vez que me muevo en siete horas. De hecho, es la primera vez que me muevo desde que me senté aquí esta mañana al amanecer.

—¿Hay algún problema? —me pregunta Sarren.

Yo miro al sudoroso y porcino comandante; este hombre incapaz de hacer que su cuerpo adopte la forma de un guerrero, confinado como está (y absolutamente cómodo con ello) en su incesante proceso de millones y millones de números.

¿Qué clase de pregunta es ésta? ¿Es que están ciegos? Soy uno de los elegidos del Emperador. Soy un caballero de la sangre de Dorn y un guerrero sacerdote de los Templarios Negros. ¿Que si «hay algún problema»?

—Sí —les respondo a todos ellos—. Hay un problema.

—Pero... ¿qué pasa?

No contesto. En lugar de hacerlo, me dispongo a salir de la estancia sin importarme que humanos uniformados salgan corriendo ante mí como insectos asustados.

Con un volumen digno de avergonzar al de un trueno, una sirena empieza a sonar. Me vuelvo hacia la mesa.

—¿Qué es eso?

Los hombres tiemblan al escuchar el grave ladrido del vocalizador de mi casco. La sirena sigue gimiendo.

—Por el Trono del Dios Emperador —susurra Sarren.

La Colmena Helsreach no tenía murallas. Tenía almenas.

Cuando la sirena, que abarcaba toda la ciudad, empezó a sonar, Artarion se encontraba a la sombra de un inmenso cañón cuyos tubos conectados apuntaban hacia el turbio cielo. A varios metros de distancia, el personal humano trabajaba en la base, realizando los rituales diarios de mantenimiento. El sonido de la sirena los hizo vacilar y empezaron a hablar entre ellos.

Artarion miró de nuevo en dirección a la torre fortaleza en el centro de la ciudad. La distancia y el boscoso desorden de agujas de colmena por aquí y por allá bloqueaban su vista.

Sentía cómo los humanos dirigían miradas subrepticias en su dirección. Consciente de que les estaba distrayendo de sus necesarios ritos mecánicos, se alejó

por la muralla. Su mirada se posó, como lo había hecho casi cada hora desde que había llegado a la colmena hacía una semana, sobre la interminable expansión de tierra baldía que alcanzaba más allá del horizonte.

Activando con la vista una runa de comunicación en la pantalla de su visera, conectó un canal de voz. La sirena seguía sonando. Artarion sabía lo que aquello significaba.

—Ya era la hora.

Desde las torres de voz de la ciudad se estaba anunciando algo en un engañoso tono inexpresivo. El coronel Sarren, en un intento por evitar inquietar a la población, había encargado a un servidor lobotomizado la tarea de transmitir la noticia al pueblo:

—Ciudadanos de la colmena Helsreach. Están sonando las primeras sirenas por todo el planeta. No os alarméis. No os alarméis. La flota enemiga ha entrado en el sistema. La poderosa flota de Armageddon y la mejor flota astartes de la historia imperial se interponen entre nuestro mundo y las fuerzas enemigas. No os alarméis. Mantened vuestros ritos diarios de fe. Confiad en el Dios Emperador de la Humanidad. Eso es todo.

En el centro de control, Grimaldus se volvió hacia el oficial humano más cercano, que estaba sentado en un puesto de comunicaciones.

—Tú. Conecta con el buque insignia *Cruzado Eterno* de los Templarios Negros inmediatamente.

El hombre tragó saliva y palideció al ver que un astartes le hablaba directamente y con un tono tan autoritario.

—Es que... mi señor, estoy coordinando el...

El puño negro del caballero golpeó la mesa.

—¡Hazlo ahora mismo!

—S... sí, mi señor. Un momento, por favor.

Los oficiales humanos del equipo de Sarren se miraron con preocupación. Grimaldus no les prestó la más mínima atención. Los segundos pasaban con angustiosa lentitud.

—El *Cruzado Eterno* se está preparando para atacar a la flota enemiga —respondió el oficial—. Puedo enviar un mensaje, pero la comunicación está bloqueada sin los códigos de mando correctos. ¿T... tiene los códigos, mi señor?

Grimaldus los tenía. Miró al hombre asustado y después a los rostros preocupados del personal de mando sentado ante la mesa.

«Estoy siendo un estúpido. La ira me está apartando del deber». ¿Qué esperaba? ¿Que Helbrecht le enviaría una Thunderhawk y le permitiría participar en la gloriosa batalla orbital? No. Le habían encomendado aquel lugar, Helsreach, y ése sería su único y último destino.

«Moriré en este mundo», pensó una vez más.

—Tengo los códigos —respondió el caballero—, pero no es urgente. Basta con que envíes el siguiente mensaje sin solicitar respuesta: «Luchad bien, hermanos».

—Enviado, señor.

—Gracias. —Grimaldus asintió. Después se volvió hacia los oficiales reunidos, y se inclinó sobre la pantalla hololítica con los nudillos de su guantelete apoyados sobre la superficie de la mesa.

»Disculpad mi momento de cólera. Tenemos una guerra que planificar —dijo el caballero, y gruñó las palabras más difíciles que había pronunciado jamás—. Y una ciudad que defender.

Hasta las noches de su muerte, los guerreros de la cruzada Helsreach sobrellevaron sus lamentos y su ira con toda la dignidad que podía esperarse de ellos. Pero no era fácil. No era fácil estar relegado a una ciudad de varios millones de almas aterrorizadas mientras que por encima de las turbias nubes cientos de sus hermanos de batalla se ganaban la gloria luchando contra el acero y la carne de un antiguo y odiado enemigo. Los templarios negros presentes en la ciudad miraban hacia el cielo, como si las rojas lentes oculares de sus cascos pudiesen atravesar las malditas nubes y ver la guerra santa que se estaba librando.

Grimaldus sentía su propia ira como un dolor físico. Le quemaba tras los ojos y bombeaba ácido por sus venas. Pero conseguía dominarlo, como era su deber. Se sentó a la mesa con los planificadores humanos y dialogó, discrepó, coincidió y discutió con ellos.

En un momento dado, un susurro llegó hasta la sala. Era un sonido susurrante, como si se hubiese abierto paso desde bocas humanas hasta oídos humanos intentando evitar enfurecer al caballero astartes vestido de negro. Cuando el coronel Sarren se aclaró la garganta y anunció que las dos flotas habían entablado combate, Grimaldus simplemente asintió. Había oído los primeros susurros treinta segundos antes, a través de las voces crepitantes que salían de los auriculares del personal que trabajaba en los puestos de comunicaciones.

Estaba empezando.

—Deberíamos dar la orden —dijo Sarren tranquilamente.

El coronel obtuvo la aprobación del cuadro de oficiales.

Grimaldus se volvió hacia el oficial de comunicaciones con el que había hablado antes. Ésta vez se paró a observar la insignia que indicaba su rango. El oficial vio que el casco plateado con rostro de calavera asentía una vez en su dirección.

—Teniente —dijo el caballero.

—¿Sí, reclusiarca?

—Da la orden a las fuerzas imperiales de toda Helsreach. La ley marcial debe

ponerse en práctica inmediatamente. —El reclusiarca sentía como se le secaba la garganta ante la gravedad de lo que estaba diciendo—: Sellad la ciudad.

Cuatro mil torretas antiaéreas dispuestas a lo largo de las inmensas murallas de la colmena apuntaron sus múltiples cañones hacia el cielo.

Sobre las innumerables agujas y los tejados de las fábricas, los láseres de defensa secundaria hicieron lo mismo. Los hangares y los almacenes, adaptados para el uso de los escuadrones navales, prepararon las cortas pistas de rococemento necesarias para los cazas STOL. Soldados de la Armada, vestidos con uniforme gris, patrullaban el perímetro de sus bases manteniendo sus emplazamientos aislados y operando casi por separado del resto de la colmena.

Por la ciudad, unos controles de carretera provisionales recientemente establecidos se transformaron en barricadas y en puestos de defensa para cuando las murallas cayesen ante el enemigo. Miles de edificios que habían servido de barracones para la Guardia Imperial y para las fuerzas de la milicia se sellaron con puertas y ventanas blindadas antiaéreas.

Los comunicados desde las torres de voz ordenaban a los ciudadanos de la colmena, que no estuviesen encargándose de ninguna tarea industrial vital, que permaneciesen en sus casas hasta que fuesen llamados por las escuadras de la Guardia y escoltados hasta los refugios subterráneos.

La carretera de Hel, la cuerda de salvamento de la colmena, estaba plagada de controles de la Guardia que despejaban el camino de tráfico civil para dejar espacio para la procesión de tanques y bípedos Sentinel, una cabalgata de chirridos y sonidos metálicos de más de un kilómetro de longitud. Grupos de máquinas de guerra viraban en los desvíos y se dispersaban por la colmena.

Helsreach estaba bloqueada, y sus defensores sujetaban bien sus armas mientras observaban el deprimente cielo.

Ocultos de las miradas de los humanos de la ciudad, el centenar de caballeros, separados por la distancia pero unidos por la sangre de un semidiós que corría por sus venas, se arrodillaron para orar en silencio.

Dieciocho minutos después de que empezasen a aullar las sirenas tuvo lugar el primer problema serio con el despliegue de la fuerza. Los representantes de la Legio Invigilata exigieron hablar con los comandantes de la colmena.

Cuarenta y dos minutos después, a causa exclusivamente del pánico, estallaron las primeras revueltas civiles.

Le formulo a Sarren una pregunta razonable y me responde justo lo que no deseaba escuchar.

—Tres días —me dice.

La Invigilata necesita tres días. Tres días para terminar los preparativos y para armar sus titanes estacionados en los páramos antes de poder desplegarse por la ciudad. Tres días para atravesar las inmensas puertas de las impenetrables murallas de la colmena y situarse dentro de los límites de la ciudad, tal y como se había acordado durante la planificación.

Y Sarren lo empeora todavía más:

—En tres días decidirán si vendrán a ayudarnos o si se desplegarán a lo largo del río Hemlock con el resto de su legión.

Yo logro contener mi ira realizando un grandísimo esfuerzo.

—¿Me estás diciendo que tal vez ni siquiera acudan en nuestra defensa?

—Eso parece —asiente Sarren.

—Según los cálculos, el enemigo traspasará las defensas orbitales dentro de cuatro a nueve días —interviene Hargus, otro de los otros coroneles de la Legión de Acero, desde el otro extremo de la mesa—. De modo que podemos permitirles que se tomen todo el tiempo que necesiten.

Ninguno de nosotros sigue sentado. El volumen de la sirena ha disminuido a un nivel menos inconveniente y el diálogo vuelve a ser una posibilidad realista para los oficiales humanos no modificados genéticamente.

—Voy a la torre mirador —les informo—. Quiero ver cuál es el problema con mis propios ojos. ¿Está el moderati primus todavía en la colmena?

—Sí, reclusiarca.

—Dígale que se reúna conmigo allí. —Me detengo justo mientras salgo de la sala, me doy la vuelta y añado—: Sea cortés, pero no se lo pida. Ordéneselo.



CUATRO INVIGILATA

El Moderati Primus Valian Carsomir se rascaba la barba canosa que oscurecía su mandíbula. Su tiempo era limitado y lo había dejado bien claro.

—No estáis solos en esa posición —señaló Grimaldus.

Carsomir esbozó una sonrisa misteriosa, pero en absoluto empática.

—La diferencia, reclusiarca, es que yo no tengo intenciones de morir aquí. Mi princeps majoris continúa sin decidir si la Invigilata se encaminará a Helsreach.

El caballero se acercó a la barandilla. Las articulaciones de su armadura zumbaban con los suaves movimientos. La plataforma del mirador era un espacio reducido en lo alto de la aguja central de la fortaleza de mando, pero Grimaldus había pasado una buena parte de su tiempo allí arriba todas las noches, observando la colmena mientras ésta se preparaba para la guerra.

En la desvaída distancia, por encima de las murallas de la ciudad, su vista aumentada distinguía los detalles estructurales de los titanes en el horizonte. Allí, en las tierras baldías, las máquinas de guerra de la Invigilata también se estaban preparando. Unas lanzaderas imperiales de voluminoso casco realizaban el turbulento viaje de regreso a órbita como parte de la fase final del despliegue imperial. Pronto, en cuestión de días, ya no habría esperanzas de que nada pudiera aterrizar sobre la superficie del planeta.

—Ésta es la ciudad portuaria más importante de Armageddon. Estamos a punto de ser atacados por la mayor invasión de alienígenas pielesverdes a la que jamás se haya enfrentado el Imperio del Hombre. —El astartes no se volvió hacia el piloto del Titán. Se limitó a seguir observando las gigantescas máquinas de guerra, borrosas a través de la neblina producida por las distantes tormentas de arena—. Necesitamos

titanes, Carsomir.

El oficial se situó junto al astartes. Sus ojos biónicos, ambos con lentes multifacéticas de color verde jade insertadas en una base de bronce, chasqueaban y zumbaban conforme seguía la mirada del caballero sobre la ciudad y más allá de ésta.

—Me hago cargo de tus necesidades.

—¿Mis necesidades? Son las necesidades de la colmena. Las necesidades de Armageddon.

—De acuerdo, de las necesidades de la colmena. Pero yo no soy la princeps majoris. Yo la informo sobre las defensas de las colmenas, pero la decisión es suya. La Invigilata ha recibido muchas peticiones de otras ciudades y de otras fuerzas.

Grimaldus cerró los ojos para pensar. Impasible, su cadavérico yelmo continuaba mirando hacia los distantes titanés.

—Tengo que hablar con ella.

—Yo soy sus ojos, sus oídos y su voz, reclusiarca. Ella sabe todo lo que yo sé; y todo lo que yo digo proviene de ella. Si lo deseas, tal vez podría organizar una conversación a través del comunicador. Pero yo, que ocupo también un cargo bastante considerable, estoy aquí para demostrar que la Invigilata es honesta en su trato contigo.

Grimaldus guardó silencio durante varios segundos.

—Lo sé, soy consciente de tu rango. Dime, moderati, ¿es posible hablar con tu princeps majoris en persona?

—No, reclusiarca. Eso violaría la tradición de la Invigilata.

Los ojos marrones de Grimaldus se abrieron de nuevo, inundándose con el escaso detalle de las máquinas de guerra que se veían en el horizonte.

—Tomo nota de tu objeción —dijo el caballero—, y haré el debido caso omiso de ella.

—¿Cómo? —exclamó el piloto del Titán, pensando que no lo había oído bien.

Grimaldus no contestó. Ya estaba hablando por el comunicador:

—Artarion, prepara el Land Raider. Nos vamos a los páramos.

Cuatro horas después, Grimaldus y sus hermanos estaban bajo la sombra de los gigantes.

Una ligera tormenta de arena azotaba sus armaduras, pero los guerreros la obviaban con tanta indiferencia como Grimaldus había obviado las ofendidas protestas de Carsomir sobre la naturaleza de aquella misión.

Los equipos de servidores trabajaban a nivel del suelo, y aunque se les había operado el cerebro para que no procesaran ni sintieran molestias físicas, el abrasivo polvo del páramo erosionaba su piel al descubierto hasta dejarlos en carne viva y pulía sus partes mecánicas.

Los titanes observaban los páramos en un austero estado de alerta. Eran diecinueve en total, desde los pequeños Warhound para doce tripulantes hasta los Reaver y los Warlord más grandes. Majestuosos e inmunes a los elementos, los titanes estaban salpicados con las formas de los tecnoadeptos y los drones de mantenimiento que realizaban los ritos del despertar.

A pesar de su estado durmiente no estaban en silencio. El ensordecedor aullido de los reactores de plasma internos intentando activarse era como una pesadilla primigenia extraída de mundos donde los humanos temían a los gigantes reptiles depredadores y sus atronadores rugidos.

Era fácil imaginar a cientos de tecnosacerdotes vestidos con túnicas entre la flota de los titanes, salmodiando y orando a su Dios Máquina y a los espíritus de aquellos gigantes de guerra dormidos. Cuando Grimaldus y sus hermanos pasaron bajo la sombra de uno de los Warlord, el incesante chirrido del metal contra el metal se transformó en un estruendo ensordecedor que resquebrajó el aire como si algo hubiese sobrepasado la barrera del sonido. El aire caliente empezó a brotar del casco del titán y, a su alrededor, miles de hombres se postraron de rodillas en la arena, de cara a él y murmurando sus reverencias en la réplica de su renacimiento.

El grito de vida del titán resonó a través de sus altavoces. Era un sonido de pureza mecánica y de exultación orgánica, tan fuerte como un centenar de fábricas trabajando a pleno rendimiento, y tan terrible como la ira de un dios recién nacido.

Y se movió. No con gran velocidad, sino con los pasos vacilantes e inseguros de un hombre que lleva meses sin usar los músculos. Un inmenso pie con forma de garra lo bastante grande como para aplastar un Land Raider se elevó varios metros del suelo y golpeó la tierra un momento después, enviando una nube de polvo en todas direcciones.

—¡El Sacrosanto despierta! —exclamaron cientos de voces a través de los comunicadores—. ¡El Sacrosanto camina!

El titán respondió a los gritos de alabanza de su culto. Rugió de nuevo y su grito tronó a través de los altavoces de sus cuernos y resonó por el páramo.

Aunque era una imagen impresionante, no era por eso por lo que Grimaldus había llevado a sus hombres hasta allí. Su objetivo era todavía más impactante, tanto que hacía que aquellos poderosos Warlord empequeñecieran al no prestarles atención mientras caminaban a su alrededor a la altura de sus brazos artillados.

Era el llamado *Heraldo de Tormenta*.

Los titanes de batalla eran plataformas de artillería andantes capaces de arrasar bloques enteros de colmenas. El *Heraldo* era una fortaleza andante. Sus armas podían arrasar ciudades enteras. Sus piernas, capaces de aguantar el peso de aquella colosal máquina de guerra de sesenta metros de altura, eran bastiones con torretas y ventanas con forma de arco para que los soldados que iban en su interior disparasen al enemigo

mientras el propio titán lo aplastaba bajo sus pies. Sobre su espalda encorvada, el *Heraldo* llevaba las almenas y las siete agujas de una catedral blindada dedicada al Emperador en su forma como Dios Máquina. Unas gárgolas pendían de los extremos de aquella obra de arquitectura, talladas alrededor de las torres de defensa, con sus atemorizadoras bocas abiertas como si aullaran en silencio al enemigo desde su sagrado castillo por encima del suelo.

Los estandartes con los nombres de las máquinas de guerra enemigas con las que había acabado durante los milenios transcurridos desde su nacimiento pendían de los cañones de sus brazos y de las almenas. A medida que el grito de nacimiento del Sacrosanto se desvanecía, los caballeros oyeron el sonido de la comunión religiosa desde la fortaleza-catedral de los gigantescos hombros del *Heraldo*, mientras las almas pías imploraban a su etéreo señor la bendición del Dios-Máquina que despertaba de nuevo.

Los pies con forma de garra del titán estaban formados por varios niveles de escaleras que daban a las cámaras blindadas de la parte inferior de sus piernas. Con la inmensa estructura todavía inmóvil, Grimaldus se abrió paso a través de veintenas de correteantes tecnosacerdotes y servidores votivos. Cuando sus botas pisaron el primero de los escalones, tuvo lugar el recibimiento que había esperado.

—Esperad —dijo a sus hermanos.

Unos soldados con los rostros cubiertos desfilaron por los pasillos abovedados que daban al interior de las extremidades del titán. La entrada de los caballeros se vio bloqueada por los subalternos del Mechanicum.

Los soldados que tenían ante sí eran los llamados skitarii. La élite de las fuerzas de infantería del Adeptus Mechanicum, una fusión de dispositivos augméticos de artillería integrada y de forma humana. Grimaldus, como muchos otros astartes, consideraba que la manipulación poco sutil de su carne y la rudimentaria cirugía mediante la que se habían instalado las armas en sus extremidades los convertía en poco más que servidores con pretensiones, aparte de conferirles un aspecto espantoso.

Doce de estas criaturas biónicas, con la piel cubierta para protegerse del viento, apuntaban con sus armas de plasma hacia los cinco caballeros.

—Soy Grimaldus, reclusiarca de los Templarios Ne...

—Conocemos tu identidad —dijeron todos al mismo tiempo. El coro de voces era variado. Algunas sonaban antinaturalmente graves, otras inhumanas y mecánicas, y otras totalmente humanas.

—La próxima vez que se me interrumpa —advirtió el caballero—, mataré a uno de vosotros.

—No toleraremos que se nos amenace —dijeron los doce, de nuevo al unísono con un coro de voces discordantes.

—Y yo no toleraré el tener que hablar con vosotros. No sois nada. No sois más

que esclavos; servidores venidos a más. Y ahora, apartaos, tengo cosas que hablar con vuestra señora.

—No eres quién para darnos órdenes. Nuestro deber es permanecer aquí.

Un humano no se habría dado cuenta de las diferencias en su discurso unificado, pero los sentidos de Grimaldus percibían las minúsculas desviaciones en su manera de hablar. Cuatro de ellos empezaban y terminaban las palabras una fracción de segundo más tarde que los demás. Fuera cual fuese el enlace mental que unía a los doce guerreros, era más eficiente en unos que en otros. Aunque su experiencia con los sirvientes del Dios Máquina era limitada, aquello le pareció un defecto curioso.

—Hablaré con la princeps majoris de la Invigilata aunque tenga que gritar hasta la mismísima catedral.

Los skitarii no tenían órdenes respecto a aquella acción, y carecían de entendimiento para evaluar qué pensarían de aquello sus superiores, de modo que permanecieron callados.

—Reclusiarca —dijo Priamus a través del comunicador—, ¿tenemos que tolerar esta estúpida humillación?

—No. —El casco con rostro de calavera escaneó sin parpadear a cada uno de los skitarii con sus lentes rojas—. Matadlos.

Flotaba, como lo había estado haciendo durante setenta y nueve años, en un tanque de lechoso líquido amniótico que se asemejaba a un ataúd. El fuerte olor químico y metálico de aquella sustancia acuosa rica en oxígeno había sido lo único constante durante casi un siglo de su vida, y su sabor, su densidad, la intrusión en sus pulmones y la sustitución del aire en su respiración jamás habían cesado para que pudiera sentir algo distinto.

Pero eso no significaba que lo encontrase incómodo. Más bien al contrario. Era una sensación inquietante, pero no antinatural.

En los momentos de batalla, que siempre parecían demasiado escasos y demasiado distanciados, la princeps majoris Zarha creía con firme seguridad que así era como debía de sentirse la gestación. El frío líquido que la mantenía con vida se calentaba en armonía con el reactor de plasma del centro del *Heraldo de Tormenta*. Los estruendosos pasos resonaban a su alrededor, ampliados como el latido de un fuerte corazón.

La sensación de poder absoluto estaba unida a la de estar completamente protegida. Era todo lo que necesitaba para concentrarse en seguir siendo ella misma en aquellos frenéticos momentos en los que la mente violenta y maltrecha del *Heraldo* atravesaba su consciencia con una fuerza repentina intentando dominarla.

Sabía que llegaría el día en que la desconectarían por última vez, en que se le negaría el regreso al alma de la máquina, por temor a que su fuerte temperamento y

personalidad absorbiera su débil y excesivamente humano sentido de la identidad.

Pero no sería aquel día. No sería hoy.

No, Zarha se centraba en su simulada regresión al útero, y era todo lo que siempre había necesitado para bloquear la pesada insistencia de los primarios y contundentes avances del *Heraldo*.

Las voces del exterior siempre le llegaban apagadas a pesar de los receptores de voz implantados en el cartílago donde en su día había tenido los oídos internos y de los receptores instalados a ambos lados del tanque en el que estaba confinada.

Y las voces hablaban de intrusión.

La princeps majoris Zarha no compartía su evaluación de la situación y giraba en su lechoso fluido con tanta gracilidad como las ninfas marinas de las leyendas de la impía Antigua Terra, aunque la aumentada y arrugada criatura sin pelo que ocupaba aquel ataúd era de todo menos hermosa. Le habían amputado los pies, ya que jamás volvería a necesitarlos. Sus huesos eran frágiles y blandos, y su cuerpo estaba permanentemente encorvado.

Respondió a sus subalternos, a sus hermanos y hermanas, con una proyección de pensamiento.

Deseo hablar con los intrusos.

—Deseo hablar con los intrusos —resonaron los emisores de su ataúd, repitiendo con voz monótona sus silenciosas palabras.

Uno de sus ayudantes se acercó a las paredes transparentes de su cámara amniótica mirando aquel cuerpo flotante con gran respeto.

—Mi princeps.

Era Lonn quien hablaba, y aunque le tenía aprecio, no era su favorito.

Hola, Lonn. ¿Dónde está Valian?

—Hola, Lonn. ¿Dónde está Valian?

—El moderati Carsomir está regresando en estos momentos de la colmena, mi princeps. Pensábamos que tardaría más en despertarse.

¿Qué es todo ese ruido? Lo que quedaba de su rostro se transformó en una sonrisa.

—¿Qué es todo ese ruido?

—Mi princeps, unos astartes están intentando entrar.

Eso he oído.

—Eso he oído.

Lo sé.

—Lo sé.

—¿Cuáles son sus órdenes, mi princeps?

Ella giró en el líquido de nuevo, con tanta gracia, a su manera, como un mamífero marino, a pesar de la cantidad de cables que conectaban los generadores mecánicos

del ataúd a su columna, su cráneo y sus extremidades. Era una vieja y atrofiada marioneta flotando en el líquido, serena y sonriente.

Acceso concedido.

—Acceso concedido.

—Acceso concedido —repitieron doce voces a la vez.

El crepitante extremo de la maza se detuvo a menos de un dedo del cráneo del primer skitarii. Una pequeña chispa de electricidad saltó sobre el rostro del soldado, obligándolo a retroceder.

—Acceso concedido —entonaron todos una segunda vez.

Grimaldus desactivó su crozius y apartó a los soldados humanos modificados.

—Ya imaginaba que diríais eso.

El trayecto fue corto y sin incidentes. Atravesaron unos estrechos pasillos y ascendieron en unos elevadores hasta que se encontraron frente a las compuertas selladas del puente de mando. El proceso de llegar hasta la cubierta de control requirió pasar por delante de incontables tecnoadeptos que los observaban en silencio, con las lentes verdes que sustituían sus ojos girando y enfocando, bien para escanearlos, o como un inquietante intento de imitar las expresiones faciales humanas.

El interior del titán era oscuro, demasiado oscuro para que los humanos modificados trabajasen en él, iluminado únicamente por unas luces rojas de emergencia que los caballeros sólo habían visto antes en búnkeres y en naves de guerra. Sus ojos, aumentados genéticamente, habrían atravesado la penumbra con facilidad, incluso sin los filtros de visión de las viseras de sus cascos.

Delante de las puertas dobles de la sala de mando no había ningún guardia, y éstas se abrieron deslizándose sobre unos rieles metálicos mientras los caballeros esperaban.

Artarion agarró a Grimaldus de la hombrera de su armadura cubierta de pergaminos.

—Haz que esto sirva de algo, hermano.

El capellán miró al portador de su estandarte de guerra a través del rostro de plata de su señor asesinado.

—Confía en mí.

La cubierta de mando era una plataforma circular con una tarima levantada en el centro rodeada de cinco asientos ornamentados y cubiertos de cables. En los extremos

de la cámara, varios tecnoadeptos cubiertos con túnicas trabajaban en unas consolas repletas de palancas, discos y botones.

Dos inmensas ventanas ofrecían una fantástica vista del agreste paisaje. De repente, Grimaldus sintió un escalofrío al darse cuenta de que estaba mirando a través de uno de los ojos de la deidad mecánica.

Sobre la tarima había un inmenso tanque de cristal transparente sostenido por una zumbante maquinaria. En sus lechosas profundidades flotaba una anciana desnuda con el cuerpo destrozado por los años y por la biónica necesaria para mantenerla con vida en tales condiciones. La mujer miraba a través de unos saltones ojos augméticos instalados donde en su día estuvieron los suyos humanos.

—Saludos, astartes —se oyó a través de los altavoces de su ataúd.

—Princeps majoris —saludó Grimaldus a aquellos restos que flotaban en el tanque—. Es un honor estar en tu presencia.

Hubo una clara pausa antes de que ella respondiera, aunque su mirada nunca se apartaba de él.

—Estás ansioso por hablar conmigo. No pierdas tiempo con formalidades. El *Heraldo de Tormenta* despierta y pronto deberé empezar a caminar. Habla.

—Me ha comunicado uno de los pilotos de este titán, como embajador de Helsreach, que la Invigilata no acudirá en nuestra defensa.

De nuevo hubo una pausa.

—Así es. Yo estoy al mando de un tercio de esta legio. El resto ya se dirige a defender la región de Hemlock, muchos de ellos junto a vuestros hermanos, los Salamandras. ¿Vienes a suplicarme mi parte de la poderosa Invigilata?

—Yo no ruego, princeps. He venido para verte con mis propios ojos y para pedirte, cara a cara, que luches y mueras con nosotros.

La atrofiada mujer sonrió con una expresión entre maternal y divertida.

—Pero todavía no has completado el deber que te has impuesto, astartes.

—¿Cómo?

Ésta vez la pausa fue más larga. La anciana rio en su burbujeante tanque.

—No estamos cara a cara.

El caballero se llevó la mano al cuello de su armadura y soltó los cierres herméticos.

Sin el yelmo, el olor a aceites sagrados y el aroma químico de su tanque amniótico son mucho más fuertes. Lo primero que me dice es algo a lo que no sé muy bien cómo responder.

—Tienes una mirada afable.

Sus propios ojos fueron extraídos hace tiempo de su cráneo, y las cuencas están cubiertas con unas protuberantes lentes que se mueven mientras me observa. No

puedo devolverle el cumplido, y no sé qué otra cosa podría contestarle.

De modo que no digo nada.

—¿Cómo te llamas?

—Grimaldus, de los Templarios Negros.

—Ahora estamos cara a cara, Grimaldus de los Templarios Negros. Has sido lo bastante osado como para venir aquí y honrarme con tu rostro. No soy estúpida. Sé lo difícil que es que un capellán revele sus rasgos humanos a alguien que no pertenezca a su hermandad. Pregunta lo que has venido a preguntar y te responderé.

Me acerco un paso más y apoyo la palma de la mano sobre la superficie del ataúd. La vibración se une a la de mi armadura. Puedo sentir los ojos de los subalternos del Mechanicum sobre mí, sobre mi oscura ceramita, sus reverentes miradas mostrando sus deseos de tocar la perfección de la herrería mecánica que representa la armadura de un astartes.

Entonces miro a los ojos augméticos de la princeps mientras ésta flota en las aguas lechosas.

—Princeps Zarha. Helsreach te necesita. ¿Caminarás?

Ella sonríe de nuevo, como una abuela ciega con los dientes podridos, y coloca su propia palma contra la mía. Sólo nos separa el cristal blindado.

—La Invigilata caminará.

Siete horas después, la gente de la ciudad oyó el distante aullido mecánico desde los páramos que eclipsaba los gritos de los titanes menores. Su estruendo resonaba por las calles y las agujas, y helaba la sangre de todos los presentes en la colmena. Los perros callejeros ladraban en respuesta, como si sintiesen cerca un depredador más grande.

El coronel Sarren se estremeció, aunque sonrió al resto de los congregados en su reunión de mando y los observó a todos con sus ojos rojos y pesados a causa de la falta de sueño.

—El *Heraldo de Tormenta* ha despertado —anunció.

Tres días después, tal y como había prometido, la ciudad temblaba bajo los pasos de las deidades mecánicas.

Las máquinas de guerra de la Invigilata habían acudido, y las grandes puertas de la muralla septentrional se abrieron para darles la bienvenida.

Grimaldus y los miembros del mando de la colmena observaban la escena desde la plataforma del mirador. El caballero activó una runa de su pantalla retinal para acceder a un canal codificado.

—Buenos días, princeps —dijo suavemente—. Bienvenida a Helsreach.

En la distancia, una catedral fortaleza andante avanzaba con paso lento y majestuoso por los primeros edificios de la ciudad.

—Saludos, capellán. —La voz de la anciana estaba cargada de una energía apenas contenida—. Yo nací en una colmena parecida a ésta, ¿lo sabías?

—Entonces parece adecuado que vayas a morir aquí, Zarha.

—¿Eso crees, caballero? ¿Me has visto hoy?

Grimaldus observó la figura distante del *Heraldo*, tan alto como las torres que lo rodeaban.

—Es imposible no verte, princeps.

—También es imposible matarme. Recuérdalo, Grimaldus.

Ningún humano había osado jamás mencionar su nombre de una manera tan informal, y el caballero sonrió por primera vez en varios días.

La ciudad estaba por fin sellada. Helsreach estaba preparada.

Y, al llegar la noche, el cielo se cubrió de fuego.



CINCO

FUEGO EN EL CIELO

En manos más nobles, su nombre había sido *Propósito Puro*.

Era un crucero de asalto construido en un mundo forja secundario llamado Shevilar, y se le había concedido al capítulo de los Lobos de la Sombra del Adeptus Astartes. Había sido capturado con toda la tripulación por unos incursores alienígenas treinta y dos años antes de la tercera guerra por Armageddon.

Cuando una inmensa e informe amalgama de chatarra y de fuego descendió ardiendo a través de la nube que cubría la ciudad fortificada, las sirenas de advertencia resonaron una vez más por toda la colmena. El escuadrón de cazas en el aire, bajo el mando de Kortén Barasath, informó de su incapacidad para combatir. El casco ya estaba en llamas y no estaba en condiciones de disparar los cañones láser de sus Lightning ni los cañones automáticos de tubo largo.

El ala de cazas se dispersó mientras el casco ardía en el cielo.

Los miles de soldados defensores de las inmensas murallas observaban los restos en llamas sobre sus cabezas. El aire en sí transmitía al pasar el palpable temblor de los motores dañados que hacían un sobreesfuerzo por seguir funcionando.

Dieciocho segundos exactos después de desaparecer tras las murallas de la ciudad, el *Propósito Puro* concluyó su vida espacial estrellándose contra la superficie de Armageddon, dejando una nueva cicatriz en aquel planeta tan erosionado por las guerras. Toda Helsreach tembló hasta los cimientos cuando el inmenso crucero impactó contra el suelo, creando un ennegrecido cañón a su paso.

Los daños provocados por el terrible impacto tardaron otros dos minutos más en acabar definitivamente con los inmensos y rugientes motores. Los propulsores todavía expulsaban plasma gaseoso y fuego mientras intentaban elevar la nave hasta

las estrellas, ajenos al hecho de que estaba ya medio enterrado en las sulfúricas arenas que serían su tumba.

Pero los motores fallaron.

Las llamas se enfriaron.

Por fin se hizo el silencio.

El *Propósito Puro* había muerto, y sus huesos estaban esparcidos por los páramos de Armageddon.

—Se trata del *Propósito Puro* —leyó el coronel Sarren en una placa de datos al resto de los que atestaban la sala de operaciones—, una nave astartes, un crucero de asalto perteneciente a los...

—Lobos de la Sombra —lo interrumpió Grimaldus. La voz del caballero a través del comunicador era dura y mecánica, carente de emoción—. Los Templarios Negros estaban con ellos al final —prosiguió.

—¿Al final? —preguntó Cyria Tyro.

—Cayeron en la batalla de Varadon hace once años. Sus últimas compañías fueron aniquiladas a manos de los xenos tiránidos. —Grimaldus cerró los ojos y saboreó el momentáneo instante de perderse en los recuerdos.

Varadon. Por la sangre de Dorn, había sido maravilloso. Jamás se había librado una guerra tan pura. El enemigo era innumerable, desalmado, despiadado..., completamente ajeno, completamente detestado, sin ningún derecho a existir.

Los caballeros habían intentado abrirse camino para reunirse con el último de sus capítulos hermanos, pero la horda enemiga era implacable en su ferocidad. Los alienígenas eran brutalmente astutos; sus colas de garras y de apéndices musculosos embestían contra las dos fuerzas astartes y las mantenían aisladas la una de la otra. Los Lobos estaban al completo. Varadon era su mundo natal. Los astrópatas habían transmitido sus llamadas de socorro por toda la disformidad semanas antes, cuando su monasterio fortaleza había caído en manos del enemigo.

Grimaldus había estado allí en el mismísimo final. El último puñado de lobos, con las espadas rotas y los bólters vacíos, había entonado las Letanías de Odio por el canal de voz que compartían con los templarios negros. ¡Menuda muerte! Cantaron su amarga furia a los enemigos incluso mientras estaban siendo asesinados. Grimaldus jamás podría olvidar el momento final del capítulo. Un guerrero solitario, un mero hermano de batalla, terriblemente herido y arrodillado bajo el estandarte del capítulo, sosteniéndolo en alto con orgullo mientras las criaturas alienígenas le desgarraban la carne.

El estandarte de guerra no podía caer mientras uno de los lobos siguiera con vida.

Qué gran momento. Qué honor. Qué gloria, inspirar a los guerreros a recordar tus hazañas durante el resto de sus vidas, y luchar con más ahínco con la esperanza de

igualar una muerte tan gloriosa.

Grimaldus inspiró profundamente y trasladó sus sentidos de nuevo al presente con irritada renuencia. Qué sucia sería aquella guerra en comparación.

—El último informe de la flota indica que treinta y siete naves enemigas han atravesado el bloqueo —continuó Sarren—. Treinta y una han sido aniquiladas por el despliegue de defensa orbital. Seis se han estrellado en la superficie.

—¿Cuál es la situación de la flota de Armageddon? —preguntó el caballero.

—En espera. Pero ahora sabemos con mayor exactitud el número enemigo. El cálculo de entre cuatro y nueve días ha sido desestimado hace unos treinta minutos. Ésta es la mayor flota de pielesverdes a la que jamás se haya enfrentado el Imperio. Sus bajas se acercan ya al millón. En el mejor de los casos, tendremos uno o dos días más.

—¡Por el Trono del Emperador! —exclamó en un susurro uno de los coroneles de la milicia.

—Centrémonos —demandó Grimaldus—. La nave siniestrada.

El coronel hizo un gesto en su dirección.

—Sugiero que esperemos, reclusiarca. Un puñado de pielesverdes supervivientes no podrá sobrevivir a un asalto contra la muralla. Sería de locos intentarlo, incluso para los orkos.

—¿Es sensato dejar que estos supervivientes se sumen en número a sus hermanos cuando las principales fuerzas enemigas aterricen? —inquirió Cyria Tyro.

—Un puñado de enemigos de más no supondrá ninguna diferencia —señaló Sarren—. Todos hemos visto cómo ha acabado la *Propósito*. Pocos pueden haber salido con vida de ahí.

—He luchado contra pielesverdes antes, señor —intervino el comandante Ryken—. Son más resistentes que la piel de un lagarto de las marismas. Casi indestructibles. Le aseguro que habrán sobrevivido muchos al impacto.

—Enviemos un titán. —El comisario Falkov sonrió sin ningún tipo de humor implícito, y los reunidos se quedaron en silencio—. Lo digo en serio. Enviemos un titán para destruir por completo los restos del siniestro. Inspiremos a los hombres. Démosles una gran victoria antes de que comience la verdadera batalla. La moral de la Legión de Acero está por los suelos. Y la de la milicia voluntaria todavía peor, por no hablar de la de los reclutas. Enviemos un titán. Necesitamos derramar la primera sangre en esta guerra.

—Enviemos al menos a los cazas de Barasath a la zona a buscar señales de vida —añadió Tyro— antes de enviar a ningún soldado fuera de la ciudad.

Durante el transcurso de esta conversación, Grimaldus había permanecido callado. Fue precisamente su silencio lo que hizo que todos los rostros se centraran en él.

El caballero se puso de pie. A pesar de la lentitud de su movimiento, las articulaciones de su armadura emitieron un leve gruñido.

—El comisario tiene razón —dijo—. Helsreach necesita una victoria. Eso levantará considerablemente los ánimos de las fuerzas humanas.

Sarren tragó saliva. A ninguno de los reunidos le gustó el hecho de que Grimaldus señalase la diferencia de especie entre los humanos y los genéticamente forjados astartes.

—Ha llegado el momento de que mis caballeros entren en acción —prosiguió el reclusiarca con una voz profunda y pausada a través del yelmo de calavera—. Los humanos necesitan la primera sangre, pero mis caballeros ansían derramarla. Os proporcionaremos vuestra victoria.

—¿A cuántos de sus astartes se llevará? —preguntó Sarren tras un momento de cavilación.

—A todos ellos.

El coronel palideció.

—Pero no creo que necesite...

—Por supuesto que no. Es únicamente por las apariencias. Queréis un despliegue abrumador de fuerza imperial, y eso es lo que os voy a dar.

—Podemos hacerlo todavía mejor —intervino Cyria—. Si pudiera mantener a sus hombres en formación el tiempo suficiente para enviar imágenes en tiempo real a todas las terminales visuales de Helsreach... —dejó la frase sin terminar, y una amplia sonrisa de satisfacción iluminó sus rasgos.

Falkov golpeó la mesa con un puño.

—¡En marcha! ¡El primer ataque de los caballeros negros! —exclamó con una ligera y desagradable sonrisa—. Si eso no enciende la llama en el corazón de cada hombre, nada lo hará.

Priamus retorció la hoja, haciendo más grande la herida antes de liberar su espada. La hedionda sangre salía a borbotones del pecho de la criatura, y el alienígena murió con sus repulsivas garras arañando la armadura del caballero.

En el interior de la nave siniestrada, inspeccionando sala por sala, pasillo por pasillo, los templarios daban caza a las bestias en nombre de la purificación.

—Esto es ridículo —dijo por el comunicador.

La respuesta que recibió llegó mezclada con el sordo sonido metálico de las armas al chocar. Era Artarion, a cierta distancia por detrás.

—¡Atrás, maldita sea!

Priamus presentía otra charla acerca de la vanagloria en su próximo futuro. Siguió avanzando, con la espada preparada, adentrándose más en la oscuridad que su roja visera atravesaba con consumada facilidad.

Como una plaga, los orkos aparecían por los túneles de la nave siniestrada, tendiéndoles emboscadas con sus rudimentarias armas y bramando sus porcinos gritos de guerra. Priamus se mordía la lengua para no expresar su desdén. Estaban por encima de aquello. Eran los Templarios Negros, y la moral de los pusilánimes humanos no era de su incumbencia.

Grimaldus estaba pasando demasiado tiempo entre los mortales. El reclusiarca estaba empezando a pensar como ellos. Priamus detestaba tener que esperar en formación mientras los drones de imagen revoloteaban a su alrededor para capturar imágenes de los caballeros, del mismo modo que detestaba ahora tener que acabar con los escasos supervivientes de aquel siniestro. Aquélla misión no era digna de él. No era digna de ninguno de ellos. Ése era el trabajo de la Guardia Imperial. O incluso de la milicia.

—Nosotros derramaremos la primera sangre —les había dicho Grimaldus a todos, como si eso importara, como si fuese a afectar a la batalla final de algún modo—. Acompañadme, hermanos. Acompañadme a sacudirme la indignación que me produce el estancamiento que se está apoderando de mis huesos y a saciar mi sed de sangre en una matanza sagrada.

Los demás habían saludado mientras esperaban en formación por el bien de los mortales. ¡Habían saludado!

Priamus permaneció en silencio, tragándose la bilis que le subía por la garganta. En ese momento supo, con más claridad incluso que antes, que él no era como sus hermanos. Ellos querían derramar sangre en ese momento, como si aquel patético gesto importara.

Aquéllos guerreros que lo etiquetaban de vanidoso no veían la verdad: no había nada de vano en la gloria. No era imprudente, simplemente confiaba en que sus habilidades lo ayudasen a superar cualquier desafío, como el gran Sigismund, el primer gran mariscal de los Templarios Negros, había confiado en las suyas para hacer lo mismo. ¿Acaso era eso una debilidad? ¿Era un defecto ejemplificar el furor del fundador del capítulo, el hijo predilecto de Rogal Dorn? ¿Cómo podían pensar eso, cuando las hazañas y las glorias de Priamus ya estaban empezando a eclipsar las de sus hermanos?

Algo se movió al frente.

Priamus entrecerró los ojos. Sus pupilas parpadeaban por todo el campo de visión para centrar las retículas en las ominosas figuras que avanzaban por la oscuridad del amplio pasillo.

Eran tres pielesverdes cuya piel xenos exudaba un grasiento y fúngico hedor que alcanzaba al caballero desde decenas de metros de distancia. Estaban esperando para tenderle una pueril emboscada, creyéndose escondidos bajo unos puentes que habían caído y unas compuertas medio destrozadas.

Priamus los oyó gruñirse algo el uno al otro en su repugnante idioma.

Aquello era lo mejor que podían hacer. Aquello era su astuta emboscada contra unos guerreros hechos a la imagen y semejanza del Emperador. El caballero maldijo para sí mismo, de modo que sus palabras no llegaron a pasar de su casco, y atacó.

Artarion se ha pasado la lengua por sus dientes de acero. Lo he oído hacerlo, a pesar de que lleva puesto el casco.

—¿Priamus? —pregunta.

El comunicador responde con un silencio.

A diferencia del espadachín, yo no estoy solo. Me acompaña Artarion, y ambos vamos asesinando a todo el que se nos pone por el camino en las cubiertas del enginarium. La resistencia es débil. La operación ha consistido, principalmente, en apartar cadáveres alienígenas o destripar a rezagados solitarios.

La mayoría de los templarios acudieron a la zona en los Rhino y los Land Raider, dando muerte a los supervivientes del impacto que intentaban esconderse en el páramo. Les he dado rienda suelta para cazar. Es mejor que los pielesverdes mueran que dejarlos que esperen y se reúnan con los de su especie en la auténtica invasión. Yo sólo me he encargado de unos cuantos guerreros que seguían en el crucero siniestrado para eliminar cualquier posible resto.

—Déjalo estar —le digo a Artarion—. Deja que cace. Necesita actuar por su cuenta, por ahora.

Artarion hace una pausa antes de contestar. Lo conozco lo bastante bien como para saber que está enfadado.

—Necesita disciplina.

—Necesita nuestra confianza. —Mi tono deja claro que el asunto está zanjado.

La nave está hecha pedazos. El suelo es irregular, está destrozado y desgarrado por el impacto. Giramos una esquina. Nuestras botas resuenan en el suelo en pendiente mientras nos dirigimos hacia la cámara refrigerante de un generador de plasma. De un tamaño tan inmenso como la cámara de oraciones de una catedral, la sala está prácticamente dominada por la estructura cilíndrica de metal que recubre la tecnología arcana utilizada para enfriar los motores de la nave.

No veo nada vivo. No oigo nada vivo. Y sin embargo...

—Huelo sangre fresca —le digo a Artarion—. Es un superviviente que todavía sangra. —Señalo con un gesto hacia la inmensa torre de refrigeración con mi crozius. La maza destella en cuanto pulso la runa de activación—. El alienígena está ahí debajo.

El superviviente apenas merece una descripción. Está atrapado bajo unos restos de metal que le atraviesan el estómago y le impiden levantarse del suelo. A medida que nos acercamos, ladra sus rudimentarios conocimientos del idioma gótico. A

juzgar por el charco de sangre que se extiende a partir de su figura, la vida del alienígena terminará en apenas unos minutos. Sus fieros ojos rojos nos observan. Su rostro porcino está contraído en un rictus de ira.

Artarion levanta su espada sierra y pone en marcha el motor. Los dientes afilados silban mientras atraviesan el aire.

—Espera.

Artarion se detiene. Al principio, mi hermano no está seguro de haberme oído bien y se vuelve, incrédulo, hacia mí.

—¿Qué has dicho?

—He dicho —digo, acercándome más al moribundo alienígena y observándolo a través de mi máscara de calavera— que esperes.

Artarion baja la espada. Los dientes del arma se detienen.

—Siempre parecen inmunes al dolor —le digo, y siento como mi voz se transforma en un susurro. Coloco una bota sobre el pecho sangrante de la criatura. El orko cierra la mandíbula intentando morderme y se atraganta con la sangre que inunda sus reventados pulmones.

Artarion debe de haber percibido la sonrisa en mi voz.

—Pero no es así. Míralo a los ojos, hermano.

Artarion obedece. Sé por su expresión vacilante que no ve lo que yo veo. Al observar al orko no ve más que una impotente rabia.

—Veo furia —me dice—. Frustración. Ni siquiera odio. Sólo ira.

—Mira mejor —digo, y aprieto mi bota contra el pecho.

Las costillas crujen como ramitas partiéndose, una tras otra, a medida que el peso de mi pisada se acentúa. El orko brama, babea y gruñe.

—¿Lo ves? —le pregunto, consciente de que la sonrisa sigue siendo evidente en mi voz.

—No, hermano —protesta Artarion—. Si hay una lección oculta en esta acción, no la veo.

Levanto la bota y dejo que el orko tosa su sangre a través de las fauces ya teñidas de rojo.

—Lo veo en los ojos de la criatura. La derrota es dolor. Puede que sus nervios sean inmunes al tormento, pero tenga lo que tenga que actúe como alma, conoce el sufrimiento. Estar a merced de un enemigo... Mira su rostro, hermano. Mira como muerte angustiado porque estamos aquí siendo testigos de su vergonzoso final.

Artarion lo mira, y creo que es posible que ahora lo vea también. Sin embargo, este hecho no lo fascina del mismo modo que a mí.

—Deja que acabe con él —dice—. Su existencia me ofende.

Yo niego con la cabeza. Eso no serviría de nada.

—No. Le quedan apenas unos instantes. —Veo con mis lentes rojas como la

mirada del alienígena moribundo se fija en mí—. Deja que muera con este sufrimiento.

Nerovar vaciló.

—¿Nero? —preguntó Cador por encima de su hombro—. ¿Ves algo?

El apotecario activó parpadeando varias runas del visualizador de su pantalla retinal.

—Sí. Algo.

Los dos estaban registrando las cámaras en ruinas del enginarium del nivel inferior al de Grimaldus y Artarion. Nerovar frunció el ceño al ver las lecturas digitales de sus lentes oculares. Después miró el grueso voluminoso que tenía acoplado en su brazo izquierdo.

—Ilumíname —dijo Cador con una voz tan áspera como siempre.

Nerovar introdujo un código pulsando los botones multicolor que había junto a la pantalla de su acorazado antebrazo. El texto rúnico empezó a descender por la pantalla a gran velocidad.

—Es Priamus.

—Siempre es Priamus —gruñó Cador mientras asentía.

—He perdido sus signos vitales.

—No puede ser —rio Cador—. ¿Aquí? ¿Entre esta basura?

—Nunca me equivoco —respondió Nerovar. Después activó el canal compartido de la escuadra.

—¿Reclusiarca?

—Habla. —El capellán sonaba distraído y ligeramente divertido—. ¿Qué pasa?

—He perdido los signos vitales de Priamus, señor. No recibo ningún dato suyo. Sólo un cese total de la recepción.

—Confirma de inmediato.

—Confirmado, reclusiarca. Lo he verificado antes de contactar.

—Hermanos —dijo el capellán, con la voz repentinamente fría como el hielo—.

Mantened la orden de búsqueda y destrucción.

—¿Qué? —Artarion tomó aliento para objetar—. Pero tenemos...

—Calla. Yo encontraré a Priamus.

No estaba seguro de con qué lo habían golpeado.

Los pielesverdes habían surgido de sus escondites en la oscuridad, uno de ellos con una pesada amalgama de chatarra que remotamente parecía un arma. Priamus había matado a uno. Se había burlado de sus porcinos gruñidos mientras caía sobre la cubierta, y después había ido a por el siguiente.

El arma de chatarra corcoveaba en las manos del pielverde. Una garra de chisporroteante y electrizado metal salió disparada desde el artefacto alienígena y aplastó el pecho del caballero. Hubo un momento de dolor punzante mientras los tentáculos de la interfaz de su armadura, los dardos de conexión alojados en sus músculos y huesos, crepitaban con una sobrecarga de fuerza.

Después, todo se volvió negro. Su armadura dejó de hacer ruido y se volvió más pesada sobre sus hombros y extremidades. Sin energía. Habían desactivado los sistemas de su armadura.

—Por la sangre de Dorn...

Priamus se quitó el casco justo a tiempo para ver como el alienígena sacudía su arma de chatarra. La garra incrustada en su peto, que profanaba la cruz templaría, seguía conectada al dispositivo mediante un cordón de cadenas y alambres. Priamus alzó la espada para cortarlo y liberarse mientras el alienígena reía y lanzaba un segundo disparo.

Ésta vez, la fuerza canalizada no sobrecargó los sistemas eléctricos de la armadura. Invadió las conexiones neuronales y las interfaces musculares, inyectando dolor por todo el cuerpo del espadachín.

Priamus, creado genéticamente como todos los astartes para soportar cualquier dolor al que los enemigos de la humanidad pudieran someterlo, habría gritado si hubiese podido. Sus músculos estaban bloqueados, y sus mandíbulas fuertemente cerradas, de modo que su intento de gritar murió en el interior de su boca con un tembloroso gemido.

Priamus cayó al suelo catorce segundos después, cuando el dolor cesó por fin.

Los pielverdes se encorvan sobre su cuerpo tendido boca abajo.

Ahora que han conseguido derribarlo, parece como si no supieran qué hacer con su premio. Uno de ellos gira el yelmo negro de mi hermano en sus manos de prominentes nudillos. Si pretende convertir la armadura de Priamus en un trofeo, está a punto de pagar por semejante blasfemia.

A medida que avanzo por el oscuro pasillo arrastro mi maza a lo largo de la pared. La cabeza adornada golpea contra los arcos de acero. No tengo ninguna intención de ser sutil.

—Saludos. —Pronuncio la palabra desde mi máscara de calavera.

Todos levantan sus abominables rostros alienígenas, con las mandíbulas abiertas y llenas de hileras de dientes apretados. Uno de ellos levanta un pesado amasijo de desechos y escombros que aparentemente utiliza como arma.

Y me dispara... algo. Me da igual lo que sea. Lo hago añicos en el aire de un solo golpe de mi maza aún sin activar. El sonido del metal contra el metal resuena por todo el pasillo. Pulso la runa de activación del mango de mi crozius. La maza cobra

vida y refulge cuando apunto con ella hacia los alienígenas.

—¿Cómo osáis existir en los dominios de la humanidad? ¿Cómo osáis expandir vuestra cancerosa huella en nuestros mundos?

No responden a este desafío con palabras. En lugar de ello, vienen hacia mí corriendo pesadamente, levantando sus gruesas espadas; armas primitivas dignas de seres primitivos.

Cuando llegan hasta a mí, me encuentran riendo.

Grimaldus asestó un golpe de maza con las dos manos que lanzó al primer alienígena hacia atrás. El chisporroteante campo de fuerza alrededor de la cabeza del arma destelló al reaccionar con la fuerza cinética oponente, y amplificó el golpe ya de por sí sobrenatural a unos niveles de fuerza descomunales. El pielverde ya estaba muerto, con el cráneo destrozado, mientras retrocedía por los aires veinte metros de pasillo hasta chocar contra un mamparo abollado.

El segundo intentó huir. Se dio la vuelta y empezó a correr, encorvado como un mono, en la dirección por la que había llegado.

Grimaldus fue más rápido. Llegó hasta la criatura en unos pocos latidos, rodeó con los dedos cubiertos con el guantelete el cuello acorazado del orko para detener su huida y lo aplastó contra la pared del pasillo.

El alienígena gritó una serie de maldiciones en lengua gótica mientras luchaba por librarse de la presa del caballero.

Grimaldus apretó todavía más la garganta de la criatura, presionando con sus negros guanteletes y aplastando los huesos que tenía entre sus manos.

—¿Cómo te atreves a mancillar la lengua de la raza pura...?

Entonces lanzó al alienígena hacia atrás y le rompió la cabeza contra la pared de acero. Un fétido aliento cubrió la máscara de Grimaldus cuando el orko, en un intento de rugir, emitió un aullido de pánico. El astartes no estaba dispuesto a ceder y lo agarró aún más fuerte.

—¿Cómo te atreves a profanar nuestra lengua? —repitió. Y una vez más sacudió al pielverde hacia atrás. La cabeza del alienígena se partió por la mitad al golpear una viga.

Los intentos por liberarse del orko cesaron inmediatamente. Grimaldus dejó que la criatura cayera sobre la cubierta de metal, donde quedó desparramada con un sonido sordo.

Priamus.

La ira empezaba a abandonarlo. La realidad se impuso con una fría e indeseada claridad. Priamus estaba tirado sobre el suelo, con la cabeza hacia un lado, sangrando por las orejas y la boca abierta. Grimaldus se acercó hasta él y se arrodilló en la oscuridad.

—Nero —dijo con voz tranquila.

—Reclusiarca —respondió el joven caballero.

—He encontrado a Priamus. En la popa, cubierta cuatro, en el pasillo de la columna terciaria.

—Voy para allá. ¿Estado?

La retícula de Grimaldus parpadeó sobre el cuerpo en decúbito prono de su hermano y, finalmente, se centró en el arma que llevaba el orko que había matado.

—Una especie de arma de descarga eléctrica. Tiene la armadura desactivada, pero todavía respira. Laten sus dos corazones.

Ésta última parte era el aspecto más preocupante de la condición del caballero derribado. Que su corazón de reserva hubiese empezado a latir significaba que el cuerpo de Priamus había sufrido un traumatismo importante.

—Tres minutos, reclusiarca. —Después se oyó una cerrada descarga de fuego bólter.

—¿Hay resistencia, Cador? —preguntó Grimaldus.

—Nada importante.

—Rezagados —aclaró Nerovar—. Tres minutos, reclusiarca. No tardaré más.

Fueron más bien dos minutos. Cuando Nerovar y Cador llegaron corriendo, apestaban a los estimulantes químicos de combate de su sangre y al agrio y penetrante hedor de bólteres recién disparados.

El apotecario se arrodilló junto a Priamus y escaneó a su hermano caído con el áuspex bioescáner médico instalado en el narthecium de su brazo.

Grimaldus miró a Cador. El miembro más viejo de la escuadra estaba recargando su pistola bólter y murmurando por el comunicador.

—Habla —le dijo el capellán—. Quiero oír tus pensamientos.

—No es nada, señor.

Grimaldus sintió que sus ojos se entrecerraban y sus dientes se apretaban. Estuvo a punto de repetir sus palabras como una orden. Lo que lo detuvo no fue el tacto, sino la disciplina. Su ira todavía bullía bajo la superficie. No era un mero caballero que pudiera permitir dejarse llevar por las emociones, de modo que se contuvo. Como capellán, se mantuvo a un nivel superior. Dotando su voz de un aire de normalidad, se limitó a decir:

—Hablaremos de esto más tarde. Soy consciente de vuestras recientes tensiones.

—Como quieras, reclusiarca —respondió Cador.

Priamus abrió los ojos e hizo dos cosas a la vez. Echó la mano a la espada, todavía encadenada a su muñeca, y dijo con los labios apretados:

—Los muy malnacidos me han disparado.

—Era una especie de arma neuronal. —Nerovar continuaba escaneándolo—. Ha

atacado tu sistema nervioso a través del alimentador de la interfaz de tu armadura.

—¡Apártate de mí! —exclamó el espadachín, poniéndose de pie.

Nerovar le ofreció una mano, pero Priamus la rechazó de un manotazo.

—¡Te he dicho que te apartes!

Grimaldus le devolvió su casco.

—Si has terminado con tu reconocimiento en solitario, quizá debas quedarte con Nero y Cador esta vez. —La pausa que siguió a las palabras del Capellán estaba cargada de la amargura de Priamus.

—Como deseas, mi señor.

Cuando abandonamos la nave siniestrada, el débil sol está saliendo y extiende su luz tenue e inútil por los cielos nublados.

El resto de mi fuerza, los cien caballeros de la cruzada Helsreach, está reuniéndose en el páramo alrededor del esqueleto metálico de la nave.

Contamos con tres Land Raider y seis Rhino. El aire alrededor de cada uno de los vehículos repiquetea con la risa burlona de los motores al ralentí. Durante un extraño momento tengo la sensación de que incluso a nuestros tanques les resulta divertida la patética cacería de la pasada noche.

El total de enemigos muertos aparece ante la pantalla de mi visera a medida que los líderes de escuadra me informan del éxito de sus misiones. Una noche de trabajo miserable, a fin de cuentas, pero los mortales tras las murallas de la ciudad tienen ya la primera sangre que tan ardientemente deseaban.

—No pareces muy contento —me dice Artarion en privado por el comunicador.

—Poco se ha limpiado. Poco se ha purificado.

—Nuestro deber no siempre es glorioso —responde, y yo me pregunto si se refiere a nuestro exilio en la superficie del planeta con esas palabras.

—¿Deduzco que eso es un comentario mordaz que me haces por mi bien?

—Tal vez. —Se monta en nuestro Land Raider y sigue hablando desde el interior —: Hermano, has cambiado desde que heredaste el manto de Mordred.

—No digas tonterías.

—No. Escúchame. Hemos hablado: Cador, Nero, Bastilan, Priamus y yo. Y hemos escuchado lo que se rumorea entre los demás. Todos debemos aceptar estos cambios, y todos debemos aceptar esta misión. Tu abatimiento está afectando a toda la cruzada. Todo un centenar de guerreros teme que el fuego de tu corazón se haya transformado en meros rescoldos.

Durante un momento, sus palabras suenan auténticas. Se me hiela la sangre. El corazón se me congela en el pecho.

—Reclusiarca —resuena otra voz por el comunicados. No la reconozco de inmediato; las palabras de Artarion me han robado los pensamientos.

—Grimaldus. Habla.

—Reclusiarca. ¡Por el Trono del Dios Emperador! Está empezando.

El coronel Sarren suena sobrecogido, casi ansioso.

—Explíquese —le digo.

—La flota de Armageddon está en plena retirada. La flota astartes se está retirando con ellos... —la voz del coronel se interrumpe en una tormenta de retroalimentación y regresa un momento después—... atravesando el despliegue de defensa orbital. Ya lo está atravesando. Está empezando.

—Regresaremos a la ciudad de inmediato. ¿Ha habido alguna comunicación desde el *Cruzado Eterno*?

—Sí. La red de voz planetaria tiene problemas para hacer frente a la entrada. ¿Quiere que le reenvíe el mensaje?

—De inmediato, coronel.

Me monto en el Land Raider y cierro de un golpe la escotilla lateral. En el interior del tanque todo está bañado con el tenue fulgor de las luces de emergencia. Estoy rodeado de mi escuadra y me agarro de la barra superior mientras el tanque arranca con una sacudida.

Por fin, después de conectar varios canales de voz, puedo oír las palabras del gran mariscal Helbrecht, el hermano junto al que he luchado durante tantas décadas. Su voz, incluso a pesar de proceder de una grabación de baja calidad, está embargada con su presencia.

—Helsreach, aquí el *Cruzado*. Estamos abandonando el planeta. Hemos perdido la guerra orbital. Repito: hemos perdido la guerra orbital. Grimaldus... cuando escuches estas palabras, estate preparado. Eres el heredero de Mordred, y tengo plena confianza en ti. Se acerca el infierno, hermano. La flota del Gran Enemigo es innumerable, pero la fe y la furia te ayudarán a cumplir con tu deber.

Lo maldigo sin exteriorizar mi resentimiento. Juro en silencio que jamás lo perdonaré por este exilio... Por condenarme a morir en una batalla inútil.

Tras sus palabras llega el ruido de una nave soportando un ataque colosal. Ensordecedoras explosiones, terribles y atronadoras sacudidas... Los escudos del *Cruzado Eterno* estaban desactivados cuando me envió este mensaje. No recuerdo ningún enemigo en toda la historia que haya conseguido causar tantos daños a nuestra nave insignia.

—Grimaldus —pronuncia mi nombre con una absoluta y fría solemnidad, y sus últimas palabras me atraviesan como una amarga espada—, que tengas una buena muerte.



SEIS

EL DESCENSO

Grimaldus observaba cómo Helsreach estallaba de ira.

Unos transportes de tropas de enorme vientre atravesaron las nubes de la mañana dejando un surco de fuego de su entrada atmosférica, a causa de los daños que habían sufrido al atravesar las defensas orbitales.

Los cascos en llamas daban sacudidas mientras sus propulsores aminoraban la velocidad antes de estrellarlos contra el suelo. Llegaban desde el horizonte o descendían desde grupos de nubes alejadas de la ciudad. Los que descendían lo bastante cerca como para ser alcanzados por las plataformas de defensa de la ciudad eran sometidos a una terrible descarga de fuego, y destruidos con tanta rapidez que sus restos en llamas llovían sobre la colmena.

El capellán estaba junto a su escuadra de mando, con los puños apoyados sobre el borde de las almenas, observando el descenso de los transportes sobre el área septentrional del páramo. Cazas imperiales de todas las clases y diseños revoloteaban entre las naves estacionadas y liberaban su carga explosiva con escasos resultados. Las naves eran demasiado grandes para que las armas de un caza pudieran ocasionarles daños significativos. A medida que más naves alienígenas destrozadas atravesaban la amarilla cubierta nubosa, más cazas xenos descendían junto a sus naves nodriza. Barasath y sus escuadrones de Lightning los atacaron, aguijoneándolos como insectos zumbantes.

Por toda la ciudad, casi ahogada por la atronadora ira de la artillería de las almenas, una sirena aullaba entre unos comunicados automatizados que ordenaban que todo el mundo se armase y se dirigiese a las posiciones asignadas.

Las murallas.

Durante la fase inicial, los defensores de Helsreach se colocarían en las murallas de la ciudad y se prepararían para evitar un asedio. Cientos de miles de soldados y de miembros de la milicia harían guardia en las murallas, que eran tan altas como un titán.

Varias naves de desembarco orkas intentaron aterrizar en la ciudad. Las plataformas situadas en las agujas, la artillería de las murallas y los cañones instalados en lo alto de las torres lograron aniquilarlas. Los más afortunados consiguieron ascender a una altura suficiente como para escapar del alcance del fuego de la ciudad y aterrizar en el páramo. La mayoría fueron destruidas y reducidas a pedazos y cayeron al suelo envueltas en llamas.

Las unidades de guardia estacionadas por toda la colmena y preseleccionadas para la ocasión acudían hasta los cascos derribados y acababan con los alienígenas que hubiesen sobrevivido. Por toda la ciudad, los equipos de extinción de incendios trabajaban para sofocar las llamas que se propagaban desde las naves siniestradas.

Grimaldus observó ambos lados de la muralla, donde miles de hombres uniformados formaban grupos independientes, todos vestidos con el color ocre de la Legión de Acero de Armageddon. Aquéllos no eran los miembros de la 101.^a de Sarren. El regimiento del coronel estaba en el centro de mando, así como disperso por secciones a lo largo de toda la ciudad para defender áreas clave.

Las palabras de Artarion todavía ardían en la mente del capellán.

—Hermanos —dijo por el comunicador—. Acercaos.

Los caballeros acudieron: Nerovar observaba los distantes aterrizajes sin decir ni una palabra; Priamus, con la espada ya en la mano, apoyada contra una de sus hombreras; Cador, proyectando una sensación de implacable paciencia; Bastilan, con expresión adusta y silencioso. Artarion, sosteniendo el estandarte de Grimaldus, era el único de ellos que no llevaba puesto el casco. Parecía disfrutar de las incómodas miradas que le lanzaban los soldados humanos cuando veían su rostro destrozado. De vez en cuando les sonreía para mostrarles los dientes de metal.

—Ponte el casco —le ordenó Grimaldus. Las palabras sonaron a través del vocalizador como un leve gruñido. Artarion obedeció, riéndose entre dientes.

—Tenemos que hablar —dijo el capellán.

—Has elegido un momento curioso para darte cuenta —comentó Artarion.

La muralla tembló bajo sus pies de nuevo cuando las torretas lanzaron otra descarga contra un crucero alienígena que sacudía el cielo por encima de sus cabezas.

—La ciudad ya está cumpliendo con su deber —declaró Grimaldus—. Ya es hora de que yo haga lo mismo.

Los caballeros observaban cómo los transportes aterrizaban en las llanuras a varios kilómetros de la ciudad. Incluso en la distancia, los templarios podían distinguir las hordas de pielesverdes que salían de las naves estrelladas y se

congregaban en el páramo.

Los informes sobre aterrizajes similares al este y al oeste de la ciudad se solapaban en el comunicador.

—Hablad —exigió Grimaldus ante el silencio de sus hermanos.

—¿Qué quieres que te digamos, reclusiarca? —preguntó Bastilan.

—La verdad. Lo que pensáis de esta cruzada condenada al fracaso y de cómo se está dirigiendo.

La nave orka que los había sobrevolado apenas unos minutos antes cayó contra el páramo con una lenta y estruendosa fuerza. Se hundió en el arenoso suelo levantando una nube de polvo a su paso, y Helsreach tembló hasta los cimientos.

Una gran ovación recorrió la muralla cuando miles de soldados gritaron de alegría al verla estrellarse.

—Estamos defendiendo la ciudad más grande del planeta con cientos de miles de soldados —dijo Cador—, además de innumerables guardias experimentados y oficiales de la milicia. Y contamos con la Invigilata.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Grimaldus al tiempo que observaba cómo ardía la nave siniestrada—. ¿De verdad crees que con eso tenemos suficiente para evitar el asedio que pronto sufriremos?

—No —respondió Cador—. Vamos a morir aquí, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que la ciudad ya cuenta con una estructura de mando.

—No eres un general, Grimaldus —Bastilan intervino—. Y no se te envió aquí para que lo fueras.

Grimaldus asintió. Su mente empezó a saltar del fuego en el páramo a los recuerdos de las interminables reuniones de mando en las que los mortales habían solicitado su presencia.

Había considerado que era su deber estar presente para tener pleno conocimiento de la situación a la que se enfrentaba la colmena. Cuando lo comentó con sus hermanos, recibió maldiciones y sonrisas como respuesta.

El capellán observó cómo la ola de pielesverdes aumentaba de tamaño a medida que iban llegando los transportes. Eran tantas las naves alienígenas que oscurecieron el cielo. Como escarabajos de acero, iban infestando el páramo en todas direcciones, vomitando hordas de guerreros xenos.

—Era mi deber estudiar a cada persona, cada arma, cada metro de esta colmena. Pero he errado, hermanos. El gran mariscal no me envió aquí para estar al mando.

—Lo sabemos —dijo Artarion con suavidad. Los pelos de la nuca se le erizaron al notar el cambio de tono en la voz de Grimaldus. Casi había vuelto a sonar como siempre.

—Hasta este momento, hasta que he visto al enemigo con mis propios ojos, no me había resignado todavía a morir aquí. Estaba... furioso... con Helbrecht por

condenarme a este exilio.

—Como todos nosotros —intervino Priamus con una voz acorde con el desdén que mostraba en su rostro—. Pero vamos a hacer historia aquí, reclusiarca. Haremos que el gran mariscal se acuerde del día en que nos envió a morir aquí.

«Bien dicho», pensó Grimaldus.

—Siempre recordará ese día. No es a él a quien debemos obligar a recordar la cruzada Helsreach. —El capellán señaló con la cabeza al creciente ejército enemigo—. Es a ellos.

Grimaldus miró a su izquierda, y después a su derecha. La Legión de Acero estaba organizada en filas, observando la masa de enemigos que se acercaban por las llanuras. Cuando su mirada volvió a posarse sobre el enemigo, no pudo evitar que una sonrisa se dibujase en su rostro.

—Aquí Grimaldus, de los Templarios Negros —anunció por el comunicador—. Responda, coronel Sarren.

—Estoy aquí, reclusiarca. El comandante Barasath me informa de que...

—Después, coronel, después. Estoy observando al enemigo, decenas de miles, y cada vez llegan más. No van a esperar a que sus titanes destrozados aterricen. Éstas bestias están ansiosas por derramar sangre. El primer ataque tendrá lugar en la muralla norte en las próximas dos horas.

—Con todos mis respetos, reclusiarca, ¿cómo van a traspasar la muralla sin los titanes para abrir una brecha en ella?

—Con propulsores para llegar hasta las almenas. Con escaleras. Abriendo agujeros con su artillería. Harán todo lo que puedan y en cuanto puedan. Ésas criaturas llevan semanas encerradas en sus naves, algunas incluso meses. No espere que actúen con lógica, sino con frenesí y furia.

—Entendido. Tendré a los escuadrones de Barasath preparados para bombardear la artillería enemiga.

—Yo habría sugerido lo mismo, coronel. Las puertas, Sarren, debemos vigilar las puertas. Una muralla es tan resistente como lo sea su punto débil, e intentarán atravesar la puerta septentrional como sea.

—Ya he redirigido unos refuerzos a...

—No.

—¿Disculpe?

—Ya me ha oído. No necesito refuerzos. Tengo a quince caballeros conmigo, y a todo un regimiento de la Legión de Acero. Ya lo iré informando de cómo se desarrolla la situación. —Grimaldus desconectó el comunicador antes de que Sarren pudiese protestar.

El templario observó la creciente masa enemiga en la distancia durante varios minutos más mientras escuchaba el parloteo de los soldados de la Guardia que

estaban cerca. Los hombres que lo rodeaban llevaban la insignia de la 273.^a Legión de Acero. Las placas de sus hombreras mostraban un ave carroñera negra agarrando al águila imperial entre sus garras.

El reclusiarca cerró los ojos y recordó las reuniones de datos de personal que había soportado. La 273.^a. Los Buitres del Desierto. Su oficial al mando era el coronel F. Nathett. Los suboficiales eran el comandante K. Johan y el comandante V. Oros.

En la distancia empezó a oírse un fuerte griterío. Apenas era audible por los defensores a causa de las cerradas descargas de artillería, pero estaba ahí. Miles y miles de orkos bramando el grito de guerra de su raza.

Avanzaban atacando con quejumbrosos y destartalados vehículos; con transportes robados al Imperio y convertidos en chatarra cumpliendo la idea alienígena de «mejora»; con tanques rugientes que lanzaban proyectiles que caían cerca de las murallas de la ciudad; e incluso con grandes bestias de carga, del tamaño de unos titanes exploradores, con una especie de sillas de montar abarrotadas de orkos confeccionadas con chatarra sobre sus lomos.

—Tenemos dieciséis minutos antes de que estén al alcance de la artillería de la muralla —dijo Nerovar—. Veintidós antes de que lleguen a las puertas, si su velocidad de avance no varía.

Grimaldus abrió los ojos y tomó aliento. Los humanos estaban murmurando algo entre ellos, y a pesar de que eran veteranos entrenados, los sentidos aumentados de Grimaldus percibían el hedor de su repentino sudor y de su aliento cargado de miedo expulsado a través de los respiradores. Ningún mortal podía evitar sentirse intimidado por la horda de devastación que se les venía encima. Incluso sin sus máquinas de guerra, el primer ataque orko era arrollador.

La ciudad estaba preparada. El enemigo se acercaba. Había llegado el momento de enfrentarse a la razón por la que lo habían exiliado allí.

Grimaldus dio un paso hacia las almenas.

El viento era fuerte, una alteración atmosférica debida a la cantidad de naves que estaban descendiendo sobre el planeta, pero a pesar del vendaval que azotaba los abrigos de los soldados humanos, Grimaldus permanecía firme.

Caminó por el borde de la muralla con las armas activadas en las manos. Los anillos del generador en la parte trasera de su pistola de plasma ardían con una intensa luz, y la maza de su crozius centelleaba con una fuerza letal. Conforme avanzaba, los ojos de los soldados lo seguían. El viento tiraba de su tabardo y de los pergaminos fijados a su armadura, pero él no prestaba la más mínima atención a la furia de los elementos.

—¿Veis eso? —preguntó con voz calmada.

Al principio sólo le respondió el silencio. Vacilantes, los soldados de la Guardia

empezaron a intercambiar miradas entre ellos, incómodos ante la presencia del capellán y confundidos por su comportamiento.

Ahora todas las miradas estaban fijas en él. Grimaldus señaló a las hordas que avanzaban con su maza. Miles. Decenas de miles. Y aquello sólo era el principio.

—¿Veis eso? —rugió a los humanos. Las filas más cercanas se estremecieron asustadas por el ladrido mecánico que emergió casi ensordecedoramente alto de su yelmo de calavera—. ¡Contestadme!

Hubo varios asentimientos temblorosos.

—Sí, señor... —murmuraron un puñado de ellos, escondidos entre la masa y tras sus respiradores.

Grimaldus se volvió de nuevo hacia el páramo, ya ennegrecido con las ingentes y caóticas filas enemigas. Al principio, su casco emitió una breve y distorsionada carcajada. A los pocos segundos estaba riendo, riendo y mirando al cielo ardiente mientras apuntaba con el martillo de su crozius al enemigo.

—¿Os sentís tan insultados como yo? ¿Esto es lo que han enviado contra nosotros? —Entonces se volvió hacia los hombres. Había dejado de reírse, pero mantenía un tono divertido, a pesar de los deshumanizados vocalizadores de su yelmo—. ¿Esto es lo que nos envían? ¿A estos cuatro gatos? Defendemos una de las ciudades más poderosas sobre la superficie del planeta. La furia de su artillería envía a todos los enemigos aéreos al suelo envueltos en llamas. Somos miles, y nuestras armas innumerables, nuestra pureza es incuestionable y nuestros corazones bombean valor por nuestras venas. ¿Y así es cómo nos atacan ellos? Hermanos y hermanas... Una legión de mendigos y de escoria alienígena avanza como puede por las llanuras. Perdonadme cuando llegue el momento en que lloriqueen junto a nuestras murallas. Perdonadme cuando tenga que ordenaros que malgastéis vuestras municiones contra sus despreciables cuerpos.

Grimaldus hizo una pausa y bajó su arma, dando la espalda a los invasores como si lo aburriese su mera existencia. Ahora toda su atención estaba centrada en los soldados que tenía por debajo.

—He oído que muchos cuchichean sobre mí desde que llegué a Helsreach. Y ahora os pregunto: ¿Me conocéis?

—Sí —respondieron algunos entre los presentes.

—¿Me conocéis? —bramó por encima del ruido de la artillería.

—¡Sí! —respondió esta vez un coro de voces.

—¡Soy Grimaldus, de los Templarios Negros! ¡Un hermano de las Legiones de Acero de este mundo rebelde! —Una débil ovación respondió a sus palabras. No era suficiente. Ni siquiera se acercaba—. Vuestras acciones nunca volverán a tener consecuencias tan importantes. Nunca volveréis a servir como servís ahora. Ningún deber importará tanto, y ninguna gloria os sabrá tan auténtica. ¡Somos los defensores

de Helsreach! Y hoy haremos historia en la carne de cada alienígena que asesinemos. ¿Estáis conmigo?

Ésta vez la aclamación fue sincera. Los gritos de los hombres tronaban a su alrededor.

—¿Estáis conmigo? ¡Hijos e hijas del Imperio! ¡Nuestra sangre es la sangre de los héroes y de los mártires! ¡Si los xenos se atreven a profanar nuestra ciudad y a pisar el suelo sagrado de nuestro mundo, nosotros lanzaremos sus cuerpos desde estas murallas cuando el último día amanezca!

Una ola de gritos retumbó sobre su armadura. Grimaldus alzó su maza hacia los asediados cielos.

—¡Ésta ciudad es nuestra! ¡Éste mundo es nuestro! ¡Decidlo! ¡Decidlo! ¡Gritadlo para que esos malnacidos que están en órbita oigan nuestra furia! ¡Es nuestra ciudad! ¡Nuestro mundo!

—¡ES NUESTRA CIUDAD! ¡NUESTRO MUNDO!

Riendo de nuevo, Grimaldus se volvió hacia la horda que se aproximaba.

—¡Corred, perros alienígenas! ¡Venid a mí! ¡Venid a todos nosotros! ¡Venid y morid a sangre y fuego!

—¡SANGRE Y FUEGO!

El reclusiarca trazó un arco con su crozius, como si ordenase a sus hombres que avanzaran.

—¡Por los Templarios! ¡Por la Legión de Acero! ¡Por Helsreach!

—¡POR HELSREACH!

—¡Más alto!

—¡¡POR HELSREACH!!

—¡No os oyen, hermanos!

—¡POR HELSREACH!

—¡Lanzaos contra estas murallas, escoria inhumana! ¡Morid bajo nuestras espadas! ¡Soy Grimaldus, de los Templarios Negros, y yo mismo arrojaré vuestros restos por encima de estas murallas sagradas!

—¡GRIMALDUS! ¡GRIMALDUS! ¡GRIMALDUS!

El capellán asintió, todavía con la mirada fija en el páramo, dejando que los gritos de aclamación se mezclasen con el viento, consciente de que éste los arrastraría hasta el enemigo.

Una voz en el comunicador le sacó de su ensueño.

—Es la primera vez desde que aterrizamos —dijo Artarion— que pareceis tú mismo.

—Tenemos una guerra que librar —respondió el capellán—. El pasado, pasado está. Nero, ¿cuánto nos queda?

El apotecario ladeó la cabeza y observó a la horda durante unos momentos.

—Seis minutos hasta que estén al alcance de la artillería de la muralla.

Grimaldus se apartó de ella y caminó entre la Guardia. Los hombres le cedieron el paso, aunque seguían vitoreando su nombre.

—¡Buitres! —exclamó—. Necesito hablar con el coronel Nathett y con los comandantes Oros y Johan. ¿Dónde están vuestros oficiales?

En seis minutos pueden pasar muchas cosas, especialmente cuando uno tiene los recursos de una ciudad fortaleza a su disposición.

Decenas de cazas del color gris plomo característico de la 5082.^a Aerotransportada de la Armada sobrevolaron a la horda enemiga castigándola desde arriba con una lluvia de bombas. Los cañones automáticos tableteaban mientras escupían fuego sobre la ola de carne enemiga. Los cañones láser brillaban con una intensidad cegadora y destruían decenas de los pocos tanques pesados presentes en aquel ejército orko de vanguardia.

Grimaldus esperaba en las almenas, con las armas en las manos, observando cómo los Lightning y los Thunderbolt del comandante Barasath desataban la devastación desde el cielo. Tenía doscientos años de experiencia. Sabía sin temor a equivocarse cuando algo era inútil.

Pensó que cada muerte contaba, intentando obligarse a creerlo mientras el inmenso mar de enemigos se acercaba cada vez más.

Priamus se mostraba prácticamente igual de indiferente.

—Los mejores intentos de Barasath son como escupir contra un maremoto.

—Cada muerte cuenta —gruñó Grimaldus—. Cada vida perdida ahí fuera es un enemigo menos asaltando nuestras murallas.

Una gran bestia, una especie de mamut cubierto de escamas, lanzó un grito al caer derribado, con las piernas y el vientre destrozados por una ráfaga de fuego de cañón láser. Los orcos se cayeron de la silla que llevaba al lomo y se perdieron en el enjambre de guerreros. Grimaldus rogó para que murieran aplastados bajo las pisadas de sus camaradas.

En su pantalla retinal, una cuenta atrás rúnica empezó a parpadear en rojo.

El capellán alzó el crozius.

A lo largo de la muralla septentrional, cientos de torretas multicañón iniciaron su realineamiento. Sobre unos chirriantes mecanismos se inclinaron para apuntar hacia el páramo, dejando la ciudad vulnerable desde arriba.

Alrededor de cada torreta, un grupo de soldados aguardaba preparado: cargadores, disparadores, oficiales y ayudantes, todos preparados para cuando llegara la orden.

—La artillería de la muralla —indicó Nero a Grimaldus a través del comunicador —. La artillería de la muralla, ahora.
Grimaldus cortó el aire con su centelleante maza gritando una única palabra:
—¡Fuego!

Una serie de cráteres se abrieron entre la horda enemiga. Inmensas explosiones de tierra, metal, cuerpos y sangre estallaron entre el ejército. Con lo numeroso que era aquel ejército, era imposible que los artilleros de Helsreach fallasen.

Miles de orkos murieron con la primera descarga. Y otros miles ocuparon su lugar.

—¡Recargad! —exclamó una figura solitaria vestida de negro por el comunicador.

Las murallas temblaron de nuevo, y el temblor se extendió por el rococemento cuando se disparó la segunda ráfaga. Y la tercera. Y la cuarta. Para un ejército en sus cabales, la aniquilación que estaban sufriendo resultaría catastrófica. Legiones enteras saldrían corriendo despavoridas.

Los alienígenas, enfebrecidos por la sangre y aullando sus guturales gritos de guerra, ni siquiera disminuyeron la velocidad de su avance. Ignoraban a sus muertos, pisoteaban a sus heridos y cargaban contra las inmensas murallas como un maremoto.

Al no contar con nada capaz de atravesar las puertas de varios metros de grosor de la muralla septentrional, los enloquecidos alienígenas empezaron a escalarla.

Siempre he pensado que los primeros momentos de una batalla tienen algo hermoso. Son los momentos de mayor emoción: el temor de los mortales, la frustrada sed de sangre y el exceso de confianza de los enemigos de la humanidad. En los momentos en que se inicia el combate, la pureza de las especies humanas se revela por primera vez al enemigo.

En una organizada formación, los cientos de soldados de la Legión de Acero dan un paso hacia adelante. Se mueven como diferentes extremidades de un mismo ser. Como un reflejo expandiéndose hasta el infinito, todos los hombres y mujeres de la línea apuntan con sus rifles láser por encima de la muralla, hacia los pielesverdes que aúllan y escalan. Los alienígenas ascienden ayudándose con sus propias garras; suben con escaleras y pértigas; se elevan con los silbantes propulsores de los retroreactores.

Y todo es tan deliciosamente fútil...

El estallido de miles de rifles láser disparando al unísono es como una canción extrañamente evocadora. Habla de disciplina, de desafío, de fuerza y de valor. Es más que eso. Es una respuesta furiosa, la primera vez que los defensores pueden descargar su ira contra los invasores. Todos los soldados de la línea aprietan los gatillos y dejan que sus rifles láser griten por ellos, escupiendo muerte al enemigo. Los bólteres láser

atraviesan la carne verde, desgarran a los orkos y los lanzan contra el distante suelo para que se conviertan en papilla bajo las botas de los de su raza.

Los cazas de Barasath atacan desde el aire. Su artillería sigue acribillando a la horda. Sus objetivos han cambiado. La mayoría de las veces descargan su ira contra los últimos tanques en salir de las barcasas de transporte, y sólo ahora están empezando a alcanzar la retaguardia del ejército asediante.

Veo cómo es derribado el primero de nuestros cazas. El fuego antiaéreo retumba desde un desvencijado Hydra. Las dos torretas que le quedan apuntan contra un grupo de Lightning. La explosión apenas se oye, no es más que una leve detonación de tanques de combustible y la protesta de los motores mientras el caza cae en espiral.

Impacta contra unos restos en llamas. Pierde las alas y empieza a girar hasta atravesar, arrasándolas, las filas del enemigo. Algunos pueden considerar trágico que el piloto acabe con más enemigos con su muerte que como lo había hecho en vida. A mí sólo me importa que hayan muerto más invasores.

El primero de los enemigos en llegar a la fortificación lo hace en solitario. A cien metros o más, un orko impacta contra la muralla con su retroreactor a propulsión echando fuego. Los que lo acompañaban están muertos o moribundos y caen en picado conforme sus cuerpos y los depósitos de sus reactores son acribillados por el fuego láser. El alienígena que consigue llegar hasta lo alto de la muralla dura menos que un suspiro. La criatura recibe un golpe de bayoneta en la garganta, el ojo, el pecho y ambas piernas por parte de una docena de soldados, y sus rifles empujan a la bestia de nuevo hacia el suelo.

La primera sangre de Helsreach.

Los minutos se transformaron en horas.

Los orkos se lanzaban contra las murallas, todavía incapaces de sobrepasarlas. Se subían a los cascotes de sus tanques destrozados, a los montones de sus propios muertos y a escaleras de metal retorcido en un vano esfuerzo de alcanzar las almenas.

Los comandantes estaban ahora recibiendo noticias de que las murallas del este y del oeste estaban sufriendo un asedio similar. En el páramo que rodeaba la ciudad seguían aterrizando más transportes que descargaban nuevos guerreros y legiones de tanques. Aunque muchas de estas nuevas fuerzas se unieron inmediatamente al primer ataque ya en progreso, muchos más permanecieron lejos de la ciudad, levantando campamentos, abriendo nuevas zonas de aterrizaje y organizándose para un futuro asalto más coordinado.

Los defensores de la colmena distinguieron estandartes individuales entre la ola de orkos: clanes y tribus unidos dando forma al Gran Enemigo. Muchos de ellos esperaban en lugar de lanzarse contra este primer ataque condenado al fracaso.

Grimaldus permaneció con los soldados de la Legión de Acero en la muralla

septentrional. Sus caballeros se dispersaron entre las filas de los Guardias, rompiendo así la unidad de la escuadra de los astartes.

Algunos pielesverdes conseguían llegar hasta las almenas. En esas escasas ocasiones, las espadas sierra de los templarios atravesaban la hedionda carne alienígena antes de que los rifles de la Guardia terminasen el trabajo con precisos rayos de luz láser.

En un momento dado, durante el interminable tiroteo, el comandante Oros, desconcertado, había contactado con Grimaldus.

—Están alineándose para morir —dijo, sorprendido.

—Éstos son los más insensatos, y los menos controlados. Están ansiosos por luchar, sin importarles las posibilidades que tienen de ganar ni la guerra que están librando. Mire hacia las llanuras, comandante. Observe cómo se reúnen nuestros auténticos enemigos.

—Ya veo, reclusiarca.

Grimaldus oyó como los oficiales de la legión ordenaban a sus hombres otro cambio de filas. Los soldados de las almenas se retiraron para recargar, limpiar sus armas y dejar que se enfriasen los sobrecalentados generadores de energía. La siguiente fila avanzó para ocupar las posiciones de sus camaradas, se situó en la muralla y abrió fuego inmediatamente contra los orkos que ascendían.

El olor del asedio inundaba la ciudad. Montañas de alienígenas muertos yacían a los pies de las murallas con los cuerpos destrozados, y sus sucios líquidos empapaban el suelo ceniciento. Aunque los templarios y los legionarios se libraban de la peor parte del hedor gracias a sus yelmos y sus respiradores, en la ciudad, los civiles y las fuerzas de la milicia empezaban a percibir el primer hediondo sabor de la guerra contra los xenos orkos. Era una revelación desagradable.

La noche amenazaba con caer antes de que los alienígenas acabasen por huir.

La marea verde se retiró en masa, ya fuese porque la montaña de sus propios muertos había transformado su furia en futilidad o porque finalmente se habían dado cuenta de que las auténticas batallas todavía estaban por llegar. Los cuernos sonaban por el páramo, cientos de ellos, coordinando una retirada que, de otro modo, carecería del más mínimo ápice de cohesión. Los rayos láser destellaban desde las murallas mientras la legión mantenía un ritmo frenético de disparos, castigando a los orkos por su cobardía del mismo modo que antes los habían castigado por su ansiosa locura. Cientos de xenos cayeron al suelo, asesinados bajo la última y más amarga descarga de los rifles.

Pronto, incluso los rezagados quedaron fuera de su alcance, cojeando o arrastrándose tras la horda de vuelta a su zona de aterrizaje.

Las naves orkas cubrían el páramo de horizonte a horizonte. Las más grandes, casi tan altas como las agujas de la colmena, estaban abiertas para liberar a unos

colosales titanes de chatarra. Similares a los encorvados y barrigudos alienígenas en su forma, los gigantes de chatarra caminaban por las llanuras, y sus fuertes pisadas levantaban nubes de polvo a su paso.

Ésas eran las armas que derribarían la muralla. Ésos eran los enemigos que la Invigilata tenía que destruir.

—Ésa —dijo Artarion, señalando con la cabeza— sí que es una imagen desagradable.

—La auténtica batalla comienza mañana —gruñó Cador—. Al menos, no nos aburriremos.

—Yo creo que esperarán —dijo Grimaldus con voz más calmada ahora que los gritos de guerra y los discursos habían terminado—. Esperarán hasta que tengan una fuerza lo bastante grande como para aplastarnos, y golpearán como un martillo. —El capellán hizo una pausa. Se apoyó en las almenas y observó al enemigo mientras el ocaso reclamaba la ciudad rodeada—. He solicitado la retirada de todas las fuerzas de la Guardia de las instalaciones del páramo que hay situadas al sur de Armageddon Secundus. El coronel accedió en un principio.

Bastilan se unió al reclusiarca en la muralla. El sargento soltó los cierres de su casco y permaneció con la cara descubierta, haciendo caso omiso del frío viento que azotaba su cabeza sin afeitar.

—¿Qué hay de valor ahí?

El reclusiarca sonrió, ocultando su expresión.

—Los días y días de reuniones eran un mal necesario para responder a preguntas como ésta. Municiones —dijo Grimaldus—. Un montón de municiones para utilizarlas cuando las ciudades colmena caigan y necesiten ser recuperadas. Pero eso no es todo. Los buitres del desierto hablaban de una curiosa leyenda. De algo enterrado bajo las arenas. Un arma.

—¿Vamos a involucrarnos ahora en la mitología de este mundo?

—No la subestimes. Hoy he oído algo que me ha dado esperanza. —El reclusiarca tomó aliento y entrecerró los ojos mientras observaba el mar de estandartes enemigos—. Y tengo una idea. ¿Dónde está el señor de la forja Jurisian?



SIETE

ANTIGUOS SECRETOS

Cyria Tyro se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos para borrar de su visión los números que había estado mirando.

Las víctimas del primer día de combate eran escasas, y los daños infligidos a la muralla, mínimos. Los equipos de lanzallamas habían descendido para arrastrar a los muertos alienígenas lejos de las murallas de la ciudad e incinerarlos en inmensas piras. Aquélla era una tarea voluntaria que incluía un elemento de riesgo: si los orkos decidían atacar de noche, no había garantías de que los cientos de hombres encargados de las piras pudiesen regresar a tiempo.

Las piras funerarias ardían, una hora antes del alba, y aunque eran demasiados cuerpos para completar la labor en una sola noche, al menos las montañas de cadáveres xenos se vieron algo reducidas.

«Por ahora», suspiró.

La munición gastada sólo durante el primer día había sido... Bueno, había visto las cifras y apenas podía creerlo. La ciudad era una fortaleza, y su reserva de artillería parecía inagotable, pero en un día de lucha relativamente esporádica, con sólo tres regimientos involucrados, la pesadilla logística a la que tendrían que enfrentarse pronto se hizo evidente. Sus reservas de munición durarían meses, pero abastecer a los regimientos dispersos por toda la ciudad, garantizar que tuviesen conocimiento de los refugios, de los almacenes de armas y...

«Estoy cansada», pensó con una seca sonrisa. Ella ni siquiera había luchado ese día.

Tyro firmó unas cuantas placas de datos con la huella de su pulgar y autorizó la transferencia de los informes al general Kurov y al comisario Yarrick, ambos en

colmenas distantes, combatiendo ya en sus propios asedios.

El timbre de la puerta sonó una vez.

—¡Adelante! —gritó.

El comandante Ryken hizo acto de presencia. Llevaba el abrigo desabrochado, su respirador colgaba del cordón alrededor de su cuello y tenía el pelo negro alborotado por la lluvia.

—Está diluviando ahí fuera —gruñó. Había ido andando hasta allí desde la muralla éste—. No va a creer lo que la alteración orbital ha hecho con la atmósfera. ¿Qué es lo que quería que no podía solucionarse por el comunicador?

—No conseguía hablar con el coronel Sarren.

—Llevaba más de sesenta horas sin dormir. Creo que Falkov lo amenazó con dispararle si no descansaba un poco. —Ryken entrecerró los ojos—. Hay otros coroneles. Decenas de ellos.

—Lo sé, pero ninguno de ellos es el segundo comandante de la ciudad.

El comandante se rascó la nuca. Tenía la piel fría, irritada y sucia a causa de la lluvia ácida.

—Señorita Tyro... —empezó.

—En realidad —lo interrumpió ella—, dada mi categoría de quinta ayudante del líder planetario, preferiría «señora» o «consejera», no «señorita Tyro». Esto no es una reunión social, y si lo fuera, no estaría hablando con una rata ahogada como usted, comandante.

Ryken se rio. Tyro no.

—De acuerdo, señora. ¿En qué puede servirle este humilde roedor? Tengo una tormenta a la que regresar antes de que amanezca.

Ella pasó la vista por su estrecho pero caliente despacho en la torre de mando central y ocultó su rubor fingiendo una tosecilla.

—Hemos recibido esto desde la colmena Acheron hace una hora. —La quinta ayudante señaló varias hojas de papel impreso que mostraban imágenes topográficas. Ryken las cogió del desordenado escritorio y les echó un vistazo.

—Son imágenes orbitales —dijo.

—Ya sé lo que son.

—Pensaba que la flota enemiga había destruido todos nuestros satélites.

—Y lo han hecho. Éstas fueron de las últimas imágenes que nuestro despliegue de defensa orbital logró enviar. Acheron las recibió y las envió a las demás ciudades.

—Ésta tiene una mancha de cafeína. —Ryken le mostró una de las imágenes—. ¿También la ha enviado Acheron?

Tyro frunció el ceño.

—Madure, comandante.

Él siguió observando las imágenes impresas unos momentos más.

—¿Qué es lo que estoy buscando?

—Son imágenes de las Tierras Muertas del sur. Del sur extremo, al otro lado del océano.

—Estaba atento en las clases de geografía básica, gracias..., señora. —Ryken repasó las imágenes de nuevo, entreteniéndose especialmente en las de un inmenso descenso orko que decoloraba el paisaje—. Esto no tiene sentido —dijo por fin.

—Lo sé.

—No hay nada en las Tierras Muertas. Nada de nada.

—Lo sé, comandante.

—¿Tenemos alguna idea de por qué ha aterrizado una fuerza que parece lo bastante grande como para tomar una ciudad allí?

—Los tácticos sugieren que el enemigo está estableciendo un espaciopuerto. O una colonia.

Ryken resopló y dejó caer las imágenes sobre el escritorio.

—Los tácticos están borrachos —dijo—. Todos los hombres, mujeres y niños saben para qué vienen aquí los xenos: para luchar. Para luchar hasta la muerte, la suya o la nuestra. No organizan la mayor armada de la historia sólo para levantar unas cuantas tiendas de campaña en el polo sur y criar a unos grotescos bebés alienígenas.

—Pero el hecho es que el enemigo está ahí —declaró Tyro, señalando con la mirada las imágenes—. Su situación al otro lado del océano descarta la idea de un ataque aéreo. Sería imposible que llegasen hasta nosotros sin tener que repostar varias veces. Y si ésa fuese su intención, podrían perfectamente haber establecido pistas de aterrizaje en el páramo mucho más cercanas a las ciudades colmena. De hecho, como hemos visto, ya están en ello.

—¿Y qué hay de las plataformas petrolíferas? —preguntó el comandante.

—¿Las plataformas? —Ella negó con la cabeza, sin saber qué quería decir con eso.

—¿Está de broma? —exclamó Ryken—. Las plataformas petrolíferas de Valdez. ¿Estudió Helsreach antes de ser destinada aquí? ¿De dónde cree que obtienen el combustible la mitad de las ciudades colmena de Armageddon Secundus? Lo importan aquí desde las plataformas submarinas y lo transforman en promethium para el resto del continente.

Tyro ya conocía esos datos, pero le permitió tener su momento de fingida indignación.

—Estaba atenta —sonrió— en las clases de economía básica. Las plataformas están protegidas de estos incursores del mismo modo en que lo estamos nosotros. Están demasiado lejos para atacarlas.

—Entonces, con todos mis respetos, señora, ¿para qué me hizo abandonar la muralla? Tengo cosas que hacer.

Había llegado el momento. Tenía que tratar este asunto con delicadeza.

—Yo... agradecería su asistencia. En primer lugar, necesito difundir esta información entre los demás oficiales.

—No necesita mi ayuda para eso. Sólo necesita tener acceso a un comunicador, y está sentada en un edificio lleno de ellos. ¿Y por qué debería importarle todo esto? ¿Qué tiene que ver una posible colonia enemiga en el casquete polar con la defensa de la colmena?

—Los altos mandos me han informado de que esta cuestión debe considerarse problema de Helsreach, ya que somos, relativamente hablando, la ciudad más cercana.

Ryken soltó una carcajada.

—¿Quieren que los invadamos? Iré a preparar a los hombres y a decirles que se abriguen bien para sitiar el polo sur. Espero que los orkos que aguardan fuera de la ciudad respeten el hecho de que estaremos ausentes durante el resto del asedio. Parecen tener un espíritu amable y deportivo. Estoy convencido de que esperarán a que volvamos a la colmena para atacar de nuevo.

—Comandante.

—¿Sí, señora?

—Los altos mandos me han ordenado que difunda la información para que todos los oficiales estén al tanto de este asunto. Eso es todo. Nada de invasiones. Y no es eso para lo que necesito su ayuda.

—Entonces, ¿para qué la necesita?

—Grimaldus —dijo.

—¿En serio? ¿Tiene problema con los elegidos del Emperador?

—Es un asunto importante —replicó Tyro, frunciendo el ceño.

—De acuerdo. Pero según los Buitres parece ser que ya ha empezado a implicarse. Por lo visto les dio un discurso fantástico.

—Ha llevado a cabo su deber en la muralla con gran destreza y devoción —dijo, todavía sin sonreír—. Ése no es el problema.

Ryken dejó que su ceja enarcada hablase por él.

—El problema es de contacto y comunicación. —Tyro suspiró—. Se niega a hablar conmigo. —Entonces hizo una pausa, como si considerase una idea por primera vez—. Tal vez sea porque soy mujer.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Ryken—. ¿De verdad piensa eso?

—Bueno... Sí que se ha relacionado con oficiales varones, ¿no?

Ryken pensó que eso era discutible. Tenía entendido que la única comandante de la ciudad a la que Grimaldus había tratado con algo más que desdeñosa impaciencia era la anciana que mandaba la Legio Invigilata. E incluso aquello no era más que un rumor.

—No es porque sea mujer —replicó el comandante—. Es porque es usted inútil. —La pausa duró varios segundos, durante los cuales el rostro de Cyria Tyro se iba endureciendo a cada instante que pasaba.

—¿Disculpe? —inquirió.

—Inútil para ellos. Es muy sencillo. Usted es el enlace entre un alto cargo que está demasiado ocupado como para preocuparse por lo que sucede aquí, demasiado distante como para marcar alguna diferencia en el caso de que le importase, y unas fuerzas extraplanetarias que no tienen ninguna necesidad ni ningún interés en fingir ser amables con la Guardia. ¿Necesita la comandante de la Invigilata transmitir sus órdenes a través de usted? ¿Lo necesita Grimaldus? No. A ninguno de ellos les importa.

—La cadena de mando... —empezó, pero se detuvo.

—La legio y los templarios están fuera de la cadena de mando. Incluso por encima, si así lo quisieran.

—Me siento inútil —admitió finalmente—. Y no sólo para ellos.

El comandante era consciente de lo mucho que le costaba reconocer aquello. También vio que, con las defensas bajas, la comandante no parecía ser una perra altanera. Justo cuando Ryken tomó aire para hablar, y para ofrecerle una versión más amable de sus pensamientos actuales, el comunicador del escritorio zumbó.

—¿Quinta ayudante Cyria Tyro? —preguntó una voz masculina grave y retumbante.

—Sí. ¿Quién es?

—El reclusiarca Grimaldus de los Templarios Negros. Necesito hablar con usted.

La comandante de la Invigilata flotaba en su ataúd lleno de líquido y aparentaba estar escuchando los sordos sonidos del exterior.

En realidad prestaba poca atención. Los silenciosos sonidos de conversaciones y movimiento pertenecían a un mundo físico que apenas recordaba. Conectado con el *Heraldo de Tormenta*, la estruendosa y constante cólera de la deidad mecánica la infectaba como si le inyectasen algo químico en la mente. Incluso en los momentos de paz era difícil concentrarse en nada que no fuese la ira.

Compartir la mente con el *Heraldo* significaba revivir un amasijo de recuerdos que no eran suyos. El *Heraldo* había estado presente en innumerables campos de batalla durante cientos de años antes de que la princeps Zarha hubiese nacido siquiera. Sólo tenía que cerrar los sensores de imagen que cumplían ahora la función de sus ojos y, cuando la borrosa imagen de su lechoso ambiente se desvanecía hacia la nada, recordaba desiertos que jamás había visto, guerras en las que jamás había luchado, glorias que jamás había obtenido.

La voz del *Heraldo* en su mente era un implacable murmullo, un zumbido de

tensión silenciosa, como un fuego que arde despacio. Y la desafiaba, con rugidos sin palabras, a saborear las victorias que él llevaba tanto tiempo saboreando, a nadar bajo los recuerdos superficiales y a dejarse vencer por ellos. Su espíritu era un alma mecánica orgullosa e infatigable, y estaba sediento, no sólo de la feroz vorágine de la guerra, sino también de la fría exaltación del triunfo. Sentía los estandartes de guerras pasadas que colgaban de su piel de metal, y conocía el fiero e inquebrantable orgullo.

—Mi princeps —dijo una voz apagada.

Zarha activó sus fotorreceptores. Los recuerdos prestados desaparecieron y recuperó la vista. Era extraño como los más antiguos eran mucho más claros que los más recientes.

Hola, Valian.

—Hola, Valian.

—Mi princeps, los adeptos del alma informan de un cierto descontento en el corazón del *Heraldo*. Estamos obteniendo lecturas anómalas de mal humor del centro del reactor.

Estamos enfadados, moderati. Ansiamos descargar nuestra furia sobre nuestros enemigos.

—Estamos enfadados, moderati. Ansiamos descargar nuestra furia sobre nuestros enemigos.

—Es comprensible, mi princeps. ¿Está operando a plena capacidad? ¿Es optimista?

¿Me estás preguntando si corro el riesgo de ser consumida por el corazón del Herald de Tormenta?

—¿Me estás preguntando si corro el riesgo de ser consumida por el corazón del stkkrrssshhh?

—¡Adepto de mantenimiento! —llamó Valian Carsomir a un tecnosacerdote vestido con túnica—. Compruebe el vocalizador de la princeps. —Después se volvió de nuevo hacia su comandante.

—Confío en usted, mi princeps. Discúlpeme por molestarla.

No hay nada que disculpar, Valian.

—No hay nadkkkrrrrrrsssssh.

«Eso se hace un poco fastidioso al cabo de un tiempo», pensó, pero no transmitió ese sentimiento al vocalizador.

Tu preocupación me conmueve, Valian.

—Tu preocupación me conmueve, Valian.

Pero estoy bien.

—Pkrsh estoy bien.

El tecnoadepto se acercó al tanque amniótico de Zarha. Los brazos mecánicos se deslizaron por debajo de la túnica y empezaron a hacer su trabajo.

El moderati primus Valian Carsomir vaciló antes de hacer la señal del engranaje y volver a su puesto.

Pronto entraremos en combate, Valian. Grimaldus nos lo ha prometido.

—Pronto entraremos en combate, Valian. Grimaldus nos lo ha prometido.

Al principio, Valian no respondió. Si el enemigo pretendía acumular sus tropas, dispararle desde la seguridad de las murallas de la ciudad no era precisamente un combate, a su parecer.

—Estamos todos preparados, mi princeps.

Tomaz no podía dormir.

Estaba sentado en la cama, ingiriendo otro largo trago de amasec, la bebida barata que Heddon fabricaba en uno de los últimos almacenes del puerto. El brebaje sabía bastante a aceite de motor. A Tomaz no lo habría sorprendido enterarse de que era uno de los ingredientes.

Dio otro ardiente trago que le quemó la garganta. De repente se percató de que había muchas probabilidades de que fuera a vomitar aquello. Acostumbraba a no asentarse demasiado bien en un estómago vacío una vez que llegaba allí, pero no creía poder soportar otra comida deshidratada de raciones de conserva. Tomaz echó una mirada a un montón de paquetes de pastillas de cereales sin abrir que había sobre la mesa.

Tal vez más tarde.

No se había acercado a las murallas del norte y del éste. En los muelles del sur había poca diferencia entre aquel día y otro cualquiera. Los chirriantes engranajes de su grúa ahogaban cualquier sonido distante de la guerra, y se había pasado su turno de doce horas descargando tanques y organizando la distribución desde los almacenes de su distrito, como hacía siempre.

El retraso de los cargueros atracados, y el número de aquellos que esperaban ser descargados, era increíble. La mitad del equipo de Tomaz se había marchado, reclutados como reservas de la milicia y enviados por toda la ciudad para jugar a ser guardias, a kilómetros de distancia de donde realmente se los necesitaba. Él era el representante electo de la Asociación de Cargadores, y sabía que todos los capataces estaban sufriendo la misma escasez de personal. Esto hacía que los resultados de un trabajo difícil fuesen completamente risibles, sólo que ninguno de ellos sonreía.

Se había hablado de limitar el flujo de crudo procedente de las plataformas de Valdez una vez que las defensas orbitales cayesen, por miedo a que los orkos bombardeasen la ruta de navegación. La necesidad compensaba el riesgo de los equipos de cargadores. El flujo había continuado. Incluso con la ciudad sellada, el puerto permanecía abierto.

Y por alguna razón estaba más concurrido que de costumbre, a pesar de que sólo

contaban con la mitad de los trabajadores. Varios equipos de legionarios de acero y de servidores de baja categoría ocupaban las numerosas torretas antiaéreas dispuestas a lo largo de la dársena y en los tejados de los almacenes. Cientos y cientos de almacenes se utilizaban ahora para aparcar los tanques o se habían transformado en terminales de mantenimiento y en talleres para la reparación de máquinas de guerra. Convoyes de tanques de batalla Lemán Russ avanzaban dando sacudidas por el puerto estrangulando las calles con sus lentas procesiones.

Con la mitad de personal y ralentizados por las constantes interferencias, el puerto de Helsreach estaba prácticamente paralizado.

Y los tanques seguían llegando.

Tomaz comprobó el cronómetro que llevaba en la muñeca. Todavía quedaban dos horas para que amaneciera.

Finalmente, se hizo a la idea de que no iba a poder dormir antes de que empezase de nuevo su jornada, y le dio otro trago a la botella del repugnante amasec.

Alguien debería asesinar a Heddon por destilar ese meado de rata.

Caminaba bajo la tormenta. El abrigo de legionario de acero le cubría pesadamente los hombros.

La pertinaz lluvia hacía poco por limpiar las calles. El hedor a sulfuro salía de los edificios a su alrededor a medida que la lluvia ácida se mezclaba con la polución que cubría la mampostería y el rococemento de la ciudad.

«No ha sido un buen momento para olvidar tu respirador, Cyria...».

El comandante Ryken la escoltaba por la muralla septentrional. En la vaga distancia, hacia el éste, el sol empezaba a iluminar el cielo con los primeros resplandores del alba. Cyria no quería asomarse por el borde de la muralla, pero no pudo evitarlo. La débil iluminación reveló al ejército enemigo, una marea de oscuridad que iba de horizonte a horizonte.

—¡Por el Trono del Dios Emperador! —susurró.

—Podía ser peor —dijo Ryken, empujándola hacia adelante al ver que se había quedado helada ante aquella visión.

—Debe de haber millones ahí fuera.

—Sin duda.

—Cientos de tribus... Pueden distinguirse los distintos estandartes.

—Intento no hacerlo. Mire hacia adelante, señora.

Cyria se volvió a regañadientes. Ante ella, a unos cincuenta metros de distancia, un grupo de gigantescas estatuas negras esperaba bajo la lluvia. El diluvio hacía que los bordes de las armaduras reluciesen.

Uno de los gigantes avanzó hacia ella, y sus pisadas resonaron fuertemente contra el suelo de la muralla. El fuerte viento azotaba los calados pergaminos sujetos a su

armadura y empapaba su tabardo con la cruz negra en el pecho.

Su rostro era el de una sonriente calavera plateada, y los ojos, de un rojo desalmado, la miraban directamente.

—Saludos, Cyria Tyro —dijo con voz grave y crepitante. El astartes hizo la señal del águila y los oscuros guanteletes golpearon su peto al formar el símbolo—. Comandante Ryken de la 101.^a. Bienvenidos a la muralla septentrional.

Ryken le devolvió el saludo.

—He oído que les ha dado un discurso a los Buitres, reclusiarca —dijo.

—Son todos buenos guerreros —respondió Grimaldus—. No necesitaban mis palabras. No obstante, fue un placer compartirlas con ellos.

Aquello pilló a Ryken momentáneamente por sorpresa. No había esperado una respuesta, y menos aquella desconcertante humildad. Antes de que pudiera responder, Cyria habló. Miró a Grimaldus, protegiéndose los ojos del aguacero. El zumbido de su armadura le daba escalofríos. Parecía más intenso que antes, como si reaccionase ante el mal tiempo.

—¿En qué puedo servirlo, reclusiarca?

—Ésa no es la pregunta —dijo el caballero, y su voz sonó como un leve gruñido. La lluvia golpeaba su armadura y silbaba al chocar contra la oscura ceramita—. La pregunta es una a la que usted debe responder, no una que debe formular.

—Como desee —contestó ella. Su formalidad estaba haciendo que se sintiese incómoda. De hecho, todo lo que tenía que ver con él la hacía sentirse incómoda.

—Contamos con varios puestos de defensa en el páramo, ocupados por la Legión de Acero. Varias secciones de los Buitres del Desierto, entre otros regimientos, se han atrincherado para defenderlos contra el enemigo. Pequeñas aldeas, almacenes costeros, alijos de armas, vertederos de combustible y estaciones de escucha.

Tyro asintió. La situación de estos puestos de avanzada, y su valor relativamente estratégico, se habían tratado en las reuniones de mando.

—Sí —asintió, a falta de nada más que decir.

—Sí —repitió él con tono divertido—. Hoy he sido informado de lo que se almacena exactamente en el hangar subterráneo del puesto D-16 Oeste, a noventa y ocho kilómetros al noroeste de la ciudad. En nuestras reuniones nadie había mencionado que se trataba de una instalación sellada del Mechanicum.

Tyro y Ryken intercambiaron una mirada. El comandante encogió uno de sus hombros. Aunque la mayor parte de su rostro estaba oculto tras el respirador, sus ojos indicaban que no tenía ni idea de qué estaba hablando el capellán. La mirada de Cyria volvió a posarse sobre el inmenso caballero de ojos carmesíes.

—He visto pocos datos sobre las mercancías almacenadas en el D-16 Oeste, reclusiarca. Lo único que sé es que en el complejo subnivel se guarda una reliquia desactivada de la era de la Primera Guerra. Ningún miembro de la Guardia tiene

permitido el acceso al interior del edificio. Se considera territorio soberano del Mechanicum.

—Eso mismo he oído hoy. ¿No le parece interesante? —preguntó el astartes.

Era una buena pregunta. En realidad, no, no le interesaba lo más mínimo. La Primera Guerra se había ganado hacía casi seiscientos años, y la superficie del planeta estaba ahora repleta de ciudades y de ejércitos diferentes.

—Que yo lo encuentre fascinante o no, no tiene la menor importancia —respondió—. Sea lo que sea lo que se esconde allí está incautado bajo órdenes del Adeptus Mechanicum, e imagino que será por una buena razón, y es secreto incluso para los altos mandos planetarios. Incluso la Guardia presente allí no está más que por una formalidad. No se espera que sobrevivan al primer mes.

—¿Conoce su historia, ayudante Tyro? —La voz de Grimaldus era tranquila y serena—. Antes de descender a este planeta se nos obligó a memorizar muchas cosas. Todo conocimiento es útil en las manos adecuadas. Toda información puede ser un arma contra el enemigo.

—He estudiado varias de las batallas decisivas de la Primera Guerra —respondió. Todos los oficiales de la Legión de Acero lo habían hecho.

—Entonces sabrá cuál fue la primera arma del Mechanicum diseñada y utilizada aquí.

—¡Por el Trono! —susurró Ryken—. ¡Santo Trono de Terra!

—No... creo que se trate de eso —dijo Tyro al astartes.

—Puede que no —admitió Grimaldus—, pero pienso averiguarlo por mí mismo. Una de nuestras cañoneras transportará a un pequeño grupo hasta el D-16 Oeste dentro de una hora.

—¡Pero está sellado!

—No por mucho tiempo.

—¡Es territorio del Mechanicum!

—Me da igual. Si mis sospechas son ciertas, ahí hay un arma. Y yo quiero esa arma, Cyria Tyro. Y la tendré.

Ella se apretó el abrigo contra el cuerpo al intensificarse la tormenta.

—Si se tratase de algo que pudiese ayudar a ganar la guerra —dijo—, el Mechanicum ya lo habría desplegado.

—No lo creo, y me sorprende que usted sí. El Mechanicum se ha comprometido mucho en la defensa de Armageddon, pero eso no significa que tengan los mismos intereses en esta guerra que nosotros. He luchado junto al Culto de Marte muchas veces. Respiran secretos en lugar de aire.

—¡No puede abandonar la ciudad antes del alba! El enemigo...

—El enemigo no atravesará las murallas de la ciudad el primer día. Y Bayard, el paladín del Emperador de la cruzada Helsreach estará al mando de los Templarios en

mi ausencia.

—¡No puedo permitir que lo haga! ¡Enfurecerá al Mechanicum!

—No le estoy pidiendo permiso, ayudante. —Grimaldus hizo una pausa, y ella habría jurado que sonreía cuando siguió hablando—: Le estoy preguntando si quiere venir con nosotros.

—Yo... yo...

—Usted misma me informó a mi llegada de que estaba aquí para facilitar la interacción entre las fuerzas extraplanetarias y las de Armageddon.

—Lo sé, pero...

—Escuche, Cyria Tyro. Si el Mechanicum tiene motivos para no desplegar esa arma, no pueden ser motivos que los demás comandantes imperiales consideren aceptables. No me importan esos motivos. Lo que me importa es ganar esta guerra.

—Iré con ustedes —dijo, casi ahogándose con las palabras.

¡Por el Trono! ¿Qué estaba haciendo?

—Eso esperaba —respondió Grimaldus—. Está saliendo el sol. ¡Vamos! ¡A la Thunderhawk! Mis hermanos ya están esperándonos.

La cañonera dio varias sacudidas cuando los propulsores la separaron de la plataforma de aterrizaje.

El piloto, un caballero iniciado con pocas marcas de honor en su armadura, guio la nave hacia el cielo.

—Intenta no hacer que nos disparen —le dijo Artarion, de pie tras el asiento del piloto en la cabina de mando.

De todos modos, la intención era volar por encima de las nubes y sobrevolar el océano y la costa antes de virar tierra adentro una vez alejados del ejército enemigo y de sus cazas.

—Hermano —respondió el iniciado, al tiempo que observaba cómo la ciudad se alejaba al activar la propulsión vertical—, ¿se ríe alguien alguna vez de tus bromas?

—Los humanos, a veces.

El piloto se quedó callado. La respuesta de Artarion lo había dicho todo. La cañonera salió despedida al activarse los propulsores de velocidad y la nube tóxica empezó a cubrir el cristal de la cabina de mando.



OCHO

OBERON

Domoska murmuró la Letanía de la Concentración mientras observaba por el visor de su rifle láser. Parpadeó detrás de sus gafas protectoras y las levantó para mirar de nuevo a través del visor sin las lentes tintadas que oscurecían su visión.

—Esto... Andrej —dijo por encima de su hombro.

Los dos soldados estaban en su modesto campamento en el perímetro de los límites del D-16. Sentados sobre las arenas del desierto y limpiando sus rifles, el hecho de estar lejos de la base principal también los había apartado de los otros cuarenta y ocho legionarios de acero destinados a aquel servicio inútil y suicida.

Andrej no levantó la mirada de su regazo, sobre el que descansaban las células de energía de su pistola láser que limpiaba con un trapo aceitado.

—¿Qué quieres ahora, eh? Estoy ocupado, ¿vale?

—¿Eso no es una cañonera?

—¿De qué estás hablando, eh?

Andrej era de Armageddon Primus, al otro extremo del mundo. Su acento siempre hacía reír a Domoska. Casi todo lo que decía sonaba como una pregunta.

—De eso —respondió ella señalando al cielo, cerca del horizonte.

No se veía nada a simple vista, y Andrej buscó a tientas el abrigo tirado en el suelo para coger la mira de su arma desmontada.

—Mira, estoy intentando respetar el espíritu de mi arma, ¿vale? ¿Qué es lo que quieres? No veo ninguna cañonera. —Después observó a través de la mira, entrecerrando los ojos.

—A unos grados sobre el horizonte.

—¡Vaya! ¡Oye! Sí, es una cañonera, ¿vale? Tienes que informar de esto

inmediatamente.

—Aquí Domoska, en la Frontera Tres. Contacto, contacto, contacto. Hemos detectado una cañonera imperial.

—Son los Templarios Negros, ¿verdad? Vienen de Helsreach. Lo sé perfectamente. Yo escucho en las reuniones, no me duermo, como tú.

—Calla —murmuró mientras esperaba una confirmación a través del comunicador.

—Creo que acabaré con un montón de medallas. Tú no tendrás ninguna, ¿eh?

—¡Calla!

—Comprobado —llegó por fin la respuesta.

Andrej la interpretó como un permiso para seguir hablando.

—Espero que nos digan que podemos regresar a la ciudad, ¿eh? Eso serían buenas noticias. ¡Altas murallas! ¡Titanes! Es posible que hasta sobrevivamos a esta guerra, ¿eh?

Ninguno de ellos había visto antes una cañonera Thunderhawk. Al verla llegar con sus rugientes propulsores, detenerse, y planear sobre aquel complejo prácticamente abandonado de depósitos y búnkers de almacenamiento, Domoska tuvo una extraña sensación en el estómago.

—Esto no puede ser nada bueno —dijo mordiéndose el labio inferior.

—No estoy de acuerdo, ¿sabes? Esto es cosa de los astartes. Será bueno. Bueno para nosotros, malo para el enemigo.

Ella lo miró.

—¿Qué? Será bueno. Ya lo verás, ¿eh? Siempre tengo razón.

La Capitana de los soldados de las tropas de asalto Insa Rashevská observó a los soldados que tenía a ambos lados cuando la rampa principal de la cañonera descendió con el silbido de los hidráulicos.

Desde que Domoska había informado del avistamiento hacía cinco minutos, un mismo pensamiento había estado rondando su mente, y era un simple y claro «¿Para qué demonios habrán venido los astartes hasta aquí?». Ahora estaba a punto de obtener la respuesta.

—¿Debemos... saludar? —preguntó uno de sus hombres desde su posición al lado de Rashevská—. ¿Es eso lo que se tiene que hacer?

—No lo sé —respondió—. Simplemente, poneos firmes.

La rampa resonó bajo las botas de los que salían de la nave. Una humana, de la legión, nada menos, y dos templarios.

Ambos astartes lucían el color negro de su capítulo. Uno llevaba un tabardo que mostraba heráldica personal, y su yelmo presentaba una adornada máscara de la muerte. El otro vestía una armadura mucho más abultada, con capas adicionales de

chapa ablativa, y el metal runruneaba y entrechocaba cuando sus músculos falsos se movían.

—Capitana —dijo la oficial de la legión—. Soy la quinta ayudante Tyro, destinada a la colmena Helsreach por el personal de mando del general. Me acompañan el reclusiarca Grimaldus y el señor de la forja Jurisian, del capítulo de los Templarios Negros.

Rashevskia hizo la señal del águila e intentó no mostrar su inquietud en presencia de los inmensos guerreros. Cuatro brazos mecánicos, con chirriantes articulaciones, se despegaron del zumbante generador dorsal de Jurisian. Sus garras de metal se abrían y se cerraban mientras los brazos en sí se extendían como para desentumecerse.

—Saludos —dijo Jurisian con voz ronca.

—Capitana —saludó Grimaldus.

—Hemos venido para entrar en la instalación —sonrió Cyria Tyro.

Rashevskia tardó casi diez segundos en decir algo. Cuando habló, lo hizo con un tono burlón de anonadamiento e incredulidad.

—¿Es una broma?

—En absoluto —respondió Grimaldus, pasando junto a ella.

En la superficie, el D-16 Oeste no parecía nada particularmente especial. De un yermo terreno arenoso emergía un grupo de edificios, todos resistentes y blindados, que parecían búnkeres debido a su achaparrada estructura. Todos estaban vacíos, excepto aquellos que ahora ocupaba el pequeño destacamento de la Legión de Acero estacionado allí. En esos edificios, los sacos de dormir y el equipamiento estaban dispuestos en un orden que denotaba disciplina. Dos grandes plataformas de aterrizaje, lo bastante grandes como para albergar los voluminosos cruceros del Mechanicum, que podían transportar incluso titanes, estaban medio enterradas en la arena, ya que el desierto iba reclamando lentamente el complejo.

La única obra de arquitectura de interés significativo era una calzada de más de cien metros de anchura que llevaba bajo la superficie del complejo. Las colosales puertas que en su día se abrían para permitir la entrada al complejo subterráneo llevaban mucho tiempo enterradas bajo las cambiantes arenas del páramo. Habrían pasado sólo unas décadas desde que la última huella de la existencia de la carretera se había visto cubierta.

Uno de los edificios con forma de búnker no contenía nada más que una serie de ascensores. Las puertas estaban selladas, y la maquinaria que cubría las paredes y que conectaba con el eje estaba desactivada. En la pared, junto a cada una de las puertas, había instalados unos teclados con botones rúnicos de varios colores.

—No hay electricidad —dijo el reclusiarca mientras echaba un vistazo a su alrededor—. ¿Dejaron este lugar totalmente desprovisto de energía?

Eso dificultaría terriblemente la operación de reactivación, si es que aquella instalación había estado destinada alguna vez a ser reactivada.

Jurisian se paseó por el interior del búnker. Sus fuertes pisadas hacían temblar el suelo.

—No —dijo, y su comunicador arrastró las palabras—. Hay electricidad. La instalación duerme, pero no está muerta. Está en una especie de hibernación. La energía todavía late por sus venas. La resonancia es baja, el pulso es lento. Pero lo oigo.

Grimaldus pasó los dedos por el teclado más cercano observando los desconocidos símbolos que marcaban cada botón. El lenguaje de las runas no era gótico clásico.

—¿Puedes abrir estas puertas? —preguntó—. ¿Puedes llevarnos al nivel inferior del complejo?

Los cuatro brazos mecánicos de Jurisian se extendieron de nuevo y sus garras se articularon. Dos de los servobrazos se colocaron sobre los hombros del tecnomarine. Los otros dos permanecieron alineados con sus auténticos brazos. El señor de la forja se acercó a una de las puertas del otro elevador mientras cogía su escáner áuspex aumentado sujeto magnéticamente a su cinturón. Los brazos estirados sobre sus hombros tomaron el bálter y la espada de Jurisian con sus pinzas en forma de garra y le dejaron las manos libres al caballero.

—Jurisian, ¿puedes hacerlo?

—Necesitaré desviar bastante energía de las fuentes auxiliares, y esas fuentes serán difíciles de alcanzar desde este punto de conexión remoto. Se necesita una alimentación parasitaria desde...

—Jurisian. Responde a la pregunta.

—Disculpa, reclusiarca. Sí. Necesitaré una hora.

Grimaldus esperó, quieto como una estatua, observando cómo trabajaba Jurisian. Cyria empezó a aburrirse y deambuló por el complejo hablando con los soldados de las tropas de asalto que estaban de guardia. Dos de ellos regresaban de su jornada en un puesto en la frontera, y la ayudante les hizo gestos para que se acercasen desde la sombra con forma de ave de la cañonera.

—Señora —la saludó la soldado—. Bienvenida al D-16 Oeste.

—Ahora vienen a visitarnos los mandamases de Helsreach, ¿eh? —dijo el otro, antes de hacer la señal del águila—. Te dije que sería algo bueno.

Cyria les devolvió los saludos, sin sorprenderse en absoluto por su comportamiento despreocupado. Los soldados de las tropas de asalto eran los mejores de los mejores, y su distancia de los soldados normales solía hacer que desarrollaran una actitud... particular.

—Soy la quinta ayudante Tyro.

—Lo sabemos. Nos lo dijeron por el comunicador. Buscando secretos en la arena, ¿eh? Creo que eso no le va a gustar mucho al Mechanicum. —Era evidente que a este hombre no le importaba lo más mínimo si al Mechanicum le gustaba o no lo que fueran a hacer allí—. Un gran riesgo —añadió asintiendo, como si aquella fuese alguna verdad oculta que hubiese descubierto él solo—. Puede causar muchos problemas, ¿cierto? —El concepto parecía divertirlo.

—Con todos mis respetos —dijo la soldado con una expresión incómoda—. ¿No enfurecerá esto a la Legio Invigilata? —En la placa de su abrigo ponía DOMOSKA en simples letras negras.

Tyro se apartó un mechón de su oscuro pelo negro de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. Después repitió exactamente lo mismo que Grimaldus le había dicho a ella cuando había formulado la misma pregunta durante el vuelo en la Thunderhawk hasta allí.

—Es posible —dijo—, pero no parece que vayan a poder abandonar la ciudad en señal de protesta, ¿verdad?

Las puertas se abrieron.

El movimiento fue suave, pero el ruido de las anquilosadas tripas mecánicas fue intenso; un chillido, un aullido por falta de lubricación que atravesó el aire. En el elevador, la espaciosa cabina tenía suficiente espacio como para trasladar a veinte humanos. Las paredes eran de un color gris plomo mate.

Jurisian se apartó de la consola de mando.

—Ha sido necesario desconectar el resto de sistemas de ascenso y descenso. Sólo funcionará este ascensor. El resto están desactivados.

Grimaldus asintió.

—¿Podremos regresar a la superficie cuando hayamos terminado abajo?

—Hay un treinta y tres coma ocho por ciento de probabilidades, dado el sistema actual de desestabilización, de que el ascenso requiera una reconfiguración. Hay otro veintinueve por ciento de probabilidades de que ninguna reconfiguración restaure la función sin acceder a la red eléctrica de la instalación primaria.

—La palabra que estás buscando, hermano —dijo Grimaldus, dirigiéndose hacia las puertas abiertas—, es «quizá».

Caminaron por el subsuelo durante horas.

El complejo subterráneo estaba compuesto de una serie de laberínticos pasillos silenciosos e inicialmente oscuros y de cámaras desiertas. Jurisian reconectó las luces del techo al cabo de varios minutos desde una consola instalada en la pared.

Cyria apagó la linterna. Grimaldus desconectó la configuración intensificadora de

la visión de su casco. Con parpadeante renuencia, una débil luz amarilla iluminó el espacio que los rodeaba.

—He resucitado los espíritus del sistema de iluminación —dijo Jurisian—. La luz es débil puesto que acaba de despertarse, pero debería aguantar.

La fría iluminación que los rodeaba se volvió pronto monótona al adentrarse más en el complejo, girar las esquinas y pasar por silenciosas cámaras repletas de motores inactivos, maquinaria inmóvil y generadores de función desconocida.

De vez en cuando, Jurisian se detenía y examinaba algunas piezas tecnológicas abandonadas por el Mechanicum.

—Esto es una magnífica caja de un estabilizador de campo magnético —dijo en un momento dado paseándose alrededor de lo que a Cyria le parecía un inmenso motor de tanque, tan grande como un TBT Chimera.

—¿Para qué sirve? —cometió el error de preguntar.

—Alberga los estabilizadores de un generador de campo magnético.

A esas alturas, su temor a los astartes había disminuido bastante. Luchó contra la necesidad de suspirar, pero fracasó.

—¿Quiere decir... —inquirió Jurisian— qué aplicación tiene en la tecnología imperial?

—Eso se acerca a lo que quería decir, sí. ¿Para qué sirve?

—Los campos magnéticos de un tamaño y una intensidad importante son difíciles de crear y de mantener. Seguramente, muchas de estas unidades tenían que trabajar sincronizadas, estabilizando un campo de energía de fuerza magnética. Piezas estándar como este tipo de cajas se emplean en tecnología antigravitacional, y la mayoría permanecen selladas bajo secreto del Mechanicum. Más comúnmente, la Armada imperial utiliza estas unidades para la construcción y mantenimiento de anillos aceleradores magnéticos del tamaño de una nave. Tecnología de artillería de plasma, pero a gran escala.

—No. —Cyria negó con la cabeza—. No puede ser.

—Ya lo veremos —gruñó Jurisian—. Esto es sólo el primer nivel de la instalación. Basándome en el ángulo de la calzada, calculo que el complejo tiene al menos un kilómetro de profundidad. Y después de haber visto varios diseños utilizados en la construcción de complejos del Mechanicum, lo más probable es que sean dos o tres kilómetros.

Nueve horas después, Grimaldus, Jurisian y Cyria habían alcanzado el cuarto subnivel. Habían tardado casi seis horas en atravesar el tercer nivel debido a un número de puertas selladas que requerían cada vez una manipulación más exhaustiva para conseguir abrirlas. En un momento dado, Grimaldus llegó al convencimiento de que estaban atascados. El reclusiarca agarró el crozius con ambas manos, lo activó y

se dispuso a liberar toda su rabia contra la puerta cerrada.

—No lo hagas —dijo Jurisian sin levantar la vista de los controles.

—¿Por qué no? Has dicho que esto podía ser imposible, y el tiempo no está de nuestra parte aquí abajo.

—No se deben forzar las puertas. Tienen, como ya has visto, al menos cuatro metros de grosor. Con el martillo conseguirías abrir un agujero hasta el otro lado, pero tardarías bastante, y lo más seguro es que los golpes activasen las defensas de la instalación.

Grimaldus bajó la maza.

—No veo ningunas de esas defensas.

—No. Ése es su punto fuerte, y la razón principal por la que no se necesitan guardias, ni vivos ni augméticos.

El tecnomarine seguía sin apartar la mirada de su trabajo mientras hablaba. Cuatro de los seis brazos de Jurisian trabajaban en la consola pulsando botones, desconectando montones de cables, soldándolos, sustituyéndolos, sintonizando pantallas en negro. Sus servobrazos inferiores estaban ahora recogidos cerca de su generador dorsal sujetando el bólter y la espada de energía.

—Hay —continuó— mil doscientos agujeros del tamaño de una aguja en las paredes, separados por una distancia de diez centímetros entre sí, sólo en este pasillo.

Grimaldus examinó las paredes. Su visor detectó uno inmediatamente ahora que ya sabía lo que eran.

—¿Y esto es...?

—Una defensa. Parte de una defensa. La fuerza, por muy justa que sea la causa, hermano, activará la maquinaria que se esconde detrás de estos agujeros, y de otros iguales en muchos otros pasillos y cámaras por todo el complejo, y ésta liberará un gas tóxico. Imagino que el gas ataca al sistema nervioso y respiratorio principalmente, haciéndolo especialmente letal para los intrusos completamente biológicos. —El señor de la forja señaló a Cyria con la cabeza.

Grimaldus soltó el botón de su crozius y éste se desactivó.

—¿Ha habido otras defensas que se nos hayan pasado por alto?

—Sí —respondió Jurisian—. Muchas. Desde torretas láser automatizadas hasta pantallas de escudos de vacío. Disculpa, reclusiarca, esta manipulación de códigos requiere toda mi atención.

Ésa conversación había tenido lugar hacía tres horas.

Por fin, las puertas que daban al cuarto subnivel se abrieron. Para Cyria, la temperatura era terriblemente fría, y se abrochó completamente el abrigo.

Grimaldus ni siquiera advirtió su malestar.

—La temperatura no está a un nivel letal —comentó Jurisian—. No sufrirás daños perdurables. Esto es algo normal en complejos del Mechanicum que se encuentran a

un nivel mínimo de energía.

Ella asintió castañeteando los dientes.

Ante ellos, el pasillo se ensanchaba hasta terminar en una inmensa entrada doble, sellada como todas las otras puertas con las que se habían topado hasta ahora. En ésta, grabada en el metal gris mate, había una única palabra escrita en gótico:

OBERON

Aquella era la razón por la que Grimaldus no se había percatado de los escalofríos de Cyria. No podía apartar los ojos de la inscripción. Cada una de las letras era del tamaño de un Templario.

—Estaba en lo cierto —musitó—. Está aquí.

Jurisian ya estaba trabajando en la puerta. Una de sus manos humanas acarició la superficie del portal sellado, mientras que las demás accedían a la terminal instalada en la pared que había cerca. Su complejidad era terrible en comparación con la de las puertas anteriores.

—Es increíble... —dijo Jurisian con un tono vacilante y al mismo tiempo maravillado—. Es magnífico. Esto sobreviviría a un bombardeo orbital. Ni siquiera el uso de torpedos ciclónicos contra las colmenas más cercanas conseguiría dañar en lo más mínimo la protección de esta cámara. Está protegida con un escudo de vacío, mejor blindada que ningún búnker que haya visto jamás... y sellada con... con un billón de códigos individuales, o más.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Grimaldus al tiempo que acariciaba con la punta de los dedos la O de la palabra grabada en la puerta.

—Nunca había visto nada tan complejo y tan increíble. Sería como trazar cada partícula de una estrella.

Grimaldus retiró la mano. Era como si no lo hubiese oído.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí, reclusiarca. Pero me llevará entre nueve y once días. Y agradecería que me enviases a mis servidores a tu regreso.

—Así será.

Cyria Tyro sintió como se le empezaban a formar lágrimas en los ojos mientras leía el nombre.

—No puedo creerlo. No puede estar aquí.

—Pues lo está —dijo Grimaldus, mirando por última vez hacia las puertas—. Aquí es donde el Mechanicum ocultó el Ordinatus Armageddon tras la Primera Guerra. Ésta es la tumba de *Oberon*.

Durante su regreso a la superficie, el comunicador de Cyria crepitó y una señal rúnica parpadeó en la pantalla retinal de Grimaldus.

—Aquí Tyro —respondió la ayudante.

—Grimaldus. Adelante —contestó el reclusiarca.

Ambos recibieron el mismo mensaje por parte de dos fuentes distintas. Tyro habló con el coronel Sarren, cuya voz parecía más un suspiro de agotamiento que otra cosa. Grimaldus escuchó el tono imperioso y cortado del paladín Bayard.

—Reclusiarca —dijo el paladín—. Las predicciones del Viejo eran correctas, como sospechabas. El enemigo está aniquilando la colmena Hades desde su órbita. Lo están haciendo de un modo rudimentario. Un bombardeo estándar, con catapultas electromagnéticas para lanzar asteroides sobre la ciudad indefensa. Hoy va a ser una jornada difícil, hermano. ¿Vais a tardar mucho?

—Ya estamos de regreso —respondió, y cortó la conexión.

Tyro bajó su comunicador con la cara pálida.

—Yarrick tenía razón —dijo—. Hades está ardiendo.



NUEVE TÁCTICAS

El enemigo no atacó el segundo día.

Los defensores observaban desde las murallas de Helsreach como el páramo ennegrecía con las naves enemigas y los clanes de orkos que se establecían en campamentos primitivos marcando su territorio y levantando sus estandartes al cielo. Las lanzaderas seguían llegando y liberando a olas de soldados. Los inmensos cruceros vomitaban titanes de chatarra con formas voluminosas.

En los estandartes del enemigo, miles de símbolos rudimentariamente pintados desafiaban a la ciudad. Cada uno representaba a una línea de sangre, una tribu, un clan guerrero xenos que pronto se arrojaría a la batalla.

Desde las almenas, los soldados imperiales respondían del mismo modo. Los estandartes ondeaban sobre las murallas, uno para cada uno de los regimientos que servían en la ciudad. Los estandartes de la Legión de Acero eran los más numerosos, de colores ocre, naranja, amarillo y negro.

Tras regresar del D-16 Oeste, el mismo Grimaldus colocó el estandarte de los Templarios Negros entre aquellos que ya ondeaban en la muralla septentrional. Los buitres del desierto se reunieron para ver cómo el caballero insertaba la barra del estandarte en el rococemento y juraba que Helsreach jamás caería mientras hubiese uno solo de sus defensores con vida.

—¡Puede que Hades esté ardiendo! —exclamó ante los soldados reunidos—. ¡Pero arde porque el enemigo nos teme! ¡Arde para ocultar la vergüenza del enemigo, para no tener que volver a ver el lugar en el que perdieron la última guerra! ¡Mientras las murallas de Helsreach resistan, aquí permanecerá este estandarte! ¡Mientras que uno de sus defensores siga respirando, jamás perderemos esta ciudad!

Respondiendo a su gesto, Cyria Tyro convenció a un moderati de que colocase el estandarte de la Legio Invigilata cerca. A falta de uno adecuado para las manos humanas, en lugar de los inmensos estandartes que lucían las deidades mecánicas se utilizó uno de los banderines de la artillería del titán Warhound *Ejecutor*, instalado sobre un poste y colocado entre dos estandartes de la Legión de Acero.

Los soldados de la muralla gritaron entusiasmados. Nada acostumbrado a recibir tanta atención fuera de la cabina de mando de su estimado Warhound, el moderati parecía incómodamente encantado por la reacción. Hizo la señal del engranaje a los oficiales presentes, y la señal del águila un momento después, como si quisiera corregir rápidamente un error.

Por la noche, el viento se volvió más intenso y más frío. Casi limpió el aire del perenne hedor sulfúrico, y en su momento de mayor intensidad se llevó con él el estandarte de la 91.^a Legión de Acero, insertado en las almenas de la muralla occidental. Los predicadores del regimiento dijeron que era un mal presagio, que la 91.^a sería la primera en caer si no se mantenían firmes cuando golpease la auténtica tormenta.

Mientras se ponía el sol, Helsreach se preparaba para igualar la vorágine que se estaba formando en el páramo. El *Heraldo de Tormenta* dirigía a varios de sus hermanos de metal por las murallas, donde los más grandes, los titanes de batalla, podrían disparar por encima de las almenas cuando el enemigo estuviera a tiro.

La Guardia recibió órdenes de apartarse de las murallas y de permanecer a cientos de metros de distancia de las deidades mecánicas. El sonido de la descarga de su artillería ensordecería a cualquiera que estuviese demasiado cerca, e incluso el mero hecho de estar cerca de las gigantescas armas podría resultar letal debido a la cantidad de energía que liberaban al disparar.

Nadie en Helsreach dormiría aquella noche.

Abrió los ojos.

—Hermano —le dijo una voz—. La comandante de la Invigilata solicita tu presencia.

Hacía varias horas que Grimaldus había regresado a la ciudad y había estado esperando aquella citación.

—Estoy orando —dijo por el comunicador.

—Lo sé, reclusiarca. —No era propio de Artarion el mostrarse tan formal.

—¿Ha solicitado Zarha mi presencia, Artarion?

—No, reclusiarca. La ha... exigido.

—Informa a la Invigilata de que me reuniré con la princeps Zarha dentro de una hora, una vez que haya completado mis oraciones rituales.

—Me temo que no está de humor para seguir esperando, Grimaldus.

—Pues va a tener que hacerlo. —El capellán cerró los ojos de nuevo y se arrodilló en el suelo de la pequeña y vacía cámara de la aguja de mando, y una vez más dejó que su boca susurrara las palabras de veneración.

Me acerco al tanque amniótico.

No tengo mis armas en las manos, y esta vez, en los estrechos confines de la concurrida cámara de mando del titán, la tirantez anterior ha pasado a convertirse en algo más intenso. El personal, los pilotos, los tecnosacerdotes... todos miran sin intentar disimular su hostilidad. Varias manos descansan sobre los cinturones, cerca de espadas envainadas o de armas de fuego enfundadas.

Intento contener la risa ante la escena, aunque no me resulta nada fácil. Están al mando de la mejor máquina de guerra de toda la ciudad, pero se preocupan por unos puñales ceremoniales y unas pistolas automáticas.

Zarha, la comandante de la Invigilata, flota ante mí. Su rostro arrugado está retorcido por la emoción. Sus extremidades sufren leves espasmos cada pocos momentos debido a la conexión con el alma del *Heraldo de Tormenta*.

—¿Has solicitado mi presencia? —le pregunto.

La anciana mujer suspendida en el líquido se pasa la lengua por sus dientes metálicos.

—No. Te he ordenado que vengas.

—Y ése ha sido tu primer error, princeps —le digo—. Tienes permiso para cometer dos más antes de que dé esta conversación por terminada.

Ella gruñe, y su rostro parece enfurecerse en el lechoso fluido.

—Basta ya de cortesías, astartes. Deberías ser asesinado de inmediato.

Recorro con la mirada la cabina de mando y a los otros nueve presentes. La retícula de mi visor señala todas las armas visibles antes de volver a centrarse en los rasgos gastados de la mujer.

—Eso no sería muy inteligente —le contesto—. Nadie en esta sala es capaz de causarme daño. E incluso si llamaras a los ocho skitarii que esperan al otro lado de las puertas, igualmente me marcharía dejando esta cámara convertida en un osario. Y tú, princeps, serías la última en morir. ¿Podrías huir de mí? Me parece que no. Te arrancarías de tu útero artificial y, mientras te ahogas en el aire, te lanzaría por las ventanas, los ojos de tupreciado titán, y morirías desnuda y sola sobre el frío suelo de una ciudad que tu excesivo orgullo se negaba a defender. Y ahora, si has terminado con las amenazas, me gustaría pasar a asuntos más importantes.

Ella sonrío, pero lo único que yo veo es el odio que contrae sus labios. Me resulta bello a su manera. No hay nada más puro que el odio. La humanidad se forjó con odio. Y es gracias al odio que hemos logrado someter a la galaxia.

—Veo que esta vez no muestras tu rostro, caballero. Tú puedes verme a mí y, sin

embargo, te ocultas tras la máscara de muerte de tu Emperador.

—Nuestro Emperador —le recuerdo—. Acabas de cometer tu segundo error, Zarha. —Desconecto los cierres del cuello de mi casco y me levanto la máscara. El aire huele a sudor, a aceite, a miedo y a fluidos cargados de sustancias químicas. Me olvido de todos los demás. Me olvido de todo menos de ella. A pesar del resentimiento que me rodea, que se intensifica a cada momento que pasa, me siento cómodo al tener mis sentidos libres del encierro de mi casco. Desde que aterrizamos en el planeta, las únicas veces en que me he desprendido de él en presencia de otros ha sido al hablar con ella.

—La última vez que nos vimos —dice, observándome detenidamente— dije que tenías una mirada afable.

—Lo recuerdo.

—Y así es. Pero me arrepiento. Me arrepiento de haberte dedicado una palabra amable, blasfemo.

Por un momento no sé cómo responder a eso.

—Estás pisando un terreno peligroso, Zarha. Soy un capitán del Adeptus Astartes, nombrado por la gracia de la Ecclesiarquía de Terra. Acabas de expresar en mi presencia la idea de que el Emperador de la Humanidad no es tu dios, como lo es para todo el glorioso Imperio. Aunque soy consciente de los elementos... separatistas... entre el Mechanicum, el hecho es que has pronunciado una herejía ante un reclusiarca de los Elegidos del Emperador. Has proferido una herejía, y yo tengo la responsabilidad de acabar con cualquier herejía con la que me encuentre en la Eterna Cruzada. De modo que andémonos con cuidado, los dos. Tú no me insultarás con falsas acusaciones de blasfemia y yo responderé a tus preguntas respecto al D-16 Oeste. No te lo estoy pidiendo. Accede, o te ejecutaré por hereje antes de que tus hombres se lo hagan encima de miedo.

La veo tragar saliva y, a pesar de su situación, su sonrisa revela su diversión.

—Es divertido que alguien me hable de esta manera —dice, casi pensativa.

—Imagino que tus percepciones ofrecen una visión mucho más amplia que la mía —digo, mirándola directamente a los aumentos ópticos—. Pero la hora de los malos entendidos ha acabado. Habla, Zarha. Responderé a todo lo que me preguntes. Esto debe resolverse, por el bien de Helsreach.

Ella se vuelve en su tanque, nadando lentamente en el ataúd lleno de fluido antes de volver a mirarme.

—Dime por qué —quiere saber—. Dime por qué has hecho esto.

No esperaba una pregunta tan directa.

—Se trata del Ordinatus Armageddon. Es una de las mejores armas que jamás haya manejado el hombre. Esto es una guerra, Zarha. Necesito armas para ganarla.

Ella niega con la cabeza.

—La necesidad no es suficiente. No se puede utilizar a *Oberon* por capricho, Grimaldus.

Se acerca flotando y aprieta la frente contra el cristal. Parece cansada, agotada y sin esperanza.

—Está sellado porque debe estar sellado. Y si no se utiliza, es porque no puede utilizarse.

—Eso lo decidirá el señor de la forja —le respondo.

—No. Grimaldus, detén esto, por favor. Vas a destrozar a las fuerzas del Mechanicum que hay en este mundo. Es un asunto de la mayor importancia para los servidores del Dios Máquina. *Oberon* no puede reactivarse. Sería una blasfemia utilizarlo en combate.

—No pienso perder esta guerra por culpa de las tradiciones marcianas. Cuando Jurisian acceda a la cámara final, examinará el Ordinatus Armageddon y evaluará el modo de despertar al espíritu de la máquina. Ayúdanos, Zarha. No tenemos por qué morir en vano aquí. ¡Por el Trono del Emperador! ¡Con *Oberon* podemos ganar esta guerra! ¿Acaso estás tan ciega que no lo ves?

Ella vuelve a girar en el fluido, aparentemente sumida en sus pensamientos.

—No —responde por fin—. No puede, y no podrá, volver a despertar.

—Lamento ignorar tus deseos, princeps. Pero no voy a ordenarle a Jurisian que cese su trabajo. Es posible que la reactivación de *Oberon* esté más allá de sus habilidades. Estoy preparado para aceptar mi muerte sabiendo que ésa es la verdad. Pero no moriré aquí hasta que haya hecho todo lo que esté en mi mano para salvar esta ciudad.

—Grimaldus —la anciana sonrío de nuevo como lo había hecho durante nuestro primer encuentro—, mis superiores me han ordenado ser testigo de tu muerte antes de dejarte continuar con esto. Esto sólo puede terminar de una manera. Te lo ruego, antes de empezar con las amenazas finales, por favor, no lo hagas. Esto ofenderá profundamente al Mechanicum.

Me llevo la mano al cuello de la armadura y presiono el botón de conexión. Una única pulsación me responde: una señal de confirmación.

—Has cometido tu tercer error amenazándome, Zarha. Me marcho.

Desde los asientos de los pilotos empieza a oírse una voz:

—¿Mi princeps? —dice.

—Sí, Valian.

—Estamos recibiendo datos de áuspex. Cuatro señales de calor procedentes directamente desde arriba. La artillería de la muralla de la ciudad no las detecta.

—No —digo sin apartar los ojos de Zarha—. Las defensas de la ciudad no derribarían a cuatro de mis Thunderhawk.

—Grimaldus... no...

—¡Mi princeps! —grita Valian Carsomir—. ¡Olvédelo! ¡Necesitamos órdenes de inmediato!

Es demasiado tarde. La cámara empieza a temblar. El ruido procedente del exterior se oye amortiguado por el inmenso blindaje del titán: cuatro cañoneras planeando, con sus rugientes propulsores y con su casco negro eclipsando la luz de la luna que hasta ahora había iluminado el puesto de mando a través de los ojos del gigante. Miro por encima de mi hombro y veo cómo las cuatro cañoneras alinean sus pesadas torretas bólter y los misiles instalados en sus alas.

—¡Activad los escudos!

—No —digo suavemente—. Si intentáis levantar los escudos y evitar mi intento de marcharme, ordenaré a mis cañoneras que abran fuego contra este puente. Vuestros escudos de vacío no se activarán a tiempo.

—Si hicieras eso, acabarías muerto.

—Sí. Y tú también. Y tú titán.

—Dejad los escudos —dice, recuperando la amargura en su semblante.

El personal del puente de mando obedece, pero su reticencia es evidente en cada uno de sus movimientos y de sus palabras susurradas.

—Tú no lo entiendes. Sería una blasfemia que *Oberon* entrase en combate. Las sagradas plataformas de guerra deben ser bendecidas por el señor del Centurio Ordinatus. Sus espíritus máquina se enfurecerían sin su aplacamiento. *Oberon* no funcionaría. ¿Es que no lo ves?

Lo veo.

Pero lo que veo es un compromiso.

—¿La única razón por la que el Mechanicum no quiere involucrar a una de sus mejores armas en la guerra para salvar este mundo es porque no está bendecida?

—Sí. El alma de la máquina se rebelará. Si llega a despertarse, lo hará llena de ira.

En estas palabras veo el modo de salir de nuestro punto muerto. Si sus ritos requieren una bendición que es imposible impartir, debemos alterar nuestras demandas a necesidades viables más básicas.

—Comprendo, Zarha. Jurisian no reactivará al Ordinatus Armageddon ni lo traerá hasta Helsreach —le digo.

Ella me observa detenidamente. Sus receptores visuales chasquean y runrunean en una pobre imitación de la expresión humana.

—¿No?

—No. —La pausa dura varios latidos hasta que añado—: Desmontaremos el cañón nova y lo traeremos a Helsreach. De todos modos es lo único que necesitamos.

—No está permitido profanar el cuerpo de *Oberon*. Para extraer el cañón habría que decapitarlo o quitarle el corazón.

—Considéralo, Zarha, porque ya me he cansado de estar aquí debatiendo sobre banalidades del Mechanicum. El señor de la forja se formó en Marte, siguiendo la doctrina del Culto a la Máquina y de acuerdo con el juramento más antiguo que existe entre los Adeptus Astartes y el Mechanicum. Venera esa arma, y considera su misión de despertarla como el mayor honor de su vida.

—Si de verdad fuese fiel a nuestros principios, no estaría haciendo esto.

—Y si tú fueras fiel al Imperio, lo harías. Piénsalo, Zarha. Necesitamos esa arma.

—El señor del Centurio Ordinatus está de camino desde Terra. Si llega a tiempo, y si su nave logra atravesar el bloqueo, es posible que Helsreach pueda utilizar a *Oberon*. Ése es todo el apoyo que puedo darte.

—De momento es todo lo que necesito. —Pensaba que eso acabaría con aquella reunión. No demasiado bien, pero al menos la acabaría. Pero cuando me dispongo a marcharme, ella me llama de nuevo.

—Espera un momento. Respóndeme a esta pregunta: ¿Por qué estás aquí, Grimaldus?

Una vez más, me vuelvo hacia la anciana y contrahecha criatura que me observa con ojos mecánicos desde su ataúd de fluidos.

—Especifica, Zarha. No creo que te refieras a este momento en concreto.

—No. Claro. —Ella sonríe—. ¿Por qué estás en Helsreach?

Es una pregunta extraña y no veo razón para mentirle. No a ella.

—Estoy aquí porque un hermano de mi maestro fallecido me ha enviado a morir en este mundo. El gran mariscal Helbrecht ordenó que un comandante templario permaneciese aquí para inspirar a la defensa, y me escogió a mí.

—¿Por qué a ti? ¿No te lo has preguntado a ti mismo? ¿Por qué te eligió a ti?

—No lo sé. Lo único que sé, princeps, es que pienso usar ese cañón.

—Me resulta difícil aceptar que tu plan realmente funcionara —dijo Artarion.

Los caballeros estaban todos juntos en la muralla observando al enemigo. Los alienígenas se estaban concentrando, formándose en grupos y en caóticos regimientos. Grimaldus pensó que todavía parecía más un enjambre de insectos que otra cosa, pero el reclusiarca distinguía claramente los distintos símbolos de los clanes y la unidad de los grupos tribales separados los unos de los otros.

Pronto amanecería. No importaba si aquélla era la señal que los xenos estaban esperando. El flujo de transportes se había reducido considerablemente. Ahora sólo llegaba uno cada hora. Millones de orkos ocupaban ya el páramo. Atacarían en algún momento de aquel día. La sobrecogedora fuerza que necesitaban para tomar la ciudad ya estaba presente.

—Todavía no ha funcionado —respondió Grimaldus—. Al final todo dependerá de lo que ellos digan. Necesitamos su cooperación. —El capellán asintió y señaló a la

horda reunida con la cabeza—. Si no contamos con la ayuda del Mechanicum para reactivar el cañón, estos perros alienígenas estarán royéndonos los huesos dentro de unos meses.

De repente se escuchó un grito desde la distancia en la muralla. Quedaban pocos guardias en las almenas, y los que había realizaban principalmente funciones de centinela. Otros dos de ellos gritaron, y la llamada se oyó por toda la muralla septentrional. El canal de voz general cobró vida y empezó a transmitir un coro de voces impacientes. La sirena de la ciudad empezó a aullar una vez más.

Grimaldus no dijo nada al principio. Se limitó a observar la horda que se acercaba como una lenta ola. El poco orden que se hubiese percibido anteriormente en las filas enemigas se había roto, y el mar de metal irregular y de carne verde, de tanques de chatarra y de titanes destrozados avanzaba. Los primeros, atestados de alienígenas que colgaban de los laterales aullando; y los últimos, estremeciendo el páramo con su paso irregular.

—He oído —dijo Artarion— que los pielesverdes fabrican a sus titanes a imagen de sus extraños y deleznable dioses.

Priamus gruñó.

—Eso explica por qué son tan horribles. Mira ése. ¿Cómo puede ser un dios?

Tenía razón. El titán era una efigie de hierro de un corpulento alienígena y en su abultada panza se encontraban las cámaras de municiones para la gran cantidad de cañones que sobresalían de su vientre.

—Me reiría —dijo Nero— si no fuesen tantos. Superan a las máquinas de guerra de la Invigilata en una relación de seis a uno.

—Veo unos bombarderos —indicó Cador, ni interesado ni desinteresado, simplemente comunicando un hecho.

Un escuadrón de aeronaves, de más de cuarenta de ellas, despegó desde las plataformas de aterrizaje escondidas tras los transportes de la fuerza principal. Grimaldus oía sus motores desde allí, y sonaban como si les supusiera un costoso esfuerzo, como el de un anciano enfermo subiendo una escalera.

—Deberíamos abandonar las murallas, hermanos —dijo Nero, volviéndose hacia los últimos guardias que descendían por las rampas y las escaleras de las almenas—. Los titanes empezarán a disparar pronto.

—Y los suyos también —sonrió Priamus bajo su casco—. Y estas gruesas murallas se verán reducidas a polvo.

En ese momento, un escuadrón de cazas los sobrevoló. Los elegantes fuselajes de metal de los Lightning de Barasath se volvieron plateados por el reflejo del sol naciente.

—Eso sí que es tener valor —dijo Cador.

El Comandante Barasath había discutido largo y tendido para ser el primero en atacar. Aquello era principalmente porque cualquiera con un mínimo de sentido de la táctica podía ver claramente que no sólo sería su primer ataque, sino también el último.

El coronel Sarren se había opuesto. La ayudante Tyro también. Incluso el maldito capitán portuario había estado en contra. Barasath era un hombre paciente; se enorgullecía de que el tacto y la capacidad de deliberar eran sus principales virtudes, pero tener que sentarse allí y oír cómo un civil se quejaba y cuestionaba sus habilidades tácticas era demasiado.

—¿No necesitaremos sus aviones para proteger los buques cisterna que siguen llegando de las plataformas de Valdez? —había preguntando el capitán portuario Maghernus.

Barasath le brindó una falsa sonrisa.

—Es improbable que los orkos tengan en mente interrumpir nuestro abastecimiento de combustible, e incluso si ése fuera el caso, necesitarían tomar la larga ruta alrededor de la ciudad y arriesgarse a quedarse sin combustible ellos mismos mucho antes de alcanzar nuestras rutas de navegación en el océano.

—El riesgo sigue sin merecer la pena —dijo Sarren, negando con la cabeza y deseando concluir aquel asunto.

—Con el debido respeto —dijo Barasath sin mostrar en absoluto su agitación interna—. Éste ataque nos ofrece demasiadas oportunidades como para rechazarlo sin más.

—Hay demasiados riesgos —intervino Tyro, y Barasath empezó de pronto a detestarla.

Una petulante princesita al servicio del general. Debería volver a sus tareas administrativas y dejar la guerra para los hombres y las mujeres que habían recibido formación para ello.

—La guerra —respondió Barasath, dominando su temperamento— es riesgo. Si me llevo a tres cuartas partes de mi escuadrón, podemos destruir las primeras oleadas de bombarderos y de cazas enemigos. Ni siquiera llegarían a la ciudad.

—Ésa es precisamente la razón por la que esto es un disparate —rebatía Tyro. A ella se le daba peor controlar su agitación.

—Las defensas de la ciudad aniquilarán cualquier ataque aéreo. No podemos permitirnos arriesgar ni uno solo de nuestros cazas.

«Mis cazas», dijo Barasath para sí mismo.

—Ayudante, me gustaría que considerase los aspectos prácticos del plan.

—Ya lo he hecho —sonrió ella.

«Zorra engreída», añadió a su pensamiento anterior.

—Estoy sugiriendo un ataque de doble filo. —Barasath miró a sus camaradas comandantes reunidos en la sala.

Aunque el lugar estaba rebosante de actividad, con el personal y los servidores trabajando en las consolas, los escáneres y las pantallas tácticas, la mesa principal alrededor de la cual se había sentado en su día toda la sección de mando de la ciudad estaba ahora prácticamente desierta. Casi todos los líderes del regimiento estaban con sus soldados, esperando órdenes.

—Lo escucho —dijo el coronel Sarren.

—Si atacamos al enemigo sobre la ciudad, gran parte de los restos incendiados caerá sobre las calles y las agujas. Añada eso al hecho de que estaremos bajo el fuego de nuestra propia artillería de defensa. Las torretas antiaéreas de las agujas dispararán en dirección a la batalla aérea, y existen muchas probabilidades de que alcancen a mis pilotos con sus proyectiles. Pero si luchamos sobre ellos, sus adorados cazas de chatarra lloverán en llamas sobre sus propios soldados. Una vez que mi primera oleada haya traspasado su formación, enviaremos una segunda y una tercera. Podemos bombardearlos desde el aire y causar estragos en sus pistas de aterrizaje. — Tras aquel comentario se hizo el silencio. Barasath le sacó provecho—. Sus capacidades aéreas se verán considerablemente reducidas en una sola hora. No me diga, coronel, que semejante victoria no merece el riesgo. Así es como debemos atacar.

Sabía que el coronel no estaba seguro. Se sentía tentado, sí, pero no estaba convencido. Tyro hizo oscilar la cabeza ligeramente de lado a lado, mitad pensativa mitad preparando su anunciada negativa.

—He hablado con el reclusiarca —dijo Barasath de repente.

—¿Qué? —respondieron Sarren y Tyro a coro.

—De este plan. Lo he hablado con el reclusiarca. Él estuvo de acuerdo y me aseguró que los mandos de la ciudad lo permitirían.

Por supuesto, Barasath no había hecho tal cosa. Lo último que había sabido del líder de los caballeros era que Grimaldus estaba envuelto en una especie de negociación difícil con la comandante de la Invigilata. Pero aquello detuvo el movimiento de la cabeza de Tyro, y eso era justo lo que necesitaba. Un ápice de duda. Una pizca de interés por su parte.

—Si Grimaldus lo aconseja... —dijo.

—¿Grimaldus? —Sarren arqueó una ceja. Su rostro de rasgos flácidos reflejaba una mezcla entre diversión y alarma—. ¿Cómo se toma la libertad de pronunciar su nombre de ese modo?

—El reclusiarca —se corrigió Tyro, tragando saliva—. Si él cree que éste es un plan sensato, tal vez deberíamos considerarlo.

Barasath era experto en ocultar todo tipo de emociones, no sólo las negativas. Ahora luchaba contra la necesidad de sonreír.

—Coronel —dijo—, ayudante Tyro. Entiendo que quieran conservar todas

nuestras fuerzas en la medida que sea tácticamente viable. Ésta es una guerra defensiva, y los ataques agresivos jugarán un papel mínimo en ella, pero mis pilotos y yo seremos totalmente inútiles una vez que se hayan traspasado las murallas y la marea enemiga haya inundado la ciudad. Incluso los simulacros hololíticos lo indicaban, ¿no es así?

Sarren suspiró al tiempo que entrecruzaba los dedos sobre el vientre.

—Hágalo —dijo.

Y Barasath lo había hecho. Su escuadrón estaba en el aire una hora después sobrevolando las calles de la ciudad en dirección al páramo.

En los estrechos confines del puente de mando de su Lightning se encontraba mucho más que cómodo. Se sentía en su casa. Los controles que tenía entre las manos eran extensiones de su propio cuerpo. Decían que la infantería sentía lo mismo por sus fusiles, pero ¡por el Trono Sagrado!, aquello no se podía comparar. Para un Lightning un rifle era como una lanza para un ángel de hierro y acero.

La masa de invasión alienígena oscurecía el suelo.

—¿Necesito recordarle a alguien —dijo a través del comunicador del escuadrón —... que tirarse en paracaídas sobre este enjambre está extremadamente desaconsejado?

La respuesta fue un coro de «No, señor».

—Si os alcanzan, y por el Trono, seguro que a algunos de nosotros nos alcanzarán, estrellad vuestro pájaro contra una de sus rollizas deidades andantes. Acabad con tantas como os sea posible.

—Gargantes, señor —dijo Helika—. Los orkos llaman a sus titanes así.

—Bien dicho, Helika. Cincuenta ochenta y dos, cuando dé la señal, romperéis la formación y abriréis fuego. El Emperador está con nosotros. Y los templarios nos están observando. Mostrémosles cómo nos ganamos las cruces de caballería pintadas en nuestros cascos. ¡Por Armageddon! —exclamó, entrecerrando los ojos e inspirando una bocanada de oxígeno reciclado a través de su máscara—. ¡Y por Helsreach!



DIEZ

ASEDIO

Cuando cae la muralla lo hace en una avalancha de rococemento pulverizado.

Una oscura y polvorienta nube, más densa que el humo, inunda el aire y se expande como un nubarrón de tormenta, cegadora por su densidad.

Lo veo desde cientos de metros de distancia, junto a mis hermanos y los soldados de los Buitres del Desierto. Al final de la calle, la muralla ya no existe; han traspasado nuestras defensas y, tras la nube de polvo, la brecha se hace cada vez más ancha.

Ha comenzado el auténtico asedio. En todos los tejados, en todos los callejones, en todas las calles y desde todas las ventanas en kilómetros a la redonda la artillería imperial aguarda preparada, en manos leales, lista para acabar con los invasores.

Carretera tras carretera, casa tras casa. Así es como se libraría la batalla de Helsreach, y eso es para lo que están preparados todos los presentes en la ciudad.

Las grandes figuras de los titanes empiezan a retirarse. Ya han cumplido su primera misión. Permanecieron junto a las murallas y cargaron contra las fuerzas enemigas con su inmensa artillería. Las máquinas de guerra de la Invigilata retroceden, no porque hayan sido vencidas ni por gusto, sino porque deben recargar para la auténtica batalla. La Vieja actualizó los mapas tácticos compartidos de los comandantes con los lugares donde se encuentran los transportes del Mechanicum, en las fronteras de la ciudad, que actúan como estaciones de rearme de la Invigilata. Sus titanes se dirigen hacia los más cercanos en estos momentos, y su paso hace temblar a la ciudad a su alrededor. Son lo bastante altos como para eclipsar al sol naciente, a pesar de que caminan por calles distantes.

Los informes se filtran a través de la red de voz. La muralla está cayendo en

pedazos, se está desmoronando bajo el enloquecido ataque de los muchos tanques y maltrechos titanes del enemigo. A mi alrededor, el olor a miedo emana de los soldados humanos. Es una pestilente mezcla de hedor a almizcle, a aliento agrio, a penetrante orina, y a sudor frío. Éste efluvio se desprende de varios de ellos, y aunque no espero un comportamiento digno de un astartes por su parte, y aunque sé que el cuerpo humano siempre reacciona de este modo, incluso el de los hombres más valientes, me sigue resultando difícil permanecer en su presencia. Su miedo me repugna.

Sobre la nube de polvo, emergen la cabeza y los hombros de un Titán enemigo. La bulbosa cabeza de chatarra tiene la forma de unas rugientes fauces alienígenas. ¡Por el Trono del Emperador!, se habría visto por encima de la muralla incluso si nuestra insignificante barricada siguiese todavía allí. Los cristales de todas las ventanas de la calle se hacen añicos conforme se aproxima.

Un momento después, la calle atrona bajo nuestros pies. Todos los soldados humanos que se encuentran junto a nosotros caen al suelo, y sus maldiciones se pierden con el ruido. Yo mantengo el equilibrio sólo gracias a que los estabilizadores de mi armadura compensan los temblores. Con el brillo de un sol ardiente, la cabeza del titán enemigo estalla, bañando de escombros la nube de polvo.

La aclamación a mi alrededor es el sonido más fuerte que se ha oído hasta ahora.

—Máquina aniquilada. —Se oye la voz de Zarha por el comunicador con un tono que se percibe divertido a pesar de las interferencias—. Ésa me la debes, Grimaldus.

Yo no contesto. No me cabe duda de que el disparo debe de haber supuesto un auténtico reto, pero no me importa lo más mínimo dónde se encuentra el *Heraldo* ni que se esté retirando. Estoy concentrado en el aquí y ahora. La tensión recorre por todo mi cuerpo como sangre sobrecalentada. La siento también en mis hermanos. Veinte de nosotros. Nuestra respiración es agitada, nuestras manos empuñan unas armas que están ritualmente encadenadas a nuestra armadura. Las espadas sierra protestan cuando se aceleran cortando sólo el aire. Los juramentos de última hora se susurran o se dirigen al cielo.

De la nube de polvo, y bramando sus porcinos gritos de guerra, emergen las encorvadas siluetas del enemigo.

Cientos de ellas empiezan a inundar las calles.

—¡Fuego a discreción! —grita uno de los oficiales de la Legión de Acero.

—¡No disparéis! —grito, y los altavoces de mi casco atraviesan el ruido ambiente.

—¡Están a tiro! —protesta el comandante Oros.

—¡No disparéis! —Aún no he terminado de gritar y ya he empezado a correr. Las articulaciones de mi armadura gruñen mientras dejo a los humanos atrás. Unas runas de proximidad, las señales de vida de mis hermanos, parpadean en mi pantalla retinal,

pero no las necesito. Sé quiénes me siguen—. ¡Hijos de Dorn! ¡Caballeros del Emperador! ¡A la carga!

El primero de los alienígenas aparece de entre el polvo. Su piel verde está cubierta de gris por las partículas de la nube. Levanta un arma de chatarra entre sus brutales puños, y muere con su deformado rostro aplastado por mi crozius un instante después.

Las dos líneas de batalla se encuentran con un discordante chirrido de arma contra arma, de carne contra armadura. El nauseabundo olor fúngico de la sangre orka inunda el aire. Las espadas sierra atraviesan la carne alienígena. Los bólters escupen sus letales cargas, y los estallidos de los disparos se ven seguidos de los sordos golpes de los proyectiles detonando en el interior de sus cuerpos.

Las criaturas aúllan y ríen mientras mueren.

Mis caballeros permanecen callados mientras matan.

La percepción desaparece, como siempre sucede en la guerra, y se convierte en parpadeantes imágenes que vienen momento a momento. La rabia sagrada que inunda mis sentidos hace que sea imposible concentrarse. Agarro mi arma, reliquia de mi señor, con ambas manos y golpeo con ella a tres alienígenas que tengo delante. El crepitante campo de energía de la maza los lanza por los aires. Los tres mueren con el pecho destrozado por el impacto y caen sobre la carretera como flácidos montones de carne sin vida.

Yo mato, y mato, y mato. No me preocupa que esta horda no tenga fin. El enemigo cae al suelo ante nosotros bajo los arcos de las armas sagradas, y lo único que importa es cuánta sangre fluye antes de que nos veamos obligados a retirarnos.

A través del comunicador oigo como Oros y los hombres vitorean.

Artarion sufre más que el resto de nosotros, ya que sacrifica una de sus manos para sostener mi estandarte mientras sujeta la espada sierra con la otra. El estandarte atrae al enemigo hacia él. Siempre quieren nuestro estandarte. Sin emitir siquiera un gruñido de esfuerzo, da golpes de espada a diestro y siniestro, esquiva torpes golpes y vuelve a embestir con feroces estocadas.

Priamus fue el primero en ver el peligro. Yo veo como uno de los alienígenas que está detrás de Artarion cae partido en dos a la altura del torso bajo la espada del joven caballero. Sacude de la espada los restos biológicos y se abre camino a tajos para luchar junto a Artarion.

—Reclusiarca. —Nerovar sigue a mi lado. Está liberando su espada del vientre de un pielverde destripado. Sus botas aplastan los viscosos y hediondos metros de intestino derramados sobre la carretera—. Nos están superando.

Una lanza impacta contra mi casco y la pantalla de la visera desaparece durante un instante. Me vuelvo contra la criatura que la ha lanzado y la pantalla vuelve a activarse para ver cómo el cráneo de la bestia es aplastado bajo mi crozius. Más

sangre decolorada llueve ligeramente sobre mi armadura.

Otros dos orkos caen, uno bajo la espada sierra de Nero, que le atraviesa la garganta, y el otro bajo mi maza, que impacta contra su pecho y lo envía volando contra la fachada de un edificio cercano. ¡Por la sangre de Dorn! El arma de Mordred es una increíble bendición. Mata sin apenas esfuerzo.

Siento su carga y su impacto con cada alienígena que muere. Un instante antes de cada golpe, el campo de energía que rodea la cabeza late con un leve rugido al detectar la cercanía de otro material antes de descargar su fuerza en un brusco estallido de potencia cinética.

El enemigo nos ha rodeado, pero hay poco de qué preocuparse. Librarnos de ellos no nos supondrá ningún esfuerzo.

—Oros —digo por el comunicador—. Nos estamos preparando para retroceder hacia vosotros.

—Deme la señal —responde el comandante—. Estamos ansiosos por participar.

Una vez iniciado el auténtico asedio, las fuerzas imperiales llevaron a cabo sus preparadas estrategias defensivas.

En todas las carreteras había una barricada desde la que los soldados de la Legión de Acero, dispuestos en filas, descargaban fuego láser contra el enjambre enemigo. Los francotiradores llevaban a cabo sus mortales tareas desde los tejados. Tanques de batalla de todo tipo y clase se abrían paso por las calles, disparando contra las primeras oleadas de la infantería enemiga que inundaba los sectores periféricos de la ciudad.

Cada carretera y edificio tenía un papel asignado que jugar en la batalla. Todas las secciones tenían órdenes de defender e infligir tanto daño al enemigo como fuese posible antes de retroceder hasta la siguiente barricada.

Los titanes, rearmados, actuaban como vigilantes centinelas sobre bloques enteros de la ciudad y su artillería acababa con la vida de las criaturas que se congregaban bajo sus pies. Los gargantes enemigos estaban todavía derribando secciones de la muralla. Durante aquellas primeras horas, la destrucción ocasionada por la Invigilata fue incomparable.

Los invasores invadían Helsreach y morían a millares. Pagaban cada metro que avanzaban con su hedionda sangre alienígena.

El coronel Sarren observaba el desarrollo de la batalla en la mesa hololítica. Las cambiantes imágenes indicaban la posición de las fuerzas imperiales en los confines de la ciudad, retirándose inexorablemente de las murallas. Unas runas de localización más grandes mostraban la posición de las máquinas de guerra de la Invigilata, o los batallones de los tanques de la Legión de Acero. Él mismo había diseñado aquella interminable e implacable retirada durante las pasadas semanas y, por el Emperador,

era fantástico verla en acción.

Durante aquella primera fase era fundamental que hubiese las mínimas bajas posibles. La peor parte de ejército contra ejército llegaría después. De momento, debían sufrir pocas pérdidas al tiempo que acababan con un número elevado de enemigos. Había que dejar que los invasores ocupasen los sectores periféricos de la ciudad. Que pagasen aquellas zonas abandonadas y sin ningún valor con sus vidas. Todo formaba parte del plan.

La ola se rompería pronto.

Sarren observaba los parpadeantes iconos que representaban a sus fuerzas en el inmenso mapa. Pronto llegaría el momento perfecto en los cambiantes vientos de la batalla en el que el primer ataque enemigo decaería y disminuiría en velocidad, a medida que los elementos de avance superasen sus lentas unidades de apoyo. Las hordas iniciales de infantería se encontrarían con la resistencia de la Legión de Acero en las calles más distantes de la ciudad, y no podrían atravesarla sin sus tanques y sus maltrechos titanes.

Y en ese momento, la ola se rompería contra la orilla. Con la ventaja del primer ataque perdido, la defensa empezaría a actuar en serio.

Los contraataques se librarían en algunas calles, especialmente en aquellas cerca de las máquinas de guerra de la Invigilata o de las unidades blindadas de la legión. En otras zonas, la Guardia actuaría rápido, incapaz de recuperar el terreno, pero lo bastante bien atrincherada como para defenderlo.

Lo importante era evitar que el enemigo llegase a la carretera Hel.

En la última reunión, en la que los comandantes se habían reunido vestidos con sus armaduras de batalla, Sarren había subrayado una vez más la necesidad de defender la carretera.

—Es el punto clave del asedio —había dicho—. Una vez que lleguen a la carretera Hel, será doblemente difícil defender la ciudad. Tendrán acceso a toda la colmena. Consideradla como una arteria. Como la arteria. Una vez cortada, el cuerpo se desangrará. Una vez que el enemigo tome la carretera, perderemos la ciudad.

Ajustas expresiones respondieron a esta afirmación.

El coronel se inclinaba ahora sobre la mesa y seguía observando la escena con los ojos entrecerrados, carretera por carretera, edificio por edificio, unidad por unidad.

Observaba la guerra en silencio, esperando a que la ola rompiera.

Barasath se estrelló contra el suelo con fuerza.

Había sido testigo de cómo Helika caía desde el cielo, y también la había oído. Había sido un momento difícil. Habían pasado ya tres años desde aquella noche en que habían compartido litera, ambos fingiendo estar más borrachos de lo que estaban, pero Korten nunca lo había olvidado, como tampoco había deseado que aquélla fuese

la única noche que pasaban juntos. Oírla morir le había helado la sangre, y tuvo que luchar contra el impulso de desactivar su comunicador para no oírla gritar mientras caía con el motor en llamas.

Su Lightning, con las alas pintadas de blanco, se estrelló contra el pecho de una de las deidades andantes alienígenas. El titán vibró durante un momento y después empezó a expulsar llamas y escombros cuando el pájaro de Helika, convertido ahora en un montón de chatarra rodante, estallaba en su lomo.

El gargante siguió caminando como si nada a pesar del agujero que lo atravesaba.

Aquello había sucedido en la primera misión. Helika ni siquiera tuvo tiempo de disparar. Una complicada y atolondrada escaramuza contra los cazas alienígenas condenó a la mayoría de ellos a caer en espiral con los motores dañados. El comandante había recibido un disparo de cañón en el fuselaje, pero, afortunadamente, el proyectil sólo le había hecho perder combustible en lugar de convertirlo en una bola de fuego volante. Con el camino despejado y con sólo un puñado de bajas, intervinieron la segunda y la tercera oleadas de Barasath.

Fue entonces cuando las cosas se pusieron realmente feas.

Las deidades andantes enemigas no marchaban ociosamente. Las torretas instaladas en sus hombros y sus cabezas apuntaban hacia el cielo y escupían tanto fuego láser como proyectiles sólidos contra los cazas imperiales. Esquivarlos ya habría sido difícil de por sí. Esquivarlos cuando además venían acompañados de más chatarra voladora y del fuego antiaéreo de los tanques desde tierra convertía la situación en la pesadilla que el coronel Sarren había vaticinado.

La primera oleada de Barasath se dispersó a toda velocidad hacia las primitivas pistas de aterrizaje que había formado el enemigo en el desierto.

Cientos de cazas orkos seguían en tierra, incapaces de despegar todavía, obligados a esperar su turno en las allanadas pistas. Un hombre más pesimista podía haber pensado que había poco que pudiera hacer contra aquella inmensa fuerza en tierra mientras dirigía a los pájaros restantes de aquel escuadrón aéreo. Un hombre más pesimista podría también haber rodeado la base aérea enemiga y haber esperado a que sus bombarderos Thunderbolt llegasen con la segunda oleada.

Korten Barasath no era un hombre pesimista, y su paciencia quedaba relegada a un segundo plano cuando había necesidad. Con elegantes y arriesgadas piruetas descargó sus cañones automáticos y gastó toda la energía de sus cañones láser contra los cazas que esperaban en el suelo. Decenas de ellos intentaron alzar el vuelo, presas del pánico. La mayoría se estrellaron durante los fallidos intentos de despegue, ya que sus trenes de aterrizaje se trabaron en la arena del páramo. Los que consiguieron ascender fueron presa fácil de los cañones imperiales.

La segunda oleada llegó liberando su carga explosiva. Los Thunderbolt, mucho más grandes y mejor armados que los Lightning, levantaron grandes columnas de

humo y polvo en la superficie del páramo a medida que sus bombas incendiarias impactaron contra el terreno.

—Bombardead este lugar hasta convertirlo en cenizas —ordenó Barasath, y vio como sus pilotos hacían exactamente lo que les había pedido.

El fuego devoraba el páramo y consumía las pistas de aterrizaje que jamás volverían a poder ser utilizadas después de aquello. Los cazas de chatarra todavía estacionados explotaron.

Por supuesto, el lugar no carecía completamente de defensas, incluso a pesar de que la mayor parte estaba en llamas. Unos pocos tanques dispararon hacia arriba contra los bombarderos imperiales, con toda la gracia y puntería de unos ancianos intentando matar moscas.

El comandante había recibido un nuevo impacto durante su último descenso sobre la base aérea. Un tiro afortunado, o desafortunado, según el punto de vista de Barasath, arrancó gran parte de su ala izquierda. Ya no volvería a ascender de aquella caída mortal. Tampoco se estrellaría contra ningún titán, como habían hecho Helika y unos cuantos más.

Cuando el caza empezó a girar y a descender sobre el ardiente emplazamiento, se eyectó de la cabina de mando. Hubo un momento de desorientación. La fuerza del viento, el mundo centrándose tras la caída en espiral del caza..., y vio que estaba cayendo hacia las nubes de polvo y de humo negro.

La oscuridad lo engulló. Su respirador lo salvó de tener que inhalar el asfixiante humo tóxico, pero sus gafas protectoras carecían de visión aumentada y no podían atravesar el humo.

Barasath tiró de la anilla y sintió cómo se impulsaba hacia arriba mientras su paracaídas gravitatorio se abría.

Sin la menor idea de a qué distancia se encontraba el suelo, tuvo suerte de aterrizar sin romperse las dos piernas. Su tobillo sí se resintió, pero el comandante consideró que para lo que podía haber sido había salido bien parado.

Con cautela, consciente del hecho de que el humo lo ocultaba tanto como ocultaba al enemigo, extrajo la pistola láser y avanzó a través de la cegadora oscuridad. Hacía un calor achicharrante a su alrededor, calor que procedía de los aviones y los transportes en llamas cercanos, aunque no había la suficiente luz como para orientarse.

Cuando finalmente logró atravesar la nube negra con la pistola bien agarrada, parpadeó una vez al ver lo que se encontraba ante él, y abrió fuego.

—¡Trono! —exclamó con una sorprendente amabilidad justo antes de que los orkos que avanzaban pesadamente hacia él le asestasen un tiro en el pecho.

El Heraldo de Tormenta tenía sed de guerra.

El ansia lo punzaba a cada descomunal paso. Su turbulento núcleo de plasma bullía en su pecho mientras le daba la espalda al enemigo y marchaba por las calles a regañadientes.

El camino ya estaba despejado. Los edificios habían sido demolidos hacía días. Los cimientos habían reventado y los bloques de habitáculos habían caído reducidos a escombros para abrirle paso.

La necesidad de volverse y descargar su odio contra el enemigo era inmensa, era el instinto de un cazador, casi lo bastante fuerte como llegar a desoír los susurros de la Vieja en su mente.

La Vieja. Su presencia resultaba irritante. Una vez más, el *Heraldo* se inclinó mientras caminaba en un intento de darse la vuelta con su lento y pesado paso. Y una vez más, las garras de la Vieja en su mente obligaban a su cuerpo a obedecer.

Nos retiramos para luchar muy pronto en una batalla más importante, le susurró.

La ira del *Heraldo* se aplacó al escuchar su voz. Había algo nuevo en sus palabras, algo que su mente de depredador aceptó y reconoció de inmediato. Un miedo. Una duda. Un ruego.

La Vieja estaba ahora más débil que nunca.

El *Heraldo* no sabía nada del placer o de la diversión. Su alma se había forjado mediante antiguos ritos de fuego, de metal fundido y de energía plasmática que se agitaba con la violencia de un sol enjaulado. Lo más cerca que estaba de sentir una emoción similar al placer eran las ráfagas de consciencia y el alivio de su dolorosa ira cuando los enemigos morían bajo su artillería.

Ahora sentía un reflejo de esa sensación. Obedecía a sus peticiones, todavía conectadas a su control.

Pero la Vieja se debilitaba.

Pronto sería suya.

La noche halló a Domoska con su pelotón de tropas de asalto refugiados en las ruinas de lo que en su día había sido un bloque de habitáculos.

Las pesadas unidades blindadas de los pielesverdes habían pasado por allí y lo habían cambiado todo. Ahora era una montaña de escombros de rococemento y de chapa blindada, y Domoska se agachó tras una pared baja manteniendo su rifle infernal pegado al pecho. Atado a su espalda, el generador de energía zumbaba. Los cables de alimentación entre el puerto de entrada del rifle y el generador dorsal vibraban y quemaban.

Se alegraba de que el astartes con la máscara de calavera y esa engreída quinta ayudante les hubiesen ordenado regresar a la ciudad. No quería admitirlo, pero viajar en la cañonera de un astartes, incluso aunque sólo fuese en la plataforma destinada a los paracaídas y las motocicletas de asalto, la estremecía.

El nuevo destino de su pelotón en la guerra urbana la alegraba menos, pero era una soldado de asalto, los mejores de la legión, y se enorgullecía de su lealtad y su dedicación para obedecer sin protestar.

Con la mayoría de las fuerzas imperiales en proceso de lentas retiradas y de prolongadas acciones de defensa, a las unidades de la ciudad se les había ordenado que esperasen mientras los orkos avanzaban o que intentasen pasar desapercibidos y ocupasen posiciones tras el enemigo.

Casi toda Helsreach estaba ocupada por veteranos y por escuadras de soldados de asalto encargados de estos movimientos. El coronel Sarren estaba utilizando a sus mejores soldados para llevar a cabo las operaciones más complicadas.

Y estaba funcionando.

Domoska habría preferido estar a salvo agachada tras una barricada con tanques de apoyo Lemman Russ, pero la vida era así.

—¡Eh! —susurró Andrej mientras se agachaba a su lado—. Esto es mejor que tener el culo sentado en el desierto, ¿no? Sí, claro que sí, al menos eso opino yo.

—Calla —susurró ella.

El áuspex indicaba que la zona estaba despejada. No había señales de calor ni de movimiento cerca. Aun así, Andrej se estaba poniendo muy pesado.

—¿Has visto el último que he destripado con la bayoneta? Estoy por volver a por su cráneo para colgármelo en el cinturón como trofeo. Así llamaría más la atención, ¿verdad?

—Así lo más probable es que acabaras siendo el primero en morir de un tiro.

—Bueno, ésa no es la clase de atención que busco. Eres demasiado negativa, ¿sabes? Te lo digo porque es verdad.

—Y yo te he dicho que te calles.

Milagrosamente, lo hizo. Los dos avanzaron, agachados, de una cobertura a otra. Los sonidos de la batalla llegaban desde la calle adyacente. Domoska oía los guturales rugidos y los porcinos gruñidos de los orkos en combate.

—Aquí Domoska —susurró por el transmisor—. Contacto al frente. Lo más probable es que se trate del segundo grupo que nos ha pasado hace una hora.

—Recibido, equipo de exploración número tres. Siga las instrucciones, actúe con la máxima precaución.

—Sí, capitana. —Domoska desconectó el transmisor.

—¿Listo, Andrej?

Éste asintió, agachado junto a ella una vez más.

—Me quedan tres detonadores, ¿vale? Tenemos que acabar con otros tres tanques más. Así la capitana me dará la cafeína que me ha prometido.

La mesa holográfica mostraba lo que estaba ocurriendo con una exactitud

tranquilizadora. Sarren no podía apartar la mirada, a pesar de lo que le dolían los ojos de observar las parpadeantes imágenes de luz durante tanto tiempo.

La ola se estaba rompiendo.

Las unidades de defensa se estaban atrincherando y defendiendo su terreno. Los pelotones encargados de las maniobras de envolvimiento estaban avanzando hacia la retaguardia de la primera horda de invasores, listos para empujarlos hacia adelante y aplastarlos entre el martillo y el yunque.

Sarren sonrió. Había sido un buen día.

Jurisian no se había movido de su puesto en casi veinticuatro horas.

Había dicho que necesitaría más de una semana, probablemente dos.

Ahora ya no pensaba así. Tardaría varias semanas, meses... incluso puede que años.

Los códigos que mantenían las impenetrables puertas del búnker selladas eran una auténtica obra de arte, resultado del trabajo de muchos señores del Mechanicum. Jurisian no temía a ningún ser viviente, y llevaba veintitrés décadas asesinando en nombre del Emperador. Aquélla era la primera vez que odiaba su deber.

—Necesito más tiempo, Grimaldus —había dicho a través del comunicador varias horas antes.

—Me estás pidiendo lo único que no puedo darte —le había respondido el reclusiarca.

—Esto podría llevarme meses. Puede que años. A medida que se desarrolla el código, surgen subclaves que, a su vez, requieren mucha dedicación para ser descifradas. Se desarrolla como un eco; cambia constantemente reaccionando a mis intrusiones y evoluciona en sistemas más complejos.

La pausa que siguió a sus palabras estaba cargada de ira contenida.

—Quiero ese cañón, Jurisian. Tráemelo.

—Como deseas, reclusiarca.

La emoción de poder contemplar a *Oberon* y de ser la persona que despertase al gran *Ordinatus Armageddon* había desaparecido. En su lugar había una fría eficiencia y una innegable indignación. Aquél código era una de las creaciones más complejas que la humanidad había ideado a partir de sus esferas de conocimiento. Destruirlo lo afligía con un dolor similar al que sentiría un artista que tuviese que destruir una inestimable obra.

Las runas inundaban su pantalla retinal en color verde. Había descifrado seis de los largos códigos en un instante. Los últimos cinco requerían cálculos adicionales basados en los parámetros establecidos por los anteriores.

El código evolucionaba. Reaccionaba ante su interferencia como un ser vivo. Su antiguo espíritu luchaba contra sus manipulaciones. «Es maravilloso», pensaba

Jurisian mientras trabajaba, y maldecía a Grimaldus por haberle pedido aquello.

Sus servidores esperaban tras él, con la mandíbula caída y los ojos apagados, y empezaron a morir lentamente de hambre.

Jurisian no les prestaba atención.

Tenía una obra maestra que destruir.



ONCE

EL PRIMER DÍA

Los temblores habían dejado de inquietar a Asavan Tortellius.

Su presencia era un honor. Un honor por el que daba las gracias al Mechanicum en sus oraciones diarias. En sus once años de servicio se había acostumbrado de prisa a los temblores, las sacudidas e incluso el traqueteo de las armas de fuego contra las paredes de su monasterio. A lo que nunca había llegado a acostumbrarse era al Escudo.

En muchos sentidos, el Escudo sustituía al cielo. Había nacido en Jirrian, un mundo normal y corriente que formaba parte de un subsector sin especial relevancia a una distancia moderada de la sagrada Terra. La única cualidad que podría destacarse de Jirrian sería su clima en las regiones ecuatoriales. El cielo sobre la ciudad de Handra-Lai era del color azul intenso que tanto se esforzaban por reflejar con palabras los poetas y que tanto intentaban captar los imagoartistas en sus fotografías. En un mundo de tediosa tradición y de monótona e infinita igualdad social, en el que todo el mundo era igual de pobre, los cielos que cubrían la precaria colmena Handra-Lai eran el único aspecto de su vida anterior que merecía la pena recordar.

El Escudo se lo había arrebatado. Todavía le quedaban los recuerdos, claro. Pero éstos se iban volviendo cada vez más borrosos año tras año, como si la majestuosa presencia del Escudo hiciese que todo lo demás desapareciera.

No era porque el Escudo tuviese ningún color en particular, porque no lo tenía. Y tampoco porque fuese descaradamente opresivo, porque no lo era.

La mayor parte del tiempo ni siquiera era visible y, en los mejores momentos, ni siquiera estaba ahí.

Aun así, en cierto modo, siempre estaba. Resultaba opresivo. Siempre estaba ahí.

Decoloraba el cielo. El abrasivo silbido eléctrico en el aire delataba su existencia. La electricidad estática crepitaba al tocarse las puntas de los dedos o al rozar superficies de metal. Al cabo de un tiempo, los dientes empezaban a doler. Era de lo más irritante.

Y podía levantarse en cualquier momento. Mirar a un cielo desconocido no suponía placer alguno, y todo a causa del Escudo. Impedía poder disfrutar realmente de él. Incluso cuando estaba desactivado, siempre existía el riesgo de que volviese a activarse sin previo aviso, separando a Tortellius del mundo exterior una vez más.

En los momentos de batalla, el Escudo resultaba más bonito que amenazante. Se rizaba como las olas rompiendo contra la costa, y los colores del combustible flotando sobre el agua caían en cascada por todo el cielo. El olor del Escudo al ser atacado era una embriagadora mezcla de ozono y cobre, y si uno se quedaba fuera de las almenas del monasterio, empezaba a sentirse mareado al cabo de un rato. Tortellius siempre intentaba permanecer fuera cuando el Escudo estaba siendo asediado, no por los estimulantes efectos de su carga eléctrica, sino porque sentía un oscuro placer al ser testigo de los límites de su prisión en lugar de temer a la invisible opresión.

En ocasiones se preguntaba si lo estaría observando con la secreta esperanza de que fallase. Si el Escudo se viniese abajo... ¿qué pasaría? ¿De verdad deseaba algo así? No. Por supuesto que no.

Aun así, se lo preguntaba.

Apoyado en las almenas del monasterio, y observando la ciudad a sus pies, Tortellius reflexionaba sobre lo detestable que era aquella raza alienígena en concreto. Los pielesverdes eran mugrientos y brutales, su inteligencia podría describirse generosamente como rudimentaria, y más acertadamente como animal.

El poderoso *Heraldo de Tormenta*, instrumento de la divina voluntad del Dios Emperador, se había detenido. Tortellius se había dado cuenta únicamente a causa de la relativa calma que parecía haberse asentado en contraste con sus fuertes pisadas.

Su monasterio, la única parte de la catedral de espiras y almenas que adornaba los encorvados hombros del Titán, permanecía en silencio. A cincuenta metros por debajo se oía cómo las torretas de las piernas mataban a los alienígenas en la calle. Pero los abombados soportes de la artillería, decorados con gárgolas de granito y representaciones en piedra de los angélicos primarcas, los hijos asesinados del Dios Emperador, apenas se apartaban de su línea de tiro con los cañones preparados.

Tortellius se rascó el pelo cada vez más escaso (una maldición de la que culpaba absolutamente a la intensa carga electroestática del Escudo), y llamó a su servocráneo. Éste voló entre las almenas hacia él, y su tecnología de suspensión en miniatura ronroneó mientras esperaba en el aire. La calavera en sí era humana, pulida y modificada tras ser extirpada de un cadáver. Ahora mostraba unos registradores de

imágenes augméticas y unas placas de datos activadas mediante la voz para grabar sermones.

—Hola, Tharvon —dijo Tortellius.

En su día, el cráneo había pertenecido a Tharvon Ushan, su sirviente preferido. Qué destino tan noble, servir a la Eclesiarquía incluso después de muerto. Cuán bendito debía de ser el espíritu de Tharvon en la eterna luz del Trono Dorado.

La sonda de la calavera no dijo nada. Sus suspensores gravitatorios zumbaban mientras oscilaba en el aire.

—Dictado —indicó Tortellius.

La calavera emitió un sonido de reconocimiento mientras su placa de datos, no más grande que la palma de un humano, e instalada en su frente modificada, se activaba.

La poca brisa que penetraba a través del Escudo no era suficiente para enfriar su rostro sudoroso. El sol de Armageddon podía considerarse débil comparado con la estrella que calentaba el ecuatorial Jirrian, pero era lo bastante sofocante. Tortellius se secó la frente morena con un pañuelo perfumado.

—En éste, el primer día del asedio de la colmena Helsreach, los invasores han llegado a la ciudad en un número sin precedentes. No, espera. Orden: Pausa. Eliminar «sin precedentes». Sustituir por «sobrecogedor». Orden: Detener la pausa. El cielo está tapado a causa de la polución industrial del planeta, del fuego antiaéreo de las defensas de la colmena, que se acumula en las nubes, y de los incendios que devoran los distritos exteriores, donde los invasores ya han conquistado terreno. Estoy convencido de que pocas crónicas de esta inmensa guerra sobrevivirán para pasar a formar parte de los archivos imperiales. Inicio esta grabación no con el deseo de que mi nombre sea recordado con pomposidad, sino para detallar el sagrado derramamiento de sangre de esta descomunal cruzada.

Entonces vaciló. Tortellius se mordía el labio inferior mientras intentaba hallar las palabras adecuadas. Mientras reflexionaba sobre la dramática descripción, el monasterio tembló de nuevo bajo sus pies.

El Titán se estaba moviendo.

El *Heraldo de Tormenta* atravesaba la ciudad sin encontrar resistencia.

Tres máquinas de guerra enemigas, los caminantes de chatarra que los alienígenas denominaban gargantes, ya habían perecido bajo su artillería. En su prisión de líquidos, Zarha sintió que el muñón que tenía en el extremo de uno de sus brazos le dolía con un ligero calor.

«Una vez tuve manos», pensó con una fea sonrisa.

Después transmitió su siguiente pensamiento con cuidado.

El aniquilador se está sobrecalentando.

—El aniquilador se está sobrecalentando.

—Entendido, mi princeps —respondió Carsomir. Después se movió en su asiento y accedió al estado del arma mediante su enlace integrado con los sistemas centrales del titán—. Confirmado. Las cámaras tres a la dieciséis muestran un aumento en la temperatura.

Zarha se retorció en su ataúd lácteo sintiendo instintivamente lo que todos los que se encontraban a bordo debían de estar percibiendo a través de los cálculos en los monitores o de los enlaces integrados más lentos. Observó cómo Carsomir se movía de nuevo, sintiendo las órdenes que salían de su mente sólo mediante su fuerza de voluntad, llegando hasta los receptores cognitivos del centro del titán.

—Acción refrigerante a intensidad moderada —dijo—. Comenzando en ocho segundos.

Zarha movió su brazo derecho en el líquido y sintió que el dolor de sus dedos había desaparecido.

—Liberando refrigerante —dijo un adepto cercano inclinado sobre su panel de control instalado en la pared.

El alivio fue inmediato y gratificante, como si alguien metiese la mano quemada por el sol en un cubo de hielo. La Vieja desactivó la alimentación de su vista desde sus fotorreceptores y se sumergió en la oscuridad mientras la agradable sensación inundaba su brazo.

Gracias, Valian.

—Gracias, Valian.

Su visión volvió a activarse al reiniciar sus implantes ópticos. Tardó sólo un momento en reajustar sus percepciones, filtrando su entorno más inmediato. Zarha tomó aliento y observó la ciudad a través de los ojos de la deidad.

El enemigo, como una plaga de hormigas, pululaba en la calle alrededor de sus tobillos. Zarha levantó el pie y sintió cómo el aire rozaba su piel metálica y el movimiento del fluido que rodeaba su extremidad inferior con el extremo amputado. Los alienígenas huyeron de su aplastante pisada. Un tanque quedó aniquilado, reducido a chatarra.

Los disparos desde las almenas de la pierna del *Heraldo* barrían la carretera y acababan con montones de orkos.

—Mi princeps. —El moderati secundus Lonn se revolvió en su asiento mientras hablaba. Sus músculos tenían espasmos en respuesta al flujo de impulsos que recibía a través de su conexión con el Titán.

Habla, Lonn.

—Habla, Lonn.

—Nos estamos adelantando a nuestros skitarii.

Zarha era consciente de ello. Se encogió de hombros, y sus músculos gastados se

tensaron y temblaron mientras avanzaba por la ciudad.

Lo sé, siento... algo.

—Lo sé. Siento algo.

Las torres de habitáculos a ambos lados del titán estaban abandonadas. Aquél sector era uno de los pocos lo bastante afortunados como para estar relativamente cerca de los escasos complejos de búnkeres subterráneos de la ciudad.

Informa al coronel Sarren de que voy a seguir adelante con la fase dos.

—Informa al coronel Sarren de que voy a seguir adelante con la fase dos.

—Sí, mi princeps.

Aquél sector, el Omega-sur-diecinueve, había sido uno de los primeros en caer cuando las murallas fueron derribadas el día anterior. Los alienígenas arrasaron el área a conciencia, pero todavía no había intervenido una fuerza importante de titanes enemigos. Era la oportunidad perfecta de acabar con legiones enteras de orkos mientras sus escuadrones de gargantes estaban ocupados en algún otro lugar.

De repente, una sensación se fue apoderando de su cabeza, algo invasivo y afilado que resonaba a través del amasijo de venas de su cerebro. Era algo que no había oído en muchas, muchas décadas.

Alguien estaba llorando.

Zarha sintió como un rictus transformaba su rostro a medida que la sensación aumentaba y le crecían colmillos. Su agudeza era cortante, era un latido ácido que atravesaba su cerebro.

—¿Mi princeps?

Al principio, ella no lo oyó.

—¿Mi princeps?

Dime, Valian.

—Dime, Valian.

—Estamos recibiendo noticias del *Dracónido*. Está muriendo, mi princeps.

«Lo sé... Siento lo que él siente...».

Un momento después, Zarha sintió cómo el impacto golpeaba todos sus sentidos. El llanto mortal atravesaba su enlace cognitivo como un huracán, chillando en un mudo tono de dolor. El *Dracónido* había caído. La princeps que lo ocupaba, Jacen Veragon, gritaba al tiempo que los alienígenas irrumpían en su cadáver, tirando de su blindada piel de metal mientras yacía boca abajo.

¿Cómo había caído?

Y allí estaba. En aquel llanto se encontraba el recuerdo que buscaba. El impacto sensorial mientras la máquina de guerra de clase Reaver caía de rodillas. La sensación de furiosa inmovilidad. Era una deidad. ¿Cómo podía sucederle aquello? ¿Por qué no respondían sus extremidades?

Todo estaba inundado de humo y escombros. Era imposible ver con claridad.

El grito empezaba a apagarse. El corazón reactor del *Dracónido*, un caldero hirviente de fusión plasmática, se estaba enfriando.

—Hemos perdido el contacto —dijo Valian un segundo después de que Zarha lo hubiese sentido.

Zarha lloraba, aunque el agua salada que segregaba a través de sus lagrimales se disolvía inmediatamente en el fluido que la sepultaba.

Lonn tenía los ojos cerrados mientras accedía a la pantalla hololítica interna del enlace cognitivo.

—El *Dracónido* estaba en Omega-oeste-cinco. —De repente, sus oscuros ojos se abrieron—. Los informes muestran que la situación del emplazamiento es idéntica a ésta: torres habitacionales evacuadas, mínima resistencia de máquinas de guerra.

El adepto encargado de la consola de escáner, cuya boca había sido sustituida por un vocalizador con forma de escarabajo, recitó una larga lista de códigos desde el otro lado de la cabina de mando.

—Confirmado —dijo Carsomir—. El áuspex está detectando algo hacia el sur. Es una señal de calor importante. Lo más probable es que se trate de una máquina de guerra enemiga.

Zarha apenas oyó nada de esto. Las imágenes de la muerte del *Dracónido* se reproducían tras sus ojos artificiales como escenas de una obra de teatro, coloreadas por una hedionda mancha de lúgubre emoción. Sollozó una vez, y el corazón le dolía como si estuviese a punto de estallar. Lo único que oyó fue que había un enemigo cerca, y empezó a caminar en el líquido moviendo las extremidades.

El titán tembló al dar otro paso.

—¿Mi princeps? —dijeron al unísono ambos moderati.

«Me vengaré». Incluso en su propia mente, apenas podía oírse así misma. Un deje mecánico estaba hermanado con sus pensamientos, y era protector en su rabia incontenible.

Nos vengaremos.

—Nos vengaremos.

Las torres de habitáculos pasaban a la altura de sus hombros mientras el titán avanzaba.

—Mi princeps —empezó Carsomir—. Recomiendo que nos detengamos aquí y que esperemos a que los skitarii hagan un reconocimiento.

No. Vengaré a Jacen.

—No. —La voz a través de los altavoces sonaba dura—. Vengaremos al *Dracónido*.

Sin advertir la disparidad entre sus pensamientos y la voz que emergía, Zarha continuó avanzando. Las voces la asaltaban, pero ella las rechazaba con un golpe de fuerza de voluntad. Nunca antes le había resultado tan fácil aplacar las voces

necesitadas de aquellos inferiores a ella. La voz de Valian, que llegaba desde la cámara del puente de mando en lugar de a través del enlace cognitivo, era otro asunto.

—Mi princeps, estamos recibiendo peticiones de Comunión.

No habrá ninguna Comunión. Voy a vengarme. La Comunión con la legio podrá celebrarse esta noche.

—No habrá ninguna Comunión. Voy a vengarme. La Comunión con la legio podrá celebrarse esta noche.

Con esfuerzo, Valian se volvió en su asiento. Los cables que sobresalían de las entradas implantadas en su cráneo se movieron con él, como una bestia con muchas colas.

—Mi princeps, la princeps Veragon está muerta, y la legio exige una Comunión. —En su voz se percibía un ápice de preocupación, pero no pánico ni temor. El resto del grupo de batalla deseaba la momentánea reunión de concentración, la unidad de la princeps y las almas de sus máquinas de guerra que era tradicional celebrar después de una pérdida.

La legio esperará. Estoy ansiosa.

—La legio esperará. Estoy ansiosa.

Adelante. Preparad la artillería principal. Huelo a los xenos desde aquí.

Su voz emergió como un crepitar de ruido estático, pero el *Heraldo de Tormenta* continuó avanzando.

Aunque Carsomir no era un hombre propenso a sentir emociones extremas, algo frío e incómodo se apoderó de sus pensamientos mientras se volvía para observar el paisaje de la ciudad a través de las inmensas lentes oculares del titán.

Puede que no estuviese tan conectado al ardiente corazón del *Heraldo* como la princeps, pero sus propios vínculos con la deidad andante no estaban desprovistos de íntima familiaridad. A través de su conexión más débil con el centro semisensible de la máquina de guerra sintió una profunda furia que resultaba casi adictiva en su inmensa pureza. La pasión, a través de su conexión empática, se percibía como una adusta irritabilidad, y tuvo que resistir el impulso de maldecir la ineficacia de aquellos que lo rodeaban mientras guiaba al titán hacia adelante. Y saber la causa de su irritación no lo calmaba.

El pie derecho del titán pisó la esquina de una calle y pulverizó un camión de carga. El *Heraldo* se volvió con su majestuosa parsimonia y los captadores de imágenes instalados en el casco mostraron una avenida más ancha y el sol de la tarde que brillaba en la piel de hierro bruñido de la máquina de guerra. Valian quedó inmerso, sólo por un momento, en la imagen exterior que llegaba a través de su enlace mental. Cientos de captadores de imágenes, todos mostrando una prístina piel plateada o el denso blindaje, chasqueaban acribillados por pequeñas armas de fuego.

Delante, en la ancha avenida, se encontraba la máquina de guerra enemiga que parpadeaba como una migraña teñida de rojo en los escáneres áuspex de la cabina de mando. Valian se estremeció al verla, e inhaló profundamente el denso aire de la sala. Como siempre, la cabeza del *Heraldo* olía a engranajes aceitados, a rituales de incienso y al intenso hedor del sudor y la sangre de los miembros de la tripulación, cuyos cuerpos resultaban maltratados a pesar de permanecer inmóviles en sus asientos.

El titán enemigo era grotesco, desagradable a un nivel que sobrepasaba el mero disgusto por su diseño. Su apariencia achatarrada no reflejaba ningún tipo de veneración, ningún respeto, ningún cuidado a la hora de construirlo. Los huesos de hierro del *Heraldo* habían sido bendecidos tres veces por tecnosacerdotes, incluso antes de que los ensamblaran para formar el esqueleto de una deidad mecánica. Cada uno de los millones de engranajes, remaches y placas de blindaje empleados en el nacimiento del *Imperator* era perfeccionado y bendecido antes de pasar a formar parte del cuerpo del Titán.

Éste avatar de perfección se enfrentaba a su espantoso contrario, y todos los miembros de la tripulación del titán sentían cómo una sensación de repugnancia se adueñaba de su interior. La máquina de guerra enemiga era gruesa, con un inmenso vientre que albergaba a los soldados y los cargadores de munición de sus sistemas de cañones en el torso. Su cabeza, a diferencia de la calavera mecánica de estilo gótico del *Heraldo*, era atrofiada y raquítica, con unas lentes oculares resquebrajadas y una sobresaliente mandíbula inferior. Aquélla aberración miraba amenazadoramente al otro lado de la calle, al titán imperial de mayor tamaño. Sus cañones surgían de su cuerpo como espinas y rugían su propio desafío.

Sonaba exactamente como lo que era: un líder de guerra alienígena en el puente de mando de la cabeza del monstruo gritando por un comunicador. El *Heraldo de Tormenta* rio como respuesta, y sus sirenas de advertencia golpearon con un muro de sonido.

En su tanque de líquidos, Zarha levantó los brazos, con los muñones de sus brazos hacia adelante.

En la calle, con un intenso chirrido de articulaciones, el *Heraldo* reprodujo su movimiento.

No llegó a disparar. La trampa, rudimentaria y simple como era, explotó alrededor del gigantesco titán.

—Su solicitud de refuerzos ha sido aceptada —crepitó la voz.

Ryken bajó el micro para preparar su rifle láser de nuevo.

—Ya vienen —susurró a Vantine.

La otra soldado estaba junto a él, agachada con la espalda pegada a la pared,

compartiendo aquel fragmento de cobertura. Su expresión era ilegible, oculta tras las gafas protectoras y el respirador, pero asintió al comandante.

—Has dicho eso mismo hace media hora.

—Lo sé —contestó Ryken mientras insertaba una célula nueva en su rifle láser—. Pero ya vienen.

La pared que tenían tras ellos se combó al recibir el impacto de otro proyectil. Los escombros que caían del cielo repiqueteaban contra sus cascos.

El pelotón de Ryken estaba hasta el cuello de problemas y, por muy duro que luchasen, nada iba a sacarlos de ellos. La mayoría de sus hombres, los que no estaban desangrándose hasta morir en el suelo, ocupaban las ventanas de varios pisos de aquel bloque de habitáculos, escupiendo fuego hacia la calle. Las habitaciones estaban todavía llenas de muebles, abandonadas por las familias que buscaban cobijo en uno de los búnkeres subterráneos de la zona. Era, como todas las últimas resistencias, un lugar bastante horrible para refugiarse, pero sus barricadas habían caído hacía media hora y cada escuadra debía cuidar de sí misma hasta que pudiesen reagruparse en la siguiente intersección.

El problema era que el pelotón de Ryken se vio aislado demasiado pronto cuando cayó el bastión. Como retaguardia que cubría la retirada de las demás escuadras, habían sido rodeados y forzados a buscar cualquier lugar a cubierto que encontrasen.

—¡Están escalando las malditas paredes! —exclamó alguien.

Ryken se abrió paso hasta la siguiente ventana, agachado y preparándose para disparar hacia la calle de nuevo. Cuando se levantó para disparar, se encontró cara a cara con una criatura pielverde que había trepado hasta el segundo piso. Apestaba a moho y a humo, y sus porcinos ojos brillaban con cualesquiera que fueran las emociones que sintiesen los alienígenas en el fragor de la batalla.

Ryken atravesó la garganta de la bestia de un golpe de bayoneta y le asestó tres tiros al tiempo que la apuñalaba. El alienígena salió despedido hacia atrás desde la ventana y cayó sobre sus compañeros.

Definitivamente, estaban escalando las malditas paredes.

Ryken ordenó a tres de sus hombres que cubriesen la ventana y corrió hacia la escalera que daba a la planta baja. Los bruscos estallidos de los rifles láser eran todavía más intensos desde allí, donde se encontraba atrincherada la mayor parte del pelotón.

—¡Los refuerzos están en camino! —gritó por la escalera.

—¡Has dicho eso mismo hace media hora! —respondió el sargento Kalas.

Ryken alcanzó a ver al sargento, con el bólder agarrado con las dos manos, arrodillado frente a una ventana y disparando hacia la carretera. El comandante se situó junto a una ventana cercana y añadió sus disparos a la matanza.

En la calle se estaba formando un auténtico desorden de carne alienígena. Sólo

los orkos más enloquecidos o sedientos de sangre intentaban correr por la carretera y escalar la fachada del edificio. La mayoría de los xenos, y Ryken dio gracias al Emperador por aquella pequeña bendición, tenía suficiente inteligencia como para permanecer a cubierto, tras sus propios transportes o disparando desde las ventanas de los edificios adyacentes. El enemigo reía y se mofaba a pesar de la continuada barrera de fuego, y sus fuertes y porcinas carcajadas se intensificaban cuando otro grupo de aullantes alienígenas corría por la calle sólo para acabar reducido por las defensas de la Legión de Acero. El estentóreo disfrute de la muerte de los de su propia especie era una bárbara locura que Ryken había asociado hacía mucho tiempo con aquella detestable raza xenos.

No había manera de comprender a aquellas criaturas.

—No aguantaremos aquí —dijo Vantine, agachada y a cubierto de nuevo. Susurró una rápida letanía de lealtad mientras recargaba su rifle—. ¿Oyes esas máquinas de guerra? Vienen hacia aquí, comandante.

—No vamos a poder salir de aquí durante un tiempo —respondió éste como si estuviese maldiciendo al tiempo que se recolocaba el respirador—. De modo que aguantaremos.

—O moriremos.

—Ésa no es una opción, y te dispararé la próxima vez que digas algo así.

Ella sonrió tras la máscara antigás, pero Ryken no lo vio. Se había puesto de pie y estaba apoyado contra la pared, con el rifle láser contra el pecho. Pegado a la pared, se arriesgó a asomarse por la ventana. Lo que vio lo hizo maldecir todavía más de lo que Vantine lo había oído hacer hasta ahora.

—¿Y bien? —dijo ella, levantándose y colocándose al otro lado de la ventana—. Malas noticias, ¿no?

—Tanques. Ésos desgraciados vienen por la carretera con unidades blindadas.

Vantine se arriesgó a mirar también. Tres tanques Lemman Russ imperiales recuperados y «mejorados» con retorcidos paneles de blindaje atornillados y pintados en tonos discordantes. Las irregulares partes delanteras de los tres blindados presentaban unos símbolos de lealtad alienígenas que no significaban nada a los ojos humanos.

—Estamos muertos —dijo Vantine, negando con la cabeza—. Y no hay necesidad de dispararme. Después de reducir el edificio a escombros ellos lo harán por ti.

Ryken hizo caso omiso de sus comentarios.

—Nikov —dijo tras activar su comunicador—. Nikov, ¿cómo va el lanzamisiles?

Nikov estaba en el piso superior del bloque de habitáculos, adonde se había retirado con su lanzamisiles hacía diez minutos. El arma había recibido un impacto cuando la barricada se había desplomado.

—Sigue atascado. —La voz de Nikov emergió del comunicador como un

estridente silbido. Tras una larga pausa, añadió—: ¿Estabas gritando algo sobre los refuerzos?

—¡Están de camino! ¡Por el Trono! ¿Por qué está todo el mundo quejándose de eso?

—Creo que es porque preferiríamos no morir, señor.

La fachada oeste escogió ese momento para explotar. Los escombros inundaron la estancia, llenándola de polvo. A través de sus gafas protectoras, Ryken vio el agujero, del tamaño de tres hombres adultos, abierto en la pared del edificio. La mayoría de los soldados que estaban cerca se levantaron del suelo. Dos se quedaron donde estaban, destrozados e inmóviles.

—Consigue que el lanzamisiles funcione —dijo Ryken en un momento de inquietante calma.

Vantine se puso de pie y corrió para alejarse del hueco abierto.

Desde el exterior se oían risas alienígenas, el chirrido de las orugas de los tanques y el distante rugido de unos motores a toda velocidad.

—¿Más?! —exclamó Vantine.

—Eso no es el enemigo —respondió Ryken—. Ésos motores no son de tanque.

Y no lo eran. Su comunicador emitió un grupo de voces distorsionadas de varios canales a la vez, pero una voz destacó entre todas:

—Su solicitud de refuerzos —dijo con un tono demasiado grave como para ser humano— ha sido concedida.

La habitación se oscureció cuando la cañonera pasó sobrevolándolos con sus silbantes turbinas. Volaba bajo, bombardeando la calle con su artillería. Por su ángulo de vuelo era obvio que no tenía intenciones de quedarse demasiado tiempo, pero el piloto estaba infligiendo todo el castigo que podía mientras la Thunderhawk aguantase.

Los bólteres pesados integrados en las alas y en los laterales del casco escupieron un torrente de proyectiles letales contra los grupos de guerreros enemigos. La sangre inhumana pulverizada teñía el aire a medida que montones de criaturas estallaban bajo la munición explosiva. Gruñendo, los grupos cada vez más reducidos de supervivientes devolvían el fuego. Sus ametralladoras tableteaban y los proyectiles sólidos caían tras chocar contra el casco negro de la cañonera como inofensivo granizo.

Los tanques eran otra cuestión. El primer proyectil impactó contra el lateral de la cañonera con una fuerza atronadora, y Ryken saltó hacia atrás con la detonación. El impacto hizo rodar a la cañonera sobre su eje, despidiendo chorros ardientes desde sus propulsores conforme giraba. En reacción al ataque, la aeronave ganó altitud con un impulso repentino, descendió sobre el primero de los tanques, y finalmente liberó su carga.

Unas figuras oscuras saltaron sobre la superficie de los blindados, tan negros como escarabajos cubiertos con su piel de metal.

La primera de todas, la que ocupaba la parte superior del tanque que iba delante, llevaba un casco de semblante plateado y portaba una maza con un centelleante campo de energía alrededor de su cabeza con forma de águila alada. El arma descendió y rebanó la torreta del vehículo. Ésta cayó limpiamente cortada sobre la horda de alienígenas que se aglomeraban alrededor de los carros de combate.

—Buenos días, reclusiarca —dijo Ryken con alivio.

Al principio, el caballero no respondió. El y el portador de su estandarte estaban ocupados luchando con los pielesverdes que se arremolinaban alrededor del casco del tanque y que intentaban escalarlo con la desesperada necesidad de derramar la sangre de los caballeros negros.

El bólter de Artarion emitió su típico tableteo y devolvió a los alienígenas al suelo. Con el resplandor de un rayo de sol, la pistola de plasma de Grimaldus desintegró a dos de las bestias e hizo que sus esqueléticos restos en llamas cayesen hechos pedazos entre la horda.

El segundo tanque se había detenido. El humo salía de los conductos y las grietas de su blindaje. Los templarios habían lanzado granadas en su interior, y Ryken vio a dos caballeros abandonando el vehículo moribundo mientras arremetían contra los alienígenas que se concentraban en la calle.

—Disculpe el retraso, comandante. —Al reclusiarca ni siquiera le faltaba el aliento—. Nos necesitaban en las brechas de la barricada de la sección Sur noventa y dos.

—Más vale tarde que nunca —respondió Ryken—. La última información que recibí desde el centro de mando sugería que el plan de Sarren en este sector estaba funcionando mejor que casi todos los cálculos hololíticos. ¿Se nos asignará un nuevo destino para llevar a cabo un contraataque?

Desde lo alto del tanque, Grimaldus asestó un golpe de maza descendente y redujo a uno de los orkos a una masa de materia orgánica.

—Todavía respira, comandante. Confórmese con eso de momento.

El amanecer no trajo más que una continuación del derramamiento de sangre nocturno.

La cruzada Helsreach inicia su primer día sangriento. Por toda la ciudad, millones de nosotros luchamos por nuestras vidas.

El ruido no se parece a nada que haya oído antes. En dos siglos de vida, he luchado en guerras a los talones de deidades mecánicas cuyas armas sonaban más fuertes que los gritos de muerte de las estrellas. Me he enfrentado a ejércitos de miles en los que cada enemigo gritaba su odio. He visto una nave del tamaño de una torre

de colmena estrellarse en pleno océano en un mundo muy distante. La columna de agua que levantó hacia el cielo y el maremoto que siguió fueron como una especie de juicio divino que inundó la tierra y arrastró a toda la humanidad bajo sus saladas profundidades.

Y aun así, nada igualaba el sonido del desafío de Helsreach.

En todas las calles, los humanos y los alienígenas luchan, y sus armas y sus voces se funden en una onda sonora homogénea y sin sentido. En todos los tejados, las torretas y los cañones múltiples de defensa ladran hacia el cielo. Sus cargadores nunca descansan, la velocidad de sus disparos no disminuye. Los ruidos mecánicos de los titanes en duelo se oyen desde distritos lejanos.

Nunca antes había oído el sonido de una ciudad entera librando una guerra. Mientras luchamos para despejar las calles de los orkos que asedian al comandante Ryken, y mientras los legionarios abandonan sus refugios y se unen a nosotros en la matanza, sigo pendiente de los canales generales de voz.

Ryken no se equivocaba. Mientras nosotros estamos enzarzados en nuestra planificada lucha de retirada por toda la colmena, unos pocos sectores importantes están retirándose sin previa planificación.

Los titanes orkos han llegado a la ciudad. Las cifras de enemigos muertos que transmiten con frialdad los comandantes de la Invigilata se añaden al caos del tráfico de comunicación, pero es una molestia bienvenida. Helsreach se mantiene desafiante a medida que el sol cabalga por el cielo hacia el atardecer.

Mis hermanos permanecen dispersos por la ciudad, reforzando las partes más débiles de las líneas imperiales, apoyando a las defensas donde la marea de orkos irrumpe en la ciudad con una fuerza pasmosa. Lamento que no hayamos tenido la oportunidad de reunirnos por última vez. La pérdida de esa oportunidad es otro de los fallos que debo expiar.

Los informes de sus combates me llegan cada hora. De momento, todavía no tenemos que lamentar ninguna baja. No puedo evitar preguntarme quién será el primero en caer, y cuánto tiempo duraremos nosotros cien a medida que las horas se conviertan en días y los días en semanas.

La ciudad morirá. Lo único que queda por saber es cuánto tiempo podremos desafiar al destino. Y, sobre todo, deseo el arma enterrada bajo las arenas del páramo.

Mientras tomo aliento para reclamar nuestra cañonera, el comunicador estalla en pánico. Es difícil distinguir algo entre la vorágine de ruido. Unas palabras clave consiguen destacar entre la confusión: «Titán». «Invigilata». «*Heraldo de Tormenta*».

Y entonces, una voz mucho más fuerte que todas las demás pronuncia una única palabra. La mujer que la pronuncia parece llena de dolor.

—Grimaldus.



DOCE

A LA SOMBRA DE UN PRIMARCA

La cañonera atraviesa el cielo a gran velocidad, vibrando a nuestro alrededor en su feroz carrera en dirección sur. Es fácil imaginar las densas nubes de Armageddon agitándose a nuestro paso.

El viento que penetra a través de la puerta abierta aúlla en el compartimento de los pasajeros. Como es mi derecho, soy el primero en el portal, y me agarro al borde del mismo con una mano mientras el viento tira de mi tabardo y de los pergaminos. A nuestros pies, la ciudad pasa de largo con sus altas torres y sus calles llanas. Las primeras están en llamas. Las últimas, inundadas de cenizas y de hordas enemigas.

Muchos de los sectores periféricos de la ciudad ya están ardiendo. Helsreach es lo que es: una ciudad industrial dedicada a la producción de combustible. Hay muchas cosas inflamables aquí.

Las llamas asfixian el cielo a medida que el anillo de fuego va tragándose los extremos de la colmena y reptando hacia el interior. La cantidad de refugiados que han huido hacia el centro de la ciudad se ha multiplicado por diez. Darles cobijo ya no es siquiera el mayor problema; el problema en las avenidas en las que se congregan los civiles es que la reubicación de las divisiones de unidades blindadas de Sarren está sufriendo una terrible congestión.

No lo juzgo por ello. Su organización de la ciudad tras su llegada en las últimas semanas, poco antes de que llegásemos nosotros, ha sido todo lo eficiente que se puede esperar de una mente humana bajo semejante presión. Recuerdo las reuniones iniciales, en las que se indignaba ante la inmensa cantidad de población civil que se negaba a abandonar sus hogares, incluso a pesar la invasión que se avecinaba. En realidad, la ciudad tampoco es que cuente con un gran número de búnkeres para

albergar a todos los refugiados. A regañadientes les había permitido permanecer donde estaban, sabiendo que el problema, en parte, se iría autocorrigiendo. A medida que los distritos fuesen cayendo en manos de los invasores, el número de muertos civiles sería catastrófico.

—Bueno —había dicho una noche a los comandantes reunidos—, eso significará menos refugiados en el asedio.

En ese momento lo admiré profundamente. Su despiadada claridad era encomiable.

Tras dar una sacudida, la Thunderhawk empieza a descender. Me preparo y susurro unas palabras de veneración al espíritu máquina de los motores de propulsión instalados en mi armadura. El retroreactor es viejo y voluminoso, el metal está oxidado y rayado y necesita urgentemente una capa de pintura, pero su conexión con mi armadura es buena. Pulso la runa de activación y el rugido de los sistemas internos del retroreactor se une al zumbido de mi servoarmadura activa.

Veo al *Heraldo de Tormenta*.

Por encima de mi hombro, Artarion ve lo mismo.

—¡Por la sangre de Dorn! —exclama con una voz inusitadamente suave.

La escena está teñida por las grises nubes de polvo de los edificios caídos. Entre esta nube gris, medio enterrado bajo los escombros de los edificios siniestrados, el titán aparece postrado de rodillas en la calle.

La letalidad andante de sesenta metros de altura, una plataforma de artillería imparable con su propia catedral adornándole los hombros, está arrodillada en la calle, vencida. A su alrededor se aprecia la devastación de varias torres de habitáculos derribadas. Los invasores, malditas sean sus desalmadas vidas, habían preparado los edificios para que estallasen y cayesen sobre el titán.

—Han doblegado a un titán de la clave Emperador —dijo Artarion—. Jamás pensé que viviría para ver algo así.

Cientos de ellos inundaban ahora las calles, escalando por la deidad mecánica derrotada con garfios o elevándose con autopropulsores. Reptan por su piel blindada cubierta de polvo como una plaga de insectos.

—Grimaldus —me saluda el titán, y de repente entiendo por qué la voz sonaba llena de dolor.

No era un dolor físico. Era vergüenza. Se ha adelantado a sus falanges de skitarii y ahora yace de rodillas, vencida por esta masa de infantería de asalto.

—Estoy aquí, Zarha.

—Los siento como millones de arañas recorriendo mi piel. No puedo ponerme de pie. No puedo levantarme.

—Preparaos —les digo a mis hermanos a través del comunicador. Después me dirijo a la humillada princeps—: Estamos a punto de atacar al enemigo.

—Los siento —repite, y su voz mecánica me impide saber si habla con amargura, con delirio o con ambas cosas a la vez—. Están matando a mi gente. Mis oradores... mis fieles adeptos...

Soy consciente de lo que significan sus palabras. Para el Culto a la Máquina, cada muerte era más que una pérdida física, era una pérdida de conocimiento y de perspectiva que jamás podría recuperarse.

—Están en mi interior, Grimaldus. Como parásitos. Violando la catedral santuario. Escalan hasta mis huesos y están perforando hacia mi corazón.

No le respondo mientras observo el paisaje en ruinas. En lugar de hacerlo, me tensó durante un instante de dislocación sensorial y me lanzo hacia el cielo.

Grimaldus fue el primero en saltar de la Thunderhawk, que planeaba en círculos.

Artarion, siempre a su lado y todavía portando el estandarte, fue el segundo en hacerlo. Priamus, espada en mano, saltó después. A continuación lo hicieron Nerovar y Cador, el primero saltando de cabeza, y el segundo dando un simple paso y cayendo en picado. El último de todos fue Bastilan, y la insignia de sargento en su casco captó la apagada luz del crepúsculo. Antes de lanzarse, conectó con el piloto, le deseó suerte y desenfundó sus armas.

Las mediciones de altura mostraban números que descendían rápidamente en sus pantallas retínales. Las lecturas digitales eran prácticamente un borrón mientras los caballeros descendían del cielo. A sus pies, la deidad mecánica arrodillada presentaba un enorme objetivo. La catedral de varios pisos sobre sus hombros era como una ciudad en miniatura, una ciudad de agujas, repleta de artillería y cubierta por la plaga alienígena.

Los caballeros veían a los alienígenas mientras descendían. Las bestias escalaban con gruesas cuerdas o ascendían volando con primitivos propulsores y sitiaban al derrotado titán. El *Heraldo* representaba ahora una patética estatua que describía su propio error. Estaba postrado sobre una de sus rodillas, enterrado hasta la cintura en los escombros de seis o siete torres de habitáculos derrumbados. La avenida estaba en ruinas a su alrededor, donde los edificios habían caído dejando una inmensa explanada. Los cañones del brazo del titán, tan grandes como algunas torres de habitáculos, estaban cubiertas de polvo gris blanquecino y descansaban sobre montones de ladrillos rotos, de vigas de acero retorcido y de bloques de rococemento.

Grimaldus se resistía a activar el retroreactor para detener su caída libre.

—Aterricemos en el patio, en el centro de la catedral —dijo a los otros.

Sus confirmaciones llegaron de inmediato, y todos ellos activaron sus retroreactores para transformar sus caídas en un descenso más controlado.

Grimaldus fue el último en activarlo, y el primero en llegar al suelo.

Sus botas golpearon el patio pavimentado e hicieron añicos los preciados

mosaicos bajo sus pies. Inmediatamente se inclinó hacia un lado para compensar el ángulo del suelo. La postura del *Heraldo* inclinaba toda la catedral hacia adelante casi treinta grados.

El patio era modesto, rodeado de nueve simples estatuas de mármol que medían cuatro metros de alto. En cada uno de los puntos cardinales había unas puertas abiertas que daban al interior de la catedral. Los mosaicos del suelo representaban la calavera y el engranaje en blanco y negro, símbolo del Culto a la Máquina de Marte. Grimaldus había aterrizado sobre la oscura cuenca ocular de la parte de la calavera humana, y había reducido las negras teselas a polvo.

No parecía haber movimiento en las proximidades. Los sonidos de combates, de saqueo y de profanación procedían del interior del edificio que los rodeaba.

Priamus aterrizó con un resbalón, y sus botas blindadas desgarraron parte del mosaico y lo convirtieron en una ola de guijarros rotos. Su espada, encadenada a su muñeca, cobró vida.

Nerovar, Cador y Bastilan fueron más elegantes en sus aterrizajes. El sargento descendió bajo la sombra de una de las estatuas inclinadas. Su adusto rostro eclipsaba al sol poniente.

—Son los primarcas —dijo a los demás mientras éstos preparaban sus armas.

Todas las cabezas se volvieron hacia Bastilan. Tenía razón.

Y para ser representaciones de los primarcas eran bastante simples, casi hasta el punto de resultar groseras. Los hijos del Emperador solían representarse con grandeza y gloria, no como esculturas tan discretas y austeras.

Entre ellas se encontraba Sanguinius, señor de los Ángeles Sangrientos, sin alas, con una cara infantil inclinada, como en reposo. La siguiente era Guilliman, de los Ultramarines. Su figura, cubierta por una túnica, aparecía mucho más delgada que cualquier otra representación suya que los caballeros hubiesen visto antes. En una mano sujetaba un libro abierto. La otra la tenía levantada hacia el cielo, como si se hubiese quedado congelado para siempre en mitad de una plegaria.

Jaghatai Khan tenía el pecho desnudo, portaba una espada curva entre las manos y miraba hacia la izquierda, como si observase el distante horizonte. Su pelo era largo y greñado, mientras que en muchas obras de arte aparecía afeitado, a excepción de un moño en lo alto de la cabeza. A su lado estaba Corax, príncipe de la Guardia del Cuervo, quien llevaba una simple máscara completamente desprovista de rasgos, a excepción de los ojos. Daba la sensación de que fuese incapaz de mostrar su rostro en presencia de sus hermanos y que ocultase su semblante tras una máscara de actor.

Ferrus Manus y Vulkan compartían pedestal. Los hermanos tenían la cabeza descubierta, y eran los únicos dos primarcas esculpidos con sus armaduras. Ambos llevaban chalecos de malla. Los finos eslabones del pecho de Manus contrastaban con las grandes escamas que adornaban el de Vulkan. Estaban espalda contra espalda,

mirando en direcciones opuestas, ambos tallados con un martillo en cada mano.

Leman Russ, de los Lobos Espaciales, estaba de pie con las piernas separadas y con la cabeza inclinada hacia atrás, como mirando al cielo. Mientras que los demás hijos del Emperador vestían túnicas o armadura, Russ iba cubierto con unos harapos esculpidos sobre su cincelada musculatura. También era el único primarca que tenía los puños cerrados, como si mirase a los cielos esperando alguna nefasta llegada.

Una figura con túnica, encapuchada pero visiblemente delgada hasta el límite de la escualidez, agarraba el mango de una espada alada con la punta apoyada entre los pies desnudos. Era el León, representado como un monje guerrero, con los ojos cerrados en silenciosa meditación.

Y por último, elevándose sobre Bastilan, se encontraba Rogal Dorn.

Dorn se distinguía de sus hermanos en que no los miraba a ellos ni al cielo. Su majestuosa mirada estaba dirigida al suelo, a su izquierda, como si el primarca estuviera contemplando algo importante que sólo él podía ver. La túnica que vestía era más sencilla que las que adornaban a sus hermanos, aunque mostraba una cruz sobre el pecho, esculpida con sumo cuidado. Aunque había sido el Señor Dorado, el comandante de los Puños Imperiales, su heráldica personal había inspirado a los hijos templarios que lo habían seguido.

Sus manos fueron lo que más llamó la atención de los caballeros en aquella congregación de semidioses. Una la tenía en el pecho, con las puntas de los dedos tocando la cruz, congelada en plena caricia. La otra estaba tendida en la dirección a la que miraba, con la palma levantada con gesto amable, como si ofreciese ayuda a alguien para que se levantase del suelo.

Aquella era la interpretación más humilde y exquisita que Grimaldus había visto jamás de su padre genético, y tuvo que luchar contra el ardiente impulso de postrarse de rodillas y reverenciarlo.

—Esto es un augurio —continuó Bastilan.

Grimaldus no podía creer que hubiesen pasado sólo unos segundos desde que el sargento había hablado por última vez.

—Sí —respondió el reclusiarca—. Purificaremos este templo bajo la mirada de nuestro antepasado. Dorn nos observa, hermanos. Hagamos que se enorgullezca del día que engendró al primer templario.

Avanzamos sin vacilación y sin cautela por la catedral.

El suelo inclinado es un inconveniente que he conseguido borrar de mi mente tras matar al tercer alienígena. Estancia tras estancia avanzamos al unísono. La catedral se divide en una serie de cámaras que rodean el patio, y cada una de ellas posee sus propias vidrieras, ahora hechas pedazos y vacías como si les faltasen dientes. Todas las salas se elevan a gran altura con un techo que termina en una aguja.

La matanza es fácil, casi mecánica. Priamus es como un lobo encadenado, ansioso por adelantarse por su cuenta.

Mi paciencia con él se está agotando.

Cada cámara muestra también su propia profanación. Los tecnoadeptos y los sacerdotes de la Eclesiarquía yacen muertos y masacrados, con los cuerpos despedazados sobre los suelos de mosaico. Desarmados como estaban, ofrecieron poca resistencia frente a los desenfundados invasores. Las estanterías de libros estaban volcadas, las piezas de cerámica hechas añicos... No me extrañaría que se hubiera tratado simplemente de una brutal destrucción tratándose de esta raza xenos, pero daba la sensación de que los pielesverdes estuviesen buscando algo en concreto en su virulento ataque.

—Las estructuras de articulación están selladas. Mis fuerzas internas defienden mis huesos. Los parásitos tienen cortado el paso a mi corazón.

Con emboscada o sin ella, resulta vergonzoso que hayan tardado tanto en llevar a cabo esas maniobras básicas.

—Estamos retomando la catedral santuario —le digo—. La resistencia es mínima, Zarha. Pero debes aguantar. Siguen llegando. Tienes que poner la catedral fuera del alcance de los invasores o no podremos con todos ellos.

—No puedo levantarme —responde.

Es terrible oír a una guerrera tan majestuosa hablar con tanta vergüenza por la derrota. Si fuese uno de mis hombres, la mataría por tal deshonor. Lentamente. Estrangulándola. La cobardía no merece la rapidez de una espada.

—Lo he intentado —añade. La emoción que tiñe su voz mecánica hace que me suba la bilis. Parecía que estuviese llorando. Siento tanto asco que tengo que luchar contra el impulso de vomitar.

—Sigue intentándolo —digo por el comunicador, y corto la conexión.

Nos abrimos paso hacia las almenas exteriores de la parte frontal del *Heraldo de Tormenta*, donde la inclinación nos permite llevar a cabo un fácil abordaje. La gruesa mano de un orko golpea el metal rojo del extremo de la almena y la bestia se impulsa hacia arriba. Mi pistola encuentra su cara, y las paletas del intercambiador de calor silban contra su piel. Le doy un momento para berrear su odio hacia mí y aprieto el gatillo. Lo que queda del alienígena cae de su asidero y golpea el suelo; empieza a arder mientras desciende como una antorcha viviente envuelta en fuego incandescente.

Las almenas padecen un auténtico asedio en todos los aspectos. Los últimos tecnoadeptos y sacerdotes defienden la catedral contra los alienígenas invasores, aunque no quedan más que un puñado de ellos. Pocos humanos, aumentados o no, son rivales para una de estas bestias.

Priamus se salta la disciplina. Su carga lo lleva a adelantarse, con la espada

llameando con una luz intensa cada vez que su campo de energía atraviesa carne alienígena. Mis hermanos arremeten contra el enemigo a lo largo de la muralla sitiada con bólder y espada. Las pocas torretas de las agujas defendidas por servidores que habían estado disparando contra la masa de orkos, de repente se quedan en silencio por miedo a alcanzarnos a alguno de nosotros.

—Pagarás por esto, Priamus.

No me contesta.

—¡Por el Emperador! —exclama por el comunicador—. ¡Por Dorn!

En los focos de batalla donde no hay ninguno de nosotros, las torretas vuelven a abrir fuego. Parece que al menos sus servidores sirven para algo. Los orkos se dan la vuelta después de masacrar a los pocos sacerdotes que quedaban con vida. Sus rostros feroces están encendidos de brutal y ansiosa emoción mientras vienen a por nosotros.

Uno de ellos... ¡Por el Trono del Emperador! Uno de ellos hace que el resto de sus porcinos hermanos parezcan pequeños. Su armadura lo hace el doble de grande que nosotros, y parece que tenga los trozos de metal y los rudimentarios y resoplantes generadores de energía atornillados a un bastidor exoesquelético. Sus manos son unas garras industriales con aspecto de poder destrozar un tanque sin ningún esfuerzo. Incluso mata a los de su propio bando mientras avanza a grandes zancadas hacia nosotros por el suelo inclinado. Sus garras se balancean adelante y atrás y apartan a sus insignificantes aliados lanzándolos contra la pared de la catedral o por el borde de las almenas.

Yo levanto mi crozius con las dos manos.

—¡Ése es mío! —grito a mis hermanos.

Dorn está observando lo que ocurre.

—¿Quería verme, señor?

Tomaz no se molestó en alisarse el arrugado mono de trabajo mientras mantenía una posición que a duras penas podía considerarse firme. A su alrededor, la cámara de mando presentaba la misma actividad que de costumbre. Una subalterna chocó contra él al pasar.

Tomaz no dijo nada. Había trabajado quince horas seguidas aquel día, en un muelle con decenas y decenas de barcos esperando y con apenas sitio para descargar. Quince horas de gritos, de transmisores rotos y ningún tecnoadepto disponible para repararlos, de cargamento tirado por cualquier sitio que hubiese libre, que solía ser inevitablemente el lugar equivocado (y el más inconveniente para otra persona) y que solía ser retirado minutos después cuando el trabajo, ya complicado, de otro operario se veía más complicado todavía.

Francamente, no le importaba mucho si lo empujaban hasta tirarlo al suelo. Tal vez así podría acurrucarse y dormir un poco.

—Señor —dijo.

Sarren finalmente alzó la mirada de la mesa hololítica. Maghernus vio que el coronel había envejecido considerablemente durante aquella última semana. Parecía tan agobiado y tan cansado de todo aquello como Tomaz.

—¿Qué? —preguntó Sarren, entrecerrando sus ojos inyectados de sangre.

»Ah, sí. Capitán portuario —Sarren volvió a bajar la mirada hacia la pantalla hololítica—, necesito que sus hombres trabajen más de prisa. ¿Entendido?

Maghernus parpadeó perplejo.

—Disculpe, señor. No lo he oído bien.

—Necesito —repitió Sarren sin levantar la mirada— que sus hombres trabajen más de prisa. Los informes que estoy recibiendo desde el puerto indican que están parados. Estamos hablando de importantes sectores de los perímetros norte y este de la ciudad, capitán. Necesito mover a los soldados. Necesito almacenar material bélico. Necesito que haga su trabajo.

Maghernus miró a su alrededor incrédulo, sin saber qué responder.

—¿Qué quiere que haga, coronel? ¿Qué es lo que puedo hacer?

—Su trabajo, Maghernus.

—¿Ha visto la situación de los puertos últimamente, coronel?

Sarren volvió a alzar la mirada. Se reía sin un ápice de humor.

—¿Le parece que he visto algo que no sean informes de bajas últimamente?

—No pudo hacer nada respecto al puerto —dijo Maghernus, negando con la cabeza todavía sin poder creérselo—. No puedo hacer milagros.

—Soy consciente de que tiene un... intenso... volumen de trabajo.

—Eso es quedarse corto. Llevamos un retraso de semanas, puede que de meses, y no hay espacio para colocar nada.

—Aun así, necesito más de usted y de sus hombres.

—Por supuesto, señor. Volveré en un momento, siento la repentina necesidad de mear vino blanco y de convertir todo lo que toque en oro.

—Es un asunto demasiado serio como para tomárselo a risa.

—No me estoy riendo, presuntuoso hijo de perra. ¿Que trabajemos más duro? ¿Que hagamos más? ¿Es que está loco? ¡No puedo hacer nada al respecto!

Los oficiales presentes empezaron a mirar en su dirección. Sarren suspiró y se frotó los ojos cerrados con las puntas de los dedos.

—Respeto las dificultades de su situación, capitán, pero estamos en la primera semana del asedio. Las cosas sólo pueden ir a peor. Todos vamos a dormir menos, y todos vamos a esforzarnos más. Además, comprendo que está sudando sangre para llevar a cabo un servicio poco valorado, pero no es el único que lo está pasando mal. Usted, al menos, tiene la garantía de vivir más tiempo que muchos de nosotros. Tengo a hombres y mujeres en las calles, luchando y muriendo por su hogar, para que usted

pueda continuar quejándose de cómo hago restallar el látigo sobre su espalda. Tengo a cientos de miles de ciudadanos en las fuerzas armadas, enfrentándose a la mayor horda invasora alienígena que jamás haya conocido este mundo.

—Señor —interrumpió Maghernus, tomando aliento—. Voy a...

—Va a callarse y a dejarme terminar, capitán portuario. He perdido a pelotones de hombres y de mujeres tras la línea de avance enemiga, sin duda reducidos a pedazos por las hachas de esos bárbaros xenos. Las divisiones de unidades blindadas se están quedando sin combustible a causa de las dificultades para reabastecer a los sectores en pleno combate. Tengo a un titán de clase Emperador de rodillas, porque su comandante estaba demasiado enfadada como para pensar con claridad. Tengo una ciudad rodeada por las llamas, y su población huye sin ningún sitio adonde ir. Tengo a decenas de miles de soldados muriendo para evitar que el enemigo alcance la carretera de Hel; gente que está muriendo por una carretera, capitán, porque una vez que las bestias alcancen la columna vertebral de la ciudad todos moriremos mucho más rápido. Créame cuando le digo que, aunque lamento mucho sus dificultades, espero que las supere. Espero que dejemos de discrepar y que estemos de acuerdo de una vez por todas.

Maghernus tragó saliva y asintió.

—Bien —sonrió Sarren—. Me alegro. ¿Qué puede hacer por mí, capitán?

—Hablaré con mis hombres, coronel.

—Le agradezco que entienda la situación en la que nos encontramos, Tomaz. Puede marcharse. Y ahora, que alguien establezca una conexión fiable con el reclusiarca. Necesito saber cuánto va a tardar en poner a caminar a ese titán.

En la cámara de cognición, Grimaldus se encontraba frente a la mutilada Zarha.

El zumbido tranquilo y moderado de su armadura se veía interrumpido por una especie de repiqueteo mecánico a intervalos irregulares. Algo, algún sistema interno conectado al generador dorsal de la armadura estaba fallando. Su casco de calavera, con la máscara plateada, estaba cubierto de sangre alienígena. La articulación de la rodilla izquierda chasqueaba cuando se movía. Los servos estaban dañados y necesitaban el reverente mantenimiento de los artificieros del capítulo. La armadura estaba chamuscada donde antes colgaban los pergaminos que contenían los juramentos escritos, y la ceramita crujía.

Pero estaba vivo.

Junto a él, Artarion se encontraba en un estado similar. Los demás permanecían en la catedral, haciendo guardia ahora que los orkos habían sido castigados y asesinados por su blasfemia.

—Tu titán —masculló Grimaldus— ha sido purgado. Levántate, princeps.

Zarha flotaba en sus lechosas aguas sin oírlo. Ni siquiera se movió. Parecía que se

hubiese ahogado.

—El *Heraldo de Tormenta* se ha apoderado de ella —dijo el moderati Carsomir en voz baja—. Era vieja, y llevaba muchos años sometiendo al titán a su voluntad.

—Todavía vive —indicó el caballero.

—Sólo en carne, y no por mucho tiempo. —A Carsomir parecía dolerle el simple hecho de tener que explicar aquello. Sus ojos estaban inyectados en sangre y rodeados de oscuras ojeras—. El espíritu máquina de un Imperator es mucho más fuerte que cualquier alma que pueda imaginar, reclusiarca. Éstas máquinas de guerra nacen como reflejos inferiores del mismísimo Dios Máquina. Poseen su voluntad y su fuerza.

—Ningún espíritu máquina puede compararse con un alma viva —replicó Grimaldus—. Ella era fuerte. Yo sentí su fuerza.

—¡No entiende nada de cómo funciona esta metafísica! ¿Quién es usted para darnos sermones? Nosotros somos los que estábamos conectados con el centro del titán. Usted no es nadie, sólo un... un intruso.

Grimaldus se volvió hacia la tripulación que ocupaba sus asientos de control. Las articulaciones de su armadura gruñían.

—Tanto yo como mis hermanos hemos derramado sangre para defender vuestra máquina de guerra. Si yo no hubiese salvado vuestras vidas, ahora mismo no estaríais sentados en esos asientos, estaríais enterrados entre los escombros de vuestro propio fracaso. La próxima vez que llames «nadie» a un templario te mataré, mequetrefe. No eres nada sin tu titán, y tu titán vive gracias a mí. Recuerda con quien estás hablando.

La tripulación intercambió incómodas miradas.

—No pretendía ofenderlo —murmuró uno de los tecnosacerdotes a través de un altavoz implantado en su rostro.

—Me da igual lo que pretendiera. Sólo he dicho la verdad. Y ahora, haz que este titán camine.

—No... podemos.

—Hacedlo igualmente. El *Heraldo* debía avanzar con la 199.^a División Blindada de la Legión de Acero hacía una hora, y están en plena retirada debido a la falta de apoyo. El retraso ha terminado. Volved a la lucha.

—¿Sin una princeps? ¿Cómo vamos a hacer eso? —replicó Carsomir, negando con la cabeza—. Nos ha dejado, reclusiarca. A causa de la vergüenza y la rabia de la derrota. Todos hemos sentido cómo el titán se apoderaba de ella. Su mente se ha unido a la de todas las princeps anteriores, se ha fusionado en el centro del titán. Su alma está enterrada como lo estaría un cuerpo en una tumba.

—Está viva —insistió el caballero, entrecerrando los ojos.

—Por ahora. Pero así es como muere una princeps.

Grimaldus se volvió hacia el ataúd amniótico y la mujer inmóvil que había en su

interior.

—Eso es inaceptable.

—Es la verdad.

—Entonces la verdad —gruñó el reclusiarca— es inaceptable.

Ella lloraba en silencio, de la manera en que uno llora cuando está verdaderamente solo, cuando no siente vergüenza de que lo vea nadie.

Estaba rodeada por la nada absoluta. No había ningún sonido. Ningún movimiento. Ningún color. Flotaba en aquella nada sin sentir frío ni calor. Sin ninguna referencia de dirección o de sensación.

Y lloraba.

Al abrir los ojos momentos antes, un escalofrío de terror le había recorrido la espalda. No sabía quién era, dónde estaba ni por qué estaba allí.

Sus recuerdos, las fracturadas imágenes parpadeantes que eran lo único que evitaba que su mente estuviese completamente vacía, eran de cientos de mundos que no podía recordar haber visto, y de un centenar de guerras en las que no recordaba haber luchado.

Y lo que es peor, todos ellos estaban llenos de algo que jamás había sentido, algo inhumano, abrasivo, siniestro..., a mitad de camino entre la exaltación y el terror. Había visto aquellos recuerdos, y sintió la desconcertante presencia de las emociones de otro ser en lugar de las suyas.

Era como ahogarse. Ahogarse en los sueños de otra persona.

¿Quién había sido antes? ¿Importaba? Entonces cayó más hondo. La poca consciencia de sí misma que tenía empezó a descomponerse y a disminuir, sacrificándose para encontrar una muerte pacífica y silenciosa.

Entonces llegó aquella voz y lo fastidió todo.

—Zarha —dijo.

Con la palabra llegó una débil comprensión, una consciencia. Tenía recuerdos propios, o al menos los había poseído en algún momento. De repente le pareció algo malo no poder acceder a ellos.

A medida que regresaba lentamente a la superficie, los recuerdos infiltrados volvían. Las guerras. Las emociones. El fuego y la furia. Instintivamente, se apartó de nuevo, preparándose para regresar a la profundidad de la nada. Cualquier cosa con tal de escapar a los recuerdos que pertenecían a otra alma.

—Zarha —la forzaba a regresar la voz—. Me lo juraste.

Entonces recuperó otro nivel de comprensión. En aquella revelación estaban sus propias emociones, esperando que ella las reclamara. La abrumadora tormenta sensorial de los recuerdos de otra mente ya no la asustaba. La enojaba.

No se dejaría vencer tan fácilmente. Ningún recuerdo de un alma artificial la

vencería de ese modo.

—Me juraste —dijo la voz— que la defenderías.

Ella sonrió en la nada mientras la atravesaba como un ángel ascendente. Los recuerdos del *Heraldo de Tormenta* la asaltaban con una energía renovada, pero los rechazó como si fuesen hojas en el viento.

Tienes razón, Grimaldus —respondió a la voz—. *Juré que la defendería.*

—¡Levántate! —le exigió con voz severa, fría y fulminante—. Zarha. Levántate.
Lo haré.

La voz llegó sin previo aviso, emergiendo por los altavoces del ataúd.

—Lo haré.

Los miembros de la tripulación se sobrecogieron al oírla. Agarraron los respaldos de sus asientos con tanta fuerza que los nudillos se les pusieron blancos. Sólo Grimaldus permaneció donde estaba, frente al sarcófago de cristal, con su máscara de calavera cubierta de sangre mirando hacia las lechosas profundidades.

El cuerpo de la anciana se retorció una vez, y su cabeza se irguió. Miró lentamente a su alrededor, y su mirada augmética finalmente se posó sobre la del caballero que tenía ante ella.

Los escombros de los edificios derrumbados cayeron en una avalancha, y una nube de polvo se alzó de nuevo. Con el atronador chirrido de los engranajes y el martilleo de una multitud de pistones del tamaño de un tanque en sus huesos de hierro, el *Heraldo* levantó su inmenso tamaño, metro tras metro, con dolorosos crujidos mecánicos.

La avenida tembló cuando su inmenso pie derecho halló la carretera. El estruendo fue tan fuerte que los edificios cercanos, que todavía no habían caído bajo las cargas demoledoras de los orkos, perdieron sus ventanas en una tormenta de cristal.

A medida que el cristal caía sobre las castigadas calles, el Imperator levantó su artillería, alzándose, una vez más, desafiante.

—Escudos arriba —ordenó la Vieja de la Invigilata.

—Escudos de vacío activados, mi princeps —respondió Valian Carsomir.

—Prepara el corazón.

—El reactor de plasma indica que todos los sistemas están operativos, mi princeps.

—Pues movámonos.

La cámara tembló con un ritmo familiar cuando la deidad mecánica dio su primer

paso. Después un segundo. Y después un tercero. En los huesos de metal del gigante, cientos de miembros de la tripulación gritaban entusiasmados.

—La defenderemos. —La anciana se volvió en su tanque y miró al alto caballero de nuevo—. Te he oído —dijo—. Mientras me moría, he oído cómo me llamabas.

Grimaldus se quitó el casco cubierto de sangre. Aunque no aparentaba más de treinta años, sus ojos revelaban su auténtica edad. Como una ventana a sus pensamientos, mostraban el peso de sus batallas.

—Hay una leyenda sobre mi padre —le dijo a Zarha.

—¿Tu padre?

—Rogal Dorn, el hijo del Emperador.

—Ah, el primarca.

—Es una historia sobre una hermandad que en su día había sido muy poderosa y que se vio dividida por culpa de Horus el Traidor. Rogal Dorn y Horus habían tenido una relación muy estrecha antes de la Gran Herejía. Ninguno de los hijos del Emperador había tenido un vínculo tan estrecho en los años anteriores a la maligna oscuridad que se apoderó de Horus y de los suyos.

—Te escucho —sonrió ella, sabiendo lo raro que era oír a un guerrero del Adeptus Astartes hablar de la vida de su padre genético fuera de los rituales secretos de su capítulo.

—Siempre se ha dicho entre los Templarios Negros que cuando dos hermanos luchaban juntos en una cruzada competirían entre sí para obtener la mayor gloria. Horus era legendariamente conocido por sus ansias de triunfo, mientras que mi padre era, según se dice, un alma más reservada y tranquila. Se decía que cada vez que luchaban juntos hacían un pacto de sangre. Estrechándose la mano, ambos juraban que lucharían hasta que oscureciera el último día. «Hasta el final», decían.

—Es una leyenda conmovedora.

—Es más que eso, princeps. Es tradición. Es el juramento que más obligados nos vemos a cumplir. Se hace entre hermanos que saben que no volverán a ver otra guerra. Cuando un templario sabe que va a morir, promete a sus hermanos que luchará con honor hasta que ya no pueda mantenerse en pie.

Ella no dijo nada, pero sonrió.

—Sí, te he pedido que volvieras a esta guerra —dijo, asintiendo y con la mirada fija en las lentes biónicas que sustituían los ojos de la anciana— porque tú me hiciste un juramento similar. Ése tipo de promesas tienen más peso que cualquier otra cosa en la vida. No podía dejarte morir humillada.

—Hasta el final, entonces.

—Hasta el final, Zarha.



SEGUNDA PARTE
LA CAÍDA DEL CABALLERO



TRECE

EL TRIGÉSIMO SEXTO DÍA

DARGRAVIAN

El 5.º día. Meritoria defensa del complejo de reabastecimiento de Torshav.
Semilla genética: **Recuperada.**

FARUS

El 7.º día. Hallado en el cruce de Kurule rodeado de no menos de doce enemigos muertos.
Semilla genética: **Recuperada.**

THALIAR

El 10.º día. Perdido en las explosiones petroquímicas en la punta Estrella Blanca.
Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

KORITH

El 10.º día. Perdido en las explosiones petroquímicas en la punta Estrella Blanca.
Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

TORAVAN

El 10.º día. Perdido en las explosiones petroquímicas en la punta Estrella Blanca.
Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

AMARDES

El 11.º día. Incapaz de sobrevivir a las quemaduras del 83 por ciento del tejido orgánico, sufridas en la punta Estrella Blanca. Que el Emperador lo tenga en su gloria.

Semilla genética: **Destrozada / No recuperada.**

HALRIK

El 13.º día. Los testigos de la 101.ª Legión de Acero de Armageddon relatan un gran valor y heroísmo a pesar de las escasas probabilidades de victoria. Recibe los honores póstumos de la Marca de la Cruzada a la Conducta Valerosa por volver a formar a la Guardia tras la caída del puente de cargamento número treinta.

Semilla genética: **Recuperada.**

ANGRAD

El 18.º día. Destruyó sin ayuda cinco tanques enemigos en la brecha de la explanada de Amalas. Fue derribado por un golpe alienígena a traición y pereció bajo las orugas de un tanque enemigo.

Semilla genética: **Destrozada / No recuperada.**

VORENTHAR

El 18.º día. Luchó en la brecha de la explanada de Amalas.

Semilla genética: **Recuperada.**

ERIAS

El 18.º día. Luchó en la brecha de la explanada de Amalas.

Semilla genética: **Recuperada.**

MARKOSIAN

El 18.º día. Luchó en la brecha de la explanada de Amalas. Mató a un caudillo orko en un combate singular sobre el tanque de mando del alienígena. Recibe los honores póstumos de la Marca de la Cruzada al Valor Inquebrantable. Su cuerpo fue incinerado por el enemigo en enfurecida respuesta.

Semilla genética: **Destrozada / No recuperada.**

Siempre era así.

Pero eso no hacía que la realidad fuese más fácil de soportar, ni que la derrota fuese menos amarga. Pero todo estaba dispuesto. Cuando sucedió, los imperiales estaban preparados.

Tuvo lugar primero el decimoctavo día, en la explanada de Amalas, cruce Omega-9b-34. Aquél fue el identificador que le habían asignado según las pantallas hololíticas imperiales.

El coronel Sarren observaba con ojos pesados y fatigados como las parpadeantes holoimágenes se desplazaban en silencio hacia el emplazamiento de su barricada. Era algo muy pequeño, con apenas unas pocas runas retrocediendo unos pocos centímetros, apartándose del punto del mapa marcado como explanada de Amalas, cruce Omega-9b-34.

Tras las parpadeantes holorrugas había una rampa ilusoria que se abría hacia una carretera mucho más amplia. Sarren observaba como las runas se replegaban de la rampa e intentó respirar. Necesitó cuatro intentos, ya que el aire no pasó de su garganta en los tres primeros.

—Aquí el coronel Sarren —dijo a través de su transmisor— a todas las unidades del sector Omega, subsector Nueve. A todas las unidades. Preparaos para la retirada. Cancelad las posiciones de retirada asignadas. Repito. Cancelad la retirada a las posiciones asignadas. Cuando recibáis la orden, retiraos. Retiraos a las posiciones de contingencia.

El coronel hizo caso omiso de las peticiones de confirmación y dejó que sus oficiales respondiesen por él.

—Lo hemos hecho bien —se dijo a sí mismo—. Es increíble que hayamos retenido a esos desgraciados todo este tiempo.

Dieciocho días. Más de medio mes de guerra de asedio. Tenía todo el derecho a templar su amargura con aquel intenso orgullo.

Los minutos pasaban con una lentitud impasible. Una ayudante se acercó hasta él y solicitó su atención en voz baja.

—Señor, su Baneblade está preparado.

—Gracias, sargento.

Ella lo saludó y se marchó. Finalmente, Sarren agarró su transmisor de nuevo.

—A todas las unidades del sector Omega, subsector Nueve. Retiraos. Retiraos. Retiraos. El enemigo ha alcanzado la carretera de Hel.

MALATHIR

El 19.º día. Desaparecido en combate desde que el enemigo sitió la instalación Yangara.

Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

SITHREN

El 20.º día. Cayó en combate personal contra un dreadnought enemigo en el cruce de Danab, emplazamiento de rearme de los titanes.

Semilla genética: **Recuperada.**

THALHAIDEN

El 21.º día. Cayó en combate personal contra un dreadnought enemigo en el cruce de Danab, emplazamiento de rearme de los titanes. Su supervivencia dependía de varias e inmediatas intervenciones augmeticoquirúrgicas. Que el Emperador lo tenga en su gloria.

Semilla genética: **Recuperada.**

DARMERE

El 22.º día. Su cuerpo fue encontrado junto a elementos masacrados de la 68.ª Legión de Acero en las barricadas de Mu-15.

Semilla genética: **Recuperada.**

IKARION

El 22.º día. Su cuerpo fue descubierto junto a elementos masacrados de la 68.ª Legión de Acero en las barricadas de Mu-15.

Semilla genética: **Recuperada.**

DEMES

El 30.º día. Desaparecido en combate tras la caída del sector habitacional Refugio Próspero. Se han registrado importantes bajas civiles.

Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

GORTHIS

El 33.º día. Dirigió un contraataque cuando las defensas del Bastión IV fueron invadidas. En el combate también se perdieron dos titanes Warlord de la Legio Invigilata.

Semilla genética: **Recuperada.**

SULAGON

El 33.º día. Desaparecido en combate tras el fracaso de la defensa del Bastión IV. Los últimos que lo vieron informan de su honorable conducta frente al sobrecogedor número de enemigos.

Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

NACLIDES

El 33.º día. Orquestó e inspiró la última defensa en el Bastión IV, e intentó defender la fortaleza de la milicia hasta que llegasen los refuerzos.

Semilla genética: **Recuperada.**

KALEB

El 33.º día. Participó en el contraataque en el Bastión IV. Su cuerpo sufrió mutilaciones y descuartizamientos extremos a manos del enemigo.

Semilla genética: **Destrozada / No recuperada.**

THORIAS

El 33.º día. Piloto de la Thunderhawk *Vengada*, vehículo destruido por el fuego antiaéreo de un gargante durante una patrulla rutinaria.

Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

AVANDAR

El 33.º día. Copiloto de la Thunderhawk *Vengada*, vehículo destruido por el fuego antiaéreo de un gargante durante una patrulla rutinaria.

Semilla genética: **No encontrada / No recuperada.**

VANRICH

El 35.º día. Perekó en una acción para minar la carretera ante una división

de unidades blindadas enemiga.

Semilla genética: **Recuperada.**

Nerovar baja el brazo, apartando su atención del guantelete en el que lleva instalado el narthecium.

Cador yace sobre la agrietada carretera, y la armadura del viejo guerrero está destrozada.

—Hermano —le digo a Nero—, éste no es momento para lamentaciones.

—Sí, reclusiarca —responde, pero sé que en realidad no me presta atención.

Con un gesto mecánico baja la mano hacia el pecho de Cador.

A nuestro alrededor, la carretera destrozada está desierta, excepto por los cadáveres de nuestra última cacería. La guerra aquí parece algo lejano, y aunque el sonido de la batalla en otros sectores llega hasta nuestros oídos, incluso a esta distancia de las líneas enemigas, todo está en calma. El cielo está tranquilo y apacible, libre de las iracundas torretas.

El agudo crujido del reductor haciendo su trabajo interrumpe el silencio. Primero una vez, y después otra. Después se oye el sonido húmedo de la carne abriéndose.

Nero levanta el brazo. Los taladros quirúrgicos perforadores de carne de su guantelete siguen girando y salpican de oscura y rica sangre astartes su armadura. En su mano, con gran cuidado, sujeta los brillantes y purpúreos órganos que Cador había albergado en su pecho y su garganta. Ambos gotean y vibran, como si siguiesen intentando alimentar a su receptor con fuerza. Nero los deja caer en un cilindro lleno de líquidos conservantes, que se retrae a su vez en la caja protectora de su guantelete.

Lo he visto llevar a cabo este ritual demasiadas veces durante el último mes.

—Ya está —dice con voz apagada mientras se levanta.

Hace caso omiso de mi presencia cuando me acerco al cuerpo, y se apresura a introducir la información en la pantalla de su narthecium.

CADOR

El 36.º día. Caído en una emboscada en un sector de la carretera de Hel controlado por el enemigo.

Semilla genética: **Recuperada.**

El trigésimo sexto día.

Treinta y seis días de extenuante asedio. Treinta y seis días de retirada, de replegada, de mantener posiciones durante el máximo tiempo posible hasta ser

inevitablemente superados por el increíble número de enemigos desplegados contra nosotros.

La ciudad entera huele a sangre. Al pestilente efluvio a cobre de la vida humana y el micótico hedor del impuro líquido que manaba de las venas orkas. Bajo la fetidez de la sangre se esconde el olor de la madera quemada, el metal fundido y la piedra pulverizada: el olor de la muerte de una ciudad. Durante la última reunión de comandantes bajo la sombra del Baneblade del coronel Sarren, el *Guerrero Gris*, se calculó que el enemigo controlaba el cuarenta y seis por ciento de la ciudad. De eso hacía cuatro noches.

Habíamos perdido casi la mitad de Helsreach bajo el humo y las llamas en una amarga y mortificante derrota.

Me dicen que no tenemos las fuerzas suficientes para recuperar nada. Los refuerzos procedentes de las otras colmenas no llegan, y la mayor parte de la Guardia y de la milicia que siguen luchando no son más que los agotados restos de los regimientos, que no cesan de retirarse cada vez más, carretera tras carretera. Defienden un cruce durante unas cuantas noches y se retiran hasta la siguiente posición, hasta que ésta también cae.

Realmente estamos destinados a morir en la cruzada menos gloriosa en la que hayan participado jamás los Templarios Negros.

—Reclusiarca —se oye una voz a través del comunicador.

—Ahora no.

Me arrodillo junto al cuerpo profanado de Cador y observo los agujeros abiertos en su armadura y en su carne, algunos a causa del fuego alienígena, y dos tras el ritual quirúrgico de las herramientas de Nerovar.

—Reclusiarca —repite la voz. La runa que parpadea en el extremo de mi pantalla retinal indica que la llamada procede del *Guerrero Gris*. Doy por hecho que quieren suplicarme, de nuevo, que nos retiremos hasta las líneas imperiales y que participemos en la defensa de algún cruce.

—Estoy administrando los ritos de los caídos a un caballero muerto. Éste no es el momento, coronel.

Al principio, el coronel respondía a aquellas palabras, dichas otras veces, con una amable e inútil insistencia de que sentía mi pérdida. Ahora ya no dice ese tipo de cosas. Las decenas de miles de vidas perdidas en las últimas cuatro semanas lo han vuelto completamente inmune a tales sentimientos personales. Eso también es casi admirable. Veo la fuerza en el modo en que ha cambiado.

—Reclusiarca. —La voz de Sarren revela lo terriblemente cansado que está. Si estuviese en la misma estancia que él, sé que percibiría el cansancio de sus huesos como un aura a su alrededor—. Cuando regrese de su misión de exploración, se requiere su presencia en el distrito de Forthright Cinco.

«Sector de Forthright. El puerto en el extremo sur».

—¿Por qué?

—Estamos recibiendo partes anómalos desde las plataformas petrolíferas de Valdez. Los áuspex costeros parecen detectar tormentas en alta mar, pero no hay ninguna tormenta. Sospechamos que está pasando algo extraño.

—Estaremos allí en una hora —le contesto—. ¿De qué anomalías estamos hablando?

—Reclusiarca, si pudiera darle detalles, lo haría. Los áuspex parecen estar sufriendo alguna especie de interferencia dirigida. Creemos que los están bloqueando.

—Una hora, coronel.

»Montad —les digo a mis hermanos.

El trayecto por la carretera de Hel no es corto, especialmente si uno se encuentra con el enemigo. Los equipos de exploradores suelen ir ahora montados en motocicletas. El riesgo de que las Thunderhawk sean derribadas en territorio enemigo es demasiado grande.

—Es extraño —dice Nero, tomando el casco de Cador entre sus manos, como si el viejo guerrero sólo estuviese dormido—. No quiero dejarlo aquí.

—Ése ya no es Cador —digo, levantándome de donde había estado arrodillado junto al cuerpo, ungiendo su tabardo con aceites sagrados antes de arrancarlo de su armadura. En mejores tiempos, el tabardo se atesoraba en el *Cruzado Eterno*. Ahora lo arranco del cuerpo de mi hermano, lo ato alrededor de mi *avambrazo* y me lo llevo como recuerdo para honrarlo—. Cador se ha ido. No estás dejando nada.

—No tienes corazón, hermano —me dice Nero.

Aquí de pie, en esta ciudad aniquilada, con los cuerpos de tantos alienígenas muertos a nuestro alrededor, casi estallo en carcajadas.

—Ése ha sido un comentario muy frío —continúa Nero—, incluso para alguien como tú.

—Lo apreciaba tanto como se puede apreciar a cualquier guerrero que ha luchado a tu lado durante doscientos años, chico. Los vínculos que se forman década tras década de lealtad compartida y de guerra no son fáciles de olvidar. Echaré de menos a Cador durante los pocos días que me queden antes de que esta guerra me mate a mí también. Pero no, no lamento su muerte. No hay nada que lamentar cuando se entrega una vida al servicio del Trono.

El apotecario deja caer la cabeza. ¿Avergonzado? ¿Pensativo?

—Entiendo —dice para dar por concluida la conversación.

—Ya hablaremos de esto, Nero. Ahora, montaos, hermanos. Vamos en dirección sur.

La mitad de la ciudad estaba destrozada de un modo u otro. Unas partes ardían. En

otras reinaba un silencio mortal ahora que los xenos habían avanzado hacia otros sectores. Y otras habían sido simplemente abandonadas. Las torres de habitáculos se elevaban bajo el cielo amarillo de Armageddon, desiertas y sin vida. Las fábricas ya no producían armas de guerra ni exhalaban humo.

Manadas de orkos, los chacales rezagados que se habían quedado atrás durante el avance principal, saqueaban los sectores vacíos de la ciudad. Aunque había poca malicia calculada en las mentes de las bestias, los escasos civiles humanos que habían sobrevivido eran asesinados sin piedad cuando los encontraban.

Cinco motos blindadas bramaban por la carretera de Hel. La chapa de blindaje era tan negra como las armaduras que vestían los motoristas. Las máquinas emitían ruidos guturales que indicaban la necesidad de repostar promethium. Los bólters integrados en las motocicletas estaban conectados con las cintas de munición almacenadas en los contenedores laterales de los vehículos.

Priamus desaceleró y pasó a colocarse junto a Nerovar. Los guerreros no se miraban entre ellos mientras conducían esquivando la hilera de tanques incendiados y destrozados que cubrían el oscuro rococemento de la carretera.

—¿Te preocupa su muerte? —dijo el espadachín. Su voz se oyó entrecortada a causa de la distorsión de los motores.

—No me apetece hablar de esto, Priamus.

Priamus esquivó el chamuscado esqueleto de lo que antes había sido un transporte de tropas tipo Chimera. Su espada, sujeta a la espalda, repiqueteó contra la armadura con la vibración de la motocicleta.

—No tuvo una muerte digna.

—He dicho que no me apetece hablar de esto, hermano. Déjame en paz.

—Sólo lo digo porque si yo hubiese estado tan unido a él como lo estabas tú, también lamentaría su pérdida. Tuvo una mala muerte. Una muerte terrible.

—Mató a muchos antes de caer.

—Sí —concedió el espadachín—, pero lo hirieron de muerte por la espalda. Eso a mí me habría avergonzado enormemente.

—Priamus —dijo Nerovar con una voz fría como el hielo, cargada tanto de emoción como de amenaza—. Déjame en paz.

—Eres imposible, Nero. —Priamus aceleró y se alejó—. Sólo intentaba comprenderte. Intentaba conectar contigo y tú me rechazas. Esto no se me va a olvidar, hermano.

Nerovar no respondió. Simplemente se limitó a observar la carretera.

La plataforma de Jahannam.

Seiscientos diecinueve trabajadores destinados a una plataforma industrial en alta mar. El horizonte era un batiburrillo de grúas y silos de almacenamiento. Por debajo

sólo se veía la profundidad del océano y la riqueza del crudo que se refinaría para convertirlo en promethium.

Una nueva sombra irrumpió en las profundidades.

Como una ola blanca bajo la superficie del agua, se acercaba hacia los puntales que sostenían la gigantesca plataforma. Sombras más pequeñas, rápidas y con forma de pez, se alejaban raudas por delante de la oscuridad principal, como la lluvia cayendo de un nubarrón.

Al principio, la plataforma se estremeció como si temblase a causa de los fríos vientos que aullaban siempre a aquella distancia de la orilla.

Y entonces, con una majestuosa lentitud, empezó a hundirse. La plataforma de varios pisos y del tamaño de una ciudad, se estrelló contra el agua. Los barcos que estaban anclados a su alrededor empezaron a explotar uno tras otro. Y todos acabaron hundiéndose junto con la plataforma de Jahannam.

Seiscientos diecinueve trabajadores y mil veintiún tripulantes de los barcos perdieron la vida en las heladas aguas en el transcurso de las siguientes tres horas. Los pocos hombres y mujeres que lograron llegar hasta los comunicadores gritaban pidiendo auxilio sin saber que sus voces no llegaban a ninguna parte.

La plataforma estaba totalmente sumergida, excepto por una capa de restos flotantes. El océano ya no estaba repleto de beneficios potenciales, sino de los restos de metal de la instalación destruida.

Helsreach no sabía nada de esto.

La Plataforma de Sheol.

En una aguja central, enclavada entre altos silos contenedores, la oficial técnica Nayra Racinov dirigió una mirada de enfado a la pantalla verde y a las repentinas interferencias que aparecían en ella.

—Venga ya —dijo a la pantalla. Ésta respondió con ruido de estática.

Golpeó el grueso cristal con la parte inferior del puño. La pantalla respondió con un ruido todavía más intenso. La oficial técnica Nayra Racinov decidió que era mejor no volver a intentarlo.

—Mi pantalla acaba de morir —dijo al resto de los presentes en la oficina. Al mirar por encima del hombro vio que «el resto de los presentes», que solía estar formado por un ex operario de grúas con sobrepeso llamado Gruli ahora a cargo del sistema de comunicaciones, se había ido a por una taza de cafeína.

Volvió a mirar a su consola. Las luces de emergencia parpadeaban incesantemente en la confusa pantalla. En el fondo verde, lo mismo aparecía un caótico estallido de cientos de contactos que se acercaban en el sonar, que al cabo de un instante se mostraba un océano despejado, y al siguiente sólo interferencias de nuevo.

La habitación tembló. Toda la plataforma tembló, como si fuese víctima de un

terremoto.

Nayra tragó saliva y volvió a mirar la pantalla. Las presencias detectadas, cientos de ellas, aparecían de nuevo.

Atravesó como pudo la sala y aporreó los botones de transmisión de la estación de voz con la palma de la mano.

Finalmente logró decir: «¡Helsreach! ¡Helsreach! ¿Me recibe?», antes de que el mundo bajo sus pies y la segunda de las plataformas petrolíferas de Valdez se hundiera, con sus huesos de acero ardiendo, doblándose y chirriando, en el mar helado.

La plataforma de Lucifus.

La más grande de las tres instalaciones en alta mar estaba ocupada por un equipo permanente de trabajadores el doble de numeroso que los de las plataformas de Jahannam y Sheol. Aunque no pudieron hacer nada para evitar su propia destrucción, al menos la vieron llegar.

Por toda la plataforma, los áuspex se vieron de repente atrapados en la tormenta de interferencias que había precedido a las muertes de Sheol y Jahannam. En este caso, una oficina de control abarrotada de personal reaccionó con más celeridad, y un tecnocólito subalterno consiguió recuperar algo parecido a la claridad en las pantallas.

El oficial técnico Marvek Kolovas se dirigió inmediatamente al equipo de comunicación, y su voz llegó directamente a tierra:

—Helsreach, aquí Lucifus. Una inmensa flota enemiga, repito, una inmensa flota enemiga se acerca. Se trata de al menos trescientos sumergibles. No podemos comunicarnos con Sheol ni con Jahannam. Ninguna de las otras plataformas responde. ¿Helsreach? Helsreach, responda.

—Eh...

Kolovas pulsó el receptor que tenía en la mano.

—¿Helsreach? —dijo de nuevo.

—Eh... Aquí el oficial portuario Nylien. ¿Os están atacando?

—¡Trono! ¿Es que estás sordo, estúpido desgraciado? Hay una flota enemiga de sumergibles causando toda clase de estragos en nuestros puntales. Necesitamos una nave de rescate inmediatamente. Una nave aérea. La plataforma Lucifus se está hundiendo.

—Esto... Yo...

—¿Helsreach? ¿Helsreach? ¿Me recibe?

Una nueva voz llegó a través del canal.

—Le habla el capitán portuario Tomaz Maghernus. Helsreach le recibe.

Kolovas soltó por fin el suspiro que había estado conteniendo. A su alrededor, el

mundo temblaba mientras empezaba a perecer.

—Buena suerte, Lucifus —dijo el capitán portuario un momento antes de que se perdiera la conexión.

—La situación es la siguiente —empezó el coronel Sarren.

La oficina del capitán portuario en el sector Forthright era, por decirlo suavemente, un desastre. Maghernus no era un hombre muy ordenado, y su reciente divorcio no ayudaba a su estado de limpieza. La gran sala estaba convertida en un revoltijo de tazas de café sucias en cuyo fondo crecían grandes masas de moho peludo y de montones de papeles sin archivar tirados por todas partes. El suelo y los muebles estaban cubiertos de ropa arrugada de Maghernus, de las noches en que había dormido en la oficina en lugar de volver a su deprimente y solitario habitáculo y, antes del divorcio, en lugar de volver con aquella mujer a la que había empezado a llamar «la zorra adúltera».

La zorra adúltera ya no era más que un recuerdo, y no precisamente agradable. De repente se dio cuenta de que se preocupaba por ella en contra de su voluntad. ¿Habría muerto ya en la guerra? No estaba seguro de que su rencor fuese tan intenso como para desear algo así.

Sus pensamientos volvieron a centrarse en lo que debía con la llegada del reclusiarca. Vestido con su maltratada armadura negra, el caballero irrumpió en la habitación, y los sirvientes y los oficiales de la Guardia salieron corriendo.

—Alguien me mandó llamar —rugió a través de los altavoces de su casco.

—Reclusiarca —asintió Sarren. El extremo agotamiento del coronel emanaba de él lentamente. Su cansada majestuosidad hacía que se moviese como si estuviese bajo el agua. Los oficiales estaban alrededor de la desordenada mesa de la sala observando un mapa de papel arrugado de la ciudad y de la costa que la bañaba.

Cuando Grimaldus se acercó, se apartaron para hacerle sitio.

—Decidme —dijo.

—La situación es la siguiente —empezó de nuevo el coronel Sarren—. Hace exactamente cuarenta y cuatro minutos recibimos una llamada de emergencia desde la plataforma de Lucifus. Decía que estaban siendo atacados por una inmensa flota sumergible de al menos trescientas naves enemigas.

Los oficiales reunidos y los líderes portuarios maldijeron en voz alta, tomaron notas sobre el mapa o miraron a Sarren para intentar proporcionar una respuesta a los últimos acontecimientos.

—¿Cuánto tardarán en llegar...?

—... debemos enviar a las guarniciones de reserva.

—... reunir a los batallones de las tropas de asalto.

Cyria Tyro estaba al lado del coronel.

—Esto es lo que esos desgraciados estaban haciendo en las Tierras Muertas del sur. Por eso aterrizaron allí. Estaban desmontando sus naves y construyendo esta flota.

—Es peor que eso —dijo Sarren, señalando a la mesa hololítica portátil con una vara de control remoto y ampliando la imagen de la ciudad para mostrar una extensión mucho más grande de la costa meridional de la masa continental de Armageddon Secundus.

—La colmena Tempestus —murmuraron varios oficiales.

Las runas que representaban al enemigo parpadeaban a medida que se acercaban a la otra colmena costera. Eran casi tantos como los que estaban atacando Helsreach.

—Están muertos —declaró Tyro—. Tempestus caerá hagamos lo que hagamos. Aquélla colmena es la mitad de grande que ésta, y cuenta con la mitad de defensas.

—Estamos todos muertos —recalcó alguien.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó con desdén el comisario Falkov.

—Hemos hecho todo lo que se podía hacer. —Las protestas procedían de un obeso teniente que vestía el uniforme de las fuerzas de la milicia reclutada. Se mostraba tranquilo, incluso optimista, hablando con lo que esperaba que fuese una prudencia moderada—. ¡Por el Trono! ¿Trescientas naves enemigas? Mis hombres están estacionados en el puerto, y sabemos lo que podemos hacer allí. Pero las defensas son tan escasas como... como... ¡Maldita sea, no tenemos defensas allí! Debemos evacuar la ciudad. Hemos hecho todo lo que hemos podido.

El abrigo oscuro del comisario Falkov se abrió con violencia cuando éste se llevó la mano al arma. No llegó a ejecutar al teniente por su cobardía. Un rugiente e inmenso borrón de oscuridad atravesó la habitación. El teniente golpeó contra la pared, levantado a un metro del suelo, pataleando con sus cortas piernas, mientras el reclusiarca lo agarraba por la garganta con una mano.

—Treinta y seis días, gusano desgraciado. Treinta y seis días de combates y miles y miles de héroes muertos. ¿Y ahora que ha llegado tu hora de derramar la sangre enemiga te atreves a hablar de retirada?

El teniente se asfixiaba. El coronel Sarren, Cyria Tyro y los demás oficiales observaban la escena en silencio. Nadie apartaba la mirada.

—Hnk. Agh. Ss. —El teniente luchaba por respirar un aire que no llegaría mientras miraba la réplica plateada de la máscara de muerte del Dios Emperador. Grimaldus se acercó todavía más. La máscara miraba al hombre con una sonrisa aterradora, eclipsando todo lo demás.

—¿Adonde ibas a huir, cobarde? ¿Adonde ibas a esconderte para que el Emperador no viese tu vergüenza y no escupiera en tu alma cuando tu despreciable vida llegase a su fin?

—P... Por favor.

—No te pongas en mayor evidencia suplicando por una vida que no mereces. — Grimaldus apretó más su presa. Sus dedos se cerraron y se oyeron unos crujidos húmedos. El teniente empezó a sacudirse con espasmos y, finalmente, cayó al suelo cuando el caballero lo soltó. El reclusiarca volvió a la mesa ignorando el cuerpo desplomado.

La conversación tardó varios segundos en reiniciarse. Cuando lo hizo, Falkov saludó con respeto al reclusiarca. Grimaldus hizo como si no lo hubiese visto.

Maghernus intentó entender las líneas dibujadas sobre el mapa que mostraban la disposición de los soldados, pero para él era como si estuviesen escritas en otro idioma. Se aclaró la garganta y habló por encima del barullo:

—Coronel.

—¿Sí, capitán portuario?

—¿Qué significa esto? En los términos más sencillos posibles, por favor. Todas estas líneas y números no me dicen nada.

Fue Grimaldus quien contestó. El caballero hablaba en voz baja, mirando el mapa con los impassibles ojos escarlata de su casco.

—Hoy es el trigésimo sexto día del asedio —dijo el templario—, y a menos que defendamos el puerto contra las decenas de miles de enemigos que llegarán en menos de dos horas, perderemos la ciudad al anochecer.

Cyria Tyro asintió mientras observaba el mapa.

—Tenemos que evacuar a los trabajadores del puerto de la manera más eficiente posible para permitir la llegada de los soldados.

—No —dijo Maghernus, aunque nadie lo escuchaba.

—Ésas avenidas —señaló el coronel Sarren— ya están atascadas por el tráfico de abastecimiento. No será fácil sacar a todos los sirvientes del puerto a tiempo, y no se ofenda, capitán. Por no hablar de la entrada de los soldados.

—No —repitió Maghernus, esta vez con voz más fuerte.

Los demás seguían sin prestarle la más mínima atención.

Uno de los comandantes de la Legión de Acero presentes, un soldado de asalto que destacaba por su uniforme oscuro y las insignias que lucía en el hombro, pasó un dedo por una carretera central cuyo origen estaba en la carretera de Hel.

—Evacuemos a los drones por los caminos secundarios y dejemos la ruta de la carretera despejada. Eso bastará para llenar los muelles centrales de tropas entrenadas.

—Eso sigue dejando casi dos tercios de los distritos portuarios sin defensas —replicó Sarren, frunciendo el ceño—, a excepción de la milicia acuartelada. Y ésta se verá afectada por la huida de los sirvientes del puerto interponiéndose en su camino.

—¿Hola? —intentó hacerse visible Maghernus.

—Podemos redirigir el tráfico por estas vías secundarias —señaló Tyro.

—Los soldados entrarían lentamente —asintió Sarren—. Puede que no sea suficiente, pero es la mejor opción dadas las circunstancias.

De repente tronó un sonido discordante y mecánico, similar al del motor de un Chimera al que le han suministrado un combustible equivocado. Una por una, las cabezas se fueron volviendo hacia Grimaldus. El sonido salía de los vocalizadores de su casco. Se estaba riendo.

—Creo —apuntó el caballero— que el capitán portuario tiene algo que decir.

Todas las cabezas se volvieron hacia Maghernus.

—Armadnos —dijo.

El coronel Sarren cerró los ojos. Los demás observaron al capitán portuario, no muy convencidos de haberlo oído bien. Maghernus continuó hablando tras aquel repentino silencio.

—Hay más de treinta y nueve mil de nosotros en esos muelles, y eso sólo contando a los trabajadores, excluyendo a la milicia. Si necesitáis tiempo, dadnos armas. Nosotros os conseguiremos tiempo.

—Estaréis todos muertos en una hora —resopló el comandante de las tropas de asalto.

—Tal vez —asintió Maghernus—. Pero íbamos a perder esta guerra de todos modos, ¿no?

El comandante no había terminado, y esta vez su voz era menos despectiva.

—Es una postura valiente, pero es una locura. Si dejamos que el enemigo masacre a las fuerzas portuarias, la ciudad tardará décadas en volver a funcionar después de esta guerra. Luchamos para conservar nuestro modo de vida, no para sobrevivir.

—Centrémonos en sobrevivir primero —dijo Sarren tras abrir los ojos—. La realidad es que la mayor parte de la Legión de Acero no puede trasladarse. Están defendiendo la ciudad, y si los sacamos de sus puestos, ésta caerá con tanta seguridad como si dejamos el puerto sin defensa. La Invigilata y la milicia no pueden con todo.

—No tenemos mucha elección —apuntó Tyro—. Los trabajadores portuarios morirán sin apoyo.

—Armadlos primero —intervino Grimaldus con voz tajante—. Y después podréis discutir sobre cuánto tiempo les queda antes de morir.

—De acuerdo. Está decidido. —El coronel Sarren se aclaró la garganta—: Gracias, capitán portuario.

—Lucharemos... Lucharemos con todas nuestras fuerzas, coronel. Pero no tarden demasiado en enviar a los soldados.

—Tenemos todo un arsenal de material bélico en los distritos portuarios —dijo el coronel a Cyria Tyro—. Ya ha oído al reclusiarca. Ármelos.

Ella asintió con una adusta sonrisa y se apartó de la mesa.

—Podemos aguantar —declaró Sarren al resto de los presentes—. Después de

todo lo que hemos hecho, me niego a pensar que éste vaya a ser el golpe a traición que nos rompa la espalda. Podemos hacerlo. Comandante Krivus, el desplazamiento de las escuadras de las tropas de asalto hacia el puerto ya está en marcha, pero necesito que se encargue personalmente de ese proceso de inmediato. Provéalos de paracaídas gravitatorios si es necesario. Que desciendan desde las Valkyria que quedan. Cada rifle cuenta.

El comandante se despidió y salió de la oficina con toda la gracia y la velocidad que le permitía su armadura caparazón.

—Los civiles... —murmuró Tyro, que aún no se había marchado, mirando la pantalla hololítica. Casi todos los refugios blindados de la ciudad estaban situados, y sellados, bajo los distritos portuarios. El sesenta por ciento de la población de la colmena, apiñada en búnkeres de refugio civil, se encontraba ahora cerca de la línea de fuego—. No podemos tener a tanta gente en la línea de fuego.

—¿No? No podemos dejar que salgan a la calle —replicó Sarren, negando con la cabeza—. No tienen adonde ir, y el pánico congestionaría las vías, lo que impediría que la Legión de Acero llegase al puerto. Están más seguros en los refugios.

—Las bestias derribarán los refugios —protestó Tyro.

—Sí, lo harán. Pero ya no podemos hacer nada. —Sarren no iba a dejarse disuadir—. No habrá ninguna evacuación. No podemos armarlos a tiempo y no podemos protegerlos si abandonan los refugios. Lo único que lograremos así es que mueran en las calles y que congestionen las vías de llegada de los refuerzos.

Tyro no continuó. Sabía que tenía razón.

—Necesito bípodes antidisturbios y batallones de unidades blindadas ligeras entrando desde las carreteras arteriales terciarias aquí, aquí, aquí y aquí —continuó Sarren—. Sentinel, amigos míos. Varios Hellhound y Sentinel. Todo cuanto podamos reunir.

Más oficiales abandonaron la mesa.

—Reclusiarca.

—Coronel.

—Ya sabe lo que voy a pedirle. Sólo hay un modo de sobrevivir a este asalto el tiempo suficiente como para llenar el puerto de soldados entrenados. No puedo ordenárselo, pero se lo pediré de todos modos.

—No es necesario que me lo pida. Mis caballeros se desplegarán desde las cañoneras que nos quedan. Lucharemos con los civiles y protegeremos el puerto.

—Se lo agradezco, reclusiarca. Ahora estamos todo lo preparados que podemos estar, dada la naturaleza de esta inoportuna sorpresa. No obstante, estamos presionando mucho a la Invigilata y al grueso de la Guardia Imperial. La ciudad se desangrará mientras dirigimos a nuestra infantería de élite al puerto, y esta lucha... durará días, en el mejor de los casos.

—Deje que la Invigilata defienda la ciudad —sugirió Grimaldus, señalando el mapa con su negro guantelete—. Deje que la Legión de Acero la defienda con ellos. Céntrese en lo importante aquí y ahora.

—¿No va a darme ningún gran discurso? Estoy casi decepcionado.

—Nada de discursos. —El templario ya estaba abandonando la sala—. Usted no va a morir hoy. Me reservo mis palabras para los que sí lo harán.



CATORCE

EL PUERTO

Llegaron cuando el sol iniciaba su arqueado descenso en el cielo.

El puerto de Helsreach ocupaba casi un tercio del perímetro de la colmena. Miles de monótonos almacenes y de torres de oficinas portuarias hacían guardia frente a una extensa bahía que albergaba un número incontable de muelles y embarcaderos que se adentraban en la chapoteante y sucia agua gris.

El aire de aquel mundo siempre apestaba a algo ligeramente sulfúrico, pero allí, en el corazón industrial de Helsreach, el hedor rayaba la insalubridad petroquímica. En tan sólo una hora, la ropa y el pelo de una persona se llenaban del grasiento y pesado tufo a petróleo derramado y a agua marina contaminada con amoníaco. Los perpetuos, trabajadores que pasaban toda su vida allí, escupían una cantidad generosa de negrura cuando expectoraban. Los tumores respiratorios eran la segunda causa principal de muerte entre la población, después de los accidentes industriales por un pequeño margen.

El caos de los muelles era un elemento de disuasión natural contra el ataque enemigo, pero no una auténtica defensa. Las primeras señales de la presencia enemiga llegaron cuando los miembros de las tripulaciones saltaron de sus barcos arriesgándose a nadar durante un kilómetro en aquellas aguas contaminadas para llegar a puerto. En tierra, los defensores de Helsreach observaban como los cientos de petroleros que todavía no habían llegado a la dársena para descargar sus volátiles contenidos empezaban a explotar.

Los hombres y las mujeres de Helsreach permanecían juntos sobre contenedores de carga, sobre caminos pavimentados y sobre embarcaderos de acero sin apartar la vista del mar y de la flota de naves enemigas que emergía del agua y se acercaba a

gran velocidad a la ciudad. Una horda de humanidad, mirando al mar.

Maghernus estaba cerca de la primera línea de una multitud dirigiendo a sus trabajadores, vestidos con sus sucios monos de trabajo apretando los rifles láser recién forjados contra su pecho. Los oficiales de la Guardia los habían estado repartiendo de unos cajones de armas almacenados en los depósitos de los distritos portuarios. Todos los trabajadores habían recibido una breve y simple lección sobre cómo se cargaba y se descargaba un rifle láser, cómo se aseguraba y cómo se disparaba. Maghernus había sentido que le sudaban las palmas de las manos cuando cogió su rifle y las células de energía de recambio, que ahora descansaban en un pequeño saco que llevaba colgado a un costado. El sargento de la Guardia les había hecho también una rápida demostración, y allí estaba Maghernus, arma en mano, con la boca seca.

—Seguid a los líderes que os hayan asignado —había gritado el sargento por encima del barullo de tantos hombres y mujeres reunidos en un mismo lugar—. Cada grupo portuario, y cada grupo de cincuenta personas, contarán con un soldado de las tropas de asalto entre ellos. Seguid las instrucciones de ese soldado como seguiríais las del propio Emperador si descendiese de los cielos y os dijera lo que tenéis que hacer con vuestros patéticos traseros. Él os indicará cuándo luchar, cuándo huir, cuándo esconderos y cuándo avanzar. Si hacéis todo lo que el soldado os diga, tendréis muchas más probabilidades de salir con vida y de no entorpecer los movimientos de las demás unidades. Si no lo escucháis, lo más probable es que acabéis fastidiándola para todos los demás y haciendo que vuestros amigos acaben muertos. ¿Entendido?

Un asentimiento general respondió a la pregunta.

—Durante los próximos días formaréis parte de la Guardia Imperial. Primera regla de la Guardia: avanzad. Si os perdéis, avanzad. Si no sabéis hacia dónde ir, avanzad. Si os quedáis rezagados, avanzad hacia el enemigo. Así es como prestaréis un mejor servicio, y así es como encontraréis a vuestros amigos. ¿Entendido?

De nuevo, respondió un asentimiento general. Pero esta vez llegó con algo más de vacilación.

—Bien. ¡Siguietes grupos!

Y así, el grupo de Maghernus y otros tantos desfilaron desde el almacén, dejando espacio para los siguientes que recibirían la misma charla.

En el exterior, decenas de soldados de las tropas de asalto de la Legión de Acero, con sus chaquetas color ocre y sus zumbantes generadores dorsales de energía, dirigían el tráfico humano. Maghernus guio a su grupo hacia uno que le hacía gestos para que se acercase. Era un hombre delgado, sin afeitado, que se rascaba la frente bajo el abombado casco que levaba. Tenía las gafas protectoras levantadas sujetas alrededor del casco y la máscara del respirador colgando del cuello. Daba la

sensación de ser alguien que, si no estaba del todo perdido, al menos no sabía muy bien dónde estaba.

—Hola —lo saludó Maghernus, tragando saliva—. Aún no se nos ha asignado ningún soldado.

—Ah, ya lo sé. Yo seré vuestro soldado. Soy Andrej.

—Gracias, señor. —El soldado de las tropas de asalto empezó a reír y le dio unos golpecitos al capitán portuario en el hombro—. Muy gracioso. «Señor». Me quedaré contigo después de la guerra para sentirme importante, ¿vale? No soy «señor». Soy Andrej. Puede que pase a ser «señor» después de asegurarme de que ninguno de vosotros muera. Eso estaría bien.

—Yo...

—Sí, sé que es una gran responsabilidad. Pero me gustaría que me ascendieran, de modo que debéis permanecer todos con vida. Tenemos mucho en juego ahora, ¿no? Gracias por la idea que me has dado. Me has alegrado el día.

—Yo...

—Vamos, vamos. No es el momento de hacer amigos. Ya hablaremos después. ¡Eh! Trabajadores del puerto, venid conmigo, ¿vale?

Sin esperar una respuesta, Andrej empezó a caminar a través de la multitud seguido del grupo de Maghernus. El soldado de las tropas de asalto saludaba ocasionalmente a los demás soldados. La mayoría de ellos le respondían con silenciosos gestos de la cabeza o con ásperos gruñidos. Una de ellos, una pálida belleza de abundante pelo negro que jamás hubiera debido estar recogido en una simple cola de caballo, le sonrió y le devolvió el saludo.

—¡Por el Trono! ¿Quién es ésa? —preguntó Maghernus mientras seguía los pasos de Andrej—. ¿Es tu mujer?

—¡Ja! Qué más quisiera yo. Es Domoska. Éramos compañeros de escuadra. Es muy guapa, ¿verdad?

Lo era. Maghernus observó cómo la mujer dirigía a otro grupo entre las masas. Cuando Domoska se perdió entre la ingente multitud, su mirada se posó en los hombres a los que dirigía. Maghernus rogó para no parecer tan nervioso como ellos.

—Es algo muy curioso. Su hermano es el hombre más feo que he visto jamás. Pero la hermana tuvo la suerte de poseer una gran belleza. Debe de ser horrible para él, ¿no?

Maghernus se limitó a asentir.

—Vamos, vamos. No tenemos mucho tiempo.

Hacía una hora de aquello. Ahora estaban junto a Andrej, con unas armas desconocidas pegadas al pecho contra unos latidos frenéticos. Andrej estaba ocupado metiéndose el dedo en la nariz, lo cual resultaba bastante complicado de hacer con los gruesos guantes de cuero marrón, pero él continuaba aplicado a la tarea con una

curiosamente majestuosa tenacidad.

—Señor —se dirigió a él Maghernus.

—Un momento, por favor. Estoy a punto de conseguirlo. —Andrej se libró de algo asqueroso con las puntas de los dedos—. Ya puedo volver a respirar. Alabado sea el Emperador.

—Señor, ¿no debería decirnos algo? —El capitán portuario bajó la voz y se acercó—. ¿Algo para inspirar a los hombres?

Andrej frunció el ceño y se mordió distraídamente el labio cortado mientras observaba al resto de grupos desplegados por el muelle.

—Creo que no. Ningún otro legionario está haciéndolo. Iba a esperar el discurso del reclusiarca, ¿sabes? ¿Preferirías que hablara ahora?

—¿Va a hablar el reclusiarca?

—¡Sí! Se le da muy bien. Ya verás como te gusta. Supongo que no tardará. —De repente, un fuerte chirrido atravesó el aire del puerto, kilómetro a kilómetro, a medida que se iban activando las torres de voz con un aullido distorsionado—. ¿Ves? —sonrió Andrej—. Siempre tengo razón. Es mi mejor cualidad.

Durante varios segundos, las gentes de Helsreach no oyeron nada más que una respiración lenta, pesada y amenazadora a través de los altavoces.

—Hijos e hijas de la colmena Helsreach —tronó la voz por los distritos costeros, demasiado grave y resonante como para ser humana y sazónada con el ligero crepitar de los altavoces—. Mirad el agua. El agua desde la que enriquecéis vuestra ciudad. El agua que ahora no promete nada más que la muerte.

»Durante treinta y seis días la gente de vuestro mundo, la gente de vuestra propia ciudad, ha estado entregando sus vidas para defenderos. Durante treinta y seis noches, vuestras madres y padres, vuestros hermanos y hermanas, vuestros hijos e hijas, han combatido al enemigo para garantizar que la mitad de la colmena siga estando en manos humanas. Han batallado, carretera por carretera, sudando, luchando y muriendo para que vosotros pudierais disfrutar de unos días de libertad.

»Se lo debéis. Se lo debéis por los sacrificios que han hecho hasta ahora. Se lo debéis por los sacrificios que harán en los días y noches que están por venir.

»Aquí y ahora tendréis la oportunidad que merecáis, la oportunidad de corresponder a su generosidad. Es más, tendréis la oportunidad de castigar al enemigo por atreverse a sitiar vuestra ciudad, por dividir a vuestras familias y destruir vuestros hogares.

»Observad las olas. Mirad la flota de chatarra que arremete contra vuestro puerto albergando una horda de bestias aullantes. Cuando el sol se ponga al acabar esta semana, ninguno de los invasores que ocupan esas emergentes naves seguirá respirando el aire sagrado de este mundo. Caerán ante vosotros. Vosotros vais a salvar esta ciudad.

»Es normal sentir miedo. Es humano. No os avergoncéis si vuestro corazón late demasiado de prisa en este momento, o si os tiemblan los dedos al sostener un arma que jamás habíais manejado antes. La vergüenza sólo existe en la cobardía, en huir dejando que los demás mueran cuando todo dependa de vuestros actos.

»Os dirigen veteranos de la Guardia, los mejores de vuestras Legiones de Acero, los soldados de las tropas de asalto imperiales. Pero no están solos. Las fuerzas de Helsreach están de camino. Luchad y desafiad al enemigo durante el tiempo suficiente y pronto veréis miles de tanques construidos en esta misma ciudad reduciendo a los invasores a polvo. La ayuda está en camino. Hasta entonces, luchad con orgullo. Luchad con decisión.

»Recordad estas palabras, hermanos y hermanas: “Cuando llegue la muerte, el bien que hayamos hecho no significará nada, pues se nos juzga en vida por el mal que destruimos”.

»El momento del juicio ha llegado. Sé que todos los hombres y mujeres aquí presentes lo sienten en su sangre y en sus huesos.

»Soy Grimaldus, de los Templarios Negros, y os prometo que mientras uno de nosotros siga en pie jamás perderemos este puerto. Incluso si tengo que matar a miles de enemigos con mis propias manos, cuando el sol vuelva a salir, la ciudad seguirá siendo nuestra.

»Buscad a los caballeros de negro entre vosotros. Estaremos donde la lucha sea más encarnizada, en el centro de la tormenta.

»Luchad con nosotros, y nosotros seremos vuestra salvación.

El silencio inundó el aire una vez más.

Maghernus suspiró, y la tensión que sentía disminuyó a medida que su aliento se transformaba en vaho en el aire helado. Andrej estaba ajustando la posición de la corredera de su rifle láser modificado. El arma emitió un zumbido de carga que dio dentera al capitán portuario.

—Ha sido un buen sermón, ¿no? No creo que muchos huyan ahora.

Maghernus asintió.

—¿Qué es ese rifle? —preguntó al cabo de unos momentos.

—¿Esto? —Andrej terminó con sus preparativos y señaló los gruesos cables que salían de la voluminosa culata del rifle hasta el zumbante generador metálico de energía que llevaba entre los hombros—. Los llamamos rifles infernales. Son como los vuestros, pero más brillantes, más ruidosos, más calientes y más destructivos. Y no, no puedes tener uno. Éste es mío. No hay muchos, y sólo se los dan a las personas que siempre tienen razón.

—¿Y qué es eso?

—Esto es un detonador —respondió, golpeando el disco del tamaño de una mano que pendía de su cinturón—. Se utilizan para pegarlos a los tanques y hacerlos saltar

en mil pedazos. Antes tenía muchos. Ahora sólo me queda uno. Cuando lo use, ya no me quedará ninguno, y ése será un día triste.

Maghernus quería preguntarle a Andrej si realmente era un soldado de las tropas de asalto, pero se limitó a decir:

—No eres exactamente como había esperado.

—La vida —respondió el soldado mirando a un lado, como si estuviese considerando algo de manera distraída— es una serie de maravillosas sorpresas... hasta que te encuentras con la última, que es muy mala. —Volviéndose hacia el grupo, Andrej se abrochó la correa del casco bajo la barbilla con una amplia sonrisa—. Mis queridos nuevos amigos, pronto entraremos en combate. De modo que, mis hermosas mujeres y mis apuestos caballeros, si queréis permanecer bellos y enteros, mantened la cabeza agachada y los rifles levantados. Apuntad siempre desde la mejilla, con los ojos en el cañón. No disparéis desde la cadera, es el mejor modo de sentirse fantástico con uno mismo, pero de no acertarle a nada. Ah, y habrá mucho ruido y estaréis muy asustados, ¿no? Supongo que sentiréis pánico. Esperad siempre un segundo antes de apretar el gatillo para asegurarnos de que estáis apuntando adonde debéis. De lo contrario, es posible que disparéis a otros de los nuestros, y eso será malo para vosotros y peor para ellos.

Los grupos de trabajadores empezaron a dispersarse por el puerto, tomando posiciones en callejones entre los almacenes, tras los contenedores apilados, alrededor de los edificios y en los diferentes pisos de los hangares y bloques de trabajo que daban al mar.

—Vamos, vamos. —Andrej dirigió a su grupo hacia las sombras de una grúa de carga y les ordenó que se dispersaran y se pusieran a cubierto alrededor de los inmensos puntales de metal y contenedores de carga cercanos.

—¿Señor? —dijo uno de los hombres.

—Me llamo Andrej, ya os lo he dicho un montón de veces. Pero dime, ¿cuál es el problema?

—Mi arma está encasquillada. No puedo volver a meter la célula de energía.

Desde donde se encontraba agachado, a la delantera del grupo, Andrej negó con la cabeza mientras emitía un melodramático suspiro. Con las gafas sobre los ojos y una infantil sonrisa dibujada sobre sus rasgos, parecía una especie de mosca gigante y divertida.

—En primer lugar: ¿para qué la sacaste?

—Sólo estaba...

—Ya, ya. Sé amable con el espíritu máquina del arma. Pídeselo bien.

El trabajador portuario parecía incómodo mientras volvía la mirada hacia el rifle.

—¿Por favor? —preguntó, poco convencido.

—¡Ja! ¡Cuánta veneración! Ahora aprieta ese seguro que está al otro lado. Tienes

que apretarlo para sacar la célula, y para meterla tienes que deslizarlo hacia atrás.

En el primer intento, la célula se le escurrió entre las temblorosas manos, pero consiguió insertarla en el segundo.

—Gracias, señor.

—Ya, ya, soy un héroe. Ahora, mis valientes amigos, pronto empezará a sonar una sirena. Cuando lo haga, significará que el enemigo está al alcance de nuestra artillería, la cual, por desgracia, es demasiado escasa como para hacerme sonreír. Cuando yo diga que es la hora de estar preparados, debéis levantaros y empezar a buscar enormes y feas bestias a las que disparar.

—Sí, señor —dijeron todos al unísono.

—Sí, creo que podría acostumbrarme a eso. Ahora, escuchadme con los dos oídos, mis maravillosos camaradas. Apuntad al cuerpo. Es el objetivo más grande, y es lo que cuenta si sois nuevos en esto.

—Sí, señor —corearon todos de nuevo.

—Hay una mujer muy hermosa con la que me gustaría casarme cuando termine esta guerra. Lo más seguro es que me rechace, pero bueno, ya veremos. Si dice que sí, estáis todos invitados a mi boda, que se celebrará en los territorios orientales, donde no parece que el cielo se te esté meando encima todos los días. Además, habrá bebidas gratis. Os doy mi palabra. Siempre digo la verdad, es una de mis muchas y gloriosas virtudes.

Unos cuantos hombres sonrieron a pesar de su situación.

La sirena empezó a aullar. El gemido se podía oír a lo largo de los muchos kilómetros del puerto, aullando sobre decenas de miles de aterrorizadas almas imperiales. Unos golpes sordos empezaron a oírse cuando las plataformas de defensa de clase Sable abrieron fuego contra la flota que se aproximaba.

—Ha llegado el momento —dijo Andrej, sonriendo de nuevo— de ganar algunas brillantes medallas.

—¡Por el Emperador! —exclamó un hombre como un mantra con los ojos cerrados—. ¡Por el Emperador!

—No. Por él no. —Andrej se colocó el respirador, pero el grupo todavía podía percibir la sonrisa en su voz—: Él está muy tranquilo en su trono dorado, muy lejos de aquí. Esto es por mí, y por vosotros, y eso es más que suficiente.

Las sirenas dejaron de sonar, una por una, hasta que desapareció el último aullido.

—A partir de ahora, en cualquier momento, tendremos compañía —les advirtió Andrej, apoyándose para apuntar por encima del contenedor tras el que había estado arrodillado.

Las primeras naves llegaron al puerto con el estruendo de una ola tempestuosa rompiendo contra la orilla. Con una brutalidad aplastante, sin reducir la velocidad siquiera, derribaron las pasarelas y las plataformas de carga chocando contra los

muelles. Las puertas y las compuertas se abrieron inmediatamente, liberando a una marea de hedionda carne alienígena en el puerto.

El primer alienígena en salir de las cápsulas de chatarra sumergibles fue una bestia que medía prácticamente el doble que sus hermanos, y que llevaba un portatrofeos sobre sus encorvados hombros lleno de cráneos humanos y de cascos astartes obtenidos en otras guerras libradas en otros mundos. Había estado dirigiendo a su tribu por los confines del Imperio durante décadas, y en una lucha equilibrada, habría sido un rival digno de un único astartes.

Su rostro, sus hombros y su torso se desintegraron bajo una ráfaga de fuego láser que envió sus ardientes restos rodando por el extremo del puerto hacia las aguas contaminadas. A menos de cien metros de distancia, Domoska lanzó un grito de aliento a los trabajadores que dirigía y les ordenó que disparasen de nuevo. Muchos habían fallado, pero la mayoría había dado en el blanco. Éste patrón se repitió por todos los muelles de Helsreach a medida que la primera oleada de criaturas xenos aullaba y reía en su camino hacia la ciudad.

Desde su refugio provisional entre los contenedores de carga desordenadamente apilados, Maghernus disparaba sin cesar, sintiendo cómo el rifle que tenía entre sus manos se iba calentando cada vez más con cada proyectil disparado. Se agachó bajo el borde del contenedor tras el que se arrodillaba y recargó su rifle láser con dedos inexpertos. La maldita arma se había bloqueado.

—Usa la fuerza —le dijo Andrej desde su posición al lado del capitán portuario. El soldado de las fuerzas de asalto ni siquiera miró, ni apartó la mirada del objetivo al que estaba disparando. Otro brillante rayo de energía sobrecargada salió rugiendo del rifle infernal del soldado.

—Las correderas de los rifles nuevos tienden a atascarse. Desgraciadamente es lo que pasa con los rifles de nuestro mundo natal. Sus espíritus tardan un tiempo en despertar.

Maghernus estaba sorprendido de poder oír a aquel hombre a pesar del estruendo de los barcos estrellándose contra el puerto, de los rugidos alienígenas y de los disparos de los rifles, que inundaban el aire con un coro de estallidos mecánicos.

—Una vez disparé un rifle de Kantrael —continuó Andrej mientras cambiaba ligeramente de postura y apuntaba objetivo tras objetivo y disparaba rayo tras rayo—. Sí. Era un arma fantástica. Aquél mundo forja armas ansiosas por matar.

Maghernus insertó la nueva célula de energía y se levantó para volver a su posición. La espalda empezó a dolerle tras sus dos primeros minutos como soldado. No entendía cómo la Legión de Acero podía pasarse días y días agachada así y acostumbrarse a la batalla. Disparó a unas figuras distantes, a unos inmensos alienígenas que corrían casi sin ningún propósito y sin ningún sentido de la dirección, como si siguiesen un rastro perdido, hasta que lo encontraron de nuevo. Los que

seguían saliendo de las naves corrían hacia el origen del fuego láser que les disparaba y eran aniquilados de inmediato. Unos pocos, claramente los más astutos para tratarse de estas criaturas, permanecieron atrás y cargaron unas armas pesadas. Éstas últimas bestias lanzaron rugientes misiles hacia las líneas imperiales atrincheradas, haciendo estallar pilas de contenedores o pulverizando los laterales de los almacenes.

De manera lenta pero implacable, el puerto empezaba a verse envuelto en el denso humo de los sumergibles destruidos y de los edificios en llamas.

—Intentaremos movernos pronto —gritó Andrej por encima de su hombro a los demás.

Sus palabras demostraron ser proféticas. Con un fuerte choque de metal sobre piedra, y levantando una tremenda ola de agua, uno de los sumergibles encalló en el puerto a menos de treinta metros de su posición. El agua salada cayó sobre los trabajadores portuarios agachados. Cuando el submarino siniestrado abrió sus escotillas, pudieron oírse los gruñidos de los alienígenas.

—Esto no es nada bueno —dijo de mala gana el soldado de asalto tras su respirador mientras regresaba a su posición de tiro y disparaba contra la primera criatura en aparecer.

Ésta cayó al suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos en el momento en que el potente rayo atravesaba su rostro y reventaba la parte trasera de su cabeza.

Maghernus y los demás unieron su fuego al del soldado. Más bestias salían a gran velocidad del sumergible. Los pielesverdes se disponían a atacar tras haber olfateado al grupo de humanos más cercano, escondido tras la barricada, y siguiendo la dirección de procedencia del fuego láser.

—Señor... —tartamudeó uno de los hombres con los ojos abiertos e inyectados de sangre—. Señor, vienen hacia aquí...

—Soy consciente de ello —respondió Andrej, sin dejar de disparar ni un solo instante.

—Señor...

—Por favor, callaos y disparad, ¿queréis?

Las bestias llegaron hasta los contenedores de carga. Apestaban a sangre, a humo, a sudor rancio y al característico hedor alienígena de micótica corrupción. Con sus abultados músculos, las bestias se impulsaron sobre las barricadas y rugieron en dirección a los humanos, que habían pasado de estar a cubierto a verse acorralados entre los contenedores.

Los disparos láser atravesaron a decenas de bestias lanzándolas hacia atrás. Los supervivientes de la primera oleada se unieron a la segunda, y las criaturas corrieron entre los trabajadores portuarios disparando sus pistolas de chatarra y lanzando golpes de hacha.

—¡Replegaos! —gritó Andrej sin dejar de disparar su rifle infernal a quemarropa para abrir un camino entre aquel tumulto—. ¡Corred!

Los trabajadores portuarios, presas del pánico, ya habían empezado a huir.

—¡Conmigo, idiotas! —gritó el soldado de las tropas de asalto, y, sorprendentemente, funcionó.

Los trabajadores con suficiente cabeza como para no soltar sus rifles láser a pesar del caos, avanzaron junto a Andrej, sumando su fuego al del soldado.

Había dejado a un tercio de sus hombres en el refugio de los contenedores y de los puntales de las grúas. Los trabajadores portuarios gritaban, incapaces de escapar de los invasores. Andrej sintió un momento de duda en aquellos que seguían con él; fueron unos segundos en los que los abandonó toda lógica. Algunos se quedaron quietos en lugar de abrir fuego contra sus amigos moribundos, y otros se quedaron pasmados por el miedo ante la visión de tal matanza.

—¡Ya son hombres muertos! —Andrej dio unas palmadas con su guante en un lado de la cabeza de Maghernus, haciéndolo regresar a la realidad—. ¡Disparad!

Aquello fue suficiente para romper el hechizo. El fuego láser llovió de nuevo sobre los alienígenas asaltantes.

—¡Replegaos sólo cuando tengáis que recargar! ¡Manteneos en vuestros puestos y disparad hasta entonces!

Andrej maldijo para sí después de dar la orden. Los orkos ya corrían hacia ellos en una avalancha de carne verde, hachas afiladas y armaduras achatarradas. Alrededor del equipo que se retiraba, el puerto ardía y retumbaba con el sonido de nuevos sumergibles encallando. Andrej vio por un instante a través del humo como otro equipo de trabajadores portuarios que se encontraba a cierta distancia intentaba huir mientras era reducido a pedazos por los orkos.

Lo mismo estaba a punto de sucederle a su grupo, y volvió a maldecir. Esperaba que a Domoska le estuviera yendo mejor.

«Qué lugar más estúpido para morir».

A kilómetros de distancia de Helsreach, bajo las arenas de los páramos al noroeste, se oyó el fuerte e inaudito sonido metálico de un mecanismo pesado.

Jurisian, el señor de la forja del *Cruzado Eterno*, se puso de pie con la lentitud característica del agotamiento. Tenía los ojos llenos de lágrimas, algo muy poco común en un ser que no había llorado en más de veinte décadas. Su mente palpitaba con un intenso dolor, un calor sordo y apagado que no tenía nada que ver con la debilidad física.

Ahora que recuperaba sus sentidos, después de haberlos bloqueado para centrarse en su tarea principal, podía oler a sus servidores. Al darse la vuelta para mirarlos donde yacían, Jurisian percibió el hedor de sus partes orgánicas en descomposición.

Hacía semanas que habían muerto de inanición. No se había dado cuenta. Un mes atrás habían demostrado ser completamente inútiles durante las primeras horas, ya que sus procesadores cognitivos internos eran incapaces de seguir el código que no cesaba de evolucionar. Jurisian había tenido que trabajar solo, y había maldecido a Grimaldus durante todo aquel tiempo.

Otro profundo chirrido metálico lo hizo volver al presente. Tenía las articulaciones doloridas, tanto las mecánicas como las todavía humanas, a causa de aquel largo período de inactividad. Se había convertido en una estatua durante cuatro semanas. Su mente había seguido viva, pero su cuerpo había permanecido tenso y encorvado junto a la consola.

No había dormido. Sabía que, en varias ocasiones, cuando su mente agotada había estado a punto de desconectar, estuvo al borde de perder el hilo del código. Con sus pensamientos moviéndose lentamente, el código se le había adelantado, como había hecho con sus servidores. En aquellos momentos de tensión, presa del pánico, había logrado resistir silenciando secciones de su mente con una meditación clínica, trabajando a una capacidad reducida, pero al menos había seguido despierto.

Jurisian miró hacia las inmensas puertas.

OBERON

La palabra estaba grabada en el centro con letras enormes, y parecía más una advertencia que el rótulo de una tumba.

Un último y resonante sonido mecánico indicó que se había iniciado la chirriante apertura del último cierre interior. Un refrigerante vapor presurizado inundó el pasillo cuando los sistemas de cierre de la puerta se abrieron. Apestaba a cloro. No era un olor tóxico, sino el hedor de algo que había permanecido helado durante muchos años mientras las puertas permanecían cerradas y en silencio. En un ballet de estruendosa y temblorosa tecnología, el portal empezó a abrirse.

—Reclusiarca —dijo Jurisian a través del comunicador, horrorizado al escuchar la gravedad de su voz por primera vez en un mes—. He logrado atravesar la defensa. Estoy dentro.



QUINCE

EQUILIBRIO

Al principio, la cámara no mostraba nada. Nada a excepción de una imponente negrura, oscura incluso para las lentes de visión de Jurisian. Una palabra clave susurrada aparecía en sus filtros de visión mediante unos infrarrojos que buscaban una señal térmica a través de un rudimentario sistema de ecolocalización que falsificaba los silenciosos sonidos del escáner de un áuspex para detectar movimiento. Había hecho aquellas modificaciones él mismo, con el debido respeto al espíritu máquina de su armadura.

Fue este último el que produjo una respuesta. Un vago borrón gris pasó ante sus ojos, y con él, el zumbido de unos mecanismos internos. Bisagras. Engranajes. Fibras musculares. Aquél sonido le resultaba tan familiar como su propia respiración, pero trajo con él una sensación de desconcertante curiosidad.

Articulaciones. Estaba oyendo articulaciones.

Algo iba mal. Las interferencias estáticas en los bordes de su pantalla de visión indicaban confusión, algo más que la simple oscuridad provocada por la falta de luz. Estaba siendo bloqueado, y la manipulación era insidiosamente sutil.

El bólter de Jurisian saltó a sus firmes manos y peinó la sala en la oscuridad mientras sus lentes continuaban trabajando a través de los filtros. Por fin, un objetivo apareció ante la lente de su ojo derecho con la mecánica resonancia de la membrana nictitante de un lagarto.

Mejor. No era perfecto, pero mucho mejor.

—Soy Jurisian —dijo a la criatura que tenía ante sí cuando ésta empezó a enfocarse—, señor de la forja del *Cruzado Eterno*, nave insignia de los Templarios Negros.

La criatura no respondió inmediatamente. Tenía el tamaño de un hombre y olía a maquinaria antigua y a aliento rancio.

Parecía que aquel ser hubiese sido humano en su día, o que parte de él fuese orgánica, incluso si era tan sólo un mínimo aspecto. Unos bultos deformes cubiertos con una andrajosa capa de tela indicaban que poseía extremidades adicionales o modificaciones avanzadas. Seguía sin mostrar su rostro, bien porque se negaba a levantar la vista, o porque era incapaz de hacerlo.

Jurisian bajó el bólter. Los servobrazos se extendieron desde su generador de energía dorsal sosteniendo varias armas que apuntaban hacia la figura que tenía delante. Pronunció sus siguientes palabras a través de los altavoces de su casco, dejando que el espíritu de su armadura tradujese el lenguaje humano a uno universal, a un simple código mecánico, un programa básico de comunicación que había aprendido durante sus largos años de formación y entrenamiento en Marte, mundo natal del Mechanicum.

—Mi identidad es Jurisian, de los astartes —dijo el código.

La respuesta llegó en una especie de código rugido, las palabras y su significado parecían fundirse las unas con las otras. Era un lenguaje similar al argot mecánico, y parecía haber evolucionado a partir del programa vírico que sellaba las puertas. Aquélla criatura, fuera lo que fuese, tenía un acento que parecía haber adquirido tras cientos de años de aislamiento.

—Afirmativo —respondió Jurisian en el código base—. Puedo verte. Deberías abortar tus interferencias. Ya no sirven de nada.

La criatura se alzó, abandonando su posición a cuatro patas. Ahora llegaba hasta el pecho de Jurisian, aunque no se acercó y permaneció a una decena de metros de distancia. Las armas que sostenían los servobrazos del señor de la forja siguieron sus movimientos.

El ser soltó otra retahíla de código con su característico acento.

—Afirmativo —respondió Jurisian de nuevo—. He destruido el programa que sellaba la sala.

Ésta vez, la respuesta de la criatura llegó en un código más simple.

Jurisian entrecerró los ojos ante aquel cambio. Al igual que el cierre vírico de la cámara, la criatura se estaba adaptando y trabajando con nueva información a mayor velocidad que los constructos estándar del Mechanicum.

—Éste es el santuario de *Oberon*.

—Lo sé.

El señor de la forja se arriesgó a barrer con la mirada la sala, buscando algo de definición en la oscuridad artificial. Su retícula no lograba atravesar la penumbra más que a unos pocos metros de distancia. Un parpadeante ruido estático estaba empezando a apoderarse de sus lentes oculares.

—Desactiva las interferencias —ordenó Jurisian, levantando de nuevo su bólter —, o te destruiré.

En contra de su voluntad, la emoción tiñó la declaración codificada. Verse limitado de aquel modo era una afrenta a su sentido de la conducta honorable. No había ninguna gloria ni prudencia en permitirse estar a merced de un enemigo.

—Soy el guardián de *Oberon*. Tu presencia supone una insignificante amenaza para mí.

Jurisian sintió la ira en su lengua, amarga y metálica. Su dedo se curvó sobre el grueso gatillo de su bólter.

—Desactiva las interferencias. Es la última vez que te lo advierto.

Ahora el ruido inundaba su vista, como si tuviera miles de insectos concentrados sobre sus lentes visuales. No distinguía nada más que aquella silueta a medida que el guardia del *Mechanicum* se acercaba.

—Negativo —dijo.

Respondiendo a los impulsos de su mente una fracción de segundo después de que lo hicieran sus auténticas extremidades, los servobrazos de Jurisian levantaron su hacha y demás armas en una amenazante demostración, casi similar a la de alguna especie de depredador arácnido de algún mundo salvaje que simulaba aumentar su tamaño para atemorizar a su presa.

El caballero pronunció su última amenaza con convicción, y enlazó la jerga mecánica con ecuaciones numéricas para indicar énfasis.

—Entonces, muere.

Su salvador fue uno de los caballeros negros.

Éste cargó contra el enemigo desde el cielo, acompañado de un aullido de propulsores. El fuego salía a chorro desde la parte inferior de su retrorreactor, y aterrizó en medio de los alienígenas en un oscuro borrón de movimiento envuelto en llamas.

Andrej salió corriendo inmediatamente y ordenó a su grupo que se pusiesen a cubierto tras un camión de carga volcado.

—¡No dejéis de disparar! —gritó por encima de los berridos alienígenas y de los estampidos de las miles de armas. Dudaba que alguno de ellos lo hubiese oído, pero todos volvieron a disparar en cuanto estuvieron a cubierto.

El templario cortaba a diestro y siniestro con su espada sierra, atravesando la apastosa carne verde de los deformados huesos orkos. Su bólter cantaba con un sordo estribillo y atravesaba los cuerpos alienígenas con proyectiles del tamaño de un puño que detonaban un momento después. Andrej, que ya había visto a un astartes luchar anteriormente, hacía todo lo que podía para mantener su velocidad de tiro para colaborar en el acto de valentía suicida que estaba teniendo lugar. Varios de sus

trabajadores portuarios bajaron las armas y se quedaron con la boca abierta, sobrecogidos.

Andrej maldijo al pensar que tal vez los hombres creyesen que el astartes podría sobrevivir sin ayuda.

—¡Seguid disparando, maldita sea! —gritó el soldado de las tropas de asalto—. ¡Está arriesgando su vida por nosotros!

La letal ventaja de la sorpresa no duró mucho. Los pielesverdes se volvieron hacia la mortal amenaza que había entre ellos, arremetiendo con sus rudimentarias hachas y disparando sus traqueteantes pistolas a quemarropa. Varios de ellos se golpearon entre sí cegados por la furia, mientras que los rezagados y aquellos que se encontraban en los extremos de la refriega eran acribillados por el fuego láser de los hombres de Andrej.

El templario lanzó un grito de ira que sonó distorsionado a través de los altavoces de su armadura, y puso los pelos de punta a todos los humanos que estaban lo bastante cerca como para oírlo. Su espada sierra cayó de su mano negra y quedó colgando de una gruesa cadena que la unía a su antebrazo.

Tras el tambaleante guerrero, uno de los pocos pielesverdes que quedaban con vida arrancó una rudimentaria lanza de la parte inferior de la columna del caballero. La bestia no tuvo más que un momento para disfrutar de su victoria: una abrasadora lanza de brillante energía disolvió su rostro y estampó el contenido de su cráneo sobre la armadura del caballero herido de muerte. Andrej recargó su arma sin necesidad de apartar la mirada de la refriega.

El templario recuperó el equilibrio, y un segundo después volvió a agarrar su espada sierra. Duró al menos tres salvajes embestidas más, amputando trozos de carne y destrozando la armadura de los orkos que estaban más cerca de él antes de que el resto del grupo alienígena lo empalase con sus lanzas y lo derribase. Su retroreactor se estrelló contra el suelo y le fue arrebatado. El enemigo atacaba con brutal eficiencia, insertando sus espadas en las articulaciones de la armadura y utilizando su inmensa fuerza para obligarlo a postrarse de rodillas. El templario alzó su pistola una vez más para asestar un disparo en el pecho de una de las bestias cercanas, salpicando a todos los que lo rodeaban de sangre inhumana cuando el alienígena explotó.

Los últimos tres orkos fueron reducidos por el equipo de Andrej, y cayeron junto al astartes al que habían asesinado.

La escena que tenían ante sí era un instante de inquietante calma, el centro de la tormenta, mientras el resto del puerto ardía.

—¡Por el Trono! —exclamó el soldado de las tropas de asalto—. Quedaos aquí, ¿vale? —Maghernus ni siquiera tuvo tiempo de asentir. El soldado atravesó la plataforma de rococemento, agachado, en dirección al cuerpo del caballero caído.

—¿Qué está haciendo? —preguntó uno de los trabajadores portuarios.

Maghernus también se lo estaba preguntando. Salió detrás del soldado, esforzándose al máximo para imitar el avance que acababa hacer Andrej. Algo caliente y furioso zumbó junto a su oído como un insecto venenoso. El capitán tardó varios segundos en darse cuenta de que había estado a punto de perder la cabeza a causa de un tiro perdido.

—¿Qué estás haciendo? —dijo, arrodillándose junto al soldado.

Para Andrej era bastante obvio. Sus dedos cubiertos por el guante buscaban bajo la parte de la barbilla del casco del caballero en busca de algún cierre. «Por el Trono, tiene que haber algo».

—Comprobando si vive —respondió el soldado—. ¡Sí! ¡Te encontré!

Con un sordo silbido casi ahogado por el fuego cercano, los cierres herméticos se abrieron y el casco quedó libre. Andrej se lo quitó y se lo entregó a Maghernus. Era unas tres veces más pesado de lo que el capitán portuario había esperado, y había esperado que pesara mucho.

El caballero no estaba muerto. Su rostro estaba bañado en sangre y el oscuro fluido cubría sus ojos y oscurecía sus rasgos desde la nariz a los dientes apretados. Se suponía que la sangre astartes se coagulaba en instantes, según las leyendas. Pero en aquel caso no era así, y Andrej no estaba seguro de que aquello fuese algo positivo.

—No puedo moverme —gruñó el templario. Su voz sonaba líquida desde su garganta borboteante—. La columna. Los corazones. Me muero.

—Sé que hay algo dentro de ti. —Andrej miró a su alrededor para comprobar que no había ningún peligro inmediato—. Algo importante en tu interior que tus hermanos deben reclamar, ¿verdad?

—La progenoide. —La respiración del guerrero era tan fuerte como el rugido de una espada sierra. La inmensa mano acorazada del guerrero agarró la parte delantera de la armadura de Andrej. Apenas tenía fuerza.

—No sé qué es eso, señor caballero.

—La semilla genética. —El templario escupió sangre mientras se esforzaba para que las palabras atravesasen sus entumecidos labios. Tenía los ojos entrecerrados y en blanco. Era obvio que estaba ciego—. El legado.

Andrej hizo un gesto a Maghernus.

—Ayúdame a moverlo. No me discutas. Es importante que sus hermanos encuentren su cuerpo. Es importante para sus rituales.

—Que el Emperador... —gruñó el caballero—. Que el Emperador os proteja.

Y con esas palabras, la mano que agarraba a Andrej del pecho cayó sin vida para descansar sobre la cruz heráldica que el guerrero llevaba en el peto.

Sus miradas se cruzaron una vez, y el capitán portuario y el soldado profesional empezaron a arrastrar al caballero muerto.

Estamos muriendo.

Estamos muriendo dispersos por los kilómetros y kilómetros del puerto, mezclados con los humanos, apartados de la unidad de la hermandad.

—Ponte el casco —le digo a Nero sin volverme hacia él—. No dejes que los humanos te vean así.

Con lágrimas en los ojos, nuestro sanador hace lo que le ordeno. La lista de vidas perdidas se transmite desde la pantalla que lleva en la muñeca a las lecturas retinales. Oigo cómo suspira temblorosamente por el comunicador.

—Anastus ha muerto —dice, añadiendo otro nombre a la lista de los que habían perecido antes.

Me inclino hacia adelante, con el fuerte viento golpeando en la superficie de mi armadura y tirando de mis pergaminos y mi tabardo. Nos encontramos a varios cientos de metros de altura, preparados para descender sobre las bestias en tierra. Las turbinas de la Thunderhawk disminuyen la intensidad de su rugido mientras reducen la velocidad.

El puerto a nuestros pies ya está en ruinas. Arde, negro y gris, ámbar y naranja, haciendo que el paisaje desde el cielo contaminado sea como mirar directamente a la boca de algún dragón mítico. Unos golpes atronadores indican el encallamiento de más sumergibles o que nuestros propios almacenes de municiones están en llamas.

—Helsreach caerá esta noche —dice Bastilan, dando voz a algo que debemos de estar pensando todos. En más de un siglo que llevo luchando a su lado, jamás le había oído decir algo así—. Y no me mientas, Grimaldus —dice, compartiendo el espacio de la compuerta conmigo—. Reserva tus palabras para los demás, hermano.

A él le permito que me hable con esa confianza.

Pero se equivoca.

—Ésta noche no —afirmo, y él no aparta la mirada de la calavera que cubre mi cara—. Les juré a los humanos que cuando el sol saliera, la ciudad seguiría siendo nuestra. Y no tengo intenciones de romper esa promesa. Y tú, hermano, me ayudarás a mantenerla.

Bastilan aparta la mirada por fin. La cercanía de hace un momento se enfría rápido y nos distancia de nuevo.

—Como ordenes —asiente.

—Preparaos para saltar —advierto a los demás—. Nero, ¿estás preparado?

—¿Qué?

El apotecario baja su narthecium y retrae las sierras y las cuchillas quirúrgicas. Veo cómo los compartimentos vacíos para almacenar la semilla genética se esconden y se cierran bajo la suave chapa de su armadura.

—Te necesito, Nero. Nuestros hermanos te necesitan.

—No me des sermones, reclusiarca. Estoy preparado.

Los demás, Priamus especialmente, están prestando atención.

—Cador está muerto. Dos tercios de la cruzada Helsreach no sobrevivirán para ver el alba. Tú portarás su legado, hermano. El dolor tiene su momento. Ninguno de nosotros hemos sufrido jamás pérdidas semejantes, pero si te pierdes en tu tristeza, nos llevarás a la muerte a todos.

—¡He dicho que estoy preparado! ¿Por qué te diriges a mí en particular? ¡Lo más seguro es que Priamus haga que nos maten porque es incapaz de seguir las órdenes! Bastilan y Artarion no son ni la mitad de buenos luchadores que era Cador. ¿Y me señalas a mí como el más débil, como la grieta en la espada?

Apunto con mi pistola a su cabeza, la máscara de calavera blanca como símbolo de su pericia y de sus valiosas habilidades.

—La amargura se está apoderando de ti, hermano. Si sigues así, invadirá todo tu cuerpo hasta devorar tu corazón y tu alma, convirtiéndote en un montón de huesos vacíos. Cuando te digo que te centres y que luches con tus hermanos, respondes con palabras oscuras y con pensamientos traidores. De modo que voy a repetirte por última vez que te necesitamos. Y que tú nos necesitas a nosotros.

Nerovar sigue mirándome fijamente. Cuando aparta la mirada, no lo hace por sentirse derrotado ni por cobardía, sino avergonzado.

—Sí, reclusiarca. Perdonadme, hermanos. Tengo el ánimo desequilibrado y tenía la mente perdida.

—«Una mente sin propósito vagará por lugares oscuros» —cita Artarion. Es una frase de un filósofo humano que no reconozco.

—Tranquilo, Nero —gruñe Bastilan—. Cador era uno de los mejores del capítulo. Yo también lo echo de menos.

—Te perdono, Nerovar —dice Priamus, y yo le doy las gracias a través de un canal de voz privado por no haber hablado con sorna por una vez.

La Thunderhawk disminuye la velocidad. Los propulsores la mantienen en el aire mientras nos preparamos para saltar. A nuestro alrededor, repentinas explosiones decoran el cielo.

—¿Fuego antiaéreo? ¿Ya? —pregunta Artarion.

Si han encallado varios sumergibles con artillería tierra-aire o si se han apoderado de los cañones de defensa de la muralla es irrelevante. La cañonera se balancea violentamente y tiembla cuando el casco blindado recibe su primer impacto. Están disparando a través del humo, siguiendo a las cañoneras con métodos primitivos que son aparentemente lo bastante efectivos como para funcionar.

—Se acercan misiles —nos comunica el piloto. La cañonera reinicia su avance—. Decenas de ellos. Están demasiado cerca como para esquivarlos. Saltad ahora o moriréis conmigo.

Priamus salta. Artarion lo sigue. Nero y Bastilan lo hacen después, lanzándose desde la cámara estanca.

El piloto, Troven, no es un guerrero al que conozca bien. No puedo juzgar su temperamento como lo hago con mis hermanos. Sólo puedo decir que es un templario, con todo el valor, el orgullo y la resolución que implica ese honor.

Si se tratara de un humano, consideraría ese comportamiento como cabezonería.

—No hay necesidad de morir aquí —le digo tras entrar en la cabina de mando. No tengo ni idea de si tengo razón al decir algo así, pero si esta esperanza puede convertirse en realidad, pienso intentar que sea ahora.

—¿Reclusiarca?

Troven ha decidido controlar la Thunderhawk mediante maniobras de evasión en lugar de soltarse del asiento del piloto e intentar saltar de la cañonera. Ambas elecciones tienen muchas probabilidades de fracasar. Pero creo que ha escogido la incorrecta.

—Suéltate ahora mismo —digo, levantándolo del asiento y arrancando los cables de alimentación de los puertos de conexión de su armadura.

El empieza a sufrir espasmos por la respuesta eléctrica de una desconexión fallida e insegura. La mitad de su percepción sensorial y de su consciencia siguen ligadas al espíritu máquina de la cañonera. Sus protestas se ven reducidas a un incomprensible conjunto de gruñidos de dolor mientras la alimentación de su armadura se recupera y el vínculo con los sistemas de la cañonera se debilita.

La Thunderhawk se inclina y cae en picado desde el cielo con los motores apagados. Las náuseas desaparecen tan pronto como aparecen, controladas por los órganos genéticamente modificados que sustituyen a mis ojos y mis oídos humanos. Los compensadores genéticos de Troven tardan un poco más en adaptarse a causa de la desorientación provocada por la conexión cortada. Oigo cómo gruñe a través de sus altavoces, tragándose la bilis.

La caída libre retrasará el impacto de los misiles. Espero.

En este estado de debilidad, es fácil arrastrar al piloto desde la cabina de mando hasta la compuerta abierta. El cielo gira a medida que la cañonera desciende. Paso a paso, mis botas se adhieren magnéticamente al suelo de hierro, evitando que la mortal caída en espiral nos lance rodando por la cabina.

Cuando llego a la compuerta, mi pantalla muestra el cielo dando vueltas. Pulso con la mirada la runa de las espadas cruzadas que parpadea en el centro. El indicador de propulsión inunda mis retinas, y el retroreactor que llevo a la espalda cobra vida.

—Vas a matarnos a los dos —dice Troven casi riéndose.

No les dedico más de dos segundos de mi pensamiento a los dos servidores que forman parte de la tripulación de vuelo.

—Agárrate —es todo lo que tengo tiempo de decir. El mundo a nuestro alrededor

se transforma en metal recortado y en fuego aullante.

Una vez que los ruidos desaparecieron y el aire se cargó con el polvoriento y familiar olor de la cordita, Jurisian volvió a ponerse de pie.

La zona inmediata estaba iluminada por las destellantes chispas y las llamaradas de energía que salían de su servobrazo averiado y de su armadura destrozada. Los chispazos del metal herido eran lo bastante luminosos como para dejar violentas manchas en sus sensibles lentes oculares. Jurisian desconectó los filtros con una orden verbal, y restauró su modo de visión estándar.

Un lamento de dolor emergió de sus altavoces como un fuerte crujido. Incluso sin nadie cerca para oírlo, le avergonzaba oír su voz así. Hablaría con el reclusiarca y haría penitencia cuando... Bueno, no habría ningún «cuando». Jamás ganarían aquella guerra.

Las pantallas retínales mostraban el sombrío detalle de los daños sufridos en sus componentes biológicos y mecánicos internos. El señor de la forja dedicó varios segundos a examinar las parpadeantes runas de advertencia que indicaban escapes de vital hemoplasma oxigenado en áreas cercanas a varios órganos. Jurisian sintió que una sonrisa se apoderaba de su rostro a medida que su mente dolorida daba una explicación mucho más humana.

«Estoy sangrando».

Apenas le importaba. No eran daños terminales, ni para sus componentes orgánicos ni para sus modificaciones augméticas. Dio un paso hacia adelante, aplastando bajo su pie uno de los muchos brazos espada que el guardián había blandido al cargar contra él sólo unos minutos antes.

Yacía en un inmóvil reposo, y sus generadores de energía internos disminuyeron de velocidad hasta quedar en silencio. Una vez muerto, la verdad se reveló con una claridad casi melancólica. El guardián no era más que una sombra de lo que había pretendido ser.

En realidad, la criatura habría sido un rival digno para la mayoría de intrusos, ya fuesen alienígenas o humanos. Pero su túnica se había abierto y mostraba la decrepita verdad que había intentado ocultar. Lo que en su día había sido un fornido tecnoguardia del Mechanicum se revelaba ahora como poco más que un anciano, un mago degradado, carente desde hacía mucho tiempo de las provisiones que necesitaba para mantenerse. Había sido humano. Y, en una etapa posterior a aquélla, había sido un poderoso centinela del Mechanicum que había custodiado el más preciado de sus secretos.

El tiempo le había arrebatado muchas cosas.

El viejo guardián había saltado contra Jurisian, y sus afiladas extremidades habían cobrado vida, apuñalando y cortando unidas a flagelantes mecadendritas.

Los servobrazos del caballero habían devuelto el ataque, más despacio, más pesados, infligiendo importantes y perdurables daños, a diferencia de los rasguños y los cortes propinados por el guardián. Para cuando el centinela amputó una de las extremidades mecánicas del caballero, el bólter de Jurisian ya estaba asestando disparo tras disparo en el torso del guardián, haciendo estallar sus sistemas vitales y reventando los órganos vitales que todavía conservaba. De su cuerpo brotaron los líquidos de suspensión y los lubricantes químicos sustitutivos de la sangre, que ya había dejado de fluir por su cuerpo.

Un agudo dolor le recordaba los momentos en los que el guardián había atravesado la armadura de ceramita de Jurisian. Todavía recordaba su entrenamiento, y apuntaba a sus articulaciones y a los puntos débiles de su armadura, pero cada vez que intentaba hacerle un corte, sus esfuerzos se veían frustrados por las placas personalizadas que Jurisian había modificado por sí mismo hacía mucho tiempo en la superficie de Marte.

Se levantó una vez que su rival hubo caído. Dañado, pero orgulloso. Apenado, pero con ferviente convicción.

Ya había olvidado a la criatura, al centinela que había estado tan cerca de acabar con su vida. Las interferencias habían cesado.

Jurisian miró hacia la oscuridad de la colosal cámara y se convirtió en el primer ser vivo en más de quinientos años en ver a *Oberon*, el *Ordinatus Armageddon*.

—Grimaldus —susurró por el comunicador—. Es verdad. Es la lanza sagrada del Dios Máquina.

Los reactores se activaron con una potencia desesperada deteniendo su delirante descenso. El frenazo fue brutal. Sin las fibras musculares de su armadura, el cuello de Grimaldus se habría partido tan pronto como los propulsores se encendieron para estabilizarlos a ambos.

Todavía caían demasiado de prisa, incluso a pesar del calor y del aullido de los motores del retroreactor.

—Recibido, Jurisian —respondió el reclusiarca.

«No podía haber elegido peor momento».

Grimaldus gruñó a causa del peso de la armadura de Troven. Su pistola colgaba de la cadena que la unía a su muñeca, mientras que él agarraba el avambrado del otro caballero. Troven, a su vez, pendía en el aire, cogido a la muñeca de Grimaldus. Sus tabardos golpeaban contra sus armaduras atrapados en el viento.

Con los indicadores retínales parpadeando en rojo escarlata, el reclusiarca y el piloto descendían hacia la atmósfera de humo negro que cubría el puerto. Antes de que su visión se oscureciera por completo, Grimaldus vio cómo Troven estiraba su mano libre y extraía el gladius envainado en su muslo.

Las interferencias aumentaron considerablemente a causa del caos que había a su alrededor, pero la voz de Bastilan, teñida de un feroz entusiasmo, logró atravesar la distorsión.

—Hemos visto eso, reclusiarca. ¡Por la sangre de Dorn! Todos lo hemos visto.

—Entonces es que no estáis centrados en la batalla, y tendréis que hacer penitencia por ello.

Grimaldus tensó los músculos, cortando la propulsión justo en el instante antes de golpear el suelo con un inmenso ímpetu. Los dos caballeros resbalaron por la superficie del rococemento del puerto, levantando chispas con el roce de su armadura contra el suelo.

Cuando ambos recuperaban el equilibrio, las abultadas siluetas de las bestias alienígenas se distinguieron a través del humo que los rodeaba.

—¡Por Dorn y por el Emperador! —gritó Troven, y agarró su arma, que colgaba a su costado unida a la armadura por las cadenas rituales.

Grimaldus repitió los gritos de Troven mientras se lanzaba contra el enemigo.

Si el puerto podía salvase, por el Trono que se salvaría.



DIECISÉIS

CAMBIO DE TORNAS

Un ala de cazas los sobrevolaba a gran velocidad. Sus motores dejaban un reguero de humo en un cielo cada vez más oscuro. Persiguiéndola, las naves alienígenas traqueteaban tras ellas, disparando proyectiles trazadores inútilmente a través de las nubes mientras intentaban derribar a los cazas imperiales de vuelta a una de las pocas pistas de aterrizaje todavía útiles de la ciudad.

Bajo la persecución aérea, Helsreach ardía. Avenida tras avenida, callejón tras callejón, los invasores inundaban las calles desde el distrito del puerto, ganando terreno con la muerte de cada defensor.

En las zonas en las que la lucha era más feroz, las comunicaciones eran un lío continuamente interrumpido y poco fiable de señales que atravesaban las interferencias. Los imperiales se habían replegado durante la noche, sector tras sector, dejando las vías públicas cubiertas con sus muertos. La ciudad añadió nuevos efluvios a su hedor a sulfuro y agua salada. Ahora, Helsreach había empezado a oler a sangre y a llamas, a cien mil vidas que habían acabado bajo el fuego entre un amanecer y al anochecer. Los poetas de la era impía de la Antigua Terra habían escrito sobre una vida de castigo después de la muerte, un infierno bajo la superficie del planeta. De haber existido ese reino, habría olido igual que aquella ciudad industrial, que moría entre las llamas en Armageddon Secundus.

En unas catacumbas bajo el suelo, los ciudadanos de Helsreach permanecían a salvo de la matanza de la superficie. Estaban apiñados en la oscuridad, escuchando el irregular sonido de las fábricas, los talleres, los tanques y los almacenes de municiones que explotaban. Aunque las paredes de los refugios subterráneos vibraban con los temblores que atravesaban el suelo, los estallidos y los impactos de

la superficie resonaban como truenos, y muchos padres les decían a sus hijos pequeños que no era más que una violenta tormenta.

En el mundo asediado, las ciudades sitiadas se veían desde órbita como parches negros que cubrían la superficie del planeta. Cuando el asalto planetario llegó a su segundo mes, la atmósfera de Armageddon se estaba volviendo densa y ácida por el humo de las colmenas en llamas.

Helsreach ya no parecía una ciudad. Con el sitio del puerto habían empezado a arder los últimos sectores que quedaban libres, envolviendo a la ciudad en una negra cortina de humo a causa del incendio de las refinerías.

La columna vertebral de la colmena, la carretera de Hel, se había convertido en una serpiente herida que atravesaba la ciudad. Su piel estaba manchada con parches de luz y de oscuridad: blanca y gris en las zonas donde la lucha había cesado, dejando a su paso cementerios de tanques silenciosos, y ennegrecida en las zonas donde el conflicto todavía era encarnizado y donde el puño acorazado de la Legión de Acero se enfrentaba a los tanques de chatarra de las bestias invasoras.

Las murallas de la ciudad estaban a medio derrumbar en lo que parecía una especie de ruina arqueológica. La mitad de la colmena se había entregado, abandonada al inerte silencio de la derrota. La otra mitad, defendida por unas fuerzas imperiales que se iban reduciendo a cada hora que pasaba, estaba enzarzada en la batalla.

Y así amaneció el trigésimo séptimo día.

—¡Eh! ¡Nada de dormir!

Andrej le propinó una patada a Maghernus en la espinilla, obligando al capitán portuario a despertarse.

—Creo que vamos a tener que avanzar pronto. No hay tiempo para dormir.

Tomaz se limpió la pegajosidad de cansancio de los ojos. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado dormido. Los dos hombres estaban agachados tras unos contenedores apilados en un almacén con los otros nueve que quedaban con vida del grupo de Maghernus. El capitán los miró a la cara a todos ellos de uno en uno, y casi no pudo reconocer a ninguno. Un solo día de guerra los había envejecido muchísimo, y les había regalado unos ojos hundidos y una piel ennegrecida de hollín que resaltaba las arrugas de sus rostros de mediana edad.

—¿Adonde vamos? —susurró Maghernus en respuesta.

El soldado de las tropas de asalto se había quitado las gafas para limpiarse los doloridos ojos. No habían dormido, y apenas habían dejado de luchar en más de veinticuatro horas.

—Mi capitán desea que avancemos hacia el oeste. Hay refugios civiles allí.

Uno de los hombres carraspeó y escupió en el suelo. Tenía los ojos rojos e

inyectados en sangre. Andrej no lo menospreció en ningún momento por haber estado llorando.

—¿Al oeste? —preguntó el hombre.

—Al oeste —confirmó Andrej—. Son órdenes de mi capitán, y es lo que haremos.

—Pero las bestias ya están allí. Las hemos visto.

—No he dicho que la orden fuera lo que yo deseaba hacer con mis años de retiro. He dicho que es una orden, y nosotros vamos a obedecer órdenes.

—Pero si los alienígenas ya están allí... —intervino otro trabajador, llevando al límite la paciencia de Andrej.

—Entonces estaremos tras las líneas enemigas y veremos a muchos civiles muertos porque habremos tardado demasiado en ir a salvarlos. ¡Por el Trono! ¿Creéis que tengo respuestas para todos vosotros? No las tengo. No tengo buenas noticias, ni para vosotros ni para nadie. Pero mi capitán nos ha ordenado que vayamos allí y eso es lo que vamos a hacer. ¿Entendido? Bien.

Aquello funcionó. Los cansados ojos de los hombres recuperaron mínimamente la claridad.

—Hagámoslo, entonces —dijo Maghernus. Las rodillas le crujieron mientras se ponía de pie. Se sorprendió de ser todavía capaz de levantarse—. ¡Por la sangre del Emperador! Nunca me había dolido tanto el cuerpo.

—No entiendo de qué te quejas —dijo el soldado de las tropas de asalto mientras se ajustaba de nuevo las gafas con una sonrisa—. Has trabajado durante turnos interminables en este puerto. Esto no debe de ser más cansado que aquello.

—Sí —gruñó otro de los hombres—, pero entonces nos pagaban.

Riendo en silencio, el equipo salió de nuevo hacia el puerto.

El brazo herido del coronel Sarren estaba bien sujeto en un cabestrillo improvisado. Lo que más le fastidiaba era no poder señalar con su brazo derecho la pantalla hololítica, pero aquél era el precio que tenía que pagar por ser tan estúpido como para abandonar el *Guerrero Gris* en territorio hostil. Considerando las circunstancias, un poco de metralla en el brazo era lo menos grave que le podía haber pasado. El equipo de francotiradores enemigos había matado a cuatro miembros de mando de su Baneblade mientras salían del tanque para respirar un poco de necesitado aire fresco después de incontables horas inhalando los fétidos gases reciclados de las depuradoras de filtración internas.

Otro sector despejado, sólo para volver a ser parasitado de nuevo por aquellas bestias carroñeras unas horas después.

En los confines de la cámara de mando principal del tanque, Sarren estaba sentado sobre su gastado trono, dejando que la tensión abandonase su cuerpo e

intentando olvidar la fuente de intenso dolor de lo que había sido un brazo totalmente normal una hora antes. El matasanos, Jerth, ya le había recomendado la amputación tras mencionar los riesgos de infección a causa de la metralla contaminada y las probabilidades de que la extremidad jamás recuperase su plena capacidad.

Malditos cirujanos. Siempre dispuestos a injertar alguna pieza biónica barata que haría ruido cada vez que moviera un músculo y que se agarrotaría a causa de sus componentes de baja calidad. Sarren conocía la augmética de la Guardia, y era muy distinta a las modificaciones que podían permitirse los multimillonarios.

Ahora miraba hacia la mesa hololítica, observando cómo los imperiales iban perdiendo el control con una agonizante y desesperada lentitud. Al ver las parpadeantes runas del regimiento y los símbolos de localización, era difícil trasladar la visión esquemática a la atroz lucha que realmente estaba teniendo lugar.

Cada vez llegaban más unidades de infantería de la Legión de Acero al puerto, pero era como intentar contener el mar con un cubo. La Guardia enviada allí no hizo más que reforzar la retirada general. Recuperar terreno era una distante quimera.

—¿Señor? —lo llamó el oficial de comunicaciones.

Sarren lo miró, despertando de su estado de ensueño, sin ser consciente de que el hombre había estado intentando obtener su atención durante casi un minuto.

—¿Qué?

—Noticias desde órbita. La flota imperial vuelve a entrar en combate.

Sarren hizo la señal del águila, o al menos lo intentó, y acabó gruñendo de dolor al intentar mover su brazo en cabestrillo. Con una mano, se limitó a reproducir una sola ala del águila imperial.

—Recibido. Que el Emperador los ampare.

Tras este breve reconocimiento, volvió a observar el despliegue de sus fuerzas por toda la ciudad. A su alrededor, la tripulación del tanque trabajaba en sus puestos.

La flota imperial volvía a entrar en combate.

Otra vez.

Cada pocos días se oía la misma historia. La flota conjunta de los astartes y de la Armada salía de la disformidad cerca del planeta y se lanzaban contra las naves orkas que rodeaban el mundo asediado. La lucha duraba varias horas, durante las cuales ambas partes infligían terribles pérdidas a sus rivales, pero los imperiales acababan viéndose inevitablemente obligados a retirarse debido a la ingente oposición.

Una vez de vuelta a la seguridad de un sistema cercano, se reagrupaban, bajo el mando del almirante Parol y el gran mariscal Helbrecht, y se preparaban para otro asalto. Era un ataque rotundo y rudimentariamente efectivo. En una guerra de tal magnitud, había poca cabida para el refinamiento. Sarren entendía la táctica que se estaba siguiendo: golpes de lanza en el corazón de la flota enemiga, desangrarlos todo lo que fuera posible antes de volver a un lugar seguro. Era algo necesario; una guerra

de desgaste.

También era poco inspirador. Las ciudades colmena estaban al límite. Si no recibían refuerzos durante las próximas semanas, muchas de ellas caerían irremisiblemente. Las escasas transmisiones desde Tartarus, Inferus y Acheron eran cada vez más desalentadoras, al igual que los informes que Sarren les enviaba sobre Helsreach.

Si no recibían...

—¿Señor?

Sarren miró a su derecha, donde el oficial estaba sentado frente a su consola. El hombre sostenía los auriculares contra el oído con una mano. Parecía pálido.

—Una señal de emergencia desde el *Serpentiforme*, en órbita. Solicita el cese inmediato de toda la artillería antiaérea en el distrito del puerto.

Sarren se inclinó hacia adelante en su asiento. Apenas había artillería antiaérea en el puerto, pero ésa no era la cuestión.

—¿Cómo has dicho?

—El *Serpentiforme*, el crucero de asalto astartes, señor. Solicita...

—¡Por el Trono! ¡Envía la orden! ¡Envía la orden! ¡Desactivad todas las torretas antiaéreas que queden en el distrito del puerto!

A su alrededor, la tripulación del tanque guardaba silencio. Esperando, observando.

Sarren suspiró una única palabra, casi con miedo de que darle voz acabara con la posibilidad de que fuese verdad.

—Refuerzos...

Una nave.

La *Serpentiforme*.

De color verde mar y negro carbón, se lanzó como un dragón de leyenda entre la flota enemiga mientras el resto de las naves imperiales cargaban contra los invasores orkos rompiendo el anillo de cruceros alienígenas que rodeaban el planeta.

Una nave consiguió atravesar la barrera enemiga, recibiendo impactos de fuego alienígena, con los escudos crepitando averiados y con el casco incendiado. El *Serpentiforme* no había venido a luchar. A medida que la nave astartes traspasaba la atmósfera superior, las cápsulas de desembarco y las Thunderhawk emergían de su vientre acorazado, descendiendo a toda velocidad hacia el mundo que tenían debajo.

Una vez cumplido su deber, el *Serpentiforme* regresó a la lucha. Su capitán apretaba los dientes al ver la infinita lista de daños que pronosticaban la muerte de su adorada nave, pero no sentía vergüenza de morir llevando a cabo una misión tan vital. Había actuado bajo las órdenes de la máxima autoridad, un guerrero en la superficie cuyas hazañas estaban inscritas en un centenar de anales de la gloria imperial. Ése

guerrero había exigido que se corriese aquel riesgo, y que debían enviar refuerzos a Armageddon sin importar las escasas probabilidades de sobrevivir en el intento.

Su nombre era Tu'Shan, señor de los Nacidos del Fuego, y el *Serpentiforme* cumplió su voluntad.

El final del *Serpentiforme* jamás llegó. Una negra figura eclipsó a los barrigudos destructores orkos que estaban reduciendo la nave astartes a pedazos. Otra nave, una bastante más grande, aplastó a los atacantes alienígenas hasta convertirlos en escombros con una sobrecogedora andanada, lo que proporcionó al crucero los valiosísimos momentos que necesitaba para escapar del golpe que le habían lanzado por segunda vez.

Una vez a salvo, el capitán del *Serpentiforme* suspiró una oración y dio unas indicaciones al oficial de comunicaciones.

—Contacta con el *Cruzado Eterno* —dijo—. Dale nuestro más sincero agradecimiento de parte de nuestro capítulo.

La respuesta del *Cruzado Eterno* llegó casi inmediatamente. La adusta voz del gran mariscal Helbrecht resonó por todo el puente de mando de la nave.

—Son los Templarios Negros los que os están agradecidos a vosotros, Salamandras.

Las bestias han conseguido reventar otro de los refugios civiles sobre la superficie.

Como la sangre que brota de una herida, los humanos inundan las calles a través de la pared derruida. Cuando las opciones son morir encogiéndose o morir huyendo hacia un lugar seguro que es posible que no exista, cualquier humano puede ser perdonado por dejarse vencer por el pánico. Me repito esto mientras los observo morir, y hago todo lo posible para no juzgarlos, para mantenerlos en los elevados estándares del honor que yo exigiría de mis hermanos. Son sólo humanos. La repugnancia que siento hacia ellos es injusta e injustificada. Pero no puedo evitarlo.

A medida que mueren, familias y almas de todas las edades, chillan como cerdos desangrándose.

Ésta guerra es venenosa. Atrapado aquí, alejado de mi capítulo, mi mente resuena con oscuros prejuicios. Se está haciendo duro aceptar que debo morir para que esta gente viva.

—¡Atacad! —les grito a mis hermanos, y mi voz apenas se oye por encima del ruido del motor. Juntos, saltamos del transporte Rhino en movimiento y cargamos contra la retaguardia enemiga.

Mi crozius asciende y desciende como lo ha hecho diez mil veces durante el último mes. El águila de adamantio canta mientras atraviesa el aire. Resplandece con la energía liberada cuando entra en contacto con la carne y la armadura del enemigo. La esfera incandescente incrustada en el pomo emana incienso sagrado con una gris

neblina, como las volutas de humo que revolotean entre todos nosotros, amigos y enemigos.

El cansancio desaparece. Los rencores se desvanecen. El odio es el mejor purificador, la emoción más sincera que supera a todas las demás. La sangre, hedionda e inhumana, salpica mi armadura con chorros descoloridos. Cuando mancha la cruz negra que llevo sobre el pecho, la repugnancia llamea renovada.

La maza del crozius acaba con otra vida alienígena. Y con otra. Mi mentor, el gran Mordred el Negro, empuñó esta arma contra los enemigos de la humanidad durante casi cuatro siglos. Me revuelve las tripas pensar que es posible que jamás sea recuperada. Como nuestra armadura. O nuestra semilla genética. ¿Qué legado vamos a dejar cuando el último de nosotros caiga bajo las asquerosas hojas de estas bestias?

Uno de ellos me ruge en la cara y salpica mi visera con su impura saliva. Menos de un segundo después, mi crozius aplasta sus facciones, silenciando cualquier patético desafío alienígena al que se suponía que estaba respondiendo.

Mi corazón secundario se ha unido al primario. Siento como palpitan en armonía, pero no al unísono. Mi corazón humano late como un tambor tribal, rápido y ansioso. Hermanándolo, en el interior de mi pecho, mi corazón genético lo acompaña con un lento y pesado bombeo sordo.

Los orkos trepan unos sobre otros en su frenética ansia por llegar hasta nosotros. Montones de chatarra que no tienen derecho a funcionar como armas escupen proyectiles sólidos que rebotan contra nuestra armadura. Los disparos van levantando cada vez más capas de pintura en las placas de ceramita, pero no logran derramar la sagrada sangre de Dorn.

Finalmente, reconocen la amenaza que representamos. Los alienígenas abandonan la gratuita matanza de los civiles que siguen saliendo de la pared derribada. La masa de bestias que inunda la calle se ha vuelto hacia una presa más tentadora: nosotros.

Nuestro estandarte cae.

El grito de dolor de Artarion llega a través del comunicador como un rugido distorsionado, pero oigo su voz por debajo de las interferencias.

Priamus llega junto a él antes de que al resto nos dé tiempo a reaccionar. ¡Por el Trono que sabe luchar! Su espada embiste y hiende, y cada gesto que hace supone un golpe mortal.

—¡Levántate! —le ruge a Artarion sin pararse a mirarlo.

Yo golpeo con la máscara de mi casco la ladradora mandíbula del alienígena que tengo delante destrozándole todas las hileras de dientes. Mientras cae de espaldas, mi crozius lo golpea en la garganta y lanza su cadáver al suelo.

El estandarte vuelve a levantarse, aunque Artarion se sostiene sólo sobre su pierna izquierda. Tiene la derecha destrozada. Una lanza alienígena le ha atravesado el muslo. Maldigo el hecho de que estas bestias tengan la fuerza suficiente como para

atravesar una armadura astartes.

Otro gruñido distorsionado me indica que Artarion ha conseguido sacarse la lanza. No tengo tiempo de pararme a ver cómo se recupera. Nuevas bestias chillan ante mí, una retorcida muralla de vomitiva carne jade.

—Estamos perdiendo la carretera —gruñe Bastilan, y su voz apenas es audible por el sonido de las armas que chocan contra su armadura—. Somos seis contra toda una legión.

—Cinco —lo corrige Nerovar con voz tensa mientras lucha con su pesada sierra a dos manos atravesando a las bestias, carente de la maestría de Priamus pero sí con la misma furia—. Cador está muerto.

—Disculpa, hermano —se excusa Bastilan mientras lanza una ráfaga de fuego bólter a quemarropa—, ha sido un error.

Por delante, nuestros objetivos, tres tanques de chatarra que hace tiempo que dejaron de parecerse a los originales de la Guardia Imperial, continúan disparando hacia el refugio. Éstos edificios carecen de la seguridad que ofrecen los búnkeres subterráneos, ya que no son refugios de evacuación civil. Cada una de estas achaparradas bóvedas alberga a un millar de personas, y están diseñadas para resistir las violentas tormentas de arena y los ciclones tropicales típicos de la costa ecuatorial, no para soportar los bombardeos de las unidades blindadas enemigas. Los habían enviado allí porque no había otro sitio adonde ir, ya que la ciudad había crecido más allá de su capacidad para refugiar a todos los ciudadanos bajo tierra.

Las bestias nos conocen bien. Quieren arrastrar a las fuerzas de la ciudad a una lucha enfebrecida, de modo que se lanzan contra nuestros indefensos civiles con repugnante astucia, sabiendo que haremos todo lo posible por defender estos emplazamientos por encima de cualquier otro.

Qué fácil resulta despreciarlos.

—Gnnh —se oye a Nerovar a través del comunicador con voz húmeda y deformada por el dolor.

Aparto el cadáver del alienígena que tengo más cerca y acudo a su lado, lanzando golpes de maza incesantemente mientras nuestro apotecario se esfuerza por volver a levantarse.

No lo consigue. Las bestias lo han hecho caer de rodillas.

—Gnnnnnh. No sale —gruñe. Sus manos agarran débilmente el hacha que le han clavado en el estómago. Sus guanteletes acarician sin fuerza el mango sin conseguir sujetarlo. La sangre que sale de la hendidura en su armadura tiñe su tabardo de escarlata—. No puedo hacerlo.

—¡En el nombre del Emperador! —mi reprimenda emerge como un leve rugido—. ¡Levántate y lucha o moriremos todos!

Nerovar, herido y boca abajo, se convierte en un imán para las criaturas,

desesperadas por asestar el golpe mortal a uno de los caballeros del Emperador.

Mi crozius mata a una de ellas. Un golpe en el esternón envía a otra tambaleándose hacia atrás lo suficiente como para que pueda estampar la maza sobre su cabeza. Una tercera muere bajo el fuego de plasma, y cae convertida en un borrón de llamas incandescentes. Las cenizas, lo único que queda del desgraciado alienígena, ciegan los ojos de sus brutales camaradas.

Son demasiados.

Incluso para nosotros, esto es demasiado.

Por un instante veo como las familias humanas huyen en todas direcciones por las calles incendiadas, libres de escapar mientras la horda centra toda su furia sobre nosotros. Varios de los civiles mueren bajo el fuego lateral de los tanques de chatarra, pero la mayoría sobreviven, aunque sólo sea para correr a ciegas hacia el inseguro laberinto de su moribunda ciudad. Antes de esta guerra, jamás habría considerado algo semejante como una victoria.

Con un grito a medias entre la ira y el dolor, Nero se extrae el hacha del abdomen. Todo el alivio que siento desaparece al instante, ya que no tiene tiempo de levantarse. Las bestias se abalanzan sobre nosotros.

—Veo a algunos caballeros —dijo Andrej. El anuncio vino seguido de un susurrado «maldita sea» y del zumbido de su rifle infernal activándose de nuevo.

El equipo de trabajadores portuarios mantenía la espalda pegada a las paredes bajas de la azotea, y sólo Andrej se asomaba de vez en cuando para mirar hacia la calle.

—Cargad los rifles y preparaos.

—¿Cuántos son? —preguntó Maghernus—. ¿Cuántos caballeros?

—Cuatro. No, cinco. Uno está herido. También veo a treinta enemigos, y tres tanques que en su día eran de la clase Lemman Russ. Pero basta de cháchara. Apuntad.

Los trabajadores portuarios obedecieron y apuntaron contra la refriega que estaba teniendo lugar más abajo.

—Apuntad bajo —dijo Maghernus a sus hombres, sacándole una silenciosa sonrisa a Andrej—. Apuntad a las piernas y a los torsos.

Nadie necesitaba que le dijeran que tuviese cuidado de no disparar a los templarios.

El soldado de las tropas de asalto fue el primero en disparar, y su brillante lanza de fuego láser fue la señal para que los demás lo siguieran. Los rifles láser disparaban en manos cada vez más seguras. Las lentes de enfoque ardían a medida que lanzaban su energía letal contra las calles. El desgarrador fuego láser impactaba contra los hombros, las piernas, las espaldas y los brazos, y los imperiales consiguieron lanzar tres descargas antes de que las bestias apartasen su sedienta atención de los caballeros

y devolviesen los disparos a los hombres apostados en la azotea del almacén.

—¡Agachaos! —ordenó Andrej a los demás.

Los trabajadores obedecieron y volvieron a ponerse a cubierto. El soldado de las tropas de asalto se cubrió un poco más, pero siguió en su puesto. Lanzó otro disparo, y otro, y atravesó el cráneo de dos alienígenas con tiros certeros.

A su alrededor, alrededor de todos ellos, el muro bajo en el que circundaba la azotea estaba siendo destruido por el fuego de los alienígenas supervivientes, pero no importaba. Los caballeros eran libres. Andrej se agachó por fin, tras ver a la figura de un templario con la armadura ahora más gris que negra a causa del desgaste de la batalla, apartar a tres atacantes de un golpe y aplastarlos con su monstruosa y crepitante reliquia martillo.

Su último acto antes de replegarse fue extraer su detonador y programarlo para estallar seis segundos después. Con un rugido de esfuerzo, Andrej lo lanzó a la calle, hacia los tanques. Explotó medio segundo después de golpear contra la torreta de plomo del tanque, decapitando al vehículo en un estallido de ruido y fuego.

Los Templarios podían encargarse de los otros dos.

—¡Atrás! —ordenó el soldado de asalto riendo—. ¡Al otro lado de la azotea!

—¿Qué demonios te hace tanta gracia? —le preguntó Jassel, uno de los trabajadores, mientras se alejaban agachados del borde que se desintegraba.

—No eran simples caballeros —dijo Andrej, y su voz estaba acompañada de una sincera sonrisa—. Acabamos de salvar al reclusiarca. Y ahora, rápido, rápido, a la calle de nuevo.

En la calma que vino después, en las calles reinaba una atmósfera entre serena y fúnebre. Ésta vez un guerrero muy diferente saludó a Maghernus. Aquélla inmensa figura no tenía nada que ver con la regia e impasible estatua que apenas dio importancia a su presencia con una leve inclinación de cabeza.

La armadura del reclusiarca seguía dándole dentera, su zumbido hacía que le llorasen los ojos si se quedaba demasiado cerca. Pero Maghernus sabía de máquinas, aunque no conociera los antiguos artefactos de la guerra, y sabía que aquella armadura tenía fallos. El ronroneo que en su momento había sido suave y furioso, poseía ahora un tono punzante, y unos chasquidos intermitentes indicaban que algo interno no funcionaba correctamente. Las articulaciones de la maltratada armadura ya no rugían al tensarse las fibras musculares, sino que gruñían como si se moviesen a regañadientes.

Cinco semanas. Cinco semanas de lucha, noche y día, llevando la misma armadura, y aquella última semana había tenido lugar el asalto más duro en el puerto. Era un milagro que siguiera funcionando.

Tenía el tabardo hecho jirones y manchado del gris verdoso de la sangre

alienígena. Los pergaminos que habían adornado los hombros del guerrero ya no estaban. Sólo las cadenas rotas indicaban que en algún momento habían estado allí. La armadura en sí seguía siendo impresionante con su violento potencial y su despersonalizada inhumanidad, pero mientras que antes de la guerra era del más oscuro de los negros, ahora la mayor parte de la negrura que conservaba se debía a las marcas de quemaduras, que la salpicaban como moratones y heridas de garras. Ahora que la pintura había desaparecido a causa de los cortes y de los disparos, gran parte de la chapa se revelaba en un tono gris apagado y sin lustre.

En cierto modo, presentaba la misma presencia poco elegante de un rifle o de un tanque producido en una de las fábricas de Armageddon: muy simple, pero eficazmente brutal.

Los demás templarios no tenían mejor aspecto. El que portaba el estandarte del reclusiarca exhibía daños similares a los de su líder. El estandarte en sí estaba destrozado, reducido a poco más que unos andrajos colgando de un mástil. El casco blanco apenas podía mantenerse en pie, sujetado por dos de los otros. La voz que emergió de la rejilla de su máscara fue una sorda y áspera tos.

Y en lugar de humanizarlos, en lugar de mostrar a los guerreros que había debajo de las ceremonias y el equipo de guerra, aquellos daños les robaban la poca personalidad que hubiese podido ser evidente ante los ojos humanos. ¿Cómo podía algún hombre, incluso aquellos creados en forjas genéticas en un mundo distante, soportar tanto castigo y sobrevivir? ¿Cómo podían estar ante otros de su misma especie y parecer tan distintos a ellos?

—Saludos, reclusiarca —dijo Andrej. El soldado portaba su rifle infernal, ahora descargado, apoyado sobre su hombro. Pensó que aquello le daría un aspecto desenfadado, y estaba en lo cierto. O al menos, eso les parecía a los trabajadores portuarios.

La voz de Grimaldus no bramó ni estalló, sino que sonó grave, sombría y adustamente arrastrada. Era fácil imaginarse a aquel hombre de nuevo a bordo de un gran buque de guerra gótico, dando un discurso a sus hermanos en el interminable helor del viaje por el vacío.

—Los Templarios Negros te dan las gracias, soldado de las tropas de asalto. Y a vosotros, trabajadores portuarios de Helsreach.

—Creo que llegamos en el momento oportuno —continuó Andrej, asintiendo levemente y mostrando la misma sonrisa de antes, demostrando que no le parecía nada extraordinario estar conversando con unos enormes guerreros inhumanos malheridos rodeados de cadáveres alienígenas—. Pero el puerto no pinta bien. Hace mucho que no recibo ninguna orden. De modo que os he visto, nobles caballeros, y me pregunto si podríais darme órdenes.

Hubo una pausa, pero no fue silenciosa. La ciudad nunca estaba en silencio,

siempre ofreciendo un coro de fondo de disparos y de estallidos de explosiones distantes.

—Todas las unidades deben acudir a los refugios. La Guardia, la milicia, los astartes. Todos.

—Incluso sin que nos lo indicase mi capitán, ése es el camino que hemos seguido. Pero hay algo más, señor.

—Habla. —Grimaldus había apartado la mirada, y la máscara plateada de calavera que le cubría el rostro miraba en dirección a un distrito comercial que ardía a varias calles de distancia.

—Uno de sus caballeros cayó en el puerto. Hemos escondido su cuerpo de los chacales enemigos. En su armadura estaba grabado el nombre de «Anastus».

El astartes de casco blanco intervino, y su voz emergió como la de un hombre que habla con la boca llena de gachas.

—Anastus murió anoche... mientras nos desplegábamos. Sus signos vitales desaparecieron rápido. Murió como un guerrero.

Grimaldus asintió, y su atención volvió a centrarse en los humanos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el reclusiarca al soldado de las tropas de asalto.

—Soldado Andrej, de la 703.^a División de las Tropas de Asalto de la Legión de Acero, señor.

—¿Y tú? —preguntó al siguiente hombre de la fila. Y así sucesivamente hasta llegar al último, a quien reconoció sin necesidad de preguntar—. Capitán portuario Tomaz Maghernus —gruñó el caballero finalmente—. Me alegro de verlo en el campo. Un valor como el suyo merece ser reconocido.

A Maghernus se le pusieron los pelos de punta, no de disgusto, sino de pura incomodidad. ¿Cómo se respondía a algo así? ¿Debía decir que se sentía honrado? ¿Admitir que le dolían todos los músculos del cuerpo y que se arrepentía de haberse prestado voluntario a aquella locura?

—Gracias, reclusiarca —logró decir.

—Recordaré vuestros nombres y vuestras hazañas en este día. Los de todos. Puede que Helsreach arda, pero esta guerra no está perdida. Cada uno de vuestros nombres aparecerá grabado en los pilares de piedra negra de la Sala de los Valientes a bordo del *Cruzado Eterno*.

Andrej asintió con la cabeza.

—Es un gran honor, reclusiarca, para mí y para todos estos valerosos caballeros que me acompañan. Pero si pudiera hablarle a mi capitán de esto, me alegraría todavía más.

El violento sonido emitido a través de los altavoces del reclusiarca fue como una mezcla entre un ladrido y un rugido. Maghernus tardó varios segundos en darse cuenta de que había sido una carcajada.

—Así lo haré, soldado Andrej. Te doy mi palabra.

—Espero que esto impresione también a una dama con la que tengo intenciones de casarme.

—Bien —se limitó a contestar Grimaldus, que no sabía cómo responder a aquello.

—Puede que sea demasiado optimista. Pero bueno, tengo que encontrarla primero. ¿Hacia dónde avanzamos, señor?

—Hacia el oeste. Hacia los refugios de Sulfa Comercia. Ésos perros alienígenas nos están provocando. —El reclusiarca señaló hacia el oeste con su inmenso martillo, cuyo escudo de energía estaba ahora desactivado. Entre los almacenes y las fábricas, las distantes cúpulas ardían.

—Los veo. Ya están en llamas.

Priamus no se volvió hacia donde miraban todos los demás. Su atención estaba dirigida un poco más alto, a los cielos cubiertos de niebla tóxica.

—¿Qué es eso? —dijo, señalando al cielo, a una bola de fuego que descendía—. No puede ser lo que parece.

—Lo es —respondió Grimaldus, incapaz de apartar la vista.

—¡Genial! —exclamó Andrej cuando varios objetos similares aparecieron, en dirección a la superficie, dejando un ardiente reguero como los cometas.

—¿Qué son? —preguntó Maghernus, sorprendido por los brincos del soldado de las tropas de asalto y la satisfacción de los caballeros.

—Cápsulas de desembarco —dijo el reclusiarca, y su máscara plateada se volvió ámbar con el reflejo de los cascos de los tanques que ardían allí cerca—. Cápsulas de desembarco astartes.



DIECISIETE

A LOS FUEGOS DE LA BATALLA, HACIA EL YUNQUE DE LA GUERRA.

El distrito de Sulfa Comercia había servido como bastión de las reservas de la milicia y como punto fuerte para las defensas antiaéreas del puerto.

Las pocas torretas que seguían sobre los edificios, tanto automáticas como manuales, estaban en silencio. A su alrededor, el distrito ardía. Sobre ellas, los cazas y los bombarderos orkos descargaban sus cargas explosivas con total imprecisión, sin apenas controlar dónde estaban las torretas de defensa operativas.

Sulfa Comercia, como centro comercial para el puerto occidental, que estaba siempre densamente poblado en tiempos de paz, albergaba una particularmente grande concentración de refugios contra las tormentas, la mayoría de los cuales ya habían sido destruidos por los orkos. El avance enemigo se había paralizado en esta sección de los astilleros, no a causa de la resistencia imperial, sino porque había demasiada sangre que derramar y mucho que destruir. Para dejar el área sin vida y convertida en auténticas ruinas, los alienígenas debían permanecer más tiempo allí, matando con feroz disfrute en sus salvajes ojos.

Cuando describía el asedio en un diario personal unos años después de la guerra, el comandante Lacus, de la 61.^a Legión de Acero lamentó la «increíble pérdida de vidas» que tuvo lugar en el puerto, citando la destrucción de Sulfa Comercia como «uno de los acontecimientos más sangrientos del asedio a Helsreach, que ningún hombre, ningún batallón de tanques y ninguna legión de titanes podría haber evitado».

La explanada comercial había perdido toda su anterior grandeza. Mientras que los almacenes eran menos evidentes aquí, las casas de las familias adineradas de

Helsreach también ardían, y aquellos ciudadanos que habían decidido permanecer en sus casas en lugar de esconderse en los refugios subterráneos municipales corrían el mismo destino que los civiles atrapados en los refugios para tormentas derribados. Los alienígenas arrasaban sin piedad, y ningún contingente de guardias domésticos, por muy bien entrenados que estuvieran, era capaz de defender las propiedades de sus señores contra la ola de xenos que invadía los distritos portuarios.

La defensa más notable, que había captado el espíritu de desafío de la maquinaria propagandística de la colmena, no fue, como se podría haber esperado, la que causó más daños al enemigo. La defensa privada que más daños causó, numéricamente hablando, fue la llevada a cabo por la guardia de la Casa Farwell, empleada durante siete generaciones por el noble linaje de los Farwell. Su larga supervivencia no era exactamente la historia para levantar los ánimos que el comisario Falkov y el coronel Sarren estaban buscando, ya que los miembros de la estimada Casa Farwell eran, en realidad, considerados unos cerdos decadentes según la opinión pública, y sus muchos descendientes conocían perfectamente el escándalo político, la investigación financiera y los rumores de comercio sumergido. En resumen, les fue tan bien en aquella guerra porque habían logrado hacerse ricos ilegalmente y poseían un ejército de seiscientos soldados a su entera disposición.

Un contingente que, según constaba en los informes imperiales, los Farwell se habían negado a prestar para la defensa del puerto o la milicia de la ciudad.

Tan considerable fuerza también fue su ruina. Cuando las filas de orkos se enteraron de que había un núcleo de defensa en la Casa Farwell, los alienígenas acudieron en masa y acabaron con la tenaz resistencia y, de paso, con el linaje.

La defensa más notable, según los archivos, fue muy distinta a este ejercicio de condenado egoísmo. La Casa Tarracine, con sólo cinco mercenarios extraplanetarios contratados para su protección, defendió su modesta propiedad mediante una serie de ataques de guerrilla y con trampas de seguridad automatizadas durante diecinueve horas. Aunque su hogar acabó siendo destruido por los invasores, siete miembros de la familia salieron ilesos en los días que siguieron a la batalla en el puerto, lo que los dejó en una posición relativamente fuerte para reconstruir la ciudad, y las cuatro hijas de lord Helius Tarracine fueron de repente perseguidas con gran vigor por otros descendientes de nobles linajes que se habían quedado sin fortuna.

En el refugio CC/46, uno de los pocos que siguió intacto durante el transcurso del segundo día, la aniquilación se evitó en el último momento.

La primera cápsula de desembarco descendió con la fuerza de un rayo e impactó contra la carretera que daba a las puertas principales de la cúpula del santuario. La multitud orka que había estado gritando en las calles se vio sumida en la confusión, y varias de las bestias fueron incineradas por el fuego de la cápsula o aplastadas bajo su descomunal peso.

Los laterales de la cápsula se abrieron repentinamente y se transformaron en rampas de descenso que pulverizaron a las bestias que se habían recuperado lo suficiente como para empezar a dar golpes de hacha contra el casco verde.

En el puerto aterrizaron varias cápsulas más, y su llegada fue un reflejo de la destrucción desencadenada por la primera.

Apuntando con los bólters y lanzando un disparo tras otro, y con los lanzallamas liberando su aliento de dragón en silbantes ráfagas de fuego químico, los Salamandras se unieron a sus hermanos Templarios Negros en la defensa de la colmena Helsreach.

—Somos un total de setenta —me dice. Siete escuadras.

Su nombre es V'reth, y es uno de los sargentos de la 6.^a Compañía de los Salamandras. Antes de que yo pueda contestar, dice algo tan humilde como inesperadamente respetuoso:

—Es un honor luchar a tu lado, reclusiarca Grimaldus.

Ésta confesión me desconcierta, y no estoy seguro de poder evitar la sorpresa en mi voz al responder.

—Los Templarios están en deuda con vosotros. Pero dime, hermano, ¿por qué habéis venido?

A nuestro alrededor, mis guerreros y los guerreros de V'reth merodean entre los muertos y los moribundos, y acaban con los orkos heridos rebanándoles con la espada sus expuestos gaznates. El soldado de las tropas de asalto y los trabajadores portuarios los imitan con las bayonetas de sus rifles.

V'reth desactiva los cierres de su casco y se lo quita. A pesar de haber servido con los Salamandras anteriormente, es difícil mirar a uno de los hijos de Nocturne y no sentir nada en absoluto. La semilla genética de su primarca reacciona ante la tremendamente radiactiva superficie de su mundo natal. La pigmentación de la piel de V'reth es negra como el carbón, como la de todos los guerreros que he visto de ese capítulo. Sus ojos carecen de pupilas y de iris. En su lugar, V'reth mira al mundo que nos rodea con unas esferas de color ámbar rojo, como si la sangre hubiese inundado sus cuencas y decolorado sus ojos en el proceso.

Su voz es una encarnación grave y auditiva de las ígneas rocas que dejan la superficie de su mundo natal oscura, yerma y gris. Es fácil ver que estos guerreros provienen de un mundo de ríos de lava y de cordilleras de montañas volcánicas que tiñen el cielo de negro.

—Éramos los últimos Salamandras en órbita. El señor de los Nacidos del Fuego nos ha llamado, y nosotros hemos obedecido.

El título me es familiar. He oído llamar a su señor del capítulo por ese nombre muchas veces.

—El señor Tu'Shan, que el Emperador siga guardándolo en su gloria, lucha muy lejos de aquí, hermano. Los Salamandras desangran al enemigo a muchas leguas al éste, y el río Hemlock está negro de sangre alienígena.

V'reth inclina la cabeza asintiendo solemnemente, y su roja mirada se eleva para posarse en la cúpula refugio al final de esta misma calle.

—Lo sé, y me alegra saber que mis hermanos luchan lo bastante bien como para ganarse esas palabras, reclusiarca. El señor de los Nacidos del Fuego está batallando junto a las máquinas de guerra de las legios Ignatum e Invigilata.

—Entonces responde a mi pregunta; el tiempo no está de nuestra parte. Helsreach arde. ¿Vais a quedaros? ¿Vais a luchar con nosotros?

—No nos quedaremos. No podemos quedarnos.

Contengo la ira que me invade a causa de la decepción, y el salamandra continúa:

—Somos setenta guerreros elegidos para aterrizar aquí y luchar con vosotros hasta que el puerto esté a salvo. Mi señor y comandante se ha enterado de la segura devastación que puede producirse con la caída de los distritos costeros de esta ciudad. Pocos mensajes llegan a los oídos de nuestros aliados en otras partes del mundo. Y pocos mensajes de ellos nos llegan a nosotros. Los Salamandras no eran ajenos a vuestra difícil situación, honorable reclusiarca. El comandante Tu'Shan está al corriente. Somos su espada, su voluntad, para garantizar la supervivencia de las almas más inocentes de la ciudad.

—Y después os marcharéis.

—Y después nos marcharemos. Nuestra lucha está en las orillas del Hemlock. Nuestra gloria está allí.

Éste gesto de por sí ya es suficiente para ganarse mi eterna gratitud. Por primera vez en décadas, la emoción me roba las palabras que deseo expresar. Esto es todo lo que necesitábamos. Esto es nuestra salvación.

«Ahora podemos hacerles daño».

Yo también me quito el casco, respirando por primera vez el sulfúrico aire de Helsreach en... semanas. Meses.

V'reth inhala profundamente haciendo lo mismo.

—Ésta ciudad —sonríe, y sus dientes blancos contrastan con los rasgos de ónice de su rostro— huele como nuestro hogar.

El viento caliente me resulta agradable. Le ofrezco la mano a V'reth, y él me agarra la muñeca, una alianza entre guerreros.

—Gracias —le digo, mirándolo a los ojos inhumanos.

—Si te necesitan en alguna otra parte —me dice, también mirándome a los ojos—, ve a hacer lo que tengas que hacer, honorable reclusiarca. Por ahora estamos contigo, y juntos evitaremos que este puerto caiga.

—Antes háblame de la guerra orbital. ¿Hay noticias del *Cruzado*?

—Sigue en punto muerto. Me entristece decirlo, pero es así. Derrotamos al enemigo, batalla tras batalla, pero es como lanzar fuego contra una roca. Es difícil debilitar a una fuerza tan numerosa. Pasarán semanas antes de que vuestro gran mariscal se atreva a llevar a cabo un ataque completo para reclamar los cielos. Es un guerrero sagaz. Mis hermanos y yo nos sentimos honrados de servir con él en la flota.

Escuchar sus palabras es como una forma de comunicación. Una conexión con la existencia más allá de las murallas derruidas de esta maldita ciudad. Insisto para que siga hablando:

—¿Y qué hay de la colmena Tempestus? ¿Han sufrido tanto como nosotros?

—Han caído. El enemigo les derrotó, y sus fuerzas se están replegando. Las últimas noticias recibidas por parte de una de las pocas estructuras de mando que todavía se mantiene decían que la ciudad estaba siendo abandonada, y que los supervivientes se estaban retirando por tierra para encontrarse con los regimientos de la Guardia que servían junto a mi señor y comandante.

Fuerzas de defensa y unidades de la Guardia dispersadas, atravesando cientos de kilómetros de páramo. Tal tenacidad era digna de admiración.

Éste mundo nunca se recuperará, eso está claro. La fatalidad no va conmigo, pero no tiene sentido vivir engañado. Nuestra lucha es un desafío, haciendo que nuestras vidas les salgan lo más caras posible. No estamos luchando para ganar, sino por puro resentimiento.

Éste Salamandra, por muy hermano que sea, tiene un destino más allá de esta ciudad. Cedo ante esa idea.

—Coordina la distribución de las escuadras con el sargento Bastilan. Centrad vuestros esfuerzos en los distritos occidentales, donde se encuentra el mayor número de refugios contra tormentas. Bastilan te proporcionará las frecuencias de voz necesarias para contactar con los soldados de las tropas de asalto que dirigen las defensas civiles. No esperes que las comunicaciones sean demasiado buenas. Muchas de las torres repetidoras han caído.

—Así será, reclusiarca.

—¡Por el Emperador! —digo, y suelto la muñeca de V'reth.

Su respuesta me sorprende y deja claro el único centro de atención de su capítulo.

—Por el Emperador —responde—, y por su gente.

Jurisian, señor de la forja y caballero del Emperador, echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse. Llevaba muchos años sin hacerlo, ya que no era un alma muy dada al humor. Sin embargo, lo que estaba viendo le resultó inmensamente divertido. De modo que se reía sin pretenderlo.

El sonido resonaba por la inmensa cámara contra las paredes de piedra recubiertas de metal y la gigantesca figura de adamantio que se alzaba cincuenta metros hacia la

oscuridad.

El *Ordinatus Armageddon*. *Oberon*.

El único sonido que se había oído en la cámara durante horas había sido el de la chapa recubierta de ceramita de la armadura de Jurisian tableteando y chirriando mientras se movía alrededor de aquella enorme arma.

Había dado vueltas alrededor de ella varias decenas de veces, contemplándola, escaneándola, absorbiendo cada detalle con sus propios ojos y con los sensores áuspex de la armadura.

Era, sin duda, la creación más hermosa que sus ojos augméticos hubiesen visto jamás.

Estéticamente tal vez no inspirase a poetas o a pintores. Pero eso no importaba. En lo que a poder se refería, sería el deseo de cualquier general del Imperio. Era un triunfo de diseño y de objetivo, un glorioso éxito en la búsqueda de la humanidad de poseer una gran capacidad de destruir a sus enemigos.

La magnífica arma consistía en una resistente base dividida en tres secciones que sostenía una plataforma de artillería sobre unos puntales. Sobre la plataforma se encontraba el arma en sí. Jurisian consideró cada una de las características de la máquina de guerra, que aguardaba silenciosa en su estado de desactivación.

Por delante, *Oberon* era tan ancho como dos voluminosos tanques de combate Land Raider uno junto a otro. Medía cincuenta metros de largo en total, lo que le proporcionaba la apariencia de un tren, largo y segmentado. Tenía el tamaño aproximado de un inmenso titán de batalla tumbado boca arriba.

La base de la máquina de guerra estaba dividida en tres secciones: la parte del casco, el módulo de control, que contaba con una cámara de mando blindada; la sección torácica, instalada sobre unos inmensos montantes de metal; y, por último, el segmento abdominal, que soportaba el mismo peso que la sección anterior. El volumen de cada una de estas secciones se veía aumentado por unos generadores de energía instalados en los laterales, protegidos tras unos paneles de chapa blindada. Jurisian sabía que aquellos eran los generadores de los suspensores gravitatorios. En el Imperio ya no se oía hablar de tecnología gravitatoria a semejante escala, excepto cuando se desplegaban máquinas de guerra de este calibre.

La particularidad de esos generadores los convertía en la cosa más valiosa de todo el planeta, sin excepciones.

Los montantes y puentes soportaban la colosal plataforma de artillería, que a su vez albergaba decenas de metros cuadrados de cápsulas de energía, cámaras de fusión y generadores de campo magnético. Era como si se hubiese instalado una fábrica industrial en la parte trasera de una columna de tanques.

De estar activos, estos generadores abastecerían de energía al arma acoplada a esa especie de tren: un cañón del tamaño de una torre forjada con ceramita ignífuga y

conectada a los generadores de energía delanteros. Los conductos refrigerantes recorrían la longitud del cañón como las escamas de un reptil. Como gusanos parásitos, madejas de cables secundarios de alimentación colgaban del tubo, mientras que unos gigantescos pernos industriales mantenían al arma en su sitio.

Un cañón nova. Un arma utilizada por las naves espaciales para luchar entre ellos a través de la inmensidad del vacío. Y ahí estaba, instalada sobre una pieza de tecnología gravitatoria de inestimable utilidad procedente de una era olvidada.

—El asesino de titanes —susurró el señor de la forja.

Jurisian pasó con veneración sus dedos enguantados por la piel metálica de la sección de control para sentir el espeso blindaje, los gruesos remaches..., hasta las minúsculas diferencias entre las capas de adamando: las ínfimas variaciones e imperfecciones de su proceso de creación de hacía cientos de años.

Retiró la mano y fue entonces cuando empezó a reír.

Oberon, la muerte de los titanes. Era real. Estaba allí.

Y era suyo.

Accedió al módulo de mando delantero por una escalera que daba a una compuerta que debía abrirse manualmente. Una vez dentro de la inactiva cámara de mando, Jurisian echó un vistazo a los cabestrantes, las palancas y las oscuras pantallas que había a lo largo de la consola de control. Todo era nuevo y extraño para él, pero no había nada en concreto que pareciera escapar a su intuición y su formación con el *Mechanicum*. Otra compuerta bloqueaba su paso hacia el segundo módulo. Con el *Ordinatus* desactivado, para abrirla tuvo que accionar automáticamente la rueda de hierro que había en la superficie.

La puerta chirrió y se abrió con la típica resistencia de las cámaras estancas que llevan tiempo inutilizadas. La mirada de Jurisian atravesó la oscuridad con la ayuda de los filtros de su casco. Era una sala hermética y claustrofóbica, a pesar de haber poco en el módulo aparte de unas cápsulas blindadas fijadas a las paredes que contenían los generadores de energía de los elevadores gravitatorios y una escalera que ascendía al *generatorium* principal de la plataforma superior. Jurisian trepó por ella y abrió otras dos compuertas a medidas que subía por las torres de servicio.

El interior del *generatorium* de la plataforma superior, con su distribución concentrada e industrial, era bastante familiar. Se encontraba en el centro del sistema de artillería de una nave espacial más compacto para ofrecer una maniobra más sencilla a costa de la pérdida de alcance y potencia. Al fin y al cabo, los proyectiles de este cañón sagrado no tenían que recorrer miles de kilómetros de espacio abierto para impactar contra un objetivo.

Era, hablando en términos más comunes, la escopeta recortada de la tecnología de los cañones nova. Aquélla idea dibujó una sonrisa en los tristes labios de Jurisian.

Le llevó otras tres horas de investigación, de comprobaciones de alimentación y

de pruebas de generadores determinar si el *Ordinatus Armageddon* podía ser reactivado y, en tal caso, cómo podía conseguir semejante hazaña.

El resultado al concluir las investigaciones fue agrídulce.

Aquella arma de guerra debería haber sido tripulada por decenas de especialistas *skitarii*, magos y tecnoadeptos, nacidos y formados para este propósito por encima de cualquier otro. Debería haber sido ritualmente bendecida por el señor del Centurio *Ordinatus*, y su nueva misión debidamente inscrita sobre su casco junto a las noventa y tres oraciones de renacimiento.

En lugar de despertar con las salmodias y la adoración que merece el espíritu de una máquina de guerra como aquella, el alma de *Oberon* lo hizo en silencio y oscuridad. Su vaga consciencia, que empezaba a restablecerse, no detectó la homogénea multitud de humildes mentes del Centurio *Ordinatus* suplicando su atención, sino una única alma unida a la suya.

Era un alma fuerte: acorazada y dominante.

Se identificó como *Jurisian*.

En el módulo de control, con el cerebro, la columna y la armadura conectados mediante unos cables telemétricos a la alimentación de la interfaz en el trono del príncipe, el señor de la forja cerró los ojos. A su alrededor, los sistemas cobraron vida. Los escáneres empezaron a emitir sonidos cuando comenzaron a ver de nuevo. Las luces superiores parpadeaban y mantenían una iluminación suave.

Con una gran sacudida y acompañados del zumbido de los generadores de energía, los tres módulos retemblaron una vez, y dos, y lo hicieron con fuerza.

En la sección de control, *Jurisian* también temblaba en su asiento, pero sus sacudidas no eran hacia adelante, sino hacia arriba.

A cinco metros de altura.

Los módulos permanecieron quietos, mecidos por un latente campo gravitatorio que distorsionaba el suelo de manera parecida a los espejismos de calor.

—Fase uno de activación —dijo la voz de la máquina a través de los altavoces que rodeaban el módulo de mando.

Bajo el tono mecánico se ocultaba un turbulento odio. *Jurisian* inclinó la cabeza a modo de respeto, pero siguió con su trabajo.

—Mis hermanos me necesitan en *Helsreach* —dijo en la fría cápsula de control sin esperar ni recibir ninguna respuesta—. Y aunque puede que eso no signifique nada, sé que la guerra te llama.

A través del sistema de conexión, el espíritu de *Oberon* rugió un sonido inhumano e imposible de traducir.

Jurisian asintió.

—Ya me lo imaginaba.

Asavan Tortellius no paraba de darle vueltas a una sola frase.

No tenía ni idea de cómo describir el frío que sentía.

A su alrededor, la catedral desierta todavía presentaba innumerables grietas y daños tras la batalla. En un bloque de mampostería derruido, el acólito recomponía sus memorias de la guerra de Helsreach, mientras que el gran titán se inclinaba lentamente hacia adelante y hacia atrás con el ritmo brusco de su caminar. Ocasionalmente, la presión del aire y la gravedad se centraban sobre todo en su lado izquierdo o en el derecho, según el *Heraldo de Tormenta* girara en una dirección u otra. Como había hecho durante años, Asavan siguió ignorando todas estas cosas.

Apartar de su mente la catedral en ruinas que lo rodeaba ya era más complicado. Tenía prácticamente el mismo aspecto que había tenido treinta días antes, cuando las bestias alienígenas habían postrado de rodillas a la deidad mecánica. Las estatuas todavía yacían como cadáveres de alabastro, rotas y boca abajo, con algunas de sus extremidades esparcidas a varios metros de distancia. Las paredes seguían decoradas con los agujeros de los disparos y las horribles grietas que se abrían desde los puntos de impacto. Las vidrieras, lo único que aliviaba la irritación que le provocaba el Escudo, seguían siendo unos agujeros vacíos en la arquitectura ennegrecida por la guerra, tan desagradables de ver como una sonrisa en la boca mellada de un santo.

Día sí, día no, Asavan se sentaba en la solitaria y contemplativa paz de la catedral, y componía lo que sabía que eran unos pobres poemas de conmemoración acerca de la cercana victoria de la colmena Helsreach. Rompía más de la mitad de lo que había escrito, y en ocasiones se estremecía al leer las palabras a las que había dado forma.

Pero, por supuesto, no había nadie cerca para verlas.

Allí no.

La catedral había permanecido prácticamente vacía desde que había sido sitiada. Los templarios habían llegado «en la pureza, protegiéndonos; en la ira, infatigables», había escrito Asavan (antes de eliminar las vergonzosas palabras para siempre), pero habían llegado demasiado tarde como para hacer mucho más que conservar los maltrechos huesos del monasterio del *Heraldo de Tormenta*. Habían pasado semanas desde entonces. Semanas durante las cuales nada había cambiado, nada había sido reparado.

Asavan era uno de los pocos que todavía vivían en la catedral. Su compañía la formaba principalmente un grupo de servidores conectados a las torretas de las almenas, esclavos de los sistemas de puntería y recarga que había a lo largo de las murallas. Veía a aquellos desdichados con frecuencia, ya que mantenerlos con vida se había convertido en su deber. Aquéllos seres lobotomizados que en su día habían sido humanos, eran poco más que autómatas mutilados de mandíbula caída instalados en unas estructuras de mantenimiento junto a los cañones de sus torretas, y no tenían

manera de sustentar su propia existencia. Varios de ellos habían perdido los cables de conexión biológica de alimentación/excreción con los daños sufridos durante el sitio, e incluso después de todas aquellas semanas, los magos que permanecían en el cuerpo principal del *Heraldo* todavía no habían podido encargarse de unos daños tan insignificantes en la larga lista de destrozos que necesitaban reparación. Los sistemas clave tenían prioridad, y ya quedaban bastantes pocos adeptos del Mechanicum con vida. La lucha también había causado estragos en aquellos niveles.

De modo que había sido tarea de Asavan, como uno de los pocos supervivientes de la catedral, alimentar con cuchara a estas criaturas con una pasta blanda rica en proteínas para evitar que muriesen, y limpiar sus filtros de excrementos una vez a la semana.

No lo hacía porque se lo hubiesen ordenado, ni porque le preocupase particularmente la funcionalidad del puñado de cañones que seguían activos. Lo hacía porque se aburría, y porque estaba solo. Durante la segunda semana había empezado a hablar con los indiferentes servidores, que nunca le respondían. Al llegar a la cuarta, todos tenían nombres y un pasado.

Al principio, Asavan quiso ordenar a uno de los siete servidores mediales que todavía patrullaban la catedral que realizasen estas acciones, pero su programación era limitada hasta el punto del aburrimiento. Uno tenía la única tarea de ir de estancia en estancia, escoba en mano, barriendo el polvo que dejaban las botas de los fieles.

Aunque, en realidad, allí ya no había fieles. Y el servidor ya no llevaba ninguna escoba. Asavan había conocido a aquel servidor antes de su augmentación como a un acólito particularmente necio que se ganó su destino por robar monedas a sus compañeros. Su castigo fue convertirse en un esclavo biónico, y Asavan no derramó por él ni una lágrima en su momento. Pero no era nada divertido ver a aquella simple criatura ir de cámara en cámara, pasando el extremo roto del palo de una escoba sin cepillo por el suelo lleno de escombros, sin llegar jamás a limpiar nada, e incapaz de descansar hasta que había completado su tarea. Rechazaba las órdenes de cesar en su trabajo, y Asavan sospechaba que lo poco que le quedaba de su propia mente se había perdido en algún momento durante la batalla, tal vez a causa de una herida desapercibida en la cabeza.

A las seis semanas, el servidor se había desplomado en medio de una fila de bancos rotos. Sus partes humanas habían sido incapaces de seguir funcionando sin descansar. Asavan hizo con él lo mismo que había hecho con todos los asesinados. El y el puñado de supervivientes lanzaron el cuerpo por la borda. Una morbosa curiosidad (de la que siempre se arrepentía después) lo obligaba a observar cómo caían los cuerpos cincuenta metros hasta estrellarse contra el suelo. Asavan no obtenía ninguna emoción ni ninguna diversión en aquello, pero era incapaz de apartar la mirada. En un escrito que borró rápidamente, se confesó a sí mismo que ver caer

los cuerpos era un modo de recordarse que seguía vivo. Fuera cual fuese la realidad de la situación, aquello le producía pesadillas. Se preguntaba cómo podían los soldados acostumbrarse a algo así, y por qué querrían hacerlo.

Su principal preocupación aquella última semana era el frío.

Con el titán comprometido a luchar en aquel prolongado combate, los daños provocados en la emboscada sufrida semanas atrás estaban en interminable reparación, reagrados por las nuevas heridas de guerra sufridas durante el conflicto. El equipo de mando («benditos sean, pues nos llevan al triunfo», seguía susurrando Asavan) se centraba principalmente en el mantenimiento y el funcionamiento de los sistemas secundarios del titán.

Los escasos tecnoequipos de adeptos que quedaban dispersos por el gigante constructo habían dejado los sistemas menores sin reparar, ya que estaban ocupados con los sistemas vitales. Algunos de ellos quedaron completamente inactivos, ya que su combustible fue extraído para alimentar las células de plasma utilizadas para abastecer al Escudo y a la artillería principal.

Hacía una semana, los sistemas de calefacción de la catedral se habían ido agotando hasta que habían dejado de funcionar. Con la típica eficiencia del Mechanicum, había opciones secundarias y terciarias en caso de que se diera aquella situación. Por desgracia para Asavan y para los acólitos que quedaban con vida allí arriba, aquellas opciones habían desaparecido. La secundaria era un pequeño generador de autoabastecimiento que se alimentaba mediante una fuente de energía de reserva que no estaba conectada a nada más, y que no podía utilizarse para otros propósitos. Ahora, ese generador no era más que un amasijo de metal entre las ruinas que en su día habían constituido la plataforma de mantenimiento de la catedral.

La destrucción del generador también aniquiló el tercer plan de emergencia, que consistía en que cuatro servidores, que no tenían otra utilidad, se activasen y se configurasen para hacer girar las bombas manuales del generador a mano. Incluso si el generador se hubiese encontrado en buen estado de funcionamiento, los cuatro servidores habían muerto en la batalla hacía cinco semanas.

Asavan había intentado animosamente hacer girar la primera manivela por sí mismo, pero al carecer de la fuerza de un servidor, lo único que consiguió fue un fuerte dolor de espalda. La manivela no se movió ni un centímetro.

De modo que ahora estaba ahí sentado sobre aquel pilar caído, intentando componer algo para describir cuánto frío tenía y cuánto había tenido durante los últimos seis días.

En lugar de órganos, el *Heraldo* poseía un generador interno de plasma de fusión incandescente intensamente radiactivo. A Asavan le resultaba una paradoja curiosa pensar que varias cubiertas por debajo de él hubiese el corazón de un sol herméticamente sellado y aislado mientras él estaba allí arriba, a punto de morir

congelado.

Aquellas eran el tipo de observaciones que escribía y que destruía avergonzado por atreverse a quejarse cuando había tantas almas imperiales inocentes ahí fuera, en la ciudad en llamas, muriendo a cada momento que pasaba.

Fue en ese instante cuando Asavan Tortellius decidió que él cambiaría el destino. No se congelaría hasta la muerte en su vacío monasterio de la espalda del titán. Ni se lamentaría del frío mientras miles de personas dignas y leales morían a montones.

Sus compañeros acólitos nunca habían sido amables en lo que a su inteligencia se refería, pero la gente podía decir lo que quisiera. A él le gustaba pensar que siempre acababa encontrando la solución adecuada. Y ahora lo había hecho.

Sí. Había llegado el momento de cambiar las cosas para la gente de Helsreach. Había llegado el momento de abandonar el titán.



DIÉCIOCHO CONSOLIDACIÓN

Otras tres noches pasaron del mismo modo en que habían pasado sus días. El puerto se perdió en el amanecer del sexto día después del asalto de los sumergibles.

La derrota fue lo bastante inusual como para hacer que los comandantes imperiales se reunieran de nuevo. Alrededor del maltrecho casco del *Guerrero Gris*, Sarren congregó a los líderes. En la penumbra del alba, la mayoría de los coroneles de la Guardia apenas podían tenerse en pie a causa del agotamiento, y varios mostraban signos reveladores de haber consumido narcóticos de batalla para poder seguir luchando (un tic por aquí, un escalofrío por allá). Las mentes y los músculos tenían un límite, incluso a pesar de los estimulantes.

Sarren no iba a reprenderlos por ello. En tiempos de necesidad, los hombres hacían lo que debían para defender las líneas de combate.

—Hemos perdido el puerto —dijo, y su voz sonaba tan áspera y cansada como él se sentía.

Aquello no era nada nuevo para ninguno de los oficiales reunidos. Mientras el coronel destacaba los detalles de lo poco que quedaba en el distrito portuario, un Chimera llegó con gran estruendo y aparcó a la sombra del *Guerrero Gris*. La rampa de la tripulación descendió y dos personas desembarcaron del vehículo.

La primera era Cyria Tyro, con su uniforme todavía limpio pero claramente arrugado por el uso prolongado. El segundo vestía un uniforme gris de piloto.

—Lo he encontrado —dijo Tyro, guiando al piloto hacia los comandantes congregados.

—Soy el capitán Helius —saludó el piloto a Sarren—. La comandante Jenzen murió hace dos noches, señor.

¿El tercero después de Jenzen y Barasath? Tenían suerte de que les quedasen aviadores.

—Un placer, capitán.

—Lo mismo digo, señor.

Sarren asintió, devolviéndole el saludo del águila con el brazo herido, en el que todavía sentía un intenso dolor. Una brisa matutina, helada e inoportuna, sopló por el tramo de la carretera de Hel. El casco del Baneblade les hizo la barrera protectora, pero no lo suficiente para el gusto de Sarren. Estaba cansado y le dolía todo el cuerpo.

—¿Número de fuerzas restantes?

—Tres pistas de aterrizaje, aunque parece que la carretera Gamma caerá hoy; lleva días sitiada. Durante el último recuento nos quedaban veintiséis Lightning y sólo siete Thunderbolt. La carretera Gamma ya se está evacuando y los cazas están aterrizando en la avenida Vancia Chi.

Sarren emitió una especie de gruñido. Todavía lamentaba la pérdida de Barasath y la mayoría de sus fuerzas aéreas, incluso después de todo ese tiempo.

—¿Sus planes?

—De momento no hay ningún cambio en las órdenes de Jenzen. Proporcionar soporte aéreo a las fuerzas titanes y a los batallones de unidades blindadas que se encuentren combatiendo. El enemigo sigue sin mostrar prácticamente ninguna capacidad ofensiva en el aire. Es razonable afirmar que, a estas alturas, ya no disponen de efectivos.

—¿Está bromeando, capitán?

Heliús se cuadró de nuevo.

—En absoluto, señor.

Sarren sonrió, y su sonrisa indulgente quedó atenuada por la fatiga.

—Si así fuera, está perdonado. Barasath estaba en lo cierto, y dio su vida a un alto precio para darnos ventaja en el aire. Las bestias no han lanzado nada más que un puñado de cazas chatarreros desde que empezó el asedio, y ya he visto en el registro de la campaña, así como en el archivo personal de Barasath, que tomó la decisión correcta.

—Sí, señor.

—Siento lo de Jenzen. Echaremos mucho de menos su solidez, su formalidad y su seriedad.

Y era verdad. La comandante Carylin Jenzen, para bien o para mal, había sido una aviadora modelo y digna de confianza, si bien poco inspirada. Bajo su mando, las fuerzas aéreas de la ciudad habían mantenido una campaña de apoyo defensivo durante más de un mes. La Vieja de la Invigilata en persona había elogiado los esfuerzos de Jensen en las últimas semanas.

—Señor —empezó Helius.

«Allá va», pensó Sarren.

—Esperaba poder discutir la posibilidad de seguir un patrón táctico más agresivo.

«Sí. Sí, por supuesto que esperaba poder discutir eso».

—Cuando llegue el momento. Ahora, el puerto.

Sarren se volvió de nuevo hacia los oficiales reunidos. Cyria Tyro y el capitán Helius se unieron a ellos uno al lado del otro. El comandante Ryken miró al piloto con el ceño fruncido, y Sarren controló su impulso de poner los ojos en blanco.

«Por el maldito Trono, Ryken. No es momento de mostrar estos celos tan infantiles».

—No hemos perdido el puerto —repuso uno de los astartes con la voz cargada de resonante calma.

El coronel Sarren no había tenido la oportunidad de conocer al sargento V'reth, de los Salamandras, antes de aquella mañana. Supo a través de los transmisores que los guerreros de armadura verde se habían desplegado cerca de los refugios civiles, y que su valor había sido directamente responsable del salvamento de muchas vidas.

Pero parecía que su punto de vista táctico se diferenciaba considerablemente del coronel.

—No estoy seguro de entenderlo, señor —dijo Sarren.

La armadura de V'reth estaba abollada y arañada, pero parecía impecable en comparación con la del reclusiarca, que estaba a su lado. Un casco de oros dorados miraba hacia los oficiales humanos.

—Sólo estoy diciendo, coronel Sarren, que no hemos perdido el puerto. Hemos derrotado al enemigo. Se les negó la invasión por mar, ya que la ciudad sigue en pie. Los invasores yacen muertos en el puerto.

Aquello era y no era verdad desde el punto de vista de Sarren. La disparidad era la razón por la que el coronel había convocado aquella reunión.

—Permítanme que corrija mi evaluación. El puerto ha desaparecido. Como factor industrial en la producción colectiva de Armageddon, Helsreach ya no existe. Estamos recibiendo informes que indican un noventa y uno por ciento de daños en la infraestructura de la refinería de la ciudad, teniendo en cuenta la pérdida de las plataformas petrolíferas en alta mar.

Los militares intercambiaron incómodas miradas. El Imperio exigía inmensos diezmos de material bélico a Armageddon. Si las otras ciudades colmenas habían sufrido tanto como Helsreach, el grado de Exactis Extremis descendería considerablemente. Casi seguro a Solutio Tertius, y puede que a Aptus Non. Si Armageddon no ofrecía nada, obtendría poco en respuesta. El Imperio se marcharía. Y sin el apoyo y la financiación necesarios para recuperarse tras la guerra, el mundo jamás se recuperaría.

—Sin embargo, no está todo perdido. Como señala el noble sargento V'reth, gracias a la tenacidad de la población de trabajadores portuarios, nuestros propios soldados de las tropas de asalto, y nuestros aliados astartes, los xenos han sido repelidos.

«A un precio ridículo —decidió no añadir—. Decenas de miles de muertos en cuatro días. Y el sector industrial de la ciudad se ha visto reducido a unas ruinas sin valor».

—Hemos recibido noticias de la Vieja de la Invigilata —continuó el coronel. Lo que tenía que decir casi se le quedó atascado en la garganta—. Las fuerzas exteriores han elevado una petición para que la honorable Legio Invigilata abandone la ciudad.

—Se quedará. —El tono del reclusiarca era frío, incluso a través de los altavoces de su casco—. Juró que lucharía.

—Según tengo entendido, los avances imperiales por el río Hemlock se han detenido. Los asentamientos, protegidos por los Salamandras y por los regimientos de las tropas de choque de Cadia, se consideran ahora prioridad por encima de la ciudad. —Sarren dejó que las palabras hiciesen efecto durante unos momentos—. Son palabras del mismísimo Viejo. Ha habido una transmisión de voz hace una hora.

—Me da igual. Nuestro mandato es defender Helsreach —rugió Grimaldus mientras hablaba.

—Nuestro mandato sí, pero el mandato de la princeps Zarha era acudir donde se la necesitase. La mayor parte de la Legio Invigilata se encuentra ya estacionada a lo largo del Hemlock y por los páramos, junto con las unidades de asalto de Ignatum y Metálica.

—No se marchará —gruñó Grimaldus—. Se quedará hasta el final.

Sarren sintió cómo lo invadía la ira por el modo en que el reclusiarca desestimada sus preocupaciones con tan indiferente revocabilidad. Cualquier otro día, otra mañana, después de cualquier otra semana de lucha, habría controlado mejor sus emociones. En este caso, suspiró y cerró los ojos llenos de arena.

—Ya basta, por favor, reclusiarca. El *Heraldo de Tormenta* está luchando a siete kilómetros en la carretera de Hel, contra un batallón de titanes enemigos en las fundiciones de Rostorik. Todavía no ha comunicado su decisión.

Grimaldus se cruzó de brazos sobre su maltrecha heráldica.

—La colmena Tartarus y las batallas en las orillas de Hemlock se ganarán o se perderán sin nosotros. Ésta guerra se lo ha arrebatado todo a la ciudad, y ahora nos vemos rebajados a luchar como chacales del desierto por los huesos de Helsreach. La única cuestión que nos importa ahora es: ¿Qué nos queda por salvar?

Ryken se quitó el respirador e inspiró profundamente.

—Puede que haya llegado el momento de plantearnos el último punto de retirada. Sarren asintió.

—Por eso estamos aquí. Estamos en el corazón de una ciudad moribunda, y ha llegado la hora de decidir dónde libraremos nuestra última batalla. ¿Qué hay de... el arma, reclusiarca?

—Esperar su llegada sería de locos. El señor de la forja está solo. Sin el apoyo del Mechanicum, Jurisian no ha conseguido hacer nada más que activar los sistemas centrales de *Oberon*. No puede manejarlo solo. Desde hace cuatro noches, el Ordinatus dispone de locomoción, y sólo el señor de la forja es capaz de disparar el cañón nova una vez cada veintidós minutos. Pero eso es todo. No puede defenderse con un solo piloto. Es insuficiente para sumirse en la batalla.

La ira invadió de nuevo al coronel.

—¿Ha esperado cuatro días para decirme esto? ¿Qué el Ordinatus vuelve a estar activo?

—No he esperado. Envié una confirmación codificada a través de la red de mando la misma noche en que tuve conocimiento de que *Oberon* volvía a estar operativo. Pero como acabo de decir, prácticamente no nos sirve para nada.

—¿Va a traer su señor de la forja el arma hasta la ciudad?

—Por supuesto.

—¿Ha sido informado el Mechanicum de que vamos a profanar su arma y a llevarla hasta la zona de guerra para perderla casi con toda seguridad en su primer combate contra el enemigo?

—Por supuesto que no. ¿Estás loco, humano? Las mejores armas son las que se mantienen en secreto hasta que se utilizan. Si lo dijéramos, podría obligar a la Invigilata a actuar contra nosotros o a abandonar la ciudad.

—Usted no es el comandante de esta ciudad. Me cedió ese honor a mí. ¿He estado esperando ansiosamente esta información para enterarme ahora de que se me negó por una avería en el tráfico de voz?

La calavera plateada exhaló un mecánico rugido.

—Estaba cubierto hasta las rodillas de cadáveres alienígenas en el puerto, Sarren, dando la vida de mis hermanos para asegurarme de que la gente de tu mundo natal vivía para ver otro amanecer. Estás cansado. Comprendo los límites de la resistencia humana, y te compadezco por ello. Pero no olvides con quién estás hablando.

Sarren contuvo su decepción. No debía ser así, pero con los astartes siempre funcionaba de ese modo. Dóciles y valiosos un momento, y superiores y distantes el siguiente, forjados tanto por su feroz independencia como por su lealtad al Imperio.

Lo hacía sentir... insignificante. Aquélla era la única palabra para describirlo en la mente del coronel. Una incómoda división entre los humanos que luchaban por su hogar y unos seres, que en su día fueron humanos, luchando por intangibles ideales y heroicos códigos de conducta.

—Bien... —empezó Sarren, pero sabía que no iba a ninguna parte con palabras.

—Yo no tengo la culpa de que tu transmisor no funcionara. Es una plaga en las defensas de la ciudad, y una carga que tenemos que soportar. No iba a abandonar el puerto para ir a susurrarte la noticia al oído como un esclavizado mensajero, y tampoco iba a confiarle algo así a nadie. Si el Mechanicum se entera de esto, perderemos a la Invigilata.

—Ninguno de nosotros tenía demasiadas esperanzas puestas en el Ordinatus —dijo Ryken en un intento de distender la tensión—. Era una posibilidad muy remota, lo mires por donde lo mires.

—¿Habéis intentado hablar con las fuerzas del Mechanicum de nuevo? —preguntó Cyria Tyro. Su tono no ocultaba el hecho de que seguía albergando una enorme esperanza en el arma, a pesar de lo que acababa de decir Ryken.

—Por supuesto. —El reclusiarca señaló al oeste de la carretera de Hel, en la dirección donde el *Heraldo* luchaba fuera de su vista en las fundiciones—. Zarha se negó como se había negado antes. Es una blasfemia hacer lo que hemos hecho.

—Todavía no hemos recibido noticias de la realeza del Mechanicum —añadió Sarren—. Dondequiera que esté ese archisacerdote suyo, no responde a ninguna de nuestras plegarias astropáticas.

El coronel escupió sobre la destrozada carretera bajo sus pies. De hecho, quien quiera que fuese aquel señor del Centurio Ordinatus, era posible que llegase al sistema Armageddon demasiado tarde como para hacer algo por Helsreach.

—Al menos, el arma podrá utilizarse todavía en la defensa de otras ciudades —dijo el coronel con una risa forzada—. Estamos al límite. No obstante, ya no quiero seguir considerando el plan de retirada. Ya quedan de por sí bastantes pocas fuerzas imperiales en la ciudad. Será mejor que no nos reunamos durante los últimos días de nuestras vidas para no ofrecerles un blanco fácil.

—De modo que se ha acabado —apuntó uno de los capitanes.

—No —respondió Grimaldus—. Pero debemos mantener al enemigo en la ciudad todo lo que podamos. Cada día que sobrevivamos, aumenta las probabilidades de recibir refuerzos desde los Desiertos de Ceniza. Cada día que aguantemos, le cuesta más sangre al enemigo y lo retiene en Helsreach, de modo que no pueden añadir sus hachas a las bestias que sitian las demás ciudades.

Ryken se rascó el cuello, aliviando el picor que le producía una cicatriz donde lo habían herido una semana antes.

—Esto... señor —le dijo, dirigiéndose a Sarren.

—¿Comandante?

Ryken dejó que su expresión de incredulidad hablase por él. Sarren se frotó la arena de los ojos con los dedos sucios mientras respondía:

—He estudiado las proyecciones hololíticas tras el asedio del puerto. He conseguido, bendito sea el Emperador, mantener una conversación a través del

comunicador con el comisario Yarrick que ha durado más de diez segundos y que ha sido más productiva que estar escuchando el crepitar del ruido estático por una vez. Vamos a seguir un plan que ya se está utilizando en varias de las demás ciudades colmena. La Legión de Acero se dispersará por la ciudad, centrándose especialmente en los núcleos poblados que siguen intactos.

—¿Y qué hay de la carretera?

—El enemigo ya domina la mayor parte, capitán Helius. Dejemos que se queden con el resto. Desde esta mañana ya no luchamos por conservar la ciudad. Luchamos por salvar todas las vidas posibles. La ciudad ha muerto, pero más de la mitad de su población aún no.

El capitán frunció el ceño, lo que transformó su rostro bien parecido en un semblante carente de atractivo. Amigos de dudosa honradez habían conseguido llenar sus bolsillos de dinero con expresiones como ésa.

—No tenemos pistas de aterrizaje cerca de ningún núcleo de población civil. Disculpe que lo señale, coronel, pero la razón por la que los construimos donde lo hicimos fue para ocultarlos.

—E hicieron bien. Y estoy convencido de que contendrán al enemigo durante un considerable espacio de tiempo antes de que los superen. Como al resto de nosotros.

—¡Necesitamos una defensa!

—No. Eso es lo que le gustaría a usted. No quiere morir. Ninguno de nosotros queremos, capitán. Pero yo estoy al mando de la Legión de Acero, y la Legión de Acero va a defender a la gente de la colmena. No puedo permitirme enviar regimientos de hombres para proteger el inexorable paseo del escuadrón aéreo por la ciudad. La verdad es que ya no son suficientes como para defenderse. Ocúltense cuando deban hacerlo, y luchen cuando puedan. Si la Invigilata decide quedarse con nosotros, volarán como refuerzos para ayudarlos. Si la Invigilata se marcha, vuelen para apoyar a la 121.^a División de Unidades Blindadas, que estará en el distrito residencial Kolav defendiendo las entradas a los búnkeres subterráneos. Ésas son sus órdenes.

—Entendido, señor —asintió el capitán a regañadientes.

—Las próximas semanas pasarán a formar parte de los archivos imperiales como «los cien bastiones de luz». Ya no tenemos las fuerzas suficientes como para defender grandes franjas de territorio. De modo que nos replegaremos hacia los núcleos, los puntos más vitales, y moriremos antes de ceder un solo metro más de tierra. El distrito Jaega, con sus refugios para tormentas. El templo del Emperador Ascendente, en el corazón del sector Eclesiárquico. El espaciopuerto de Azal, en el sector industrial de Dis. La refinería Purgatori, que milagrosamente sigue en pie en el puerto. Se hará circular una lista de todos los puntos de defensa primarios y secundarios a través de la red de comunicación y de cientos de equipos de mensajeros

por toda la ciudad. —El coronel se volvió hacia las inmensas figuras de los astartes—. Sargento V'reth, la gente de Helsreach y de Armageddon les agradecen a usted y a sus hermanos su asistencia. ¿Abandonarán hoy la ciudad?

—El señor de los Nacidos del Fuego nos reclama.

—En efecto. Le doy las gracias personalmente. De no ser por ustedes, muchos más habrían perdido la vida.

V'reth hizo la señal del águila, formando con sus guanteletes verdes la familiar forma imitando el águila de bronce sobre su pecho.

—Estás luchando con una furia inigualable, legionario de acero. El Emperador todo lo ve y todo lo sabe. Él ve tus sacrificios y tu coraje en esta guerra, y te estás ganando un lugar en las leyendas del Imperio. Ha sido un honor luchar a tu lado, en las calles de tu ciudad.

Sarren miró a los dos astartes, al guerrero y al caballero. No podía poner en duda el valor de los templarios durante las últimas semanas, pero por el Trono, ojalá se quedasen los Salamandras en Helsreach. Ellos eran todo lo que los templarios no eran: comunicativos, un gran apoyo, de confianza...

De repente se encontró ofreciéndole la mano. Un momento de tensión siguió al gesto, puesto que el inmenso guerrero permaneció inmóvil. Entonces, con cuidado, el salamandra estrechó la pequeña mano humana del coronel. Las articulaciones de la servoarmadura del sargento zumbaban con el menor movimiento.

—El honor ha sido nuestro, V'reth. Que la cacería vaya bien en el páramo, y dele las gracias a su señor de mi parte.

El reclusiarca observaba esto en silencio. Nadie sabía qué expresión se ocultaba bajo su casco reliquia.

Una vez que la discusión ha concluido, me alejo de los humanos reunidos. V'reth continúa conmigo, siguiendo de cerca mis movimientos. Lejos del abollado y agrietado casco del Baneblade de Sarren, disminuyo el ritmo para dejar que me alcance. ¿Acaso no tiene sus propias órdenes que obedecer? ¿No lo han reclamado en el Hemlock? Es curioso que decida quedarse.

—¿Qué quieres, salamandra?

Mientras caminamos por la carretera de Hel, no puedo evitar mirar a la ciudad más abajo. Aquí, la carretera se eleva por encima de los bloques habitacionales, permitiendo en su día que el tráfico llegase hasta el centro de la ciudad entre las espiras de sus altas torres residenciales. Ahora permanece elevada, como una ola de rococemento sobre una devastación urbana. Los edificios en esta zona han sido derribados, reducidos a escombros por los titanes del enemigo y los proyectiles de nuestras propias fuerzas.

En la ciudad, la carretera se ha venido abajo en varios lugares. Por fortuna, aquí no ha sido así.

—Hablar, si es posible, reclusiarca.

—Será un honor —le digo, pero estoy mintiendo.

Hemos pasado una semana luchando juntos, uno al lado del otro, y aunque su presencia ha sido inestimable, sus guerreros no son caballeros. Se retiraban demasiado a menudo para proteger los refugios civiles en lugar de continuar con el ataque y evitar que el enemigo escapara. Soportaban asaltos repetidos con demasiada frecuencia, en lugar de atacar primero y eliminar cualquier necesidad de contraatacar.

Priamus los odia, pero yo no. Sus costumbres son distintas a las nuestras. No es la cobardía lo que los lleva a seguir estas tácticas, sino la tradición. Pero aun así, su valor me resulta tan extraño como la repugnante bestialidad de los orkos.

Me resulta difícil morderme la lengua. Ojalá se marche antes de que la sinceridad manche las hazañas que hemos logrado juntos, y antes de que la verdad dicha con demasiada crudeza ponga en peligro la alianza entre nuestros respectivos capítulos.

—Mis hermanos y yo vinimos a esta ciudad sin la iluminadora orientación de nuestro capellán. Te estaríamos reverentemente agradecidos si pudieses guiar nuestras oraciones antes de que abandonemos la ciudad y nos reunamos con nuestro capítulo a las orillas del Hemlock.

—Sé poco del culto y del credo de vuestro capítulo, salamandra.

—Lo sabemos, reclusiarca. Aun así, te estaríamos realmente agradecidos.

Es un gesto magnífico y honorable, y sé que me honra mucho más de lo que les honraría a ellos que accediese. Dirigir a los hermanos de otro capítulo en sus oraciones es algo tremendamente insólito. Prácticamente, sin precedentes. En toda mi vida sólo recuerdo un caso, y fue entre nuestros hermanos genéticos y unos camaradas hijos de Dorn, los Puños Carmesíes, cuando el sistema Declates ardió.

—Piensa en la batalla de anoche —le digo—. Piensa en la batalla en el distrito de Nergal. Hubo un momento en medio del caos que me ha estado preocupando desde entonces. Una preocupación que nos ensombrece, como la lanza de un enemigo que amenaza con caer.

Él vacila. Es obvio que no esperaba esta respuesta a su petición.

—¿Qué aspecto de la batalla te preocupa, reclusiarca?

Es una buena pregunta.

La bestia se me escurre de entre las manos, con el cráneo roto, y muere a mis pies.

Oigo el ardiente silbido de la espada de Priamus atravesando la carne alienígena. Oigo los tensos rugidos de las espadas sierra embotadas de carne. Oigo los gritos de pánico de los humanos escondidos en los refugios para tormentas. Su miedo alcanza mis sentidos a través de las placas de mi armadura.

Otra criatura me ruge en la caray salpica con su espesa saliva mi máscara. Artarion le dispara con su bólter a unos metros de distancia y le revienta la cabeza en un estallido de sangre.

—Céntrate —me gruñe por el comunicador.

Le devuelvo el favor un momento después aplastando con mi maza a una bestia que pretendía saltar sobre él por la espalda.

Es una batalla cuerpo a cuerpo con pistolas, espadas y los crujientes golpes de los puños contra los rostros. En el centro de la extensa explanada, el refugio para tormentas de grueso blindaje soporta el asedio de cerca de doscientos enemigos.

Es difícil mantener el equilibrio. Nuestras botas pisan con fuerza charcos de sangre coagulándose y los cuerpos de los trabajadores portuarios muertos. Los Salamandras están...

Malditos sean todos...

Priamus bloqueó la embestida de un orko cercano esquivando el hacha de la bestia con una lluvia de chispas que se produjo durante el breve choque de hojas.

Después lo mató de una estocada, un golpe feo del que no se sintió orgulloso. Pasó su filo por la inexistente guarnición del arma de la criatura e insertó la punta de su espada en el cuello expuesto de la bestia.

El hacha del enemigo golpeó con fuerza el lateral de su casco. Los receptores de visión del caballero mostraron un furioso ruido estático durante dos segundos.

El corte no era lo bastante profundo. El espadachín se retiró hacia atrás y, en la segunda embestida, le insertó la espada hasta la clavícula. La bestia cayó convertida en un montón de extremidades flácidas.

Priamus resistió el impulso de echarse a reír.

El siguiente orko que saltó contra él llegó con dos de sus hermanos. El primero cayó con el torso traspasado por la espada de energía de Priamus, que atravesó su carne y sus huesos como si fuesen de arcilla blanda. El segundo y el tercero habrían podido con él, de no haber sido porque murieron aplastados bajo un golpe de maza del reclusiarca.

—¿Dónde están los Salamandras? —preguntó con un jadeo entrecortado.

—Están defendiendo el refugio.

—¿Que están qué?

El puño de Bastilan vibró con la fuerte sacudida de su bólter. Chorros de sangre alienígena decoraron suya maltrecha armadura una vez más.

Las recriminaciones inundaban el comunicador. Los salamandras no estaban avanzando con los templarios. Los templarios avanzaban demasiado lejos, demasiado de prisa.

—¡Seguidnos, en el nombre del Trono! —exclamó Bastilan por el canal de voz.

—Replegaos —respondió el sargento V'reth con su formal voz—. Replegaos hacia la plataforma oriental y preparaos para luchar contra la segunda ola.

—¡Avanzad! ¡Si atacamos ahora, no habrá una segunda ola! ¡Estamos sobre la garganta del caudillo!

—Salamandras —repuso V'reth con calma—. *Defended y estad preparados. Acabad con los rezagados que intenten penetrar en el refugio.*

Bastilan dio una patada a un encorvado alienígena en el pecho, rompiendo lo que fuera que tuviese por caja torácica. En un momento de descanso, extrajo su cargador bólter gastado e insertó uno nuevo.

Estaban avanzando sin ayuda, alejándose del refugio en busca de los orkos que huían. Por delante, a través de la multitud de espantadas bestias, Bastilan veía al kaudillo acorazado de aquella maldita tribu. Su tambaleante modo de andar destacaba todavía más bajo la chapa de armadura que parecía estar atornillada quirúrgicamente en su blanda carne.

Los disparos perseguían al kaudillo en retirada, rugiendo desde las bocas de las armas de los templarios que se abrían camino a través de una bestial y feroz retaguardia. Varios proyectiles impactaron contra la armadura de la criatura, mientras que otros se hundieron en las espaldas y los hombros de los orkos que huían siguiendo a su comandante.

—¡Se nos escapa! —gruñó Bastilan, avergonzado de tener que pronunciarlas.

—¡Replegaos! —rugió el reclusiarca.

—¡Señor...! —empezó a protestar Bastilan, acompañado de un Priamus definitivamente más enojado—. ¡No!

—Replegaos. No merece la pena morir por esto. No somos suficientes como para derramar la sangre del kaudillo.

V'reth, dicho sea en su honor, asiente.

—Entiendo. Consideras esto como una mancha en tu honor personal.

No lo entiende.

—No, hermano. Lo considero una pérdida de tiempo, de munición y de vidas. Dos miembros de tu propia escuadra murieron con las siguientes oleadas que llegaron. El hermano Kaedus y el hermano Madoc, de mi escuadra, fueron asesinados. Si los hubiésemos perseguido todos juntos, habríamos acabado con el líder enemigo y nos habríamos llevado su cabeza. El resto de las bestias se habrían dispersado y la masa podría haber sido fácilmente diezmada por los grupos de combate más tarde.

—Eso es poco sensato tácticamente, reclusiarca. De haberlos perseguido habríamos dejado el refugio indefenso y vulnerable a las hordas que se reagrupaban y que atacaban desde otros sectores. Anoche salvamos tres mil vidas con nuestra decisión.

—No había ningún ataque desde otros sectores.

—Podría haberlos habido si los hubiésemos perseguido. Y tampoco había garantías de que hubiésemos podido acabar con la retaguardia lo bastante rápido como para llegar hasta el kaudillo.

—Soportamos seis asaltos más, perdimos siete horas, murieron cuatro guerreros, y gastamos una cantidad de municiones que mis caballeros no pueden permitirse malgastar.

—Ésa es una manera de ver el coste final. Yo lo veo de una manera más simple: ganamos.

—He terminado con este... debate, salamandra.

Una vez más, recuerdo el chirriante corte de la sierra médica de Nero y el sonido de las herramientas de corte al extraer los brillantes órganos de la semilla genética de los pechos de los muertos.

—Me entristece oírte hablar de este modo, reclusiarca —respondió.

Tan paciente. Tan tranquilo.

Tan ciego.

—Marchaos de mi ciudad.



DIECINUEVE EL DESTINO

El gigante permanecía en silencio ante sus adoradores.

Su piel y sus huesos se habían confeccionado a partir de restos de naves siniestradas. Cada columna, cada engranaje, cada pilón, cada viga y cada chapa de blindaje se habían extraído de alguna otra cosa. Aunque el gigante no estaba vivo, criaturas vivientes hacían las funciones de su sangre y sus órganos. Ascendían por la figura de la deidad, aisladas por el blindaje, colgaban de sus huesos de metal, se movían como células sanguíneas en arterias aletargadas.

Más de dos mil trabajadores habían tardado un mes en construirlo. Finalmente se había despertado fuera de las murallas de la colmena Stygia hacía tres días, entre grandes rugidos de alabanzas de sus devotos fieles.

Y durante sus primeras horas de vida había borrado la ciudad colmena de la faz del planeta. Stygia era una ciudad industrial modesta, defendida por la Legión de Acero y por su propia milicia, con poco apoyo astartes o del Mechanicum. Desde el momento en que el gigante se había despertado hasta el momento en que los últimos vestigios de resistencia imperial organizada fueron aplastados, la ciudad duró un total de cinco horas y treinta y dos minutos.

Y ahora el gigante permanecía en silencio, ocioso, preparándose para iniciar su viaje al sur.

Su rostro era porcino, de ojos redondeados, con una inmensa mandíbula de dientes irregulares y de colmillos de hierro rojo. Tras las ventanas rotas que hacían las veces de ojos, unos encorvados tripulantes se movían torpemente al trote, obedeciendo las órdenes de sus bestiales imitaciones del mando de los titanes imperiales.

El nombre del gigante, salpicado por su grueso y horrible casco con rudimentarios jeroglíficos alienígenas, era *Machacadiozez*.

Con un paso lento que sacudía la tierra a su alrededor, el *Machacadiozez* empezó a avanzar hacia el sur, hacia la costa.

Hacia Helsreach.

Si lograba permanecer en movimiento sin averiarse (una tarea difícil dadas las habilidades de sus creadores), llegaría al amanecer del siguiente día.

En un profético sentido de opuesta unidad con el *Machacadiozez*, otra poderosa máquina de guerra se acercaba a Helsreach. Su viaje era mucho más largo, y su progreso era una melancólica fracción de lo que podría haber sido en una era mejor.

Olas de polvorienta arena se levantaban tras el paso del tren de carretera a medida que su campo de supresión de gravedad ejercía su influencia sobre el suelo bajo el traqueteante y serpenteante vehículo. Jurisian sentía su resistencia en cada uno de sus controles. El alma de la máquina se estaba despertando de su ensueño, y se sentía ofendida y a punto de emprenderla contra el ser viviente responsable.

—Reclusiarca —llamó a través del comunicador, de nuevo sin recibir respuesta.

La existencia de *Oberon* en su mente era como una bestia sola en el bosque. Jurisian podía mantenerla a raya siempre y cuando se centrara en su presencia, del mismo modo en que un viajero podría enfrentarse a un lobo salvaje si vigila permanentemente a la bestia y si lleva una antorcha encendida para ahuyentarlo. Era un juego de concentración, y, a pesar de su cansancio, el señor de la forja tenía concentración de sobra. Era un alma concienzuda y paciente, dedicada a cada una de sus tareas como un depredador dando caza a una presa. Su comportamiento y su dedicación, unidos a su aptitud y a sus actos de honor, lo habían ayudado a ascender de rango a bordo del *Cruzado Eterno* hacía diecinueve años.

Jurisian había estado presente durante la iniciación de Grimaldus en el Círculo Interior, y aunque lo avergonzaba admitirlo ahora, incluso en silencio, incluso sólo para sí mismo y para la acechante alma de la máquina de guerra, había votado en contra del ascenso del capellán para ocupar el papel de Mordred como reclusiarca.

—No está preparado —había dicho Jurisian, apoyando las palabras del paladín Bayard—. Es un buen comandante para pequeñas batallas, y un guerrero sin igual, pero no tiene madera para liderar el capítulo.

—El señor de la forja tiene razón, gran mariscal —había añadido Bayard—. Grimaldus vacila demasiado. Siempre tarda un segundo en hacer todo lo que hace, y todos sabemos por qué. Se rige por los principios de su maestro. La duda lo invade, oscureciendo su lugar en el capítulo.

—Está afectado por la muerte de Mordred —había insistido Jurisian—. Está buscando su lugar en la Eterna Cruzada.

Helbrecht se sentó a meditar en su trono, con sus fríos ojos bajando la temperatura de la sala.

—En la próxima guerra le daré la oportunidad de encontrar ese lugar.

Jurisian ya no habló más, e inclinó la cabeza a modo de reverencia. El paladín del Emperador no se dio por vencido y expresó sus recomendaciones de otros guerreros a quienes consideraba más aptos que Grimaldus para suceder a Mordred.

El gran mariscal mantuvo su decisión, pero las voces de los hermanos de armas que había alrededor de la tarima de Helbrecht abucheaban a gritos mientras sus puños golpeaban contra los escudos. Grimaldus fue el elegido de Mordred el Vengador, y su destreza en el combate cuerpo a cuerpo era incuestionable. Dos siglos de valor y de gloria; doscientos años de implacable coraje y una gran cantidad de enemigos muertos en una infinidad de mundos; sus cortos años como el hermano de la espada más joven en la historia del capítulo... Nadie podía discutir aquellas verdades.

Jurisian y Bayard transigieron. La noche siguiente presenciaron como Grimaldus aceptaba el manto de Mordred.

Oberon se inclinó mientras ascendía por una duna de ceniza, y el tono de su campo gravitatorio cambió a un aullido más forzado.

—Reclusiarca —llamó por el comunicador, intentando hablar de nuevo con el guerrero que no merecía el título que poseía.

Abandonar el Titán había resultado ser menos difícil de lo que Asavan se había temido.

Lo había conseguido hacía dos días, y había permanecido en las calles de la ciudad desde entonces. Lo único que tuvo que hacer fue descender lentamente por las cubiertas, y por lo que le habían parecido unos ocho millones de escaleras de caracol, todas de denso bronce y bien fijadas a las paredes.

Bueno. Tal vez fuesen sólo cuatro escaleras. Pero para cuando Asavan llegó al nivel del suelo, estaba empapado de sudor y maldiciendo su baja forma física. En los niveles inferiores del titán todo eran luces rojas de emergencia, pasillos estrechos y aire recargado con el olor del sagrado incienso para el Dios Máquina, así como sus discípulos cantando bendiciones en su nombre. Su devoción alimentaba al *Heraldo de Tormenta*. Alabada fuera.

—¡Alto! —ladró una voz mecánica, y Asavan hizo exactamente lo que se le había ordenado. Incluso levantó las manos en el aire, imitando una innecesaria rendición.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió la voz.

«Aquí» era la base de la pelvis del titán, en una de las cámaras accesibles más bajas, iluminado por la parpadeante luz de la sirena amarilla. Seis skitarii aumentados permanecían estacionados alrededor de una compuerta en el suelo. La sala en sí se mecía hacia adelante y hacia atrás al ritmo de los pasos del titán.

—Voy a abandonar el titán —respondió el sacerdote.

Los skitarii se miraron entre ellos con sus lentes de enfoque en lugar de ojos. El aire se inundó con el murmullo de la comunicación. Estaban confusos. Aquello... no tenía ningún sentido.

—Vas a abandonar el titán —dijo uno de ellos que aparentaba ser el líder. Sus lentes no paraban de moverse mientras escaneaban al hombre no aumentado.

—Sí.

Nuevo intercambio de voces. El líder, cuyo rostro era visiblemente más biónico que el de los demás, soltó un conjunto de códigos mecánicos. Asavan reconocía una orden de error/aborto cuando la oía.

—El *Heraldo* está en plena actividad locomotora.

Asavan era consciente de ello. La sala entera se estaba moviendo.

—Sé que el titán está caminando. Pero deseo marcharme igualmente. La escalera del servicio de mantenimiento me llevará por los puntales de la pierna izquierda hasta la fortaleza de la espinilla, ¿no?

—Sí —concedió el líder skitarii.

—Entonces, excusadme. Debo irme.

—Alto.

Asavan obedeció, pero estaba empezando a cansarse de aquello.

—Deseas abandonar el titán —repitió el skitarii—. Pero ¿por qué?

Aquél no era precisamente el lugar ideal para debatir sobre una crisis de fe y sobre el repentino y revelador deseo de caminar entre la gente de la ciudad y ayudarlos con sus propias manos.

Asavan agarró el medallón que llevaba colgado al cuello y que lo distinguía como un miembro de honor de la Eclesiarquía de Terra y sacerdote ordenado para predicar la palabra del Emperador en su aspecto como el Dios Máquina de Marte.

Los skitarii observaron el icono del águila bicéfala con la calavera detrás durante unos momentos y luego bajaron las armas.

—Gracias —dijo el sudoroso sacerdote—. Ahora, si no es demasiado problema, ¿podrías abrir esa escotilla por mí?

Su estómago se revolvió al ver lo que había al otro lado de la trampilla. Por debajo pasaba el destrozado rococemento de la carretera de Hel, a unos veinticinco metros de distancia. Sus gruesas manos agarraban la negra escalera de servicio de hierro mientras descendía, travesano a travesano, a pesar del viento, colgado del muslo del titán. Por encima de él, la escotilla se cerró definitivamente.

«Que así sea». Y continuó descendiendo.

Tras la rodilla de la deidad mecánica, otra escotilla bloqueaba su descenso hacia la gruesa sección inferior de la pierna. Bajo ella, Asavan oía los servos de las torretas instaladas en las paredes de la pierna que peinaban la zona en busca de objetivos.

Tardó casi un minuto entero en hacer girar por completo la rueda de la puerta, pero ahora estaba lleno de energía al ver que se encontraba cerca de su objetivo. Una vez más, siguió unos pasillos iluminados con luz roja que descendían en espiral evitando las cámaras de los soldados, donde las filas de skitarii permanecían en un sepulcral silencio.

El movimiento del titán, que lo lanzaba contra las paredes y lo levantó del suelo en varias ocasiones, era ahora casi insoportable. Aquéllos estabilizadores gravitatorios servían de poco contra el acentuado movimiento que necesitaba hacer cada pierna. El espacio alrededor de él retumbaba con terrible violencia cada once segundos, cuando el pie se apoyaba en la carretera. Estaba intentando mantener el equilibrio al mismo tiempo que avanzaba por los huesos de acero del tobillo de un gigante mecánico andante. Quizá no fuese tan buena idea después de todo.

Y ahora venía la parte más difícil.

Aquella última escotilla llevaba a los dedos con forma de garra de los pies del titán, que formaban escalones por los que los batallones de skitarii que se encontraban en las fortalezas de las piernas podían ascender y descender cuando el *Heraldo* estaba en reposo.

Desembarcar con el titán en movimiento iba a ser... emocionante.

Asavan abrió la escotilla con un chirrido de las bisagras, se agarró a un pasamanos cercano y observó el suelo con los ojos fuera de las órbitas de terror mientras esperaba a que los pies se posasen sobre él. Cuando lo hizo, con un atronador estruendo, el obeso sacerdote corrió por la escalera jadeando y resoplando.

El otro pie tomó tierra, sacudiendo el rococemento y enviando a Asavan trastabillando por los últimos escalones hasta aterrizar convertido en un montón de carne y de mugrientas túnicas sobre la sucia superficie de la carretera.

A un metro de distancia, la escalera volvió a elevarse cuando la gran máquina de guerra levantó el pie para dar otro paso. Gritando sin ni siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo, Asavan Tortellius corrió, sacudiendo las papadas, lejos del ascenso y del inevitable descenso de la pierna. Se lanzó al suelo los últimos metros y aterrizó con violencia.

Mientras el titán continuaba su camino y sus monstruosos pies seguían estremeciendo el suelo, el sacerdote yacía tumbado boca arriba respirando entrecortadamente.

Y de este modo concluyó el desembarco de un titán menos digno en la historia del Imperio.

Aquello había sucedido hacía dos días.

Desde entonces, Asavan no había mejorado demasiado su situación, pero por el Trono que estaba haciendo el trabajo del Emperador. Y eso era un comienzo.

Su viaje por la carretera de Hel (al que decidió considerar su «peregrinaje») había

empezado de manera poco estimulante. Tras obligarse a levantarse a pesar de la inestabilidad de sus pies y recuperar el zapato que había perdido con la caída, inició su camino por la amplia carretera agarrando firmemente su bolsa de alimento deshidratado y sus envases de fluido electrolítico.

Lejos del titán, con el *Heraldo de Tormenta* alejándose en la distancia, se dio cuenta de lo absolutamente silenciosa que podía ser una ciudad muerta. El estampido de las armas y de las máquinas de guerra era un sordo murmullo que parecía estar teniendo lugar en un mundo distante. Su entorno inmediato estaba casi sumergido en un silencio sobrecogedor.

Abandonó la carretera para atravesar un abandonado distrito comercial que había sido duramente castigado semanas antes. Los tanques siniestrados, tanto los imperiales como los alienígenas, cubrían la zona del mercado central, cada uno rodeado de su propio montón de cadáveres. Las moscas rojas, unos hinchados y enormes insectos tropicales que se reproducían como una plaga en los bosques occidentales, formaban enjambres que cubrían los cuerpos y se alimentaban de ellos.

No estaba preparado para el olor de una ciudad en guerra. En la parte trasera de un titán, uno pasaba por el campo de batalla como un coloso, lejos de lo que la princeps, bendita sea, denominaba «la desagradable carnicería biológica».

El hedor era una mezcla de olor a alcantarilla y a comida podrida. Vomitó de nuevo a medio camino de la plaza, arrojando una materia fibrosa que se le quedó pegada a los dientes. Los fluidos y el alimento deshidratado no eran fáciles de digerir.

Aquella noche acampó en el destrozado esqueleto de un *Leman Russ*. El tanque estaba medio enterrado bajo una pared derribada, contra la que evidentemente había chocado. Lo que fuera que les hubiera sucedido a sus tripulantes era un misterio. Asavan no tenía ganas de ponerse a investigar. Se contentaba con que no estuviesen allí, pudriéndose desparramados en sus asientos como muchos otros más.

Cuando por fin se durmió, soñó con todo lo que había visto aquel día. Después de tres horas de soñar que cada cadáver junto al que había pasado lo miraba, decidió renunciar al intento de descansar y se adentró más en la ciudad.

El segundo día encontró los primeros supervivientes. En el suelo de un bloque de habitáculos derrumbado, unos movimientos captaron su atención.

Exteriorizó un tembloroso «¿Hola?» antes de pensar que podría estar llamando a uno de los invasores. El sonido de un correteo lo envalentonó. Las bestias alienígenas jamás correrían por el grito de un único humano.

—¡He venido a ayudar! —exclamó.

El silencio fue su única respuesta.

—Tengo comida —insistió.

Un mugriento rostro se asomó por detrás de una pila de escombros. Tenía los ojos entrecerrados y la mirada brillante y rápida, como la de un animal carroñero.

—Tengo comida —dijo Asavan de nuevo, bajando la voz esta vez. Con lentos movimientos, se descolgó la bolsa de la espalda y levantó un paquete de comida deshidratada en su envoltorio plateado—. Son raciones de alimento deshidratado. Pero es comida.

El rostro se convirtió en una persona, una mujer de mediana edad, cuando salió de su escondite para acercarse. Demacrada y con los ojos desorbitados, avanzó con la cautela de aquellos que han pasado mucho miedo. Necesitó tres intentos para hablar. Las palabras salían de su boca como un áspero suspiro y tuvo que aclararse la garganta varias veces.

—¿Eres un sacerdote? —preguntó, todavía manteniéndose a distancia. La mujer señaló su túnica blanca y violeta con un gesto débil y desdeñoso.

—Sí. El Dios Emperador me ha enviado a ti.

En ese momento, ella se puso a llorar, y poco después ambos compartían una pequeña comida entre la ruinas de su habitáculo. Él le hizo preguntas sobre lo que había vivido, y sobre las pérdidas que había sufrido. Antes de marcharse, una hora después, se aseguró de dejarle suficiente comida y bebida para varios días, y la bendijo en el nombre del Dios Emperador. Le resultaba extraño estar atendiendo a los verdaderamente necesitados y a seres completos de carne y hueso. Sus discursos habían estado destinados generalmente a compañeros clérigos y a skitarii alterados mecánicamente, de modo que jamás había vivido la experiencia de tratar con una mujer que lloraba y que alababa al Emperador.

Era extraño, pero era agradable. Merecía la pena.

El primer encuentro de Asavan Tortellius con un superviviente había ido bien. Continuó caminando y varios encuentros similares se repitieron durante el siguiente día y la siguiente noche. No fue hasta el tercer día cuando se encontró con su primer problema.

Un pequeño grupo de supervivientes harapientos estaban acurrucados alrededor de un fuego calentándose las manos a medida que la noche caía sobre otro cementerio de tanques en un tramo de la carretera de Hel. Asavan se aclaró la garganta mientras se acercaba, y levantó una mano para saludar.

Los supervivientes se volvieron y alzaron sus rifles láser. Varios miembros del grupo vestían monos de trabajo cubiertos de sangre y negros de mugre. Uno de ellos llevaba un uniforme de la Guardia con un abultado generador sobre su espalda y un rifle láser unido a éste por unos cables que apuntaba al rostro de Asavan.

—Basta ya de sorpresas, por favor, ¿vale? —dijo el soldado antes de escupir al suelo con su delgado rostro reflejando sospecha—. Estoy cansado, tengo frío y estoy hasta las narices de dispararles en el cráneo a los saqueadores.

—No soy un saqueador.

—No me sorprende que digas eso después de lo que acabo de decir que les hago a

los saqueadores.

—Soy un sacerdote.

—Eso explica lo de la túnica —rió uno de los trabajadores—. Creo que dice la verdad, Andrej.

—Un sacerdote —repitió el soldado de las tropas de asalto.

—Un sacerdote —repitió Asavan.

El soldado bajó su rifle.

—Eso sí que es una sorpresa. Soy Andrej, de la legión. Y éstos son mis compañeros, que fueron lo bastante poco afortunados de nacer en Helsreach en lugar de en una ciudad que valiese la pena defender.

Los trabajadores empezaron a reírse.

—Soy Asavan Tortellius, del *Heraldo de Tormenta*.

—¿La deidad mecánica? —Andrej soltó una carcajada—. Pues estás un poco lejos de tu trono andante, sacerdote gordinflón. ¿Te caíste y no pudiste alcanzarlo?

Asavan se acercó más al fuego, y los trabajadores le hicieron sitio.

—Tomaz Maghernus —dijo uno de ellos, ofreciéndole la mano al sacerdote—. No le haga caso a Andrej, señor. No está bien de la cabeza.

—Estoy perfectamente. —El soldado de las tropas de asalto asintió con la cabeza, y sus oscuros ojos de rata brillaron con el reflejo de las llamas—. ¡Trono! ¡No había tenido tanto frío en mi vida! Tenemos suerte de que aún no se nos hayan congelado las pelotas.

—Me alegro de verlo —murmuró uno de los otros hombres al sacerdote.

—Sí —asintió otro con voz sincera a pesar de no mirar al recién llegado a los ojos.

A Asavan lo conmovió su casi tímida gratitud de ver a un sacerdote entre todo aquel caos.

—¿He oído bien? ¿Ha dicho saqueadores? —preguntó.

—Sí. —Maghernus se sopló las manos antes de volver a tenderlas hacia las llamas—. Trabajadores portuarios. Desertores de la milicia y de la Guardia. Las cosas se han puesto muy feas por aquí. Recorren los habitáculos y roban créditos y todo lo que encuentran.

—¿Puedo preguntar por qué estáis aquí?

Andrej negó con la cabeza mientras volvía a unirse al grupo.

—No seas desconfiado, santo varón. No nos estamos escondiendo del deber. Simplemente somos los «olvidados», perdidos en la ciudad muerta, y nos dirigimos a... dondequiera que esté el frente más cercano.

—¿No tenéis contacto con el resto de la Guardia?

—¡Ja! Me gusta. Me gusta tu manera de pensar. Tú te caíste de tu titán, gordinflón; ¿tienes algún comunicador para pedir consejo a tus señores del

Mechanicum? No, claro. Tú no estabas en el puerto, cura. La mitad de la ciudad murió la semana pasada. La Guardia se ha dividido, y los sistemas de comunicaciones no son más que un centenar de frecuencias de estática. Si estoy en lo cierto, que espero que no, ninguna fuerza imperial puede contactar con otra en, por lo menos, la mitad de la ciudad.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Avanzamos hacia el oeste. Los templarios fueron al oeste, y eso es lo que nosotros haremos. ¿Por qué estás tú aquí?

Asavan se encogió de hombros. No era algo que pudiese explicar fácilmente.

—Quería recorrer las calles y ayudar donde pudiera. No hacía nada en la espalda de un titán.

Unos pocos del grupo hicieron la señal del águila y murmuraron su admiración.

—¿Quieres venir con nosotros, sacerdote gordinflón? Creo que te gustará lo que hay al oeste.

—¿Qué hay al oeste? —preguntó Asavan.

—Un gran número de sectores industriales en llamas, demasiados saqueadores para que mi inocente corazón los contemple en este momento y, por supuesto, el templo del Emperador Ascendente.

—¿Qué templo es ese del que hablas? ¿Un monasterio? ¿Una catedral?

Maghernus negó con la cabeza.

—Ambas cosas. O ninguna. Es un santuario construido por los primeros colonos que llegaron a Armageddon.

Algo sorprendido, Asavan estuvo a punto de ordenar a un servocráneo que tomase nota.

—¿Me estás diciendo que la primera iglesia jamás construida en Helsreach todavía sigue en pie? ¿Que sobrevivió a la Primera Guerra contra los ejércitos demoníacos? ¿Qué siguió intacta tras la Segunda Guerra, cuando el Gran Enemigo llegó por primera vez a este mundo?

—Pues... sí —respondió Maghernus.

Aquello era algo providencial. Ésa era la razón por la que había abandonado el titán, y la razón por la que el Dios Emperador lo había guiado por la ciudad hasta aquellos hombres.

Andrej resopló ante sus preguntas.

—No se trata simplemente de la primera iglesia construida en Helsreach, mi rollizo amigo. Es la primera iglesia que se erigió en todo el mundo. Cuando los primeros colonos rezaban al Emperador, lo hacían en el templo del Emperador Ascendente.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —Asavan sintió que le temblaban las manos.

—Caminando por la carretera de Hel, ¿cómo si no? —Andrej señaló hacia la

amplia carretera destrozada en la distancia.

Artarion se apartó de los demás.

El edificio que ocupaban había sido en su día un pequeño templo que servía como centro espiritual de aquel sector industrial. Ahora no era más que un montón de ruinas y ya no estaba en condiciones para alojar las oraciones de la madrugada y del anochecer de los trabajadores locales. En la sala del altar, Artarion había hecho una pausa en su aburrida exploración al encontrar manchas de sangre en algunos de los escombros que cubrían el suelo de la construcción en ruinas.

La sangre era antigua; las manchas estaban reseca. Quienquiera que estuviese enterrado allí había muerto hacía días. Artarion inspiró a través de los filtros de su casco. Era una mujer. No había sangrado mucho tras ser aplastada. Llevaba muerta unos tres días; el delicado olor a descomposición no era más que un ligero efluvio en el aire.

Se había retirado para llevar a cabo los ritos de mantenimiento de sus armas, así como para alejarse de los comentarios de Priamus sobre los Salamandras.

Mientras se agachaba para sentarse sobre la tumba de cascotes de la mujer muerta, la articulación de la rodilla de su armadura se bloqueó varios segundos. Unas runas de advertencia parpadearon en la pantalla de su visor. En lugar de apagarlas, desconectó los cierres de su casco, se lo quitó e inhaló el aire cargado de fuego, cenizas y polvo de ladrillo que era todo en lo que se había convertido Helsreach. La articulación crujió y recuperó el movimiento, provocando un gruñido del guerrero mientras éste se sentaba.

Su bólter, encadenado a su muslo y sujeto magnéticamente en su sitio, estaba sin munición. Todavía no había hablado de ello con los demás, pero sabía que debían de estar teniendo las mismas dificultades. Antes de la semana del derramamiento de sangre en el muelle, los suministros importados para la cruzada Helsreach desde el *Cruzado Eterno* hacía tanto tiempo se habían reducido a una plataforma de carga de la Thunderhawk medio llena de proyectiles y a un cajón casi vacío de recambios de dientes de sierra para las espadas sierra.

La cañonera descansaba fría y en silencio en el patio de un complejo industrial, a casi dos kilómetros al oeste, en un sector de la ciudad todavía bajo control Imperial.

Artarion examinó la boca ennegrecida del bólter girando el arma entre sus manos mientras seguía el trazo curvo y, en su día dorado, de las escrituras incrustadas en los laterales del arma. Una lista de enemigos muertos, de batallas ganadas, de mundos defendidos...

En un pesaroso silencio, bajó el bólter de nuevo.

—No tienen nada de admirables —escupió Priamus mientras se paseaba por la sala de oración—. Luchan para defender, para conservar. Todas sus costumbres están consagradas a mantener lo que la humanidad ya tiene.

Bastilan estaba poniendo a punto su espada de combate pasando una piedra de afilar por los letales filos del gladius. La pequeña cámara resonaba con los fuertes pasos de Priamus y el siseo de la piedra contra el metal.

—Es un error —añadió el espadachín—. No pretendo ofenderlos como guerreros. Pero descender en las cápsulas al interior de la ciudad sólo para defender a los civiles es una locura.

La piedra sigue afilando la hoja.

—¿Por qué no contestas, hermano?

—Tengo poco que decir —responde mientras sigue centrado en los cuidados de su arma.

—¿No te parece bien lo que pienso? Bastilan, por favor, sabes que tengo razón.

—Sé que estás pisando terreno peligroso. No deberías mancillar el honor de nuestro capítulo hermano. Los Salamandras derramaron tanta sangre como nosotros la semana pasada.

—Ésa no es la cuestión.

La piedra continúa realizando su trabajo.

—Pues en eso discrepamos, hermano. Pero eres joven. Ya aprenderás.

Priamus no se molestó en ocultar su indignación.

—No me trates con condescendencia, anciano. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Sólo te callan los años y el hecho de que eres demasiado reservado como para decirlo en voz alta.

—No soy tan viejo —rio Bastilan. El chico era un incordio, pero a veces lo hacía sonreír con su insensato fervor.

—No te rías de mí.

—Pues deja de hacerme reír. ¿Qué dos capítulos luchan igual? ¿Qué dos capítulos hacen la guerra siguiendo los mismos principios? Todos nacemos en mundos diferentes y nos formamos con maestros diferentes. Acepta las diferencias y lucha con ellos como aliados.

—Pero se equivocan. —Priamus miró al guerrero más viejo con incredulidad. ¿Cómo podía ser tan obtuso?—. Podían haber aterrizado en cualquier punto de la ciudad. Podían haber impactado contra uno de los comandantes alienígenas. Sin embargo, lo hicieron entre nosotros, en el puerto, para defender a los humanos.

—Para eso es para lo que vinieron. No confundas su compasión por equivocación táctica.

—A eso me refiero. —Priamus contuvo el impulso que sentía de desenvainar su

espada. No había nada que cortar salvo el aire que tenía ante sí, aunque sentía una gran necesidad de sacar el acero—. Se dedican a preservar. A defender. Somos astartes, no guardias imperiales. Somos la lanza en la garganta, no un yunque romo. Somos todo lo que queda de la Gran Cruzada, Bastilan. Durante diez mil años hemos llevado a cabo sin ayuda de nadie una cruzada para someter a todos los mundos del Emperador. No luchamos por la gente del Imperio. Luchamos por el Imperio en sí. Atacamos. Atacamos.

—Aquí, en Helsreach, no. —Bastilan siguió afilando la espada.

Priamus bajó la cabeza, incapaz de ceder, a pesar de que sabía que lo había vencido. Ése desgraciado de Bastilan siempre le hacía lo mismo. Unas pocas palabras tranquilas y echaba por los suelos todo lo que Priamus estaba intentando decir. Era de lo más irritante.

—Helsreach es... —La voz del espadachín era ahora más baja, menos amarga, y algo menos segura—. Ninguno de los aspectos de esta guerra me hace sentir cómodo.

Nerovar también se había apartado de los demás.

Pero, por lo visto, no lo suficientemente lejos.

—Hermano —dijo una voz.

Grimaldus había vuelto. Nero lo saludó con la cabeza y volvió a su fingido examen del chamuscado mural en la pared del templo. Escenas del Emperador velando por Helsreach: un dios dorado con su radiante semblante observando escenas inferiores de su gigantesca industria. Con la pared destrozada por las llamas y la obra de arte carbonizada, ahora se parecía más a la ciudad que representaba que nunca.

—¿Cómo ha ido la reunión de mando?

—Ha sido una tediosa discusión sobre las últimas batallas. En ese aspecto ha sido igual que todas las demás. Los Salamandras se han retirado.

—A lo mejor así Priamus deja de quejarse.

—Lo dudo mucho. —Grimaldus se quitó el casco. Nerovar lo observó mientras examinaba las pinturas y vio como los rasgos cubiertos de cicatrices del reclusiarca se transformaban en un gesto pensativo—. ¿Cómo va la herida? —preguntó Grimaldus en un tono más grave y más suave al mismo tiempo, sin los filtros de voz del casco.

—Sobreviviré.

—¿Te duele?

—¿Importa? Sobreviviré.

Las cadenas que aseguraban sus armas a la armadura sonaban mientras el Reclusiarca avanzaba por la cámara. Las botas de ceramita golpeaban los polvorientos mosaicos y los rompían bajo sus pisadas. En el centro de la estancia, Grimaldus alzó la vista hacia el techo agujereado, donde la vidriera de la cúpula había ocultado en su día la vista del cielo contaminado.

—Estaba con Cador —dice, mirando al cielo—. Estaba con él al final.

—Lo sé.

—Entonces, ¿me crees cuando digo que no podrías haber hecho nada por él si hubieses estado con nosotros? Murió en el instante en que la bestia lo golpeó.

—Vi la herida mortal, ¿no? No me estás diciendo nada que no supiera ya.

—Entonces, ¿por qué sigues lamentando su pérdida? Fue una muerte magnífica, digna de un panteón a bordo del *Cruzado*. Mató a nueve enemigos con una espada rota y con sus propias manos, Nero. ¡Por la sangre de Dorn!, ojalá todos nosotros pudiésemos inscribir tales hazañas en nuestra armadura. La humanidad ya habría limpiado las estrellas a estas alturas.

—Jamás descansará en ese panteón, y lo sabes.

—Pero eso no es algo digno de lamentación. Sólo es una terrible verdad. Cientos de nuestros héroes han caído y jamás se han recuperado sus cuerpos. Tú posees el auténtico legado de Cador. ¿Por qué no es eso suficiente para ti? Me gustaría ayudarte, hermano, pero no lo estás poniendo fácil.

—Él me entrenó. Él me enseñó a usar la espada y el bólter. Él fue el padre que sustituyó a los padres que me arrebataron.

Grimaldus todavía no se había vuelto hacia el otro caballero. De repente vio cómo un caza imperial los sobrevolaba a toda velocidad, y se preguntó si sería Helius, el sustituto de Barasath y de Jenzen.

—El destino de un guerrero —dijo— es sobrevivir a quienes nos forman. Aprendemos sus lecciones y las empuñamos como armas contra los enemigos del hombre.

Nero soltó una risotada.

—¿He dicho algo gracioso, apotecario?

—En cierto modo. La hipocresía siempre resulta divertida. —El apotecario se quitó también el casco. Al hacerlo, sintió de repente el desagradable peso de la semilla genética criosellada en la cápsula de almacenamiento de su antebrazo.

—¿Hipocresía? —preguntó Grimaldus, más curioso que enfadado.

—Es raro en ti consolar y confortar, reclusiarca. Discúlpame por decirlo.

—¿Por qué iba a tener que disculparte por decir la verdad?

—Haces que suene tan claro y tan fácil. Ninguno de nosotros ha sido sincero contigo desde que... llegamos aquí.

Grimaldus bajó la mirada de los oscuros cielos y fijó los ojos, los mismos ojos que la comandante de una deidad mecánica había definido como amables, ni más ni menos, sobre los de Nerovar.

—Dices «desde que llegamos aquí». Suena a otra mentira.

—Bien, desde antes de llegar aquí. Desde que Mordred murió. Es difícil estar cerca de ti, reclusiarca. Te encierras en ti mismo cuando deberías inspirarnos a todos.

Eres distante cuando antes estabas lleno de furia. Creo que te equivocas al sermonearme sobre la muerte de Cadur cuando tú mismo estás perdido desde que Mordred cayó. Hay algunas llamas de fuego bajo la fría superficie, y ya te hemos advertido de estos cambios, pero no ha servido de nada.

La risa de Grimaldus abandonó sus labios como una suave exhalación a través de una renuente sonrisa.

—Veo el mundo a través de sus ojos —dijo, mirando hacia la plateada máscara de calavera que tenía entre las manos—. Y veo, noche tras noche, que yo no soy él. No merecía este honor. No soy un líder, y no se me da bien tratar con los humanos. No debería llevar el manto del reclusiarca, pero estaba seguro de que una vez que comenzase la guerra, mis dudas y mis inquietudes se disiparían.

—Pero no ha sido así.

—No, no ha sido así. Moriré en este mundo. —Grimaldus miró al apotecario de nuevo—: Mi maestro murió, y apenas unos días después me enviaron a morir a un mundo que no tenía ninguna esperanza de sobrevivir en una mala guerra, lejos de mis hermanos y del capítulo al que he servido durante doscientos años. Incluso si ganamos, ¿qué conseguiremos con esta victoria? Seremos reyes en un mundo arruinado con una industria aniquilada. —El reclusiarca negó con la cabeza y continuó—: Y aquí es donde vamos a morir. Una muerte indigna.

—Es gloriosa a su manera. La cruzada Helsreach. Nuestros hermanos y la gente de este mundo recordarán nuestro sacrificio eternamente. Lo sabes tan bien como yo.

—Sí, lo sé. Pero no me importa la gloria. La gloria se gana con una vida al servicio del Trono. No debería ser un premio de consolación, ni nada buscado para saciar un ansia. Quiero que mi vida les importe a mis hermanos, y quiero que mi muerte fomente la causa del Imperio. ¿Recuerdas las últimas palabras que me dedicó Mordred? Están escritas en oro sobre el pedestal de la estatua que le honra.

—Las recuerdo, reclusiarca: «Se nos juzga en vida por el mal que destruimos». Y se nos juzgará bien, pues muchos otros ya han caído antes que nosotros.

—Nuestras muertes no inspiran a nadie. No benefician a nadie. ¿Recuerdas a los Lobos de la Sombra? Cuando vimos morir al último de su capítulo, sentí que mi corazón cantaba. Nunca antes había necesitado derramar sangre alienígena tanto como en ese momento. Sus muertes importaron. Todos los guerreros que vestían la armadura plateada tuvieron una muerte gloriosa ese día. ¿Y Helsreach? ¿A quién inspirará valor una nota al pie en los archivos de una ciudad caída?

Grimaldus cerró los ojos. Y no volvió a abrirlos a pesar de sentir que Nerovar se aproximaba.

El puño que lo golpeó en la mandíbula lo derribó, y desde el suelo por fin miró de nuevo al apotecario. Grimaldus sonreía, aunque en realidad no había esperado el golpe.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Nerovar con los dientes apretados y el puño todavía cerrado—. ¿Cómo te atreves? ¿Estás manchando nuestra propia gloria y te atreves a decirme que la muerte de Cador significa algo? No significa nada. Murió como moriremos todos: sin ser enterrado y sin ser recordado. Eres mi reclusiarca, Grimaldus. No me mientas. Si nuestra gloria no le importa a nadie, entonces la muerte de Cador tampoco importa nada, y tengo todo el derecho a lamentar su pérdida como tú lamentas la de todos nosotros.

El capellán se lamió los labios y saboreó la sangre química que los manchaba. En silencio, se puso de pie. Nerovar no se apartó. En lugar de ello, permaneció donde estaba y activó la cápsula de almacenamiento de su brazo. Un frasco de plastek se deslizó hacia fuera y Nerovar se lo lanzó a Grimaldus.

El reclusiarca lo cogió entre unas manos que amenazaban con ponerse a temblar. NACLIDES, decía la etiqueta. La semilla genética de un hermano que había caído días antes.

—Nero...

Nerovar extrajo otro tubo y se lo lanzó al reclusiarca. DARGRAVIAN. Él había sido el primero en caer.

—Nerovar...

El Apotecario sacó un tercer frasco. Éste lo sujetó en su puño, agarrándolo con el guantelete con miedo de hacerlo pedazos. CADOR, se leía entre los dedos del caballero.

—Respóndeme —exigió el apotecario—. ¿Tiene algún sentido lo que hacemos aquí? ¿No hay nada que nos haga sentir orgullosos de nuestro sacrificio?

Grimaldus tardó varios momentos en contestar. Recorrió con la mirada el modesto y derruido templo con la mirada iluminada.

—La ciudad está cayendo, hermano. Sarren y los demás humanos han asumido hoy ese hecho. Ha llegado el momento de elegir dónde moriremos.

—Entonces hagamos que sea donde se nos recuerde —respondió Nerovar, lanzando con reverencia el frasco que contenía los órganos de la semilla genética criogénicamente congelados al capellán—. Que sea en un lugar donde nuestras muertes importen y generen leyendas dignas de ser recordadas en la historia de la humanidad.

Grimaldus miró los tres frascos que tenía en la palma de su guantelete.

—Conozco un lugar —dijo suavemente, y una llama apareció en sus ojos mientras alzaba de nuevo la vista hacia su hermano de batalla—. Está lejos de aquí, pero no hay ningún otro lugar más sagrado en todo este mundo. Allí cavaremos nuestras tumbas, y allí nos aseguraremos de que el Gran Enemigo recuerde eternamente el nombre de los Templarios Negros.

—Dime por qué has elegido ese lugar. Necesito saberlo.

La verdad es... sorprendente, pero a medida que pronuncio las palabras sé que no hay cabida para la duda en ellas. Esto es lo que debemos hacer, y así es como debemos morir. Nuestras vidas son sacrificio desde que nos implantan la semilla genética hasta que nos la extraen del cuerpo.

—Moriremos donde nuestra muerte tenga valor. Donde podamos quebrantar al enemigo con nuestro último aliento e inspirar a los guerreros de esta ciudad.

—Por fin podemos oír las palabras de un reclusiarca —dice Nero.

—Aprendo despacio —confieso. Mi comentario dibuja una sonrisa en los rostros de mis hermanos.

—Mordred está muerto —dice Nero, manteniendo la voz baja—. Pero confió en ti como su heredero por encima de cualquier otro por una razón: creía que eras digno de su manto.

Yo no contesto.

—No mueras sin haber estado a su altura, Grimaldus.



VEINTE

MACHACADIOZEZ

Maralin paseaba por el jardín botánico, acariciando las hojas y los pétalos cubiertos de rocío de los rosales con las puntas de los dedos.

No eran suyos, pero eso no le impedía admirarlos. Sólo una de sus hermanas tenía la paciencia y la habilidad de cultivar rosas en el asfixiante aire y la contaminada tierra de la ciudad, y ésa era Alana. Los servidores se encargaban de todas las demás flores del jardín botánico y, desde el punto de vista de Maralin, se notaba. Sus dedos bailaban por los húmedos pétalos de las rosas cubiertas de hollín mientras miraba fascinada, como siempre, lo bonitas y lo grandes que eran las flores de Alana en comparación con las que cultivaban los esclavos augmetizados.

Era obvio que carecían de inspiración, y no había duda de que la pérdida de su alma tenía mucho que ver en ello.

Tras atravesar el espacioso jardín, entró en la rectoría. Los filtros de aire del edificio trabajan a la máxima potencia para mantener la cámara principal fresca. La priora Sindal estaba sentada, como casi siempre, frente a su inmenso escritorio fabricado con la poco común madera pétrea, escribiendo sin parar con su meticulosa letra.

Cuando Maralin entró, alzó la vista y miró a través de las lentes correctoras que se le habían escurrido hasta la punta de la nariz.

—Priora, hemos recibido noticias de Tempeстора.

Los ojos cubiertos por las cataratas de Sindal se entrecerraron, y dejó caer suavemente un poco de arena sobre su pergamino para secar la tinta. Tenía setenta y un años, y no sólo los aparentaba, también era evidente cuando hablaba.

—¿Qué se sabe del Sanctorum?

—Ha caído —dijo Maralin, tragando saliva.

—¿Supervivientes?

—Pocos, y la mayoría están heridos. La colmena ha caído, y el Sanctorum de la Orden de Nuestra Señora Mártir ha sido invadido por el enemigo. Acaban de informarnos de que no hay suficientes supervivientes como para retomar el Sanctorum todavía. Nuestras propias hermanas en los Desiertos de Arena y Fuego se están desplazando como refuerzo.

—Entonces Tempehora ha caído. ¿Qué hay de la colmena Stygia, en el norte?

—Todavía no se sabe nada, priora. Seguramente estarán sufriendo el asedio como nosotros.

La parálisis afectaba a las manos de la anciana, aunque descubrió que escribir mejoraba su funcionamiento por razones que no alcanzaba a comprender. Ahora temblaban mientras dejaba un pergamino ya lleno a un lado, sobre un desordenado montón.

—A Helsreach le quedan semanas, pero poco más. El sitio ha llegado casi a nuestras propias puertas.

—Eso... me lleva al segundo de los mensajes de esta mañana, priora. —Maralin tragó saliva de nuevo. Aquello la hacía sentir claramente incómoda, y detestaba tener que ser ella la que le comunicase estos mensajes, pero era la más joven y a menudo solían relegarla a estas tareas.

—Habla, hermana.

—Hemos recibido un mensaje de un comandante astartes en la ciudad. El reclusiarca. Nos informa de que sus caballeros están de camino para luchar en nuestra defensa.

La priora se quitó las gafas y las limpió con un paño suave. Después, con cuidado, volvió a colocárselas y miró directamente a la joven.

—¿El reclusiarca va a traer a los templarios negros aquí?

—Sí, priora.

—Hmm. ¿Dijo por algún casual por qué sentía el repentino deseo de luchar junto a la Orden del Sudario de Plata?

No lo había hecho, y Maralin había estado prestando mucha atención a la poca información que lograba atravesar el sistema de voz con algo de claridad. Aquella también era una de sus tareas, como la más joven, mientras sus hermanas se preparaban para la batalla.

—No, priora. Imagino que habrá sido decisión del coronel Sarren dividir las defensas restantes en bastiones separados. El reclusiarca ha elegido el templo.

—Ya. Dudo que haya pedido permiso.

Maralin sonrió. La priora había luchado con los Elegidos del Emperador anteriormente, y muchos de sus sermones habían incluido irritadas menciones a sus

descaradas actitudes.

—No, priora, no lo ha hecho.

—Típico de los astartes. Hmm. ¿Cuándo llegarán?

—Antes del anochecer, señora.

—Muy bien. ¿Algo más?

Había poco más. La inconstante red de comunicación había ofrecido varias informaciones de un importante movimiento titán enemigo hacia el norte, pero no había confirmación. Maralin se lo dijo, pero sabía que la priora tenía la mente en otra parte. En los Templarios, seguramente.

—Maldito sea todo —rezongó la mujer mientras se levantaba de su silla y colocaba la pluma en el tintero—. Venga, no te quedes ahí cazando moscas, niña. Prepara mi armadura de batalla.

Maralin puso los ojos como platos.

—¿Cuánto tiempo hace desde que llevó la armadura por última vez, priora?

—¿Cuántos años tienes, niña?

—Quince, señora.

—Bien, digamos que tú todavía no podías limpiarte tu propio trasero la última vez que fui a la guerra. —La frente de la anciana apenas llegaba a la barbilla de Maralin mientras pasó por su lado arrastrando los pies—. Pero será estupendo dar un sermón bólter en mano de nuevo.

Por todo el Templo del Emperador Ascendente, las hermanas se estaban preparando para la guerra. La Orden del Sudario de Plata no había estado presente en Helsreach con ninguna fuerza significativa. Su contribución se había limitado a una serie de escaramuzas mientras se retiraban de las iglesias de la ciudad.

Noventa y siete hermanas preparadas para la batalla cubrían las murallas y las salas del templo y vigilaban a varios miles de sirvientas, servidores, predicadoras, profanas y acolitas. El templo en sí constaba de una basílica central rodeada de altas murallas de rococemento decoradas con ángeles de sonrisa lasciva y espantosas gárgolas que miraban hacia la ciudad. Entre las murallas y el edificio central, hectárea tras hectárea de cementerio rodeaba la basílica en todas direcciones. Miles de años atrás habían sido unos exuberantes jardines, cultivados y atendidos por los primeros colonos de Armageddon. Ésos mismos colonos estaban enterrados allí, y hacía mucho tiempo que sus huesos se habían convertido en polvo y sus nombres habían desaparecido de sus tumbas erosionados por el tiempo. Enterrados junto a ellos yacían generaciones de sus descendientes; siervos santos del Imperio; y los respetados muertos de las Legiones de Acero de Armageddon.

Ahora no se enterraba a nadie allí; el cementerio se consideraba lleno. Los archivos oficiales contaban que la basílica estaba rodeada de nueve millones ciento

ocho mil cuatrocientas sesenta tumbas. Actualmente, sólo dos personas sabían que el número era incorrecto, y sólo a una de ellas le importaba esta discrepancia.

La primera era un servidor que había sido jardinero, y que había dedicado varios años de su vida, antes de que su modificación le robase la razón y la independencia, a contar las tumbas mientras cuidaba de los jardines que las rodeaban. Sentía curiosidad y lo satisfizo mucho conocer la verdad, de modo que se la guardó para sí mismo, consciente de que si informaba de aquello a sus superiores, podrían acusarlo de falta de diligencia en sus tareas principales. Él era, al fin y al cabo, un jardinero, y no un contador o un cogitador. Tres meses después de haber satisfecho su curiosidad con la verdad, se lo descubrió robando de los diezmos del templo, y fue sentenciado a una reconfiguración augmética.

La segunda persona que sabía la verdad era la priora Sindal. Ella también las había contado personalmente en un transcurso de tres años. Para ella era una forma de meditación; de alcanzar un estado de unidad con la gente de Armageddon. No había nacido allí, y en su devoto servicio por la gente de ese mundo, sentía que su técnica de meditación era lo bastante apta.

Había, por supuesto, llevado a cabo correcciones en los archivos, pero seguían encerradas en el ciclo burocrático. El consejo cardenalicio del templo tenía fama de estar en contra de tener a su personal ocupado con papeleos.

La mayoría de las tumbas estaban apiñadas en grupos de linaje o de lealtad, y no había ninguna uniformidad en las lápidas. Cada una era ligeramente diferente en tamaño, forma, material o disposición de las que tenían cerca, incluso en secciones donde las hileras estaban dispuestas en filas ordenadas. En otras partes del distrito del cementerio, encontrar un camino era como atravesar un laberinto, y abrirse paso entre las tumbas llevaba una enorme cantidad de tiempo.

El templo del Emperador Ascendente era, como todas las construcciones imperiales, un lugar de evocadora y gótica belleza. Las agujas estaban rodeadas de ángeles de piedra y de representaciones de los primarcas del Emperador como santos. Las vidrieras tenían una profusión de colores y mostraban escenas de la Gran Cruzada del Dios Emperador para unir las estrellas bajo la vigilante orientación de la humanidad. También había representaciones más modestas de los primeros colonos, con sus hazañas de supervivencia y de edificación exageradas a una proporción casi divina, mostrándolos como los constructores de un glorioso mundo perfecto de luz dorada y de catedrales de mármol en lugar del planeta industrial que habían fundado en realidad.

Las hermanas de la Orden del Sudario de Plata no habían permanecido de brazos cruzados durante los meses en los que la guerra había arrasado el resto de la ciudad. Las ermitas más pequeñas del cementerio eran a la vez puestos avanzados de artillería pesada y capillas en honor de su fundadora, santa Silvana. Unas angulosas estatuas de

plata maciza, cada una mostrando a la santa llorando en diferentes posturas de dolor, triunfo y contemplación, custodiaban en silencio las torretas y las barricadas de artillería.

Las murallas del recinto se reforzaron del mismo modo que las murallas de la ciudad, y presentaban el mismo porcentaje de torretas de defensa por metro. Éstas permanecían bajo el control de la milicia de Helsreach.

Las grandes puertas del patio del templo no estaban cerradas. A pesar de las protestas del consejo cardenalicio, la priora Sindal había exigido que las puertas permanecieran abiertas hasta el último momento posible para permitir la entrada de todos los refugiados que llegasen a lo largo de las semanas que durase el asedio. La cripta de la basílica alojaba a cientos de familias que no habían podido entrar en los refugios subterráneos por motivos de actividad criminal, por un error administrativo o por pura mala suerte. Amontonados en la penumbra, salían por la mañana y por la noche para las oraciones, y añadían sus voces a los ruegos que alcanzaban el techo inmaculadamente pintado en el que se representaba al Dios Emperador mirando hacia los cielos.

El templo del Emperador Ascendente era, en resumen, una fortaleza.

Una fortaleza llena de refugiados y rodeada del cementerio más grande del mundo.

Somos los últimos en llegar.

Veintinueve de mis hermanos ya esperan mi llegada con nuestra cañonera en tierra. Esto nos convierte en una fuerza de treinta y cinco, si contamos con Jurisian trabajando con la vana esperanza de traer el arma por el Desierto de Ceniza.

Treinta y cinco de los cien que aterrizamos en Helsreach hacía cinco semanas.

Uno de los que esperan nuestra llegada es el guerrero al que he estado intentado evitar en la medida de lo posible desde que estamos en este planeta.

Está arrodillado ante las puertas abiertas del complejo del templo, con su espada negra hundida en el mármol que tiene ante sí, con la cabeza oculta bajo su casco y reverentemente inclinada. Como en las armaduras de los templarios que lo rodean, casi todo resto de pergaminos, sellos de cera y tabardos de tela han desaparecido. Lo reconozco por su vieja armadura y por la oscura espada a la que reza.

El mismo Jurisian había trabajado en aquella armadura, reparándola con reverencia cada vez que había sido honrado con la oportunidad de tocarla. Antes de Jurisian, otros señores de la forja habían mantenido aquella reliquia a través de los siglos desde que se forjó como armadura para la Legión de los Puños Imperiales.

Mientras que nuestra armadura muestra un fondo gris apagado bajo la capa de pintura a causa de los disparos, la chapa de este caballero, forjada en un tiempo en el que los primarcas todavía surcaban la galaxia, muestra oro bajo los daños sufridos en

la batalla. El legado de la legión de Dorn sigue allí si uno sabe dónde mirar; entre las grietas reveladas por la guerra.

El caballero se levanta y extrae la espada del mármol sin ningún esfuerzo. Su casco se vuelve en mi dirección, y la máscara que en su día miraba hacia los campos de batalla de la Herejía de Horus, me mira con lentes oculares del color de la sangre humana.

Me saluda con un gesto, con la espada envainada a su espalda, y hace la señal del águila con los guanteletes sobre su peto abollado. Le devuelvo el saludo, y pocas veces en mi vida lo he hecho con tanta sinceridad. Por fin estoy preparado para ponerme delante de él y soportar el juicio de sus ojos carmesíes.

—Saludos, reclusiarca —me dice.

—Saludos, Bayard —le digo al paladín del Emperador de la cruzada de Helsreach.

Él me observa, pero sé que no me ve. Ve a Mordred, el caballero que portaba el arma y la máscara que ahora llevo yo.

—Mi señor —lo saluda Priamus, adelantándose y arrodillándose ante Bayard.

—Priamus —responde Bayard entre risas—. Veo que sigues respirando.

—Nada en este mundo cambiará eso, mi señor.

—Levántate, hermano. Jamás llegará el día en que debas arrodillarte ante mí. —Priamus se levanta e inclina la cabeza en señal de respeto una vez más antes de regresar a mi lado.

—Artarion, Bastilan, me alegro de veros. Y a ti, Nero.

Nerovar hace la señal del águila, pero no dice nada.

—La muerte de Cador me partió el corazón, hermano. Él y yo servimos en los Hermanos de la Espada juntos, ¿lo sabías?

—Sí, mi señor. Cador solía hablar de ello. Se sentía honrado de haber servido a tu lado.

—El honor era mío. Debes saber que cincuenta enemigos murieron bajo mi espada el día que me enteré de su muerte. Era un guerrero capaz de apagar el fuego de las estrellas. Lo echo inmensamente en falta, y la Eterna Cruzada está más indefensa sin su espada.

—Haces un gran honor a su memoria —dice Nero con la voz entrecortada por la emoción.

—Dime, hermano —Bayard baja el tono, como si los refugiados que se encuentran de pie mirándonos fuera de las grandes puertas no tuviesen derecho a escuchar lo que hablamos—, tengo entendido que la herida mortal fue en la espalda. ¿Es eso cierto?

—Sí —asiente Nero con renuencia.

—También he oído que mató a nueve bestias solo, antes de sucumbir a sus

heridas.

—Así fue.

—Nueve. ¡Nueve! Murió enfrentándose a su enemigo, como deben morir los caballeros. Gracias, Nero. Hoy me has traído consuelo.

—Yo... Yo...

—Bienvenidos, hermanos. Hacía mucho que no estábamos todos juntos. —Hay un murmullo general de asentimiento, y Bayard me mira.

Yo sonríe tras la máscara.

Iban montados en el compartimento trasero de un pesado transporte blindado de tropas tipo Chimera, golpeando con la espalda las paredes de metal con cada giro repentino. Habían encontrado el transporte en la carretera, cubierto de agujeros de bala y de quemaduras de láser, pero todavía tenía combustible y funcionaba. Andrej y los demás sacaron los cuerpos de los legionarios muertos a la carretera, y el soldado de las tropas de asalto forzó a los portuarios a pronunciar una breve oración sobre los cadáveres antes de, como él lo expuso, «robarles el transporte».

—Los buenos modales son gratis —les dijo—. Y estos hombres murieron por vuestra ciudad.

La sección de tropas en la parte trasera del Chimera era un reflejo de la vida de la Guardia: olía a sangre, a combustible y a sudor agrio. Sobre sus crujientes asientos, Maghernus y sus portuarios, junto con Asavan Tortellius, que se había unido a su causa, esperaban sentados a que Andrej los llevase al otro lado de la carretera de Hel.

No era buen conductor. Se lo dijeron, y él aseguró no saber de qué estaban hablando. Además, añadió, la oruga izquierda del tanque estaba dañada. Por eso no dejaban de derrapar.

—Y por cierto —les había espetado finalmente—, estáis mejor callados.

Andrej hizo un recorrido por los canales de comunicación, pero siguió sin tener suerte con ninguna frecuencia. A estas alturas, si la torre repetidora de la ciudad había desaparecido o si los orkos estaban realizando alguna intensa campaña de bloqueo resultaba indiferente. No podía contactar con sus comandantes, y eso lo dejaba solo con sus propios recursos. Como siempre, avanzaría. Así es como actuaba la legión, y ése era el credo de la Guardia.

Desde su punto de vista, el reclusiarca le debía un favor. En ese caso, avanzar significaba oponer resistencia junto a los caballeros negros hasta que encontrase a alguien, quien fuera, de su estructura de mando.

Hubo un momento especialmente fastidioso en el que había conseguido contactar con elementos de la 233.^a División Acorazada de la Legión de Acero, pero estaban a punto de ser aniquilados por una formación de titanes enemigos y no hubo tiempo para cortesías. El destino se estaba burlando de él, Andrej estaba convencido de ello:

la única fuerza con la que había conseguido hablar estaba a unos minutos de ser borrada de la faz del planeta.

Aquél no era modo de hacer una guerra. ¿Sin comunicación entre las fuerzas? ¡Menuda locura!

El humo y las llamas se veían en el horizonte que tenían por delante, pero eso no les servía de nada útil a la hora de determinar la dirección o el destino que debían seguir. El humo y las llamas se alzaban desde todos los horizontes.

A Andrej aquello no le hacía ninguna gracia, no señor.

Cambió la marcha con un irritante chirrido del metal contra el metal. Un coro de protestas resonó desde la parte trasera del Chimera, que dio una sacudida y zarandéo a los pasajeros un poco más. Oyó que la cabeza de alguien golpeaba la pared interior. Esperaba que hubiese sido el cura gordinflón.

Andrej se echó a reír. Al menos eso sí que era gracioso.

—... ckr... sn... tl... —se oyó por el sistema de comunicaciones.

¡Vaya! Aquello era un progreso.

—Aquí el soldado Andrej, de las...

El soldado de las tropas de asalto cerró la boca mientras la transmisión pasó a oírse casi con toda claridad. El distrito en llamas que necesitaban atravesar para llegar hasta el distante templo... era la fundición Rostorik. El comunicador transmitió los aullidos de muerte de un Titán.

—¡Agarraos! —gritó a los hombres que llevaba detrás, y aceleró el maltratado transporte por la carretera de Hel hacia la figura del *Heraldo de Tormenta* que emergía por encima de las torres industriales.

La conexión fue invadida salvajemente por el grito agónico del *Pacto de Sangre*. Zarha se retorció en su ataúd intentando bloquear el dolor empático para que no influyese en la información sensorial en la que necesitaba concentrarse.

Sus brazos sin manos se estiraron hacia adelante en el lechoso fluido, y el titán obedeció su furiosa necesidad.

—Disparando —confirmó Valian Carsomir.

En el núcleo del sector industrial, rodeado de ardientes torres y de fábricas en ruinas, el titán Imperator soportaba una ráfaga de fuego enemigo de unos bípedes de chatarra que apenas le llegaban a la cintura. Sus escudos se activaron con feroz intensidad, con el esplendor casi cegador, de una corona.

El aniquilador de plasma acumulaba energía, absorbiendo una tormenta de aire a través de las turbinas refrigerantes y temblando a medida que se preparaba para descargar. Alrededor de las piernas de la deidad mecánica, los torpes bípedes orkos pusieron en marcha unas estruendosas sirenas y se enviaron aullantes señales de advertencia los unos a los otros. El ardiente vapor se condensaba alrededor de la

trémula arma de plasma mientras soltaba presión y, con un rugido que hizo añicos los cristales de las pocas ventanas que quedaban intactas en un kilómetro a la redonda, el *Heraldo* disparó.

Tres de los pequeños titanes de chatarra enemigos se vieron envueltos en el chorro de ardiente plasma que surgió del arma, y se fundieron bajo el fuego incandescente.

El brazo de Zarha le enviaba punzadas de dolor. Hacía todo lo que podía para bloquearlo y centrarse en la plaga de insectos que tenía por todo el cuerpo: sus escudos estaban siendo gravemente dañados. El *Heraldo* no podía permanecer allí durante mucho más tiempo.

—El *Pacto de Sangre* no se levanta, mi princeps.

Zarha ya lo sabía. Había oído a su alma gritar a través del enlace entre princeps de la legio.

Está muriendo.

—Está muriendo.

—¿Qué ordena, mi princeps?

Resistir. Luchar.

—Resistir. Luchar.

El Titán tembló cuando otro caminante de chatarra se acercó disparando los cañones de sus hombros. De pie sobre el titán de clase Reaver caído *Pacto de Sangre*, el *Heraldo* devolvió el fuego con su artillería secundaria, friendo los escudos de vacío de la máquina de guerra inferior con una ráfaga de fuego incendiario.

Zarha estiró su otro brazo hacia adelante riendo mientras se movía. El otro brazo del *Heraldo*, el colosal cañón de fuego infernal, empezó a emitir ruidos mientras sus cámaras mecánicas internas y sus motores de ataque giraban a velocidad de disparo.

—Mi princeps... —advirtieron Lonny y Carsomir al unísono.

Zarha se rio en su tumba de fluido.

¡Muere!

—¡Muere!

El titán de chatarra enemigo fue triturado por cinco lanzas de energía que salieron disparadas del cañón de fuego infernal del *Heraldo*. En menos de tres segundos se abrió una brecha en su núcleo de plasma dañándolo críticamente, y en menos de cinco ya había explotado, llevándose el grueso cuerpo del gargante con él. Fragmentos de metralla del tamaño de un tanque golpeaban los escudos de vacío del *Imperator*, provocando interferencias mientras que los generadores se esforzaban por compensar los impactos.

—Impacto secundario desde las baterías del turboláser... ¡Por los dientes del engranaje! ¡Hemos alcanzado la plataforma de aterrizaje orbital G-71! Mi princeps, le ruego que tenga precaución...

Máquina de guerra aniquilada. Zarha se lamió los labios fríos y arrugados.
Máquina de guerra aniquilada.

—Máquina de guerra aniquilada.

A medio kilómetro tras el caminante enemigo muerto, con los puntales destruidos por la salva láser del cañón de fuego infernal del *Heraldo*, una enorme plataforma de aterrizaje cayó hacia el suelo, escurriéndose entre los puentes destrozados hasta impactar contra el techo de una fábrica de tanques en llamas. Un amasijo de rococemento, hierro y acero era lo único que quedaba de ambas instalaciones, en el corazón de una nube de humo gris oscuro y de polvo de roca.

La fundición había sido el objetivo en la intensa batalla entre los titanes y la infantería durante varios días. Apenas quedaba nada, pero ninguno de los lados cedía terreno.

—Mi princeps...

Basta de sermones. Me da igual.

—Basta de sermones. Me da igual.

—Mi princeps —repitió Valían—. Nuevo contacto. Detrás de nosotros.

Ella giró en su líquido como un pez en estado de alerta. El *Heraldo* la imitó con pesada lentitud, haciendo temblar el suelo con sus piernas fortaleza. El paisaje visto a través de los ojos del titán cambió, mostrando únicamente devastación.

—La señal del escáner muestra que se trata de varios bípedes juntos o de una única máquina de guerra de nuestro tamaño.

El adepto inclinado sobre la consola del áuspex se volvió para observar a la tripulación con tres ojos biónicos, todos con lentes de cristal verde oscuro. Una emisión de código mecánico discrepó con la valoración de Lonn.

[] *Negativo. Las señales térmicas registran un único pulso. []*

Una máquina de guerra enemiga.

«Eso es imposible», pensó, sin dejar que el pensamiento llegase a los vocalizadores. Un inquietante temblor sacudía los huesos del titán, y ella lo sintió tan real como había sentido el viento sobre su piel en otro tiempo.

—Mi princeps, debemos retirarnos —dijo Lonn, mirando hacia la fundición en llamas—. Necesitamos rearmarnos y enfriar el núcleo de plasma mediante un procedimiento sostenido estándar.

Lo sé mejor que tú, Lonn.

—Lo sé mejor que tú, Lonn.

Pero no voy a abandonar un distrito que he defendido durante cuatro noches.

—Pero no voy a abandonar un distrito que he defendido durante cuatro noches.

—Mi princeps, apenas queda nada que defender —insistió Lonn—. Repito que debemos retirarnos y rearmarnos.

No. Voy a enviar al Regio y al Colmillo de Marfil al norte para que se enfrenten

al enemigo que se aproxima y para confirmar el escáner visual.

—No. Voy a enviar al *Regio* y al *Colmillo de Marfil* al norte para que se enfrenten al enemigo que se aproxima y para confirmar el escáner visual.

Lonn y Carsomir intercambiaron miradas desde el otro lado de la plataforma de mando. Ambos hombres estaban sujetos a sus asientos de control, y ambos tenían la misma expresión de duda.

—Mi princeps —lo intentó Carsomir, pero fue interrumpido de inmediato.

—¿Lo veis? Ya avanzan.

En la pantalla hololítica, las runas que representaban a los titanes de exploración *Regio* y *Colmillo de Marfil* se alejaron del perímetro que patrullaban en el oeste y se dirigieron hacia el norte en busca de la señal térmica.

—Mi princeps, no tenemos las reservas de munición necesarias para infligir daños destructivos sobre una máquina de guerra enemiga de un tamaño comparable al nuestro.

—Estoy liberando el exceso de materia de fusión del núcleo y purgando los cambiadores de calor.

Al tiempo que vocalizaba las órdenes, enviaba señales empáticas a través de sus enlaces para llevarlas a cabo.

—Mi princeps, eso no es suficiente.

—Tiene razón, mi princeps. —Carsomir se había dado la vuelta en su asiento y estaba ahora mirando hacia su tanque de líquido—. Está demasiado cerca de la ira del *Heraldo de Tormenta*. Vuelva con nosotros y céntrese.

—Nos están defendiendo tres Reaver y nuestra propia cortina de exploradores. Callaos ya.

—Dos Reaver, mi princeps.

Sí. Dos. La anciana regresó de su inmersión de ira. Sí... dos. El *Pacto de Sangre* había caído, su núcleo se enfriaba y su princeps había dejado de transmitir. En su confusión, dijo algo que no quería vocalizar con palabras.

—Hemos perdido siete máquinas en una semana de batalla.

—Sí, mi princeps. Lo mejor es que seamos prudentes. Si la señal del áuspex es correcta, debemos retirarnos.

Ella flotó en su ataúd, escuchando la curiosa humanidad en sus voces. Cuánta emoción. Cuánta intensidad afectaba al tono de su discurso. Lo reconoció como miedo, sin recordar realmente la sensación.

—Hemos aniquilado a casi veinte máquinas enemigas... pero tenéis razón. Nos retiraremos en cuanto tengamos la confirmación de los Warhound.

La primera máquina de guerra imperial en visualizar el *Machacadiozez* fue el *Colmillo de Marfil*. Acechaba rápido y silencioso sobre sus digitigradas piernas, y el

bamboleo de lado a lado de su pesado caminar añadía una gracia feroz, aunque mecánica, a su caza matutina.

Era un Warhound. Y tenía un nombre muy apropiado, avanzando como un lobo solitario a través del ruinoso sector industrial, abriéndose paso alrededor de los cascos de los tanques destrozados durante la larga semana de lucha por la fundición Rostorik. En ocasiones, sus pezuñas se hundían en los blandos cadáveres quemados y los convertían en puré, dejando restos de carne a su paso. Los skitarii muertos, los guardias, los trabajadores de las fábricas y los pielesverdes cubrían el suelo del distrito.

El *Colmillo de Marfil* estaba hábilmente dirigido por un princeps llamado Haven Havelock. El princeps Havelock soñaba, como la mayoría de los de su clase, con dirigir un gran titán de batalla, y tal vez uno de los preciados Imperator de la Invigilata. Sus camaradas princeps, tanto sus iguales como sus superiores, hablaban bien de él, y sabía que su puesto en la legio como comandante de titán de exploración de confianza estaba asegurado y era valorado y merecido.

La paciencia era una de sus principales virtudes, la paciencia y la astucia. Además de esto, un meticuloso instinto de caza dominaba la mente del *Colmillo de Marfil*. Unidos, el hombre y la máquina eran grandes expertos en escaramuzas urbanas en las que solían destacar los Warhound.

La conexión entre los comandantes de los titanes en la ciudad se había visto afectada del mismo modo que la de los imperiales, pero Havelock se sentía seguro gracias a los escasos fragmentos con significado que lograban atravesar el caos. Si realmente había un titán enemigo ahí fuera, no sería nada de lo que el grupo de batalla no se pudiera encargar. El *Heraldo* se encontraba a poco más de dos kilómetros al sur, acompañado del *Retribución de Danol* y el *Necrófago*, dos Reaver que lucían estandartes de victoria en su chapa de blindaje que dejarían en ridículo a cualquier otro princeps de un titán de cualquier otra legio.

Nada que las bestias pudiesen lanzar contra ellos lograría atravesar tal formación. Incluso el más enorme gargante caería ante el *Heraldo*.

No veo nada, dijo su camarada princeps Feerna, del *Regal*, en código mecánico.

Havelock tardó un cuarto de segundo en consultar sus runas de rastreo internas. La conexión con los sensores del áuspex de su titán le dieron una idea de la situación de su compañera.

El *Regal* se encontraba a medio kilómetro al nordeste, avanzando a gran velocidad a través de un pequeño grupo de fundiciones de hierro. Habría logrado verlo de no ser porque el espacio que los separaba estaba obstruido por las fábricas en ruinas.

Yo tampoco veo nada.

Es por el calor, se quejó la princeps del *Regal*, *buscar señales térmicas en este*

infierno es como buscar algo negro bajo el cielo nocturno. Mis lectores de áuspex no muestran nada más que interferencias térmicas. El mismísimo Horus podría estar escondido aquí y no lo...

¿Feerna? ¿Feerna?

—Registrando importante descarga de energía al nordeste —informó el moderati de Havelock.

—Confirmado —murmuró el tecnoadepto que estaba inclinado sobre una consola de control tras el asiento del princeps.

¿Feerna?, lo intentó Havelock una vez más.

»Vamos a desplazarnos al nordeste a gran velocidad. Preparaos. —El princeps se retorció amarrado en su asiento mientras el titán obedecía las órdenes de su piloto. La conexión estaba abierta emitiendo un sutil ruido estático que lo estaba poniendo nervioso. El *Colmillo de Marfil* estaba alerta. Había sentido algo.

Y entonces, ese algo golpeó también a Havelock.

—Hnnngh —gruñó con los dientes apretados, temblando contra los amarres de cuero que lo mantenían en su sitio—. Hnn... Hw...

El dolor del grito de la muerte del *Regal* se desvaneció, y Havelock pudo volver a respirar de nuevo. Feerna había desaparecido junto con su titán. Era un Warhound, y su enlace con los demás era una tenue y débil comparación de la fuerza que unía las deidades mecánicas más importantes. El dolor desapareció rápidamente, dejando alivio al hacerlo.

El titán avanzó sonoramente por un callejón secundario, con las armas levantadas en alerta. Havelock envió varios impulsos mentales en rápida sucesión para activar los autocargadores, las válvulas de refrigeración y los pistones de agarre. El *Colmillo de Marfil* giró una esquina al final del callejón y salió a la calle principal. Al igual que aquella mañana, el sector estaba todavía en llamas a causa de la destrucción de las refinerías y de los almacenes petroquímicos, con la mitad de los edificios en silencio y reducidos a humeantes ruinas.

La lucha había tenido lugar aquí.

—¿Dónde está ese desgraciado? —susurró Havelock.

El áuspex emitió un sonido débil.

—Tenemos movimiento —gruñó el tecnoadepto sin levantar la vista del escáner de su consola—. Hay...

—Lo veo. Lo veo. ¡Atrás! ¡Ahora!

Llegó desde las negras nubes, embistiendo con gran ímpetu sobre unas torpes orugas de tanque y unos pies arrolladores. Tenía un cuerpo encorvado que acababa en una cabeza con una feroz mandíbula y unos porcinos ojos alienígenas. Cada metro de su torso de chatarra estaba cargado de escalonadas plataformas de artillería.

Era sin duda la cosa más desagradable e indigna que Havelock había visto jamás,

y lo era simplemente porque suponía una afrenta a la pureza de la creación de las deidades mecánicas del Mechanicum. No, era peor que eso. Hacía que el *Heraldo de Tormenta* pareciese pequeño.

Era como si lo imposible hubiese tomado forma y avanzase, cojeando, desde el grasiento humo que cubría el distrito.

Havelock envió una imagen transmitida digitalmente del gargante enemigo al enlace mental de la princeps Zarha y a cualquier otro comandante de titán que estuviese a su alcance. Fue la única advertencia que pudo enviar. El *Machacadiozez* abrió fuego con su armamento principal en el mismo instante en que salió del humo.

El *Colmillo de Marfil* quedó pulverizado bajo el fuego de una poderosa arma de láser y plasma suficiente como para arrasar todo un barrio. Su fin, y el final de la mediocre carrera de Havelock, quedó marcado por un inmenso cráter que permanecería décadas después de la guerra que había desangrado aquel mundo hasta casi dejarlo seco.

El *Machacadiozez* siguió avanzando.



VEINTIUNO

LA CAÍDA DEL HERALDO DE TORMENTA

Las dos máquinas de guerra se enfrentaron en la ardiente fundición, tan parecidas en fuerza como distintas en dignidad. Ambas estaban en llamas, ambas sangraban fuego y humo hacia el aire turbio.

El espacio que las separaba era una tormenta de fuego. Las torretas secundarias y la artillería de las almenas se escupían disparos de una máquina a otra con la esperanza de infligirse el máximo daño posible. El interior de ambos titanes sonaba como una lluvia de guijarros repiqueteando contra los cascos blindados.

En el interior del *Heraldo de Tormenta* las sirenas aullaban fuertemente.

Zarha se retorció en su sarcófago de líquido, batiendo con las piernas el agua rosada por la sangre. Los psicoestigmas la estaban desgarrando al tiempo que las heridas del *Heraldo* se dibujaban en su cuerpo desnudo. En aquellas partes donde el titán recibía los impactos, su piel se llenaba de cardenales o se doblaba sobre los huesos rotos. En las partes donde la chapa de la deidad mecánica resultaba desgarrada, su carne sangraba a través de las heridas abiertas. En las partes donde el *Heraldo* ardía, ella sufría hemorragias internas.

La plataforma de mando del titán olía a combustible quemado y a sudor agrio.

—Capa del escudo principal restaurada —anunció Carsomir, trabajando en su consola con una concentración casi furiosa—. Contención del núcleo intacta.

Activad... Activad los escudos...

—Krrrssshhhhh.

¡ACTIVAD LOS ESCUDOS!

—Activad los escudos.

—Ya está hecho, mi princeps.

Era cada vez más lenta. El dolor le arrebatava gran parte de su atención. Con un lamento silenciado por el agua, envió órdenes a las diferentes cubiertas y levantó los dos brazos hacia adelante a través del fluido rosado.

No pasó nada.

Volvió a intentarlo, chillando en el líquido rico en oxígeno mientras golpeaba con los muñones de sus manos la parte delantera del ataúd.

Nada.

—Aniquilador de plasma recargado en dieciséis segundos, mi princeps. Catorce. Trece. Doce.

Disparad el... el... otro brazo. Disparadlo.

—Krrrrssssshh.

¡DISPARAD EL CAÑÓN DE FUEGO INFERNAL!

Su atrofiada extremidad derecha golpeaba una y otra vez el cristal de su tanque amniótico.

—Disparad el cañón de fuego infernal.

—En cuanto esté recargado, mi princeps —respondió Lonn, casi ignorándola.

Había dado la orden de disparar a discreción hacía varios minutos. Retorciéndose de dolor mientras el titán era reducido a pedazos, no se podía confiar en ella. Carsomir y Lonn trabajaban casi de manera independiente a los deseos de su princeps. Sólo tenían una oportunidad de salir de aquélla. El titán enemigo ya estaba avanzando sobre el cuerpo destrozado del *Necrófago*, que había durado menos de un minuto bajo las descargas iniciales del *Machacadiozez*.

El titán de chatarra era capaz de lanzar una despiadada potencia de fuego. Ninguno de los miembros del equipo de mando del *Heraldo* había visto algo parecido, y desde luego jamás habían sufrido algo así. Sólo habían pasado unos pocos minutos desde que había comenzado el duelo de las deidades mecánicas cuando el *Imperator* se había visto envuelto en llamas. Los medidores de temperatura aullaban y las luces de emergencia parpadeaban por los pasillos que daban a los huesos de acero del gigante.

La multitud de pantallas de energía que hacían de escudo de vacío del titán fueron atravesadas a una risible velocidad por el bípedo orko.

—Estoy preparado —anunció Carsomir—. Disparando.

—¡Espera a que los estabilizadores vuelvan a activarse! —gritó Lonn—. Sólo les falta otro minuto.

Carsomir pensó que la fe de su compañero piloto en los equipos técnicos que trabajaban en las articulaciones del hombro era admirable, pero totalmente equivocada dadas las circunstancias. Parpadeó una vez, malgastando valiosísimos segundos mientras consideraba hacer caso a la petición de Lonn.

—El brazo no está demasiado dañado. Voy a intentarlo. Puedo hacerlo.

—¡Vas a fallar, Val! Dales treinta segundos, sólo treinta segundos más.

—Disparando.

—¡Hijo de perra!

Las rodillas del *Heraldo* se bloquearon preparándose para el lanzamiento, y la torre del aniquilador de plasma que actuaba como su brazo izquierdo inició su inhalación de aire refrigerante.

—¡Nos has matado a todos! —exclamó Lonn, observando al titán enemigo a través de las ventanas cubiertas de vapor.

Un infatigable torrente de fuego granizó contra los escudos del *Heraldo* volviéndolos de color violeta.

—Los escudos de vacío se están combando —informó uno de los tecnoadeptos desde un terminal lateral.

—Máquina de guerra enemiga preparándose para disparar su artillería principal —dijo otro.

—No tendrá la oportunidad... —sonrió Valían Carsomir con una chispa de maldad en los ojos.

Los gritos de protesta de Lonn se vieron ahogados por el rugido de la descarga. Un rayo de plasma embravecido, ardiente e incandescente, salió por la boca del cañón atravesando a gran velocidad los cuatrocientos metros que separaban a los dos titanes. El *Heraldo* se había mantenido rígido y había dejado de avanzar tras los dos primeros minutos de duro intercambio. El *Machacadiozez* no había cesado en su lenta y estruendosa carga.

—¡La has jodido! —gritó Lonn.

Carsomir había fallado. El chorro de plasma cubrió el suelo a la izquierda del gargante orko que se acercaba, donde convertía todo lo que tocaba en un vasto charco de ácida corrupción.

Lonn tenía razón. El arma se había desviado a pesar de los selectores de objetivo, ya que la fuerza suprema de su propio disparo lo hizo desviarse ligeramente del centro.

—Casi lo teníamos. —Carsomir sacudió la cabeza con desesperación.

—Escudos de vacío fallando —anunció el tecnoadepto sin ningún tipo de emoción en la voz.

—Casi lo teníamos —repitió Carsomir, incapaz de apartar la mirada del titán de chatarra que los estaba aniquilando. Tras los asientos de los moderati, Zarha flotaba en su tanque de suspensión, flácida e inconsciente.

—No, no, no... —dijo Lonn, trabajando en su consola con el ceño fruncido—. No puede ser.

El titán empezó a temblar a su alrededor en el momento en que los escudos de vacío fueron traspasados de nuevo dejando desprotegida la densa armadura del

Imperator frente a la violencia del ataque enemigo.

Lonn no había trabajado así jamás en su vida, con tanto esfuerzo, mitad físico y mitad mental. Podía sentir cómo el titán caía en un sueño profundo, y cómo su consciencia, cada vez más débil, arrastraba sus pensamientos y los ralentizaba. Cada vez que se encontraba con este tipo de resistencia en su enlace mental, la compensaba anulando acciones en su consola de mando.

La cubierta de mando se oscureció mientras trabajaba a toda prisa. El gargante enemigo ocultaba la luz exterior, alzándose ante el *Heraldo*, ahora parado.

—¿Por qué no ha disparado?

Carsomir trabajaba igual que Lonn, enfriando los sistemas esenciales, enviando a los equipos de reparaciones a las rodillas afectadas, alimentando con la energía de los dañados generadores del escudo las sedientas células de la artillería.

Para Lonn, el motivo era obvio. Al igual que los salvajes que manejaban el gargante, el titán de chatarra se había construido para matar con las manos. Varias de las estructuras artilleras de la máquina enemiga acababan siendo utilizadas por aquellos toscos brazos como lanzas y garras de metal. Quería saborear la muerte del *Heraldo de Tormenta*, como algunos demonios de los impuros milenios de la Terra anterior al Imperio.

Los ojos augméticos de Zarha se reactivaron en el momento en que la cámara se oscureció. Se despertó para ver cómo la muerte se alzaba sobre ella y para sentir cómo el fuego secundario devastaba su chapa blindada como si la estuviesen despellejando viva.

A través del fluido sangriento y del enloquecedor dolor, levantó sus temblorosos brazos. El *Heraldo* imitó sus movimientos mientras era aporreado por la artillería del *Machacadiozez*. El metal despedazado caía del gigante del Mechanicum como si fuera lluvia, arrancado de su cuerpo y estrellándose contra el suelo. Muchos de los miembros de la tripulación del Imperator que siguieron su instinto de supervivencia e intentaron huir, murieron aplastados por los pedazos de chapa que se desmoronaban.

Zarha reunió sus últimas fuerzas, las últimas de su vida, en levantar ambos brazos. El aniquilador de plasma no disparó. Ni el cañón de fuego infernal. Ambos estaban bloqueados en el largo proceso de recarga de los agotados generadores de energía.

Los dos brazos golpearon con fuerza el grueso casco del *Machacadiozez* y lo atravesaron. El chirrido del metal rasgándose era insoportable. Los brazos del *Heraldo* seguían empujando cada vez más, apuñalando como dagas a través de la carne, en un intento de llegar hasta el reactor central del enemigo y aplastarlo.

Grimaldus, he luchado hasta el final, como te prometí. Despierta a Oberon, despiértalo o moriréis como nosotros.

Tal vez sus pensamientos alcanzaron la conexión empática de sus moderan, ya

que uno de ellos expresó lo que sentía.

—Estamos muertos —murmuró Carsomir. Quiso levantarse de su asiento, pero las correas y los cables de conexión lo tenían completamente inmovilizado, de modo que se preparó y cerró los ojos.

Lonn había sentido las intenciones de la Vieja. Incluyó todo su peso sobre las palancas de control y añadió sus órdenes a las de Zarha, hundiendo los brazos todavía más en el torso del titán enemigo con chirriante lentitud. Sintió ganas de vomitar al ver a través de las oscurecidas ventanas cómo las colmilludas bestias alienígenas trepaban por los cañones que atravesaban a su máquina de guerra y los utilizaban como puentes para abordar el *Heraldo* saliendo desde las heridas del cuerpo de su propio titán.

Sin previo aviso, la alimentación eléctrica falló, dejándolo en la oscuridad. Se apartó de las palancas, sabiendo, sin necesidad de mirarla, que la Vieja había muerto.

El *Heraldo* era una estatua, unida a la máquina de guerra que lo estaba reduciendo a pedazos con sus afiladas extremidades.

—Éste no es precisamente un final grandioso ni glorioso —musitó Lonn.

Mientras la plataforma de mando se sacudía con la rítmica violencia de los golpes que propinaban las muchas armas del *Machacadiozez*, Lonn apuntó con su pistola y vigiló las puertas selladas, preparado para el momento en que los alienígenas las traspasaran. Se le pusieron los pelos de punta al oír el sonido del cadáver de Zarha golpeándose contra el cristal de su ataúd con las sacudidas del titán.

—Casi... casi lo teníamos —tartamudeó Carsomir desde el asiento adyacente mientras esperaba la muerte en la oscuridad—. Casi lo teníamos...

El lateral de su cabeza estalló cuando un rayo láser le atravesó el cráneo.

—Hijo de puta —espetó Lonn al cuerpo que todavía se sacudía. Después bajó su pistola, tomó aliento, y empezó el laborioso proceso de liberarse del asiento de control.

Había algo de humano en el modo en que había muerto el *Heraldo*. En el modo en que había perdido fuerza, en el modo en que se había tambaleado, en el modo en que había caído contra el suelo, con el núcleo frío, invadido de enemigos como los insectos que se alimentan de un cadáver.

La deidad mecánica estremeció el suelo cuando, finalmente, se desplomó. La catedral de numerosas agujas se desgajó de su espalda derramando su inestimable arquitectura, convertida en un montón de ruinas y de chapa en una montaña de escombros junto a la cabeza del titán. Los brazos del *Heraldo* habían sido arrancados de su torso con un terrible chirrido de las articulaciones del hombro al romperse cuando la vieja máquina de guerra impactó contra el suelo con la fuerza suficiente como para hacer temblar toda la ciudad.

La cabeza había sido arrancada antes de que cayese el cuerpo, dejando un agujero lleno de cables eléctricos y de alimentación de la interfaz agitándose como un nido de millones de serpientes. La garra de uno de los extremos de los muchos brazos del *Machacadiozez* la había arrancado de cuajo y la había aplastado para después lanzarla como si fuera un retorcida bola de chatarra. Al aterrizar derribó una pequeña fábrica cuando la blindada cámara de mando de varias decenas de toneladas de peso impactó contra un lateral del edificio y pulverizó las vigas.

A bordo del *Machacadiozez*, la salvaje criatura al mando reprendía a sus subordinados por haber destruido y desechado la cabeza del titán de esa manera. Para ella, habría sido un impresionante trofeo instalarla en su propia deidad mecánica.

Los pocos miembros de la tripulación de la legio, defensores skitarii y tecnoadeptos que sobrevivieron a la caída del *Heraldo*, buscaban desesperadamente las salidas y las brechas en la piel del gigante. Bajo la luz del mediodía del débil sol de Armageddon, fueron asesinados por los carroñeros orkos que rodeaban el titán muerto.

Milagrosamente, el moderati secundus Lonn fue uno de ellos. Había conseguido liberarse de las ataduras y de los cables de la interfaz que lo conectaban con la deidad mecánica moribunda y había salido del puente de mando justo antes de que el *Machacadiozez* decapitase al *Heraldo*. Poco después cayó al suelo y se rompió la pierna por dos partes, se dio un buen golpe en la cabeza cuando el pasillo inclinado hizo que cayese por un tramo de escaleras de caracol y perdió varios dientes cuando chocó con la cara contra un pasamanos.

A cuatro patas, arrastrando su pierna destrozada y medio atontado por los golpes, Lonn logró llegar hasta una escotilla de emergencia y se quedó tumbado sobre la cálida chapa del torso del *Heraldo*. Y allí se quedó, jadeando y sangrando bajo la escasa luz del sol, durante varios segundos, antes de reiniciar su largo camino hasta el suelo. Murió asesinado menos de un segundo más tarde por los saqueadores pielesverdes que inundaban el Titán.

A pesar del dolor, murió riendo.

Grimaldus llegó por fin al santuario interior.

Allí ya no era un guerrero, sino un peregrino. De aquello estaba convencido, aunque después de su conversación con Nero, de poco más estaba seguro.

Había tardado muy poco en el templo del Emperador Ascendente en cambiar aquella certeza que sentía en su interior, pero la sensación era innegable. Se sentía como en casa, en un terreno familiar y sagrado, por primera vez desde que había abandonado el *Cruzado Eterno*.

Era purificante.

El aire fresco no sabía al fuego y a la sangre de un mundo que no había deseado

pisar. El silencio no era interrumpido por los bombardeos de una guerra en la que no tenía ningún interés.

Los infantes augméticos (los cuerpos lobotomizados de unos niños que se mantendrían eternamente jóvenes mediante la manipulación genética del control hormonal) se habían creado con simples órganos del Mechanicum y se habían puesto en servicio como alados querubines servidores, planeando sobre campos gravitatorios mientras arrastraban estandartes de alabanzas por las salas y las cámaras abovedadas.

En la miríada de estancias de la basílica, los devotos y los fieles de Helsreach asistían a sus ritos de veneración diarios a pesar de que la guerra ennegrecía su ciudad. Grimaldus atravesó una cámara de monjes que oraban mientras inscribían cientos de nombres de santos sobre delgados pergaminos que colgarían de la artillería de la guardia del templo. Uno de ellos se arrodilló al ver pasar al astartes e imploró al «ángel de la muerte» que llevase el pergamino en su armadura. Conmovero por su devoción, el caballero aceptó, y ordenó al resto de sus hombres dispersos por el templo a través del comunicador que accedieran a este tipo de solicitudes.

Grimaldus dejó que el lego atase el pergamino a su hombrera con un cordel. El pergamino ofrecido era un sustituto modesto pero agradecido de la iconografía, los juramentos y la heráldica que habían desaparecido de su armadura durante las últimas cinco semanas de batalla.

El reclusiarca bajó solo a la cripta con la intención de hacerse una idea de los civiles que había allí y de examinar todas las defensas y rincones de la basílica. Puede que en su día, la construcción subterránea hubiese sido austera y solemne, con poco más que unos cuantos sarcófagos de piedra negra poco visitados. A los ojos del caballero, era un refugio atestado de humanos que olían a suciedad y a miedo, sentados en grupos familiares. Algunos dormían; otros hablaban en voz baja; otros consolaban a unos bebés que lloraban; y otros extendían sus escasas posesiones sobre unas mantas sucias, haciendo balance de todo lo que poseían en este mundo, que era todo lo que habían podido llevar consigo cuando habían huido de sus hogares.

Caminaba entre ellos sin decir nada. Todos se apartaron de su camino, claramente sobrecogidos al ver por primera vez a un guerrero astartes. Los padres susurraban a los niños, y los niños hacían más preguntas en voz baja.

—Hola —dijo una voz detrás de él mientras se disponía a subir de nuevo por las anchas escaleras de mármol.

El reclusiarca se volvió. A los pies de la escalera, vestida con una enorme camisa que claramente pertenecía a uno de sus padres o a algún hermano mayor, había una niña. Su fino pelo rubio estaba tan sucio que había formado trenzas naturales.

Grimaldus descendió de nuevo, haciendo caso omiso de los padres de la niña que le siseaban que volviese con ellos. No tendría más de siete u ocho años. De pie, le llegaba hasta la rodilla.

—Saludos —le respondió. La multitud se sobrecogió al escuchar su voz a través de la armadura, y varios de los más cercanos lanzaron un grito ahogado.

La niña parpadeó.

—Mi padre dice que eres un héroe. ¿Eres un héroe?

Grimaldus recorrió a la multitud con la mirada. Su visor danzó de rostro en rostro buscando a sus padres.

Nada en dos siglos de guerra lo había preparado para responder aquella pregunta. Los refugiados reunidos contemplaban la escena en silencio.

—Aquí hay muchos héroes —respondió el capellán.

—Hablas muy alto —protestó la niña.

—Estoy acostumbrado a gritar —dijo el caballero, bajando la voz—. ¿Querías algo?

—¿Vas a salvarnos?

Grimaldus miró a la multitud de nuevo y escogió sus palabras con mucho cuidado.

Aquello había sucedido hacía una hora. El reclusiarca estaba junto a sus hermanos más próximos y el paladín del Emperador en el santuario interior de la basílica.

La cámara era amplia, con cabida para recibir a un millar de Heles a la vez. En aquel momento estaba vacía. Los cientos de legionarios de acero que habían estado durmiendo allí durante las últimas semanas se encontraban de patrulla por el cementerio y los alrededores del distrito del templo.

Las pocas decenas que no estaban de guardia abandonaron la sala expulsados por unos monjes cuando los astartes la ocuparon. Casi de inmediato, a los caballeros se les unió una nueva presencia. Una presencia irritada.

—Vaya, vaya, vaya —dijo la presencia irritada con su voz de anciana—. Los Elegidos del Emperador vienen para luchar con nosotros por fin.

Los caballeros se volvieron en la cámara iluminada por el sol hacia la entrada, donde se encontraba una diminuta figura vestida con una servoarmadura. Su bólter, que descansaba en una funda de bronce con grabados en pan de oro, estaba sujeto magnéticamente entre sus hombros. El arma era de un calibre inferior a las de los astartes, pero seguía siendo un arma de fuego extraña de ver en posesión de un humano.

Su servoarmadura blanca estaba engalanada con símbolos que indicaban su rango en la santa Orden del Sudario de Plata. La anciana tenía el pelo cano y cortado austeramente a la altura de la barbilla, enmarcando su arrugado rostro de mirada glacial.

—Saludos, priora —dijo Bayard, inclinando la cabeza.

Grimaldus y Priamus no hicieron ninguna reverencia. El espadachín permaneció

inmóvil, y Grimaldus hizo la señal del aquila en su lugar.

—Soy la priora Sindal, y en el nombre de santa Silvana, os doy la bienvenida al templo del Emperador Ascendente.

Grimaldus dio un paso hacia adelante.

—Reclusiarca Grimaldus, de los Templarios Negros. No puedo evitar notar en tus palabras que no somos tan bienvenidos.

—¿Y te sorprende? La mitad del distrito del Templo cayó ya la semana pasada. ¿Dónde estabais entonces, eh?

Priamus se echó a reír.

—Estábamos en el puerto, insignificante arpía desagradecida.

—Cálmate —le advirtió Grimaldus.

Priamus respondió su asentimiento a través del comunicador.

—Estábamos, como acaba de explicar mi hermano Priamus, combatiendo al este de la colmena. Pero ahora estamos aquí, cuando la guerra ha alcanzado su peor momento, mientras el enemigo se acerca a las puertas del templo.

—He luchado con astartes antes —dijo la priora con los brazos acorazados cruzados sobre el símbolo de la flor de lis del centro de su esculpido peto—. He luchado con guerreros que habrían dado sus vidas por los ideales del Imperio, y con guerreros a los que sólo les interesaba adquirir gloria, como si el honor pudiese llevarse puesto como una armadura. Ambos eran astartes.

—No hemos venido para que nos sermoneen sobre el estado de nuestras almas —respondió Grimaldus, intentando evitar que la irritación tildase su voz.

—Eso es irrelevante, reclusiarca. ¿Te importaría pedir a tus guerreros que abandonen la cámara, por favor? Tenemos mucho de qué hablar.

—Podemos hablar sobre la defensa del templo delante de mis hermanos.

—Claro que podemos, y cuando llegue el momento de hablar de esas cosas, estarán presentes. De momento, hazlos salir.

—¿Te has purificado en la pila del Esclarecimiento?

Ésta es la pregunta que me formula en el silencio que invade la estancia una vez que mis hermanos se han marchado y las puertas se han cerrado.

La pila de la que habla es una inmensa pieza cóncava y profunda de hierro negro, instalada sobre un pedestal bajo de lo que parece oro labrado. Se encuentra junto a la doble puerta, que está a su vez adornada con imágenes de ángeles de guerra con espadas dentadas y de santos que portan bólters.

Le confieso que no lo he hecho.

—Entonces, ven —me dice, y me guía hacia ella.

El agua que contiene refleja el techo pintado y las vidrieras de las ventanas superiores, una profusión de color sobre un espejo líquido.

La anciana introduce un dedo desnudo en el agua después de tomarse su tiempo para quitarse los guanteletes.

—Ésta agua ha sido bendecida tres veces —me explica mientras se pasa la punta mojada de los dedos sobre la frente, dibujando una luna creciente—. Proporciona claridad de propósito cuando se unge sobre los dudosos y los perdidos.

—Yo no estoy perdido —miento, y ella sonrío ante mis palabras.

—No pretendía decir que tú lo estuvieras, reclusiarca. Pero muchos de los que vienen aquí lo están.

—¿Por qué querías hablar conmigo a solas? El tiempo apremia. La guerra alcanzará estas murallas en cuestión de días. Debemos iniciar los preparativos.

Ella me contesta mirando hacia el reflejo perfecto que ofrece la pila.

—La basílica es un bastión. Un castillo. Podemos defendernos durante semanas cuando el enemigo reúna finalmente el valor suficiente como para sitiarla.

—Responde a la pregunta. —Ésta vez no consigo ocultar la irritación por mucho que deseo hacerlo.

—Porque tú no eres como tus hermanos.

Sé que cuando me mira a la cara no me ve. Ve la máscara de muerte del Emperador, el casco de calavera de un reclusiarca astartes, las lentes carmesíes de los elegidos de la humanidad. Sin embargo, cuando nuestras miradas se cruzan en el reflejo del agua, no puedo evitar sentir que ve en mi interior, bajo la máscara y la mascarada.

¿Qué quiere decir con esas palabras? ¿Que siente mis dudas? ¿Que exudan de mi cuerpo como el sudor nervioso, visible y apestoso de todos aquellos que se encuentran cerca de mí?

—No soy distinto a ellos.

—Por supuesto que sí. Eres un capellán, ¿no? Un reclusiarca. Un guardián de la sabiduría, el alma, las tradiciones y la pureza de tu capítulo.

—Entiendo. Mi corazón empieza a acelerarse de nuevo. Mi rango. A eso es a lo único que se refería.

—Tengo entendido que a los capellanes astartes les otorga su autoridad la Eclesiarquía.

Ah. Está buscando un punto en común. Que tenga buena suerte en este imposible empeño. Ella es una guerrera del Credo Imperial, y una oficial de la Iglesia del Dios Emperador.

Yo no.

—La Eclesiarquía de Terra apoya nuestros antiguos ritos y afirma la autoridad del reclusium de todos los capítulos para formar a sacerdotes guerreros para que guíen las almas de sus hermanos de batalla. No nos otorgan poder. Reconocen que ya lo tenemos.

—¿Y no obtenéis un regalo de la Eclesiarquía? ¿Un rosarius?

—Sí.

—¿Puedo ver el tuyo?

Los pocos astartes señalados para ascender al reclusium reciben un medallón rosarius tras superar las primeras pruebas de la capellanía. Mi talismán era de bronce y de hierro rojo batido y presentaba la forma de una cruz heráldica.

—Ya no lo llevo.

Ella me mira, como si el reflejo de mi máscara de calavera ya no fuera lo bastante claro para sus propósitos.

—¿Por qué?

—Lo perdí. Fue destruido en la batalla.

—¿No se considera eso un mal presagio?

—Sigo vivo después de tres años de su destrucción. Sigo sirviendo al Emperador, y sigo la palabra de Dorn después de su pérdida. El presagio no debe de ser tan malo.

Ella me observa durante un tiempo. Estoy acostumbrado a que los humanos me observen en un incómodo silencio; acostumbrado a sus intentos de mirar fingiendo que no están mirando. Pero esta mirada directa es diferente, y tardo un momento en darme cuenta de por qué.

—Me estás juzgando.

—Sí, lo estoy haciendo. Quítate el casco, por favor.

—¿Por qué debería hacerlo? —digo, no con petulancia, sino con mera curiosidad. No esperaba que me pidiera algo así.

—Porque me gustaría ver el rostro del hombre con el que estoy hablando, y porque deseo ungirte con el agua del Esclarecimiento.

Podría negarme. Por supuesto que podría.

Pero no lo hago.

—Un momento, por favor.

Desactivo los sellos de mi casco e inhalo por primera vez el vigorizante aire fresco del templo. El agua fresca que tengo ante mí. El sudor de los refugiados. La ceramita chamuscada de mi armadura.

—Tienes unos ojos bonitos —me dice—. Inocentes pero cautos. Los ojos de un niño o de un padre primerizo. Parece que miran el mundo que te rodea por primera vez. Arrodíllate, por favor. No llego hasta ahí arriba.

No me arrodillo. Ella no está por encima de mí, y humillarme de ese modo violaría todo decoro. En lugar de hacerlo, bajo la cabeza y acerco mi rostro al suyo. Las articulaciones de su prístina armadura emiten los suaves susurros de un mecanismo perfectamente conservado cuando estira los brazos. Siento como su dedo acaricia mi frente con el agua fría.

—Eso es —dice mientras vuelve a colocarse los guanteletes—. Que encuentres

las respuestas que buscas en esta casa del Dios Emperador. Estás bendecido y puedes pisar el sagrado suelo del santuario interior sin sentimiento de culpa. —La mujer se aleja entrecerrando sus lechosos ojos—. Ven, quiero mostrarte algo.

La priora me guía hasta el centro de la cámara, donde una mesa de piedra sostiene un libro abierto. Cuatro columnas de mármol pulido en cada uno de los puntos cardinales rodean la mesa hasta el techo. De una de las columnas pende un estandarte hecho jirones distinto a todos los que he visto antes.

—Un momento —digo.

—¿Qué pasa? Ah, el primer archivo. —Asiente con la cabeza y señala los trozos de tela andrajosa que penden de la barra del estandarte.

La tela gris que había sido blanca en su día mostraba una lista de nombres en tinta desteñida.

Nombres, profesiones, maridos, mujeres y niños...

—Son los primeros colonos.

—Sí, reclusiarca.

—Los colonizadores de Helsreach. Los fundadores. ¿Es éste su fuero?

—Así es. Desde que la gran colmena no era más que una aldea junto a la orilla del océano tempestuoso. Éstos son los hombres y mujeres que pusieron los primeros cimientos del templo.

Dejo que mi guantelete se acerque al zumbante campo de estasis que protege el antiguo documento de tela. El pergamino debía de haber sido un raro lujo para los primeros colonos, tan alejados de los bosques y los árboles como estaban. No es de extrañar que registrasen sus logros en tela.

Hace miles de años, los agricultores imperiales pisaron este suelo ceniciento y pusieron los primeros huesos de piedra de lo que acabaría convirtiéndose en una gran basílica que alojaría la devoción de toda una ciudad. Hazañas recordadas a través de los milenios, con pruebas para que todos lo vieran.

—Pareces pensativo —me dice la anciana.

—¿Qué es ese libro?

—El registro de una nave llamada la *Tenacidad de la Verdad*. Era la nave en la que llegaron los colonos a Helsreach. Los cuatro pilares alojan un sistema generador de escudo de vacío que protege el tomo. Éste es el altar mayor. Desde aquí se dan los sermones, entre las reliquias más preciadas de la ciudad.

Observo las páginas del volumen, onduladas y amarillas por el paso del tiempo. Después, el estandarte del archivo una vez más. Por último, vuelvo a colocarme el casco, cubriendo mis sentidos con la selectiva mirada del visor y los sonidos filtrados.

—Le doy las gracias, priora. Aprecio que me haya mostrado todo esto.

—¿Debo esperar que lleguen más de los tuyos para defendernos, astartes?

Pienso, por un momento, en Jurisian, que trae al Ordinatus Armageddon por

tierra, sin tripulantes, con mínima energía y de poca utilidad una vez llegue.

—Uno más. Está de camino para reunirse con nosotros y luchar a nuestro lado.

—Entonces, bienvenido seas al templo del Emperador Ascendente, reclusiarca. ¿Cómo piensas defender este lugar sagrado?

—Ya hemos pasado el punto de retirada, priora Sindal. Nada de diplomacia, nada de tácticas, nada de largos discursos para alentar a los débiles de corazón y a los que temen el final. Mi plan es matar hasta que me maten, porque eso es lo único que nos queda por hacer aquí.

Tanto el Reclusiarca como la priora se volvieron al oír los golpes en la puerta.

Grimaldus pulsó la runa de su pantalla para activar los canales de voz de nuevo, pero ninguno de sus hermanos requería su atención.

La priora Sindal movió la mano con un gesto magnánimo, como si estuviese ante una multitud a la que impresionar.

—Adelante.

Las grandes puertas de metal forjado se abrieron girando sobre unas bisagras bien engrasadas pero pesadas. Al otro lado había ocho hombres enmarcados por las puertas y el austero pasillo. Todos ellos iban cubiertos de sangre, barro, hollín y manchas de aceite. Portaban rifles láser con la facilidad de los hombres que se han acostumbrado a usar armas, y todos menos dos de ellos vestían los monos azules de los trabajadores portuarios. Uno de los que no lo llevaban vestía una túnica de sacerdote, pero no la de color crema y azul de los residentes del templo. Era extraplanetario.

El líder del grupo se levantó las gafas protectoras y las apoyó sobre el casco. El hombre observaba al caballero con los ojos abiertos de par en par.

—Me han dicho que estaba aquí —dijo el soldado de las tropas de asalto—. Ruego mil perdones a este lugar sagrado por mi intrusión, pero traigo noticias, ¿vale? No se enfade. El comunicador sigue haciendo tonterías y no podía hablar con nadie de ninguna otra manera.

—Habla, legionario —dijo Grimaldus.

—Las bestias vienen en un gran número. Muchas no están demasiado lejos, y he oído por el comunicador voces que decían que la Invigilata abandona la ciudad.

—¿Por qué iban a dejarnos? —preguntó la priora, horrorizada.

—Dijeron que abandonarían la ciudad de inmediato —admitió Grimaldus— si la princeps Zarha moría. Es la política del Mechanicum.

—Ha muerto, reclusiarca —afirmó Andrej—. Hace una hora vimos como moría el *Heraldo de Tormenta*.

Tras el hombre de la Guardia, una doncella-guerrero que vestía la servoarmadura blanca de la Orden del Sudario de Plata recuperaba el aliento, sofocada tras la carrera.

—¡Priora!

—Respira, hermana Maralin.

—¡Hemos recibido noticias de la 101.^a Legión de Acero! ¡Los titanes de la Invigilata abandonan Helsreach!

Andrej miró a la recién llegada como si hubiese anunciado que la gravedad era un mito. El soldado negó con la cabeza lentamente, con una profunda y solemne tristeza dibujada en su rostro.

—Llegas tarde, pequeña.

La primera ola en romper contra las murallas no fue una horda enemiga.

Los sistemas de comunicación de corto alcance fueron los primeros en detectarlos, con comunicados de elementos de tres regimientos de la Legión de Acero llevando a cabo una retirada presas del pánico. Grimaldus respondió a través de los sistemas de comunicación del templo, que llegaban mucho más lejos de lo que los sistemas de comunicación entre escuadras eran capaces aquellos días.

Dio la orden a todas las fuerzas de Helsreach que recibiesen el mensaje de replegarse al templo del Emperador Ascendente, y que abandonasen cualquier intento de defender los pocos sectores que quedasen en pie en el distrito de la Eclesiarquía. Varios tenientes y capitanes enviaron respuestas afirmativas, incluido un capitán de la milicia de la colmena que todavía dirigía a más de un centenar de hombres.

Los imperiales empezaron a llegar menos de una hora después.

Grimaldus estaba junto a Bayard a las puertas observando la ciudad. Un tanque de mando Baneblade de casco oscuro pasó a toda prisa en dirección al sector del cementerio guiado por un pelotón de guardias que hacían señas al conductor. Tras él, una escuadra de tanques de batalla Lemman Russ con varias torretas pasó por delante lentamente en desenfadada formación. Circulando entre las unidades blindadas y tras ellas había varias centenas de legionarios vestidos de ocre y visiblemente cansados. Los heridos eran trasladados por sus compañeros en gran número, y los gritos y los quejidos se oían por encima del chirrido de los tanques.

Dos soldados pasaron junto a los caballeros portando a un subalterno que se retorció sobre una camilla de tela. El hombre había perdido un brazo y una pierna a la altura del codo y de la rodilla respectivamente. Su rostro estaba deformado por una mueca que reflejaba el terrible dolor que sentía.

Uno de los camilleros inclinó la cabeza ante Grimaldus al pasar y saludó respetuosamente al reclusiarca.

El templario le devolvió el saludo.

—¿Has luchado con ellos? —preguntó Bayard por el comunicador.

—Son los Buitres del Desierto. Estuve con ellos cuando cayeron las primeras

murallas. Son todos buenos hombres.

—Quedan muy pocos —dijo Bayard con un tono extraño.

Grimaldus volvió su máscara de calavera hacia el paladín.

—Habrá suficientes. Ten fe en las espadas de tus hermanos, Bayard.

—Tengo fe. Soy optimista en cuanto a mi destino, capellán.

—Mi grado es el de reclusiarca. Úsalo.

—Como quieras, hermano, por supuesto. Pero velamos por la muerte de una ciudad con un puñado de humanos desangrándose, reclusiarca. Soy optimista, pero también soy realista.

El gruñido de Grimaldus atrajo las miradas de los soldados que pasaban cerca.

—Ten fe en la gente de esta ciudad, paladín. Ésa condescendencia es indigna de ti. Somos los últimos guardianes de las reliquias que dejaron los primeros colonos de Armageddon. Ésta gente está luchando por mucho más que por sus hogares y sus vidas. Están luchando por el honor de sus ancestros, en el terreno más sagrado de todo el planeta. Los supervivientes de esta guerra se enorgullecerán de los sacrificios realizados por los miles de hombres destinados a morir aquí. ¡Por la sangre de Dorn, Bayard! ¡El Imperio nació en momentos como éste!

El paladín del Emperador lo observó un largo instante, durante el cual Grimaldus sintió que su corazón latía más de prisa. Estaba enfadado, y sentir como aumentaba su ira resultaba algo catártico, como su momento entre los serenos muros del templo. Bayard habló con voz sincera a pesar del crepitar del comunicador.

—Mi voz fue una de las pocas que se pronunció en contra de tu ascenso al rango de Mordred.

Grimaldus soltó una risotada y se volvió a mirar a las fuerzas que llegaban.

—Yo habría dicho lo mismo en tu lugar.

Setenta soldados de la 101.^a Legión de Acero llegaron juntos en un maltratado convoy de transportes Chimera. La rampa golpeó el suelo en cuanto el vehículo que iba en cabeza se detuvo. Una escuadra de legionarios desembarcó, ninguno de ellos libre de manchas de sangre o de vendajes.

—Dejad los Chimera fuera —ordenó el comandante Ryken a los demás. La mitad de su rostro estaba envuelto en un sucio vendaje de tela, y caminaba cojeando y apoyándose pesadamente en el hombro de una asistente.

—¿No deberíamos llevarlos dentro? —preguntó Cyria Tyro, volviéndose a mirar los tanques que estaban abandonando.

—Al diablo con ellos —respondió Ryken, escupiendo sangre mientras ella lo guiaba hasta los dos caballeros—. No hay suficiente munición en las torretas como para que valgan la pena.

—Grimaldus —lo saludó ella, mirando hacia el inmenso guerrero.

—Saludos, quinta ayudante Tyro. Comandante Ryken.

—Nos separamos de Sarren y de los demás. La 34.^a, la 101.^a, la 51.^a... Todas se encuentran en los sectores de la fábrica central.

—No importa.

—¿Qué?

—Que no importa —repitió Grimaldus—. Estamos defendiendo los últimos puntos de luz de Helsreach. El destino os trajo a vosotros al templo, y el destino ha enviado a Sarren a otra parte.

—¡Por el Trono! ¡Todavía hay miles de esos desgraciados ahí fuera! —exclamó el comandante, escupiendo sangre de nuevo, y Tyro gruñó mientras aguantaba parte de su peso—. Y eso no es lo peor de todo.

—Explícate.

—La Invigilata se ha marchado —dijo Tyro—. Nos han dejado a nuestra suerte. El enemigo todavía tiene titanes, y cuentan con uno que es imposible creer que exista hasta que no lo ves con tus propios ojos. Lo vimos alejarse de la fundición Rostorik derribando torres de habitáculos a su paso.

—El 34.º Regimiento Acorazado fue a detenerlo —afirmó Ryken, haciendo un gesto de dolor. Sus vendajes estaban cada vez más manchados alrededor de lo que probablemente era una cuenca vacía—. Aplastó a la mayoría de ellos en lo que tarda un chacal del desierto en aullar a la luna llena —continuó. Aquélla era una curiosa expresión local. Grimaldus asintió, entendiendo el significado, pero Ryken tenía más que añadir—: El *Heraldo de Tormenta* ha caído —dijo.

—Lo sé.

—Ése *Machacadiozez*... mató a la Vieja y acabó con el *Heraldo*.

—Lo sé.

—¿Que lo sabes? ¿Y dónde demonios está el maldito Ordinatus? ¡Lo necesitamos! Ninguna otra cosa puede matar a ese monstruo gigante.

—Viene de camino. Entra para que atiendan tus heridas. Si el final se acerca hasta estas murallas, necesitarás estar preparado.

—Todos estaremos preparados. Ésos bastardos me han estropeado la cara, y eso lo ha convertido en algo personal.

Mientras se alejaban, Grimaldus oyó como Tyro bromeaba dulcemente con el comandante por sus fanfarronadas. Cuando atravesaron las puertas, antes de desaparecer de su vista, el reclusiarca vio que la ayudante besaba al comandante en su mejilla descubierta.

—Qué locura —susurró el caballero.

—¿El qué, Reclusiarca? —preguntó Bayard.

—Los humanos —respondió Grimaldus en voz baja—. Son un misterio para mí.



VEINTIDÓS

EL EMPERADOR ASCENDENTE

Por fin, los informes de voz empezaron a llegar con cuentagotas a los defensores reunidos en la zona del cementerio del templo. En Helsreach, el plan de Sarren, «los cien bastiones de luz», estaba en marcha, y las fuerzas imperiales se congregaban en formaciones defensivas alrededor de las partes más vitales de la ciudad.

El contacto era irregular en el mejor de los casos, pero el hecho de que existiese ya era de por sí un gran empujón para la moral. Todos los puntos de defensa concentrada estaban aguantando bien, con todas las divisiones formadas por los soldados de las tropas de asalto, la infantería de la Guardia, las unidades blindadas de la Legión de Acero, la milicia y los civiles armados que habían elegido salir a las calles en lugar de esconderse en sus refugios.

La ciudad estaba luchando para mantener vivo su corazón, y los orkos ya no se encontraron avanzando contra una ola de resistencia humana móvil. Ahora, los alienígenas tenían que afrontar una multitud de batallas finales, y se abalanzaban sobre defensores que ya no tenían adonde huir.

Por fortuna para los imperiales, el número de los titanes de chatarra enemigos era reducido. Con los recientes enfrentamientos, como el de la batalla de la fundición Rostorik, la sección de las deidades mecánicas de los pielesverdes había sufrido grandes pérdidas contra la ira de la Legio Invigilata.

Incluso cuando la Invigilata reclamó las máquinas de guerra que habían sobrevivido tras la muerte del *Heraldo de Tormenta*, los titanes se vieron obligados a luchar para liberarse de los orkos que aparecían en masa por las desprotegidas calles de Helsreach. Aunque varios titanes escaparon a través de las murallas derruidas hacia el Desierto de Ceniza, el titán de batalla clase Warlord *Juramento Férreo* fue

derribado por un asalto de infantería en una emboscada similar a la que había sido sometido el *Heraldo* unas semanas atrás.

Los restos de las fuerzas de la Flota Imperial en la ciudad habían establecido su base en el espaciopuerto de Azal, donde continuaban preparando bombardeos y ofreciendo refuerzos aéreos limitados a los batallones de tanques que rodeaban los refugios exteriores del distrito Jaega. La lucha allí fue una de las más cruentas que se habían vivido en todo el asedio hasta la fecha, y los archivos que catalogarían la Tercera Guerra por Armageddon considerarían algunas falsedades propagandísticas como hechos reales. Muchas de estas heroicas distorsiones de la verdad se debieron a los escritos de un tal comisario Falkov, cuyas memorias, tituladas simplemente *Yo estuve allí...*, se convertirían en lectura obligatoria para todos los oficiales de las Legiones de Acero en los años posteriores a la guerra.

Aunque no había nada de cierto en el relato, en los archivos imperiales constaba que el comandante Helius se sacrificó por estrellar su *Lightning* en el núcleo reactor del gargante enemigo llamado *Profanador Sangriento*. La verdad era otra menos heroica. Al igual que Barasath antes que él, Helius fue derribado de un disparo y hecho pedazos poco después de soltarse de su paracaídas gravitatorio una vez en tierra.

La presencia del *Machacadiozez* era una pesadilla para cualquier destacamento imperial que se encontrase cerca. Aunque la deidad mecánica parecía una sombra de lo que había sido debido a la infinidad de heridas y a las extremidades que había perdido en su duelo a muerte contra el *Heraldo*, con la *Invigilata* alejándose por el desierto los defensores de Helsreach no tenían suficiente potencia de fuego capaz de incomodar al gargante.

Tras reducir a escombros el complejo de la fundición Abraxas, la poderosa máquina de guerra enemiga inició una aleatoria patrulla por la ciudad, enfrentándose a las fuerzas imperiales allá donde las encontraba.

Los archivos imperiales dirían que, mientras el asedio del templo del Emperador Ascendente entraba en su segundo día, la máquina de guerra alienígena *Machacadiozez* fue destruida cuando se dirigía a acabar con los defensores del templo de una vez por todas.

Esto, al menos, era absolutamente cierto.

Jurisian vio como los gigantes mecánicos se alejaban de la ciudad atravesando las murallas derruidas. Eran tres, los primeros fugitivos de la Legio *Invigilata*, y el señor de la forja observaba la escena desde los silenciosos confines del módulo de mando del *Oberon*, mientras los titanes abandonaban la ciudad en llamas.

El primero era un Reaver, un titán de batalla de medio alcance que parecía haber sufrido daños importantes dadas las columnas de humo que emergían de su espalda.

Lo acompañaban dos titanes Warhound, que avanzaban con su característico paso desgarrado, meciendo sus torsos y los cañones de sus brazos de lado a lado a cada paso que daban sobre la arena.

El páramo fuera de las murallas de Helsreach parecía un cementerio. Miles de orkos muertos yacían pudriéndose bajo el débil sol, muertos en los primeros ataques de Barasath o en las inevitables batallas entre tribus que surgían cuando estos salvajes alienígenas se reunían.

Había abundantes tanques siniestrados dispersos, así como restos de incontables aviones de hélice, todos compuestos de chatarra y reducidos nuevamente a ella. Las naves en las que habían aterrizado los orkos estaban abandonadas, ya que todos los xenos capaces de levantar un hacha estaban haciendo la guerra en la ciudad. Las primitivas criaturas habían venido a luchar y a destruir, o a luchar y a morir. No les importaba lo más mínimo lo que les sucediese a sus naves en el desierto. Ésa previsión y consideración superaba la capacidad mental de la mayoría de los pielesverdes.

Jurisian no intentó ocultar su presencia. No tendría sentido hacerlo. Sabía que los titanes que se aproximaban serían capaces de detectar la sombra de energía del *Oberon* en sus potentes escáneres áuspex. De modo que esperó, con todos los sistemas activados, a que los titanes de la Invigilata se acercasen. El suelo empezó a temblar con las pisadas de las máquinas de guerra, cosa que notó al ver el retorcido metal y los cadáveres sobre el suelo del desierto sacudirse al ritmo de las deidades mecánicas.

El Reaver herido se detuvo, y sus inmensas articulaciones protestaron al tener que verse obligadas a mantenerlo de pie. Estaba tan dañado que si el princeps perdía por un instante la concentración, podría perder el control de los estabilizadores de la máquina. Lentamente apuntó con el único brazo que le quedaba hacia el módulo de mando, y Jurisian alzó la vista hacia las fauces abiertas de un cañón multibláster.

Con los escudos del *Oberon* activos, el señor de la forja calculó que el Ordinatus hubiera podido aguantar varios minutos de ataque constante, incluso por parte de un arma tan destructiva como el armamento principal de aquel Reaver. Pero el *Oberon* no tenía escudos. Era uno de los muchos sistemas secundarios que Jurisian no había tenido ni la pericia ni el personal necesario ni el tiempo de activar.

Sabía de lo que era capaz un cañón multibláster. Los había visto devastar regimientos de tanques y arrancar los rostros y las extremidades de titanes enemigos. Las placas de blindaje del *Oberon* no durarían más que unos segundos.

El titán lo observó en silencio, sin duda mientras el princeps decidía qué hacer con aquella increíble blasfemia. Jorobados y avanzando con los cañones levantados a modo de un amenazador saludo, los dos Warhound rodearon al inmóvil Ordinatus. Sus actitudes jugando a ser lobos divirtieron al señor de la forja.

—Saludos —dijo a través de un amplio número de canales de voz. En realidad, empezaba a aburrirse del silencio. Distaba mucho de sentirse intimidado.

—¿Qué clase de blasfemia es ésta? —dijo el primer titán a través de los altavoces internos del módulo de mando—. ¿Qué hereje osa profanar el merecido descanso del *Oberon*?

Jurisian se inclinó hacia atrás en el asiento de control con los codos apoyados en los reposabrazos y las puntas de los dedos de ambas manos unidas ante su rostro, oculto tras el casco.

—Soy Jurisian, de los Templarios Negros, señor de la forja a bordo del *Cruzado Eterno*, y formado por el Culto Mechanicum durante años en la superficie de Marte. Estoy en posesión del *Ordinatus Armageddon* tras traspasar sus defensas y despertar su alma, sometiéndola a mi voluntad. Y, por último, me reclaman en Helsreach para ayudar a todo el que pueda. Ayudadme, o apartaos.

La respuesta tardó bastante en llegar, y en otras circunstancias eso habría sido algo insultante. Jurisian imaginó que sus palabras estaban siendo transmitidas a todos los príncipes cercanos, casi con toda seguridad llamándolos a esta posición.

A medio kilómetro de distancia, otro titán Reaver atravesaba las murallas de la ciudad y emergía al Desierto de Ceniza. El caballero lo observó acercarse con paso vacilante y advirtió que estaba relativamente ileso.

—Estás cometiendo una blasfemia contra el Dios Máquina y sus sirvientes.

—Estoy blandiendo un arma de guerra en defensa de una ciudad Imperial. Y ahora, ayudadme, o apartaos de mi camino —repitió.

—Deja la plataforma *Ordinatus* o serás destruido.

—No vas a abrir fuego contra el más sagrado de los artefactos, y mi señor no me obliga a cumplir tus órdenes. De modo que estamos en un punto muerto. Discutamos en términos provechosos, o me llevaré al *Oberon* a la ciudad sin protección, y seguramente será destruido sin contar con ningún apoyo importante del Mechanicum.

—Tu cadáver será extraído de las sagradas tripas del *Ordinatus Armageddon*, y lo que quede de tu presencia será erradicado del recuerdo.

Cuando Jurisian tomó aliento para ofrecer condiciones, su comunicador cobró vida. Grimaldus, por fin.

—Reclusiarca, ¿ha llegado por fin el momento?

—Estamos luchando en el templo del Emperador Ascendente. ¿Cuándo puedes traer el arma?

El señor de la forja miró a través de las ventanas blindadas a la patrulla de titanes, después a la ciudad que había tras ellos, bajo un cielo ennegrecido por el humo. Conocía el trazado de la ciudad de haberlo estudiado en los mapas hololíticos antes de su exilio en el desierto.

—Dos horas.

—¿Estado del arma?

—Como antes. El *Oberon* no tiene escudos de vacío ni sistemas de artillería secundarios, y la capacidad suspensora es limitada, haciendo que camine demasiado lento. No puedo dispararla más de una vez cada veinte minutos. Necesito recargar las células de combustible manualmente, y regenerar el flujo de la cámara de contención de plasm...

—Nos vemos en dos horas, Jurisian. Por Dorn y el Emperador.

—Así será, reclusiarca.

—Pero recuerda esto, señor de la forja. No traigas el arma demasiado cerca. El distrito del Templo no es más que fuego y ceniza, estamos rodeados por todas partes. Dispara y huye de la ciudad. Busca a las fuerzas en retirada de la Invigilata y únete al ataque imperial a lo largo del río Hemlock.

—¿Quieres que huya?

—Prefiero que vivas a que mueras en vano, y que salves un arma preciada para el Imperio. —Grimaldus permaneció un momento callado, y el silencio quedó inundado por la ira de la artillería distante—. Vamos a morir aquí, Jurisian. No es ninguna deshonra que tu destino esté en otro lugar.

—Nombra el objetivo principal, reclusiarca.

—Lo verás en cuanto llegues al distrito del Templo, hermano. Se llama el *Machacadiozez*.

Pronto, cuatro Titanes le cortaban el paso.

El más poderoso de ellos, y el último en llegar, era un Warlord con el blindaje pintado de negro. Su artillería apuntó hacia la plataforma *Ordinatus*. Los símbolos que cubrían el caparazón de la máquina de guerra indicaban que se trataba del *Bane-Sidhe*.

—Soy el princeps Amasat, de la Invigilata, subcomandante de las fuerzas de la Vieja y heredero de su título tras su fallecimiento. Explícame esta locura inmediatamente.

Jurisian miró hacia la ciudad y consideró su oferta detenidamente antes de hacerla. Habló con confianza, porque sabía perfectamente que el *Mechanicum* no tenía elección. Iba a volver a la ciudad, y por el Dios Máquina que ellos iban a volver con él.

El cementerio, aquel inmenso jardín de losas y de huesos enterrados, fue el escenario de la tormenta que se había estado abriendo paso hasta hacía poco a través del distrito del Templo.

El enemigo había traspasado las murallas al amanecer del segundo día, sólo para

descubrir que el cementerio era donde estaban concentradas y preparadas las defensas reales. Mientras los tanques derribaban las paredes y las bestias trepaban por los escombros, miles de los últimos defensores de Helsreach aguardaban tras los mausoleos, las lápidas, las tumbas ornamentadas de los fundadores de la ciudad y en las capillas de los santos.

Ardientes rayos de fuego láser atravesaron el campo de batalla, destrozando a las bestias alienígenas por manadas.

A la vanguardia, un guerrero vestido de negro y blandiendo un martillo sagrado luchaba junto a un número cada vez más reducido de hermanos. Cada descenso de su maza aplastaba la vida de otro alienígena. Su pistola, que llevaba tiempo vacía y sin energía, pendía de la gruesa cadena que la unía a su muñeca. Donde la lucha era más densa, la utilizaba con la fuerza de un látigo para destrozarse salvajes rostros alienígenas.

Junto a él, dos espadachines avanzaban y giraban en una letal danza. Priamus y Bayard, quienes se complementaban el uno al otro perfectamente, cortando y ensartando con las mismas técnicas, la misma habilidad y, en ocasiones, incluso al mismo tiempo.

Sin estandarte que levantar, ni siquiera los últimos retazos, Artarion daba golpes a diestro y a siniestro con dos rugientes espadas sierra, cuyos dientes estaban ya romos y empapados de sangre. Bastilan lo acompañaba, atravesando con la precisión de sus disparos bólder la carne alienígena.

Nero no paraba ni un segundo, no se permitía ni un momento de descanso. Aniquilaba al enemigo disparo tras disparo mientras apartaba a las bestias de los cadáveres de los hermanos caídos para obtener el tiempo suficiente para extraer la semilla genética de los muertos.

En ocasiones, lo hacía con el pálido rostro cubierto de lágrimas. Las muertes no lo conmovían; sino la sensación de terrible futilidad de que todos sus esfuerzos serían en vano. Tal vez su legado genético jamás saliese de aquella colmena para poder ser reutilizado en la creación de nuevos astartes, y ningún capítulo podía permitirse soportar la pérdida de un centenar de guerreros muertos con dignidad.

Para cuando Jurisian pisó la ciudad escoltado por cinco titanes de la Legio Invigilata, las defensas imperiales estaban luchando por defender los límites exteriores del cementerio. Los gritos de «¡Replegaos! ¡Replegaos al templo!» empezaron a correr entre las dispersas líneas.

Las escuadras y los equipos designados, junto con grupos aleatorios de hombres y mujeres empezaron a retirarse ante la interminable presión del avance alienígena.

El Baneblade explotó, enviando ardiente metralla en un centenar de direcciones distintas. Los imperiales que se encontraban más cerca del tanque, aquellos que no habían caído al suelo con la onda expansiva, empezaron a huir a toda prisa.

Pero no hay ningún sitio adonde retirarse. No hay ningún sitio adonde huir.

Como una lanza a punto de romperse, nuestra línea de resistencia se estaba combando; los flancos se veían obligados a retroceder para no perder contacto con el centro.

No. No moriré aquí, en este cementerio, golpeado hasta la eterna oscuridad, sólo porque estos salvajes nos superen en número. El enemigo no merece tal victoria.

Mis botas resuenan sobre la inclinada chapa blindada cuando salto y me subo a la parte superior del Baneblade. En la vorágine que rodea el tanque alcanzado por un misil veo a la 101.ª Legión de Acero y a un grupo de trabajadores portuarios que intentan retirarse asustados. Sus primeras filas han caído bajo las ensangrentadas hachas que sujetan los puños de verdes nudillos.

Ya basta.

La bestia que estoy buscando también me busca a mí. Es mucho más grande que el resto de los suyos; está cubierta de unos antinaturales músculos que rodean sus deformados huesos y apesta a la micótica sangre que abastece su inmundo corazón. Se abalanza sobre el casco del tanque, esperando quizá alguna especie de duelo titánico para impresionar a su tribu. Tal vez se trate de un paladín o un cacique. No importa. Los líderes de las bestias rara vez se resisten a la oportunidad de enfrentarse a los comandantes imperiales a la vista de todos. Son repugnantemente predecibles.

No hay tiempo para divertirse. Mi primer golpe es el último. Mi ataque atraviesa sus defensas, hace añicos sus hachas cruzadas y destroza su rugiente rostro con la cabeza del águila de mi crozius.

El monstruo cae del Baneblade convertido en un amasijo de extremidades flácidas y chatarra, tan patético en su muerte como lo había sido en vida.

Oigo como Priamus se ríe desde el lateral del tanque a través de los altavoces de su casco, burlándose de las bestias mientras las mata. Al otro lado, Artarion y Bastilan hacen lo mismo. Los orkos intensifican su asalto con el doble de furia y la mitad de destreza, y aunque podría reprender a mis hermanos por aquella indignidad, no lo hago.

Mi risa se une a la suya.

Asavan Tortellius estaba sereno, y aquello lo sorprendía, dado el temblor de las paredes y los atronadores sonidos de la guerra. Aquello no era la catedral fortaleza de la espalda de un titán donde estaba acostumbrado a orar desde la seguridad. Aquello era un templo asediado.

No había tardado mucho en encontrar trabajo que hacer en la basílica. Pronto se dio cuenta de que era el único sacerdote con experiencia en predicar en el campo de batalla. La mayoría de los legos y de los sirvientes de bajo rango de la Eclesiarquía se

pasaban el tiempo atendiendo nerviosos sus tareas diarias, rezando para que la guerra permaneciese fuera de las murallas. Otros más se escondieron en la cripta con los refugiados, haciendo más mal que bien e incapaces de calmar a una sola alma con sus tartamudeos, su sudor y sus sermones.

Asavan descendió hasta el subnivel, destacándose de los demás predicadores por su sucia túnica y su pelo alborotado. Caminó entre la gente, ofreciendo palabras de apoyo a las familias a su paso. Era especialmente paciente con los niños, a quienes daba la bendición del Dios Emperador en su aspecto como el Dios Máquina, y rezaba unas oraciones personales por los niños y las niñas que parecían más cansados o retraídos.

Había una única guardia estacionada al final de la escalera. Era de complexión menuda, baja y delgada, y vestía una servoarmadura que parecía quedarle demasiado grande para resultar cómoda. En sus manos portaba un bólter sujeto sobre su pecho mientras se mantenía firme.

Asavan avanzó hacia ella. Sus botas gastadas susurraban sobre el arenoso suelo.

—Hola, hermana —dijo en voz baja.

Ella permaneció inmóvil, firme, aunque el sacerdote podía ver el temblor de sus ojos que delataba lo difícil que encontraba mantener aquella rígida postura.

—Mi nombre es Asavan Tortellius —le dijo—. ¿Te importaría bajar el arma?

Ella lo miró directamente a los ojos. No bajó el bólter.

—¿Cómo te llamas?

—Soy la hermana Maralin de la Orden del Sud...

—Hola, Maralin. Tranquila, el enemigo sigue al otro lado de las murallas. ¿Te importaría, por favor, bajar el arma?

—¿Por qué? —dijo casi en un suspiro.

—Porque estás poniendo a la gente más nerviosa de lo que ya está. Debes permanecer visible. Eres su defensora, y los reconfortará tu presencia. Camina entre ellos y dedícales unas palabras amables. No te quedes aquí en silencio, sosteniendo tu arma firmemente. Les estás dando más motivos para temer, y eso no es para lo que te enviaron aquí, Maralin.

Ella asintió.

—Gracias, padre. —La muchacha bajó el bólter y lo sujetó a la placa magnética de su muslo.

—Ven —dijo, sonriendo—, deja que te presente a algunos de ellos.

Los escudos de vacío del *Bane-Sidhe* temblaron y chisporrotearon cuando una capa más fue destruida por los explosivos que llovían sobre ellas. Un corto gruñido de energía acumulándose acabó en una impactante descarga en el momento en que el Warlord aniquilaba los tanques que remontaban la carretera de Hel.

Una negra y humeante chamuscadura era la única prueba de que los tanques habían existido. Tras el *Bane-Sidhe*, el *Oberon* avanzaba sobre sus suspensores gravitatorios desplazándose suavemente sobre cualquier cosa que obstruyese su camino. Al final de la columna se encontraban los traqueteantes y desgarrados Warhound que el *Bane-Sidhe* había enviado de nuevo a la ciudad.

El acuerdo fue demolidoramente simple, y es por eso que Jurisian había estado convencido de que funcionaría.

—Defended al *Oberon* —había dicho—. Defendedlo durante el tiempo suficiente como para que dispare una vez para aniquilar al gargante de mando enemigo. Después, el *Ordinatus* se someterá a vuestro control durante la retirada hacia el río Hemlock.

¿Qué elección tenían? La voz de Amasat a través del comunicador sonaba dura con la promesa de la recriminación si el plan no salía bien. A Jurisian, por su parte, no le importaba lo más mínimo. Había conseguido la ayuda que necesitaba y tenía un objetivo principal que destruir.

Se enfrentaron a la resistencia de la infantería con punitiva e instantánea devastación. Las formaciones de unidades blindadas no resistieron demasiado. A través del distrito del Templo encontraron poca resistencia en forma de máquinas de guerra enemigas.

—Eso es porque la *Invigilata* dejó al contingente titán enemigo en ruinas, blasfemo.

—Excepto al *Machacadiozez* —respondió el señor de la forja—. Excepto al asesino del *Heraldo de Tormenta*.

Amasat prefirió no contestar.

—No veo ninguna señal en el áuspex —dijo.

—Yo tampoco —informó el princeps de uno de los Warhound.

—No veo nada —confirmó el otro.

—Seguid buscando. Acercaos más al templo del Emperador Ascendente.

El convoy del *Mechanicum* atravesó las ruinas urbanas con amarga dignidad durante otros ocho minutos y veintitrés segundos antes de que Amasat hablase de nuevo.

—Casi una cuarta parte del enemigo presente en esta colmena está luchando en el templo del Emperador Ascendente. ¿Estás amenazando al *Oberon* con la destrucción además de haberlo profanado? ¿Acaso tu herejía no conoce límites?

En esta ocasión fue Jurisian quien prefirió abstenerse de contestar.

—Recibo una señal térmica —dijo mientras analizaba la oscura consola del áuspex a la izquierda de su asiento de control—. Tiene una sombra de plasma, es algo demasiado caliente como para ser una llama natural.

—Yo no veo nada. ¿Coordenadas?

Jurisian transmitió los códigos de localización. Estaba justo en el límite del alcance del escáner, y todavía a varios minutos de distancia.

—Se dirige hacia el Templo.

—¿Velocidad de locomoción?

—Más rápido que nosotros.

La pausa fue casi dolorosa, interrumpida por el tono socarrón de Amasat.

—Entonces yo te daré la victoria que necesitas. *Talismán y Verdad Santa*, quedaos con el arma sagrada.

—Sí, princeps —respondieron ambos Warhound.

El *Bane-Sidhe* se inclinó hacia adelante, con los hombros encorvados mientras avanzaba con paso forzado. Jurisian oyó las protestas de los engranajes y las forzadas articulaciones, y el grito del espíritu máquina en el metal bajo tensión. Y pronunció una silenciosa palabra de agradecimiento por el sacrificio que estaba a punto de hacer.



VEINTITRÉS

LA CAÍDA DEL CABALLERO

Andrej y Maghernus entraron resbalando en la primera cámara de la basílica. Sus botas ensangrentadas no se adherían al suelo de mosaico. Decenas de guardias y de miembros de la milicia se dispersaron por la vasta sala para recuperar el aliento y situarse en puntos de defensa alrededor de los pilares y tras los bancos.

La retirada final estaba empezando de verdad. En el exterior, el cementerio estaba cubierto de enemigos muertos, pero los pocos cientos de imperiales que quedaban con vida ya no podían defender el terreno.

—Ésta estancia... —empezó a decir el ex capitán portuario, respirando pesadamente—... no tiene muchos espacios donde ponerse a cubierto.

Andrej se descolgó el generador de energía que llevaba instalado en la espalda.

—Es una nave.

—¿Qué?

—Ésta estancia se llama nave. Y tienes razón. No hay muchas posibilidades de defensa aquí. —El soldado de las tropas de asalto sacó su pistola y empezó a adentrarse más en el templo.

—¿Adonde vas? ¿Y qué hay de tu rifle?

—¡No tiene energía! Sígueme, tenemos que encontrar al sacerdote.

Ryken disparaba su pistola automática y se tomaba un momento entre disparos para ajustar su objetivo. Era un modelo personalizado y resistente que no habría estado fuera de lugar en una pelea de pandillas en los barrios bajos de la colmena, y mientras permanecía agachado junto al negro altar de piedra de un santo al que no reconocía,

la pistola ladraba caliente en su puño, escupiendo casquillos vacíos que repiqueteaban sobre las tumbas cercanas.

—¡Retírese, señor! —le gritaba uno de sus hombres.

Las bestias alienígenas atravesaban el cementerio como una marea apocalíptica, como una imparable ola rugiente.

—Todavía no...

—¡Ahora, idiota, vamos! —exclamó Tyro tirándole del hombro.

El gesto hizo que fallara el disparo, pero al diablo con ello; era como escupir contra el océano. El comandante salió corriendo de su relativo refugio tras la estatua de la santa justo antes de que fuera reducida a astillas por el fuego de una ametralladora automática enemiga.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó a su suboficial.

—¿Quién?

—¡Los malditos templarios!

No venían.

Para los supervivientes humanos era como si los caballeros negros hubiesen perdido el sentido y la razón. Avanzaban hacia adelante mientras que los humanos que los habían apoyado rompían filas y se retiraban.

Nadie entendía por qué.

Nadie recibía respuestas a través del comunicador.

Bayard estaba muerto.

Priamus había visto caer al gran paladín, y todo el estilo de sus golpes mortales lo abandonó de inmediato. Mataba con la gracia de un campesino partiendo leña en algún atrasado mundo rural. Su maestría con la espada se redujo a propinar golpes con una hoja afilada envuelta en energía letal.

—¡Nerovar! —gritó el nombre de su hermano por el comunicador—. ¡Nerovar!

Los demás templarios imitaron sus gritos, llamando al apotecario para que extrajera la semilla genética de un héroe del capítulo.

Bayard estaba casi sentado contra la pared de un adornado mausoleo de roca blanca con vetas rosadas. El cuerpo no había caído a causa de la rudimentaria lanza que lo había clavado a la pared por la garganta; un golpe mortal, sin lugar a dudas. Priamus paró un momento de dar estocadas, recibiendo un golpe de hacha contra su hombro, y se arriesgó a dar la espalda al enemigo un segundo para liberarlo de la lanza. El hacha del orko levantó chispas al impactar contra la ceramita que protegía el hombro. El cadáver del paladín del Emperador se desplomó sobre el suelo, libre de su indigna necesidad de permanecer medio levantado.

—¡Nerovar! —gritó de nuevo el espadachín.

Fue Bastilan quien llegó hasta él primero. El sargento había perdido el casco, y mostraba un rostro tan ensangrentado que sólo el blanco del ojo revelaba que era un humano. Unas capas de piel desgarrada colgaban en húmedos jirones y revelaban el hueso de debajo.

—¡La Espada Negra!

Priamus se zafó de cuatro bestias con otra docena de tajos. No tenía tiempo de alcanzar el arma bendita que Bayard había dejado caer al morir.

El rostro destrozado de Bastilan desapareció en un estallido de vapor rojo. Priamus ya había clavado su espada de energía en el pecho del orko que empuñaba el bólter para cuando el cuerpo sin cabeza de Bastilan llegó al suelo con el sordo sonido del choque de la ceramita contra la piedra.

—¡Nerovar!

Con las últimas palabras de Bastilan algo cambió en los templarios.

Quedaban doce. Y de éstos, sólo siete escaparían a lo que aconteció después.

Los caballeros se reunieron acuchillando y trinchando no sólo para matar a sus enemigos, sino también para defender a sus hermanos. Era una especie de brutalidad instintiva nacida tras tantas décadas de lucha juntos, y se había instalado entre sus reducidas filas ahora que estaban al borde de la destrucción.

—¡Coge la espada! —rugió Grimaldus. Su ataque hizo que se adelantara a los demás martilleando con su crozius en una arrítmica furia y abriendo un camino sangriento hasta Priamus.

—¡Recupera la Espada Negra!

No podemos dejarlo aquí. No puede quedar abandonado en un campo de batalla mientras uno de nosotros permanezca en pie.

Por el comunicador, los humanos nos llaman locos y nos suplican que nos retiremos con ellos. Para ellos, este derramamiento de sangre debe parecer una locura, pero no tenemos elección. No seremos la única cruzada en violar nuestra más sagrada tradición. La Espada Negra permanecerá en manos negras hasta que no quede nadie para blandirla.

Me permito un momento, sólo un momento, de reflexivo dolor al ver el cuerpo de Bayard junto al de Bastilan. Dos de los mejores hermanos de armas que jamás hayan servido al capítulo, ahora muertos en la gloria. Más cuerpos alienígenas bloquean mi visión. Más xenos sangran a medida que me abro camino hasta Priamus.

Una sensación de sanguinaria e inquietante calma se apodera de nosotros. La batalla ruge, las armas chocan contra nuestra armadura, pero hablo en un feroz suspiro que sé que a través del comunicador llegará hasta él, y sólo hasta él.

—Priamus.

—Reclusiarca.

Mi maza lanza a dos bestias volando hacia atrás, y por un momento no hay ningún bárbaro alienígena entre nosotros. Nuestras lentes se encuentran durante un breve instante antes de que ambos nos veamos obligados a volver a luchar contra nuestros enemigos.

—Eres el último paladín del Emperador de la cruzada de Helsreach —le digo—. Ve a recuperar tu espada.

El Comandante Ryken hablaba a través de su transmisor y repetía las mismas palabras que había estado diciendo durante casi un minuto. Su voz resonaba por toda la nave con una curiosa calma que contrastaba con las respiraciones entrecortadas y los quejidos de los heridos.

—A todas las unidades que se encuentren fuera de la basílica. Respondan. El *Machacadiozez* ha sido divisado al sur de las murallas del templo. A todas las unidades que sigan en el exterior: entablen combate, entablen combate.

Desde su punto de vista junto a una de las ventanas rotas observó cómo el torso del gargante se elevaba por encima de las murallas derribadas del cementerio en la distancia.

No reconoció la voz que le respondió. Sonaba amarga y disgustada, pero hizo reír a Ryken.

—Entablado combate.

—¿Hola? ¡Identifíquese!

—Soy el princeps Amasat, del titán Warlord *Bane-Sidhe*.

El *Bane-Sidhe*, nombrado así por un monstruo aullante de la mitología de la antigua Terra, hizo todo lo que estuvo en su mano para captar la atención del *Machacadiozez*. Lanzando salvas desde los cañones de sus brazos y desde las baterías de artillería instaladas en sus hombros, cargó contra los campos de fuerza del inmenso titán. Las sirenas utilizadas para advertir a la leal infantería de la proximidad del paso del titán, o incluso a través de sus regimientos, aullaban ahora a la máquina de guerra enemiga.

Fuera cual fuese el primitivo sistema de comunicaciones del *Machacadiozez*, quedó reducido a ruido blanco al recibir un pico concentrado de código mecánico de los tecnoadeptos del *Bane-Sidhe*.

Aquello bastó para evitar que la enorme bestia mecánica cesase en su intento de arrasar el templo del Emperador Ascendente.

El Warlord, con sus treinta y tres metros de chapa blindada, la artillería suficiente como para aniquilar una ciudad y forjado a la imagen icónica del mismísimo Dios Máquina, inició su vergonzosa retirada. Todas sus armas dispararon a discreción

mientras daba marcha atrás, alejando al *Machacadiozez* de los últimos imperiales vivos en el sector más sagrado de la colmena.

—¿Me podéis dar una arma, por favor? —Andrej se encogió de hombros mientras se limpiaba las gafas protectoras con un trapo sucio.

—No tengo ninguna otra pistola, gordinflón. Lo siento.

Tomaz Maghernus negó con la cabeza cuando Asavan miró en su dirección.

—Yo tampoco.

Varias doncellas de la Orden del Sudario de Plata descendieron la amplia escalera hasta la cripta. La priora Sindal iba en cabeza, portando su bólter con facilidad gracias a los músculos mecánicos de su servoarmadura.

—Ha llegado la hora de sellar el sótano —dijo la anciana en voz baja. Ella, al menos, conocía la importancia de no asustar a los refugiados reunidos en los subniveles—. Las bestias han llegado a las zonas interiores.

—¿Podría darme una arma, por favor? —le pidió Asavan.

—¿Ha disparado alguna vez un bólter?

—Hasta hace unos días jamás había visto uno. No obstante, me gustaría tener un arma con la que defender a esta gente.

—Padre, con el mayor de los respetos, eso no le haría ningún bien. Le agradezco que consuele a estos feligreses, pero ha llegado el momento de prepararse para el final. Todos los que os quedéis detrás, preparaos para quedaros encerrados aquí en los próximos tres minutos. El oxígeno debería durar un mes, siempre y cuando los xenos no destruyan los sistemas de filtración de aire superiores.

—¿Y si lo hacen? —Andrej arqueó una sola ceja.

—Usa tu imaginación, guardia. Regresad a la superficie rápidamente. Necesitamos el mayor número posible de efectivos para defender el templo.

—Un momento, por favor. —Andrej se volvió hacia Asavan—. Cura gordinflón, estás destinado a sobrevivir a esto, o, al menos, a morir un poco después que yo. —El soldado le entregó al sacerdote una pequeña bolsa de cuero.

—¿Qué es esto? —Asavan la cogió, agarrándola fuertemente con unos dedos que habrían temblado en un momento así sólo unas semanas antes.

—El anillo de boda de mi madre, y una carta de explicación. Una vez haya acabado esto, si sigues respirando, por favor, busca a la soldado de las Tropas de Asalto Natalina Domoska, de la 91.^a Élite de Acero. La reconocerás, te lo prometo. Es la mujer más hermosa del mundo. Todos los hombres lo dicen.

—Vamos, joven —insistió la priora.

Andrej se despidió rápidamente del sacerdote y subió la escalera con la pistola láser en la mano. Maghernus lo siguió y lanzó una última mirada a Asavan y a los refugiados. Se despidió con la mano mientras las compuertas subterráneas se

cerraban. Asavan no pareció verlo, centrado en los refugiados que empezaban a ponerse de pie, asustados y protestando.

Varias de las hermanas de batalla permanecieron en la base de la escalera, introduciendo códigos para sellar las puertas y preservar a los civiles lejos de todo mal. La priora consiguió seguir el paso de Andrej y Maghernus. El capitán portuario le sonrió, sabiendo que aquel gesto no significaba nada y que estaba cargado de melancolía. Ella le devolvió la sonrisa, y su expresión transmitió las mismas emociones que la de él. El templo temblaba mientras los orkos cargaban contra sus muros.

La siguiente vez que Maghernus viese a la priora Sindal de la Orden del Sudario de Plata, estaría convertida en un cadáver destrozado en tres trozos dispersos por el suelo del santuario interior.

Eso sucedería en menos de una hora, y su cuerpo sería una de las últimas cosas que vería antes de morir asesinado de un tiro en la espalda.

El *Bane-Sidhe* destrozó la carretera de Hel cuando cayó.

El Warlord había recorrido medio kilómetro antes de que sus escudos de vacío dejaran de funcionar y la parte delantera de su armadura sufriese el ataque de la artillería del *Machacadiozez*. Por muy densa que fuese la chapa de ceramita y adamantio que protegía los sistemas vitales del Warlord, la brutal potencia de fuego lanzada contra el *Bane-Sidhe* destruyó uno de sus escudos, de modo que le quedaban minutos de existencia.

Puede que fuese injusto que semejante noble ejemplo de las deidades mecánicas de la Invigilata acabase los días sacrificándose como señuelo, pero en los archivos de la legio, tanto el *Bane-Sidhe* como su tripulación recibieron los máximos honores. El Mechanicum recuperaría los restos del titán durante las siguientes semanas, y estaría restaurado catorce semanas más tarde. Su destrucción en Helsreach quedó inmortalizada en su caparazón con una imagen cuadrada de seis metros grabada sobre su espinillera derecha que representaba un ángel llorando sobre un esqueleto de metal en llamas.

Incapaz de soportar más aquel castigo, y con el puente de mando en llamas, el gran Warlord cayó hacia atrás con un terrible chirrido de articulaciones. Su inmenso peso fue suficiente para romper las columnas de rococemento que sostenían en alto la carretera de Hel y convertir al *Bane-Sidhe* y a una importante sección de la carretera principal en una montaña de escombros.

El *Machacadiozez* permaneció sobre el cráter de la carretera rota, como si observase el cuerpo de su última presa.

Catorce segundos después de que los restos destrozados del Warlord se derrumbaran, una llamarada de intensa e incandescente energía rugió a través de la

carretera de Hel. Tenía la forma de una nueva estrella, resplandeciendo con arqueados anillos de luz de plasma y rodeada de una cegadora corona.

Los escudos del *Machacadiozez* se desintegraron al contacto de aquel sol. Su armadura se desintegró apenas unos segundos después, así como su tripulación, su estructura interna y toda prueba de que alguna vez hubiese existido.

Jurisian babeaba a través de los dientes apretados, sintiendo como el espíritu de la máquina temblaba de ira al ser utilizado y activado sin haber sido bendecido mediante el correspondiente ritual. Cuando el intenso dolor en su cráneo descendió a niveles tolerables, abrió un enlace de voz con Grimaldus y exhaló dos palabras.

Estaban cargadas tanto de agonía como de significado, ya que simbolizaban el cumplimiento de una misión y una despedida final.

—Máquina aniquilada —dijo.

—El *Machacadiozez* está muerto —informó Grimaldus a todos los que escuchaban por los canales del comunicador.

La noticia no le trajo ningún alivio ni ninguna alegría, ni siquiera al pensar en la gloria de Jurisian. Ahora ya no había nada después del siguiente segundo de combate. Paso a paso, el reclusiarca y sus últimos hermanos fueron empujados a retroceder por la basílica, estancia tras estancia, sala tras sala.

El aire hedía a aliento alienígena, a tripas derramadas y al intenso y recalentado ozono de los rifles láser.

Las paredes temblaban a medida que los tanques xenos bombardeaban el templo sagrado a pesar de que sus fuerzas ya habían penetrado en él.

Una joven vestida con la armadura del Sudario de Plata fue derribada y aullaba mientras la horda la destripaba. Las dos espadas de Artarion, que sólo servían ahora de porras dentadas embotadas por la carne, desgarraron la cara y la garganta del asesino de la chica. Después, él también fue derribado por las cuatro bestias que ocuparon el lugar del alienígena muerto.

Una voz se oyó por encima de la carnicería, dura e iracunda.

—¡Matadlos a todos! ¡Que no sobreviva ninguno! ¡Este lugar sagrado jamás había sido profanado por un alienígena!

Grimaldus aproximó al orko que tenía más cerca hacia él, agarrándolo de la garganta y estampándole su máscara de calavera contra el rostro para romperle su abominable estructura ósea. La voz que se había oído era la de la priora, y ahora el reclusiarca era consciente de dónde estaba.

No.

No. ¿Cómo puede haber acabado todo ya?

Nos han obligado a retroceder hasta el santuario interior en tan sólo unas horas. Los gritos de desafío de Sindal tienen el peor de los efectos: han despertado a todo el mundo del ciego calor de la batalla y del derramamiento de sangre, arrastrándonos de nuevo a la realidad.

El santuario interior es un sangriento caos de humanos y orkos golpeando, embistiendo y disparando. Nos han vencido. Nadie en esta sala sobrevivirá más de unos minutos. Otros ya lo han presentado y los veo, a través de la multitud, intentando escapar de la estancia, buscando huir de los orkos para no morir en la última batalla.

La milicia. Los civiles. La Guardia. Incluso varios soldados de las tropas de asalto. La mitad de la patética fuerza que nos queda abandona la batalla e intenta salvarse.

Con mi mano todavía en la garganta del orko, arrastro a la enfurecida bestia arriba conmigo, de pie sobre el altar mayor. El pielverde intenta zafarse de mí, pero apenas tiene fuerza con el cráneo roto y desorientado por el dolor.

Mi pistola de plasma lleva ya un tiempo desaparecida. Alguno me la arrancó en algún momento durante los últimos dos días de batalla. La cadena sigue ahí. Rodeo la garganta de la bestia con ella y rujo mis palabras hacia el techo pintado mientras estrangulo a la criatura delante de todos los presentes.

—¡Animo, hermanos! ¡Luchad en nombre del Emperador!

La bestia ataca mientras muere arañando inútilmente con las garras mi destrozada armadura. Yo aprieto más fuerte y siento cómo la gruesa osamenta de la columna de la criatura empieza a crujir y a romperse. Sus ojos porcinos se le salen de las órbitas a causa del terror, y esto... esto me hace reír.

«¡He cavado mi tumba en este lugar...!». Un proyectil explosivo detona sobre mi hombro rompiendo pedazos de mi armadura. Veo cómo Priamus acaba con el autor del disparo con la Espada Negra en una de sus manos.

«¡He cavado mi tumba en este lugar, y pienso vencer o morir!».

Cinco caballeros todavía viven y rugen conmigo:

«¡Sin piedad! ¡Sin remordimientos! ¡Sin miedo!».

Las paredes tiemblan como golpeadas por un titán. Por un momento, todavía riendo, me pregunto si el *Machacadioez* habrá resucitado.

«¡Hasta el final, hermanos!».

El grito es recibido por aquellos que siguen con vida, y seguimos luchando.

—¡Están demoliendo el templo! —grita Priamus, y noto algo extraño en su voz. Me doy cuenta de lo que es cuando veo que mi hermano ha perdido un brazo y que la armadura de su pierna ha sido atravesada por tres lugares.

No lo había oído gritar de dolor jamás.

—¡Nero! —grita—. ¡Nerovar!

Las bestias son primitivas, pero no carecen de inteligencia y de astucia. Las marcas blancas de Nerovar lo señalan como el apotecario, y conocen su valor para la humanidad. Priamus lo ve primero, a veinte metros a distancia, a través de la refriega. Una lanza alienígena le ha atravesado el estómago, y varias de las bestias lo están levantando del suelo y lo elevan como un estandarte de guerra por encima de la carnicería.

Nerovar muere como ningún otro guerrero que haya visto antes. Mientras intento abrirme paso para llegar hasta él, veo cómo agarra la lanza entre sus puños y se la clava todavía más en un intento de alcanzar a los alienígenas que tiene debajo.

No tiene bólder ni espada sierra. Su último acto en vida es extraer su gladius de la funda del muslo y clavárselo con ganas al orko que agarraba la lanza. Se inclina hacia abajo para asegurarse de no fallar. La corta espada se hunde en las fauces abiertas de la bestia, pagando al xenos con una agónica muerte, ahogándose con la hoja de una espada que le atraviesa la garganta, la lengua y los pulmones. Con la bestia incapaz de seguir sosteniéndola, la lanza cae, y Nero se hunde en una masa de pielesverdes.

No lo vuelvo a ver.

Priamus, con un solo brazo, se tambalea delante de mí. Un proyectil impacta contra su casco y le hace volverse.

—Grimaldus —dice, antes de caer sobre sus rodillas—. Hermano...

Las llamas lo engullen por un costado con un fuego químico que cubre su armadura penetrando por las articulaciones blandas y disolviendo la carne por debajo. El orko con el lanzallamas mueve el arma a derecha e izquierda, bañando a Priamus en fuego corrosivo.

Me abro paso a martillazos con dolorosa lentitud para vengarlo cuando la espada de Artarion emerge del pecho del orko. Después le da una patada a la bestia moribunda para liberar su espada sierra rota. Cumplida la venganza, mi portador del estandarte se da la vuelta con toda la gracia que puede en esta carnicería y su espalda se pega a la mía.

—Adiós, hermano —dice riendo. No sé por qué se ríe, pero me hace reír a mí también.

Ahora caen bloques del techo, aplastando a aquellos que están debajo. Los orkos que nos rodean pagan cada vida humana con cinco de las suyas; y maldicen a los que están en el exterior por destruir el templo con ellos todavía dentro.

Cerca del altar, alcanzo a ver por última vez al soldado de las tropas de asalto y al capitán portuario. El primero está de pie junto al segundo. Andrej defiende a Maghernus, que ha recibido un tiro en el vientre e intenta averiguar qué hacer con las tripas que se le derraman sobre las piernas y el suelo alrededor de él.

—Artarion —digo para devolverle la despedida, pero ya no hay respuesta. La presencia que siento contra mi espalda ya no es mi hermano.

Me doy la vuelta, riéndome ante la locura que tengo ante mí. Artarion está muerto a mis pies, decapitado, profanado. El enemigo me hace caer de rodillas, pero ni siquiera esto no es más que un mal chiste. Ellos están tan condenados como lo estoy yo.

Sigo riéndome cuando el templo finalmente se desmorona.



EPÍLOGO

CENIZAS

Lo llaman la Estación del Fuego.

Los Desiertos de Ceniza están cubiertos con el polvo de los rugientes volcanes. Por todo el planeta, las cámaras muestran las mismas imágenes una y otra vez. Nuestras naves en órbita observan cómo Armageddon respira fuego, y envían las imágenes de vuelta a la superficie para que aquellos que están allí sean testigos de la furia del mundo en su totalidad.

La lucha está cesando en la mayor parte del planeta, no a causa de la victoria o la derrota, sino porque no se puede luchar contra Armageddon en sí. Los desiertos de cenizas ya se están volviendo negros. En unos días, ningún hombre ni bestia xenos será capaz de respirar en los páramos. Sus pulmones se llenarían de cenizas y ascuas; sus máquinas de guerra se detendrían, averiadas a causa de la obstrucción.

De modo que la guerra cesa de momento. No termina. No hay ninguna historia de triunfo ni de victoria que contar.

Las bestias se tambalean y regresan a las ciudades que han conseguido ocupar para esconderse de la Estación del Fuego. Las fuerzas imperiales consolidan los territorios que todavía dominan, y expulsan a los invasores de aquellos en los que los orkos no han conseguido más que hacerse con un precario control.

Helsreach es uno de esos lugares. La necrópolis en la que cien de mis hermanos yacen muertos junto a cientos de miles de almas fieles...

La tumba arrasada por la devastación de dos meses de guerra calle a calle, en la que no queda ninguna producción industrial.

Los tácticos imperiales lo consideran una victoria.

Jamás volveré a entender la humanidad que dejé atrás cuando ascendí a las filas

de los Templarios. Las percepciones de los humanos me siguen resultando extrañas desde el momento en que pronuncié mi primer juramento a Dorn.

Pero dejaré que la gente de este mundo asolado reivindique su triunfo. Dejaré que los supervivientes de Helsreach celebren una interminable derrota disfrazada de victoria.

Y, como han solicitado, regresaré a la superficie.

Tengo algo suyo en mi poder.

Gritan alegres en las calles, y forman una fila en la carretera de Hel como si esperasen para ver un desfile. Son varios cientos de ciudadanos civiles, y un número parecido de miembros de la Guardia de permiso. Están apiñados a ambos lados del *Guerrero Gris*.

Los receptores auditivos de mi casco filtran el ruido de sus aclamaciones a un nivel menos irritante, como lo harían si una batería de artillería estuviese bombardeando el terreno.

Intento no mirar sus caras rosadas ni sus ojos brillantes y alegres. La guerra ha terminado para ellos. No les importan nada las imágenes orbitales que muestran ejércitos orkos enteros estableciéndose en otras colmenas. Para la gente de Helsreach la guerra ha terminado. Están vivos, de modo que han ganado.

Cuesta no admirar una pureza tan simple. Bendita sea la mente demasiado pequeña como albergar la duda. Y, en realidad, jamás había visto a una ciudad resistir una invasión con tanta fiereza. Ésta gente se ha ganado la vida que todavía posee.

Ésta parte de la ciudad, no muy lejos del maldito puerto, no ha sufrido demasiados daños. Permaneció siendo un bastión bajo firme control imperial. Me han informado de que Sarren y su 101.^a Legión lucharon aquí hasta el final.

Un grupo de figuras se reúne junto al *Guerrero Gris*. La mayoría visten el uniforme color ocre de la Legión de Acero. Uno de ellos, un hombre al que conozco, me hace señas para que me acerque.

Me dirijo hacia él, y la multitud estalla en más gritos. Es la primera vez que me muevo en casi una hora. Una hora escuchando los tediosos discursos del grupo reunido a través de una torre de comunicación cercana que transmite las palabras por todo el sector.

—Grimaldus, reclusiarca de los Templarios Negros —estalla la voz. Cuando me acerco, se oyen más ovaciones. El soldado que me invita a acercarme me saluda en silencio.

El comandante, o mejor dicho, el coronel Ryken, ha recuperado gran parte de su rostro desde la última vez que lo vi. Las cicatrices de las quemaduras se extienden por gran parte de lo que queda de su piel, pero más de la mitad de sus rasgos son

ahora augméticos de metal mate, incluida una importante reconstrucción de su cráneo. Hace la señal del águila, y sólo una de sus manos es suya. La otra es un implante biónico óseo que aún no está cubierto con piel sintética.

Le devuelvo el saludo. El discurso (el orador es un miembro del gabinete del general Kurov, al que no conozco) habla sin parar sobre mi heroísmo junto a la Legión de Acero. Cuando miles de humanos gritan mi nombre, levanto el puño y los saludo a todos.

Y mientras tanto, no paro de pensar en que mis hermanos murieron aquí.

Murieron por ellos.

—¿Ha sobrevivido la quinta ayudante Tyro? —pregunto.

Él asiente, intentando sonreír con su rostro reconstruido.

—Cyria lo logró.

Bien. Me alegro por él, y por ella.

—Hola, señor —dice otro de los legionarios.

Miro por encima del hombro de Ryken a un hombre varios puestos por detrás de la línea. Mi retícula se centra en él, en su rostro sonriente. No tiene ni una cicatriz y, a pesar de su juventud, presenta profundas arrugas alrededor de los ojos.

Vaya. Él tampoco ha muerto.

Esto no me sorprende. Algunos hombres nacen afortunados.

Lo saludo y se acerca, aparentemente tan aburrido con las formalidades como yo. El orador está narrando cómo «golpeé a los blasfemos alienígenas que osaron profanar el santuario interior del templo». Sus palabras rayan el sermón. Habría sido un buen eclesiarca, o un predicador de la Guardia Imperial.

El soldado vestido de ocre me ofrece la mano. Le sigo la corriente haciendo lo mismo.

—Hola, héroe —dice, sonriéndome.

—Saludos, Andrej.

—Me gusta su armadura. Está mucho más bonita ahora. ¿La repintó usted mismo o eso es tarea de los esclavos?

No estoy seguro de si es una broma o no.

—Lo hice yo.

—¡Bien! Bien. Creo que ahora debería saludarme, ¿eh? —bromea mostrándome sus charreteras, entre las que se encuentran ahora sus recién recibidas insignias de capitán de plata bruñida.

—No le debo respeto a un capitán de la Guardia —le digo—. Pero enhorabuena.

—Ya, lo sé, lo sé. Pero quiero darle las gracias por cumplir su palabra y hablarle a mi capitán de mis hazañas.

—Una promesa es una promesa. —No tengo ni idea de qué decirle a este hombre—. Tu amiga. Tu amada. ¿La encontraste?

No soy quién para juzgar las emociones humanas, pero veo cómo su sonrisa se vuelve frágil y forzada.

—Sí —responde—. La encontré.

Pienso en la última vez que vi al pequeño soldado de las tropas de asalto junto al ensangrentado cadáver del capitán portuario, atravesándole la garganta a un alienígena con su bayoneta unos momentos antes de que la basílica se desplomase.

Me sorprende a mí mismo alegrándome de que siga vivo, pero no se me da bien expresarlo con palabras. Él no tiene esa dificultad.

—Me alegro de que lo consiguiera —dice, usando las palabras que yo no he pronunciado—. Tengo entendido que quedó gravemente herido, ¿no?

—No lo suficiente como para matarme. —Pero estuvo cerca. Pronto me aburrí de que los apotecarios de a bordo del *Cruzado* no parasen de decirme que era un milagro que hubiese salido por mi propio pie de los escombros.

Él se ríe sin alegría. Sus ojos están vidriosos desde que mencioné a su amiga.

—Es usted un hombre muy literal, reclusiarca. Algunos de nosotros estábamos algo vagos ese día. Yo esperé a que llegasen los equipos de rescate. Sí, lo admito. No llevaba puesta la armadura de un astartes para empujar las rocas por mi mismo y volver a luchar al día siguiente.

—Según los informes, nadie más sobrevivió a la caída de la basílica —le digo.

Él se ríe.

—Sí, eso sería una historia magnífica, ¿verdad? El último caballero negro, el único superviviente de la gran batalla de Helsreach. Siento haber sobrevivido y haber estropeado su leyenda, reclusiarca. Le doy mi palabra de que yo y los otros seis o siete supervivientes guardaremos silencio para que se lleve toda la gloria.

Está bromeando. Ésta vez sí que lo reconozco e intento pensar en algo gracioso con lo que responder. No me viene nada a la mente.

—¿No estabas herido?

Él se encoge de hombros.

—Me dolía la cabeza, pero se me pasó.

El comentario me hace sonreír.

—¿Conocía al cura gordinflón? —me pregunta—. ¿Lo conocía?

—Debo confesar que no recuerdo a nadie por ese nombre o esa descripción.

—Era un buen tipo. Le habría gustado. Era muy valiente. No murió en la batalla. Estaba con los civiles. Pero murió dos semanas después por problemas de corazón. Me parece muy injusto. Sobrevivir al final y morir en el nuevo comienzo. No es justo.

Aquello tenía algo de poético y de retorcido al mismo tiempo.

Me gustaría decirle unas palabras de consuelo. Me gustaría decirle que admiro su valor, y que su mundo sobrevivirá a esta guerra. Me gustaría hablarle con la facilidad

con la que hablaba Artarion, y darle las gracias por permanecer a nuestro lado cuando muchos otros huyeron. Él nos honró a todos en ese momento, al igual que el fallecido capitán portuario, la priora, y todas las demás almas que perdieron la vida la noche que yo sobreviví.

Pero no digo nada. Nuestra conversación es interrumpida por la gente que grita mi nombre. Qué extraño suena pronunciado por gargantas humanas.

El orador enfervoriza a la multitud, hablando, por supuesto, de las reliquias. Todos quieren verlas, y por eso es por lo que estoy aquí. Para mostrárselas.

Hago un gesto a los servidores cenobitas para que se acerquen; los siervos augmetizados que incubaron los apotecarios del capítulo y que modificó Jurisian para levantar los artefactos del templo. Cada uno de estos infelices sin mente y sin nombre porta una reliquia que representa cuanto podía hacer para aliviar mi sentimiento de culpa ante una derrota tan vergonzosa.

La multitud aclama de nuevo cuando los servidores abandonan la sombra de buitre de mi Thunderhawk, cada uno portando uno de los artefactos: los andrajosos retazos del estandarte; el agrietado pilar de piedra derribado a la altura del águila hecha pedazos; y la sagrada pila de bronce con su preciada agua sagrada chapoteando en su interior.

Mi voz se oye con facilidad amplificada por el casco. La multitud se calma y la carretera de Hel se queda en silencio. Me recuerda, contra mi voluntad, el inquebrantable silencio bajo la montaña de mármol y rococemento cuando el templo se derrumbó sobre todos nosotros.

—Se nos juzga en vida —les digo—, por el mal que destruimos. Nunca serían mis palabras. Siempre serían las de Mordred.

Por primera vez, tengo una respuesta para ellas. Una mayor comprensión. Y mi mentor... Estabas equivocado. Perdóname por necesitar las muertes de mis hermanos para aprender la lección que cada uno de ellos intentó enseñarme mientras todavía respiraban.

Artarion. Priamus. Bastilan. Cador. Nero.

Perdonadme por vivir, cuando todos yacéis fríos y quietos.

—Se nos juzga en vida por el mal que destruimos. Es una cruda verdad que sólo la sangre nos espera en los espacios entre las estrellas. Pero el Emperador ve todo lo que sucede en su dominio. Y se nos juzga igualmente por la luz que traemos a las noches más oscuras. Se nos juzga en vida por esos momentos en los que derramamos luz en los lugares más oscuros de su Imperio. Esto me lo ha enseñado vuestro mundo. Vuestro mundo y la guerra que me trajo aquí. Éstas son vuestras reliquias. Los últimos tesoros de los primeros hombres y mujeres que pisaron vuestro mundo. Son los tesoros más valiosos de vuestros ancestros, y os corresponden por derecho de legado y de sangre. Os los devuelvo desde el borde de la destrucción. Y os doy las

gracias, no sólo por el honor de permitirme estar entre las gentes de esta ciudad, sino por la lección que he aprendido. Mis hermanos en órbita me han preguntado por qué rescaté estas reliquias de entre los escombros del templo caído. Pero vosotros no necesitáis preguntar, porque ya conocéis la respuesta. Son vuestras, y ninguna bestia alienígena le negará a la gente de este mundo la herencia que merece. Rescaté estas reliquias por vosotros, para honraros y para agradeceréoslo todo. Y ahora humildemente os las devuelvo.

Ésta vez, cuando comienza la aclamación, lo hacen guiados por el orador. Lleva el título que juré ante el gran mariscal Helbrecht, de pie ante la estatua de Mordred. Un título que no rechacé cuando se me otorgó formalmente.

—Tengo entendido —dijo el gran mariscal después— que Yarrick y Kurov han hablado con la Eclesiarquía. Van a entregarte las reliquias para que lleves el recuerdo y el honor de Helsreach contigo, en el *Cruzado Eterno*.

—Cuando regrese a la superficie, ofreceré los iconos a su gente.

—Mordred no habría hecho algo así —repuso Helbrecht, ocultándome cualquier emoción, cualquier juicio.

—Yo no soy Mordred —respondí a mi señor—. Y esa gente lo merece. Hemos luchado por ellos; por ellos y por su mundo. No sólo por la sagrada siega de vidas inhumanas.

Y ahora me pregunto, mientras entonan mi nuevo título, qué decidirán hacer con las reliquias.

—¡Héroe de Helsreach! —aclama la multitud.

Como si hubiese sólo uno.